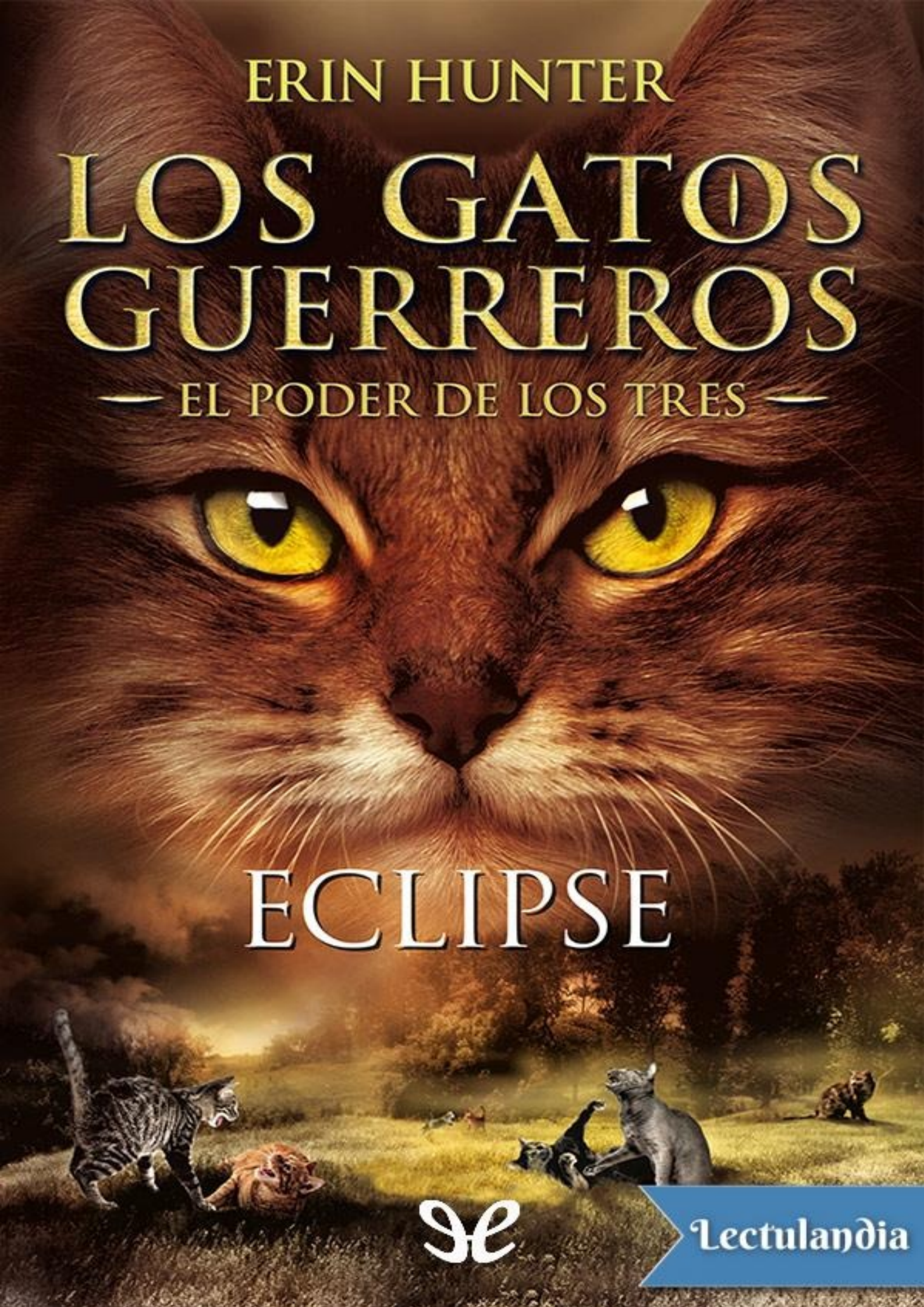
ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

EL PODER DE LOS TRES



ECLIPSE

Lectulandia

Tras su agitada travesía por las montañas, Glayino, Leonino y Carrasquera inician el camino de vuelta a casa. Cada uno anhela en secreto un poder: Leonino sueña con ser imbatible en la batalla, Carrasquera ansía ser una gran líder y Glayino sabe que solo él puede ver el pasado y el futuro.

Ya en el campamento, los aprendices perciben una gran inquietud: miembros del Clan del Viento han cruzado la frontera, generando una creciente hostilidad en su territorio. Mientras los guerreros del Clan del Trueno intentan frenar las incursiones, Carrasquera vislumbra un extraño gato de pelaje largo y multicolor, con ojos de color amarillo claro. Dice llamarse Solo y viene a entregarles un mensaje que provocará una crisis de efectos imprevisibles.

Erin Hunter

Eclipse

Los gatos guerreros - El poder de los tres - 4

ePub r1.0
Titivillus 18.06.2020

Título original: *Eclipse*
Erin Hunter, 2019
Traducción: Begoña Hernández Sala

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Un agradecimiento especial
a Kate Cary

Filiaciones

CLAN DEL TRUENO

• Líder

— ESTRELLA DE FUEGO: gato de un intenso color rojizo.

• Lugarteniente

— ZARZOSO: gato atigrado marrón oscuro de ojos ámbar.

• Curandera

— HOJARASCA ACUÁTICA: gata atigrada de color marrón claro y ojos ámbar.

— Aprendiz: GLAYINO

• Guerreros (*gatos y gatas sin crías*)

— ESQUIRUELA: gata de color rojizo oscuro y de ojos verdes.

— Aprendiz: RAPOSINO

— MANTO POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.

— TORMENTA DE ARENA: gata de color melado claro.

— Aprendiza: MELOSA

— NIMBO BLANCO: gato blanco de pelo largo.

— Aprendiza: CARBONCILLA

— FRONDE DORADO: gato atigrado marrón dorado.

— Aprendiza: CARRASQUERA

— ACEDERA: gata parda y blanca de ojos ámbar.

— ESPINARDO: gato atigrado marrón dorado.

— Aprendiza: ROSELLERA

— CENTELLA: gata blanca con manchas canela.

— CENIZO: gato gris claro con motas más oscuras, de ojos azul oscuro.

— Aprendiz: LEONINO

— ZANCUDO: gato negro de largas patas, con la barriga marrón y los ojos ámbar.

— CANDEAL: gata blanca de ojos verdes.

— Aprendiza: ALBINA

— BETULÓN: gato atigrado marrón claro.

— LÁTIGO GRIS: gato gris de pelo largo.

— BAYO: gato de color tostado.

— PINTA: pequeña gata gris y blanca.

— RATONERO: gato gris y blanco.

• Aprendices (*de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros*)

— CARBONCILLA: gata atigrada de color gris.

— MELOSA: gata atigrada de color marrón claro.

— ROSELLERA: gata parda.

— LEONINO: gato atigrado dorado de ojos ámbar.

— CARRASQUERA: gata negra de ojos verdes.

— GLAYINO: gato atigrado gris de ojos azules.

— RAPOSINO: gato atigrado rojizo.

— ALBINA: gata blanca.

• Reinas (*gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas*)

— FRONDA: gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro.

— DALIA: gata de pelo largo color tostado, procedente del cercado de los caballos, madre de dos cachorros, hijos de Zancudo: Rosina (gatita de color tostado oscuro) y Tordillo (gatito blanco y negro).

— MILI: gata atigrada de color gris y ojos azules, antigua minina doméstica, embarazada de Látigo Gris.

• Veteranos (*antiguos guerreros y reinas, ya retirados*)

— RABO LARGO: gato atigrado, de color claro con rayas muy oscuras, retirado anticipadamente por problemas de vista.

— MUSARAÑA: pequeña gata marrón oscuro.

CLAN DE LA SOMBRA

• Líder

— ESTRELLA NEGRA: gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

• Lugarteniente

— BERMEJA: gata de color rojizo oscuro.

• Curandero

— CIRRO: gato atigrado muy pequeño.

• Guerreros

— ROBLEDO: pequeño gato marrón.

— SERBAL: gato rojizo.

— CHAMUSCADO: gato negro.

— Aprendiz: RAPACERO

— YEDRA: gata blanca, negra y parda.

— SAPERO: gato marrón oscuro.

— GRAJO: gato negro y blanco.

— Aprendiza: OLIVINA

— PELOSA: gata atigrada de pelo largo que apunta en todas direcciones.

— LOMO RAJADO: gato marrón con una larga cicatriz en el lomo.

— Aprendiza: TOPINA

— CRÓTALO: gato marrón oscuro de cola rayada.

— Aprendiz: CARBONCILLO

— ESPUMOSA: gata blanca de pelo largo, ciega de un ojo.

— Aprendiz: RUANO

• Reinas

— TRIGUEÑA: gata parda de ojos verdes, pareja de Serbal y madre de Pequeño Tigre, Canelilla y Rosillo.

— AGUZANIEVES: gata de un blanco inmaculado.

• Veteranos

— CEDRO: gato gris oscuro.

— AMAPOLA: gata atigrada marrón claro de patas muy largas.

CLAN DEL VIENTO

• Líder

— ESTRELLA DE BIGOTES: gato atigrado de color marrón.

• Lugarteniente

— PERLADA: gata gris.

• Curandero

— CASCARÓN: gato marrón de cola corta.

— Aprendiz: AZORÍN

• Guerreros

— OREJA PARTIDA: gato atigrado.

— CORVINO PLUMOSO: gato gris oscuro.

— Aprendiza: ZARPA BRECINA

— CÁRABO: gato atigrado de color marrón claro.

— COLA BLANCA: pequeña gata blanca.

— Aprendiz: VENTOLINO

— NUBE NEGRA: gata negra.

— TURÓN: gato rojizo de patas blancas.

— LEBRÓN: gato marrón y blanco.

— HOJOSO: gato atigrado oscuro de ojos ámbar.

— MANCHADA: gata atigrada gris moteada.

— SALCE: gata gris.

— HORMIGUERO: gato marrón con una oreja negra.

— RESCOLDO: gato gris con dos patas oscuras.

— Aprendiza: ZARPA SOLEADA

• Reina

— GENISTA: gata de color blanco y gris claro, de ojos azules, madre de Cardina, Cañeta y Fosquilla.

• Veteranos

— FLOR MATINAL: reina de color carey muy anciana.

— MANTO TRENZADO: gato atigrado gris oscuro.

CLAN DEL RÍO

• Líder

— ESTRELLA LEOPARDINA: gata atigrada con insólitas manchas doradas.

• Lugarteniente

— VAHARINA: gata de color gris oscuro y ojos azules.

• Curandera

— ALA DE MARIPOSA: gata atigrada de color dorado y ojos ámbar.

— Aprendiza: BLIMOSA

• Guerreros

— PRIETO: gato negro grisáceo.

— MUSGAÑO: pequeño gato atigrado de color marrón.

— Aprendiza: PALOMINA

— JUNCAL: gato negro.

— MUSGOSA: gata parda de ojos azules.

— Aprendiz: GUIJOSO

— FABUCÓN: gato marrón claro.

— TORRENTERO: gato atigrado de color gris oscuro.

— FLOR ALBINA: gata gris muy claro.

— ROANA: gata gris moteada.

— SALTÓN: gato blanco y canela.

— AJENJO: gato atigrado de color gris claro.

— Aprendiz: ORTIGO

— NUTRIA: gata marrón oscuro.

— PINOCHA: gata atigrada de pelo muy corto.

— Aprendiz: PARDALÍN

— CHUBASCO: gato moteado de color gris azulado.

— VESPERTINA: gata atigrada marrón.

— Aprendiza: COBRIZA

• Reinas

— BOIRA: gata atigrada gris claro, madre de Soplillo y Malvillo.

— NÍVEA: gata blanca de ojos azules, madre de Bichín, Pinchito, Petalina y Matojillo.

• Veteranos

— GOLONDRINA: gata atigrada oscura.

— PIZARRO: gato gris.

LA TRIBU DE LAS AGUAS RÁPIDAS

• Apresadores (*machos y hembras responsables de conseguir comida*)

— RIVERA DONDE NADA EL PEQUEÑO PEZ (RIVERA): gata atigrada de color marrón y ojos grises.

— BORRASCOSO: gato gris oscuro de ojos ámbar, antiguo miembro del Clan del Río.

GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

— SOLO: gato de pelaje largo y multicolor, con ojos de color amarillo claro.

Emblemas De Los CLANES
Clan del Trueno
Clan del Río
Clan de la Sombra
Clan del Viento
Clan Estelar
NORTE
VISTA DE GATO

Leyenda Del MAPA
Árboles de hoja caduca
Pinar
Ciénaga
Lago
Senderos
NORTE
VISTA DE DOS PATAS
Laguna Cristal
Cantera
Carretera de la cantera (abandonada)
Casa de los obreros (abandonada)
Camping Hareview
Villa Sanctuary
Bosque de Sadler
Centro de vela de Littlepine
Carretera de Littlepine
Lago Sanctuary
Isla de Littlepine
Colinas de Hare
Caballerizas de Hare
Arboleda Knight
Carretera de Hare
Río Alba
Carretera de Littlepine

Prólogo

El bosque resplandecía bajo la intensa luz del sol, y la vegetación susurraba con el movimiento de las presas. A los pies de un fresno, un gato negro se desperezaba, dejando que los rayos que se colaban entre las ramas le calentaran la barriga. Con un ronroneo, se lamió el pecho mientras curvaba las zarpas con satisfacción.

De repente, una gata parda salió disparada de un arbusto y pasó corriendo por delante él. El gato rodó sobre un costado y le gritó:

—¡¿Ratón?!

—¡A punto de convertirse en carne fresca! —respondió ella, antes de desaparecer entre los helechos, sacudiendo su cola de punta blanca.

Más allá de las plantas, el suelo del bosque descendía hasta un claro cubierto de hierba. Al fondo, una gata de color gris oscuro se mordisqueaba la base de la cola, donde tenía alojada una garrapata. Masculló para sí misma mientras se libraba del grueso parásito y luego miró hacia la ladera. Los helechos en lo alto se estaban moviendo.

—¡Te tengo!

Un maullido triunfal resonó por el claro, y un instante después, los helechos se estremecieron y la gata parda apareció con un ratón en la boca. Le dedicó un guiño a la gata gris.

—¡Hola, Fauces Amarillas! —le dijo.

—¡Buenos días, Jaspeada! —La saludó esta a su vez—. Hace buen día para cazar.

—Aquí la caza siempre es buena.

Con un movimiento de la cabeza, lanzó el ratón a la gata gris antes de descender al claro.

Fauces Amarillas se acercó a la presa para olfatearla y de inmediato se echó hacia atrás. Se frotó el hocico, ancho y chato, con la pata, mientras la

sombra de una pulga le cruzaba la nariz.

—¡Creía que estos terrenos de caza estarían libres de pulgas! —exclamó.

—Probablemente las hayas traído contigo… —dijo Jaspeada, que entornó los ojos y observó el pelaje enmarañado de Fauces Amarillas—. ¿Cuándo aprenderás a limpiarte como es debido?

Se inclinó hacia delante y comenzó a dar lametazos a un gran nudo de pelo que su compañera de clan tenía en el lomo.

—Cuando tú dejes de cuidar de todo del mundo —masculló la vieja gata.

Una voz sonó desde lo alto de la loma:

—No puedo ni imaginarme que eso llegue a pasar alguna vez.

Jaspeada miró hacia arriba. Un gato blanco bajaba hacia ellas por la ladera.

—¡Tormenta Blanca! —ronroneó—. ¿Estrella Azul está contigo?

—Lo estaba hace un momento…

—¡Y todavía lo estoy! —Estrella Azul apareció entre los árboles y corrió hacia Tormenta Blanca—. Habríamos llegado juntos si Estrella Alta no me hubiera entretenido.

—¿Y qué quería? —preguntó Jaspeada.

—Está preocupado, como de costumbre. —Estrella Azul reparó en la picadura de pulga que Fauces Amarillas tenía en el hocico y enroscó la cola —. Qué mala suerte, ¿no? —la compadeció—. Yo creía que aquí no había pulgas.

Jaspeada soltó un ronroneo y tocó el lomo de la vieja gata con la punta de la cola.

—¿Qué decías de Estrella Alta? —insistió Fauces Amarillas, zafándose del contacto de Jaspeada.

—Le preocupan los pequeños —explicó Estrella Azul.

Fauces Amarillas agitó la cola.

—¿Carrasquera, Leonino y Glayino?

—¿Quiénes, si no? —suspiró Estrella Azul—. La profecía se le ha metido en el pelaje como una garrapata.

—Pero su aprendizaje está yendo bien… —señaló Jaspeada—. Parece que por fin están comprendiendo su camino.

—Eso es cierto… —Fauces Amarillas se miró las patas antes de añadir en voz baja—: Aunque aún hay muchas cosas que desconocen.

—Todavía son muy jóvenes —repuso Estrella Azul.

Fauces Amarillas dirigió la vista hacia ella.

—Eso no significa que tengamos que engañarlos.

—¿Acaso crees que les serviría de algo saberlo todo?

Fauces Amarillas se puso tensa.

—Las vidas que comienzan con un engaño siempre se viven en la sombra.

Estrella Azul se sentó.

—No podemos contarles la verdad. Guardamos el secreto por una razón, Fauces Amarillas. Y todos estuvimos de acuerdo. Debemos hacer lo mejor para el clan.

La vieja gata ladeó la cabeza.

—Les estamos mintiendo. ¿Cómo puede ser eso lo mejor?

—No fuimos nosotros los primeros en mentirles —le recordó Tormenta Blanca.

—Pero seguimos ocultándoles la verdad —protestó Fauces Amarillas—. Y en sus vidas ya hay demasiados secretos.

—Al menos conocen la profecía… —intervino Jaspeada.

Fauces Amarillas arañó el suelo.

—Oh, sí, la profecía… ¡Pues ojalá no la conocieran! ¡Y ojalá tampoco la conociera yo! A veces creo que habría sido mejor que no les hubieran dado todo ese poder.

Jaspeada acarició con la cola el costado de la vieja curandera.

—Sabes que nosotros no tenemos nada que ver con eso —la tranquilizó —. Solo podemos esperar que utilicen sus poderes sabiamente, por el bien del Clan del Trueno.

—¿Solo por el bien del Clan del Trueno? —intervino Tormenta Blanca, pensativo—. Si sus poderes son tan grandes, ¿no deberían emplearlos para ayudar a todos los clanes?

Estrella Azul, sorprendida, abrió mucho los ojos.

—¡Han nacido en el Clan del Trueno y se han criado como leales guerreros a su clan! ¿Por qué deberían responsabilizarse de la suerte de los otros clanes?

Fauces Amarillas lanzó una mirada torva a la antigua líder del Clan del Trueno, pero no abrió la boca.

—Es normal que en algunas cosas no estemos de acuerdo —dijo Tormenta Blanca en son de paz—. Lo más importante es que los tres hermanos sepan respetar y escuchar a sus antepasados guerreros.

—Sí —coincidió Jaspeada—. Debemos asegurarnos de que presten atención a lo que les decimos.

Tormenta Blanca agitó una oreja; una brizna de hierba le estaba haciendo cosquillas.

—Ningún gato nace tan sabio como para no tener nada que aprender de sus mayores. Debemos guiarlos siempre que podamos.

—Eso es más fácil de decir que de hacer —masculló Fauces Amarillas.

Una mariposa revoloteó por encima de sus cabezas, avanzando con dificultad contra la brisa. Los ojos de Jaspeada brillaron de emoción, y la hermosa gata reaccionó de inmediato: se plantó sobre las patas traseras y saltó juntando las zarpas delanteras. La mariposa voló rápidamente hacia arriba, quedando fuera de su alcance.

—¡Cagarrutas de ratón! —Jaspeada volvió a sentarse, y solo entonces se dio cuenta de que Estrella Azul se estaba alejando—. ¿Ya te vas, Estrella Azul?

La gata gris señaló con el hocico a Fauces Amarillas.

—Si me quedo, acabaremos discutiendo.

La vieja curandera agitó la punta de la cola.

—¿Así que sigues convencida de que debemos ocultarles la verdad?

—Comprendo tus temores, Fauces Amarillas —murmuró Estrella Azul—. Pero, por el momento, creo que lo más seguro es que continuemos guardando el secreto.

Fauces Amarillas apartó la mirada.

—No veo más que tozudez… —Gruñó casi para sus adentros.

—Estrella Azul cree que está haciendo lo correcto —le dijo Tormenta Blanca—. Antes confiabas en ella, ¿recuerdas?

Dicho esto, se despidió de las dos curanderas con un leve asentimiento de la cabeza y siguió a Estrella Azul fuera del claro.

—¿Y tú qué? —La mirada clara de Fauces Amarillas se posó en Jaspeada —. ¿Tú estás de acuerdo con mantener este secretismo?

—La verdad es un arma muy poderosa. Debemos usarla con mucho cuidado.

—¡Eso no es una respuesta! —le soltó la vieja gata.

Jaspeada clavó su mirada en los ojos angustiados de Fauces Amarillas.

—¿Por qué estás tan preocupada?

El pelaje del lomo de la vieja gata se estremeció.

—No lo sé —admitió—. Solo es… un presentimiento. —Su mirada se desvió hacia los árboles, como si buscara la respuesta en el bosque—. Algo va mal. Se aproxima una oscuridad que ni siquiera el Clan Estelar puede evitar. Y cuando llegue, seremos incapaces de proteger a los clanes. Seremos incapaces incluso de protegernos a nosotros mismos.

1

Carrasquera se agazapó, presionando la barriga contra la superficie de piedra. Todavía conservaba el calor del sol, que ya estaba ocultándose detrás de las lejanas colinas. Un viento frío procedente de las montañas le alborotó el pelaje. Desde donde estaba, podía ver los prados que se extendían hasta una gran franja de bosque; en algún lugar, más allá de aquellos árboles, se hallaba el lago, y su hogar.

Aunque los árboles aún conservaban las hojas, eran de un verde desgastado, y en el aire flotaba un sabor nuevo y mohoso que no percibió cuando se dirigían a las montañas. «Se acerca la estación de la caída de la hoja», pensó la aprendiza.

Se moría de ganas de llegar a casa. Tenía la sensación de que llevaba lunas y lunas con la tribu, aunque al menos habían conseguido salir de las montañas sanos y salvos. A partir de ese punto, el suelo sería más blando, la caza, más fácil, y el territorio, muchísimo más familiar que aquel en el que solo había rocas, torrenteras y árboles achaparrados.

Miró por encima del hombro. Zarzoso y Esquiruela estaban hablando en voz baja con Borrascoso y Rivera, acompañados de Trigueña y Corvino Plumoso. ¿Estarían despidiéndose?

Carrasquera todavía estaba conmocionada por la decisión de Borrascoso y Rivera de quedarse en las montañas. La noche anterior, durante el banquete de despedida que habían celebrado en la cueva tras la cascada, Borrascoso había anunciado que Rivera y él acompañarían a los gatos de clan hasta el pie de las montañas, pero no más allá. Glayino, por supuesto, se había limitado a asentir y a encoger los hombros, como si desde el inicio de aquel viaje hubiera sabido que la pareja no iba a regresar al Clan del Trueno. Carrasquera, sin embargo, apenas era capaz de imaginar por qué un gato querría permanecer en las montañas cuando podía vivir junto al lago. «Rivera

debe de sentir por las montañas lo mismo que yo siento por mi hogar. Y Borrascoso la ama lo suficiente como para quedarse con ella, dondequiera que sea».

De pronto, un destello de plumaje marrón atrajo su mirada. Un águila estaba lanzándose en vuelo rasante por la áspera ladera que había a los pies de la aprendiza. Delante del ave, una liebre corría aterrorizada, levantando nubes de tierra y hierba con sus largas patas traseras. Después de plegar hábilmente las alas a los costados, el águila atacó, haciendo rodar a la liebre antes de inmovilizarla contra el suelo con sus garras afiladas.

Carrasquera envidió la velocidad del águila. ¡Si ella pudiera volar de esa manera…! Cerró los ojos, imaginándose que iba rozando la hierba, tocando apenas el suelo con las patas, tan ligera como el aire, más veloz que la presa más veloz…

—¡Ojalá nos pongamos en marcha de una vez! —El maullido impaciente de Leonino interrumpió sus pensamientos.

Su hermano trepó al peñasco, junto a ella, y siguió su mirada hasta el águila, que estaba devorando su presa.

—¡Ojalá tuviera el estómago lleno! —siguió lamentándose.

—¿Crees que alguna vez podremos volar? —murmuró Carrasquera.

Leonino la miró como si se hubiera vuelto loca, y ella se apresuró a explicarse.

—Bueno, Glayino dice que tenemos el poder de las estrellas en las manos, ¿no? —Todavía le resultaba raro decirlo en voz alta—. Y en realidad no sabemos qué significa eso exactamente. Solo me preguntaba si…

—¡Gatos voladores! —se burló Leonino—. ¿Para qué?

A Carrasquera le ardieron las orejas de vergüenza.

—No tienes ni una pizca de imaginación —le soltó a su hermano—. Aquí estamos nosotros, con más poder del que jamás ha tenido ningún gato, ¡y tú actúas como si no fuera nada! ¿Por qué no íbamos a poder volar, o hacer cualquier otra cosa que deseemos? ¡Y deja ya de burlarte de mí!

—No me estoy burlando de ti. —Leonino le rozó el costado con la cola—. Solo digo que con alas nos veríamos ridículos.

Carrasquera sintió una oleada de frustración y se encaró con su hermano echando chispas por los ojos.

—¡No te lo estás tomando en serio! ¡Tenemos que descubrir qué significa exactamente la profecía!

Leonino parpadeó, dando un paso atrás.

—No te enfades, Carrasquera. Ya conoces a Glayino y sus visiones. Suenan de maravilla, pero debemos vivir en el mundo real.

—¿Y qué es el mundo real, ahora que tenemos el poder de las estrellas en las manos? ¡Podremos hacer cualquier cosa! ¡Imagínate lo mucho que podremos ayudar a nuestro clan!

Leonino frunció el ceño.

—La profecía no dice nada de ayudar a nuestro clan; solo nos menciona a nosotros tres.

Carrasquera se quedó mirándolo.

—Pero ¡el código guerrero dice que ante todo debemos proteger a nuestro clan!

La mirada de Leonino se desvió hacia las lejanas colinas.

—¿Y crees que estamos obligados a seguir el código guerrero si somos más poderosos que el Clan Estelar? —se preguntó en voz alta.

—¡¿Cómo puedes decir algo así?! —lo riñó ella.

A pesar de todo, Carrasquera no pudo evitar que todo el pelo del lomo se le estremeciera ante aquella afirmación. Si la profecía implicaba que tenían que vivir fuera del código guerrero, ¿cómo iba a saber ella qué era lo correcto? ¿Cómo sabría qué hacer si debía elegir entre su propia seguridad y la de su clan?

Glayino apareció de un salto junto a sus dos hermanos.

—¿Podríais hablar un poquito más alto? —siseó—. Creo que hay algún gato del grupo que aún no os ha oído.

Sus ojos azules llameaban furiosos. La ceguera no les impedía reflejar sus sentimientos.

Carrasquera se dio la vuelta para comprobar si alguno de los otros gatos estaba escuchándolos, pero los guerreros seguían absortos en su conversación.

—Ninguno está pendiente de nosotros —susurró para tranquilizar a su hermano.

—Y ninguno tiene un oído tan bueno como el tuyo —añadió Leonino.

—Solo os aviso para que tengáis cuidado, ¿vale? Debemos mantener esto en secreto.

—Lo sabemos —maulló Leonino.

—Pues, la verdad, no lo parece —replicó Glayino—. ¿Cómo creéis que reaccionarían los demás si se enteraran de que hemos nacido con más poder que el Clan Estelar?

Leonino miró a Esquiruela y Zarzoso.

—Jamás se lo creerían.

—Yo misma apenas me lo creo… —admitió Carrasquera.

—Sí que se lo creerían —afirmó Glayino con voz glacial—. Pero estoy seguro de que no les gustaría.

—¿Por qué no? —Carrasquera casi no pudo ocultar su sorpresa.

En ningún momento había pensado en cómo se tomarían la noticia sus compañeros de clan. Se alegrarían, ¿verdad? ¡Debían de saber que ella solo usaría su poder para ayudarlos!

Leonino pareció coincidir.

—¿Acaso no quieren que seamos los mejores guerreros que podamos llegar a ser?

Glayino arañó la superficie de piedra con frustración.

—¡La profecía no va de ser buenos guerreros, sino de tener más poder que el Clan Estelar! ¿No creéis que los gatos normales y corrientes podrían encontrar eso un poquito alarmante?

—Pero si no vamos a hacer nada malo… —insistió Carrasquera—. Esto es un don para todo nuestro clan, no solo para nosotros…

¿Qué pensaba Glayino que iban a hacer con sus poderes?

—¡Chist! —Glayino la hizo callar al darse cuenta de que Esquiruela se acercaba a ellos.

La guerrera se detuvo al lado del peñasco.

—¿Por qué estáis riñendo?

—Carrasquera y Leonino están discutiendo sobre quién caza mejor —respondió Glayino tan tranquilo.

Carrasquera abrió la boca para protestar, aunque volvió a cerrarla de inmediato. Odiaba mentir, pero no podía revelar su secreto; no en ese momento.

—No deberíais estar ahí charlando sin hacer nada —les dijo Esquiruela—. Zarzoso acaba de ordenaros que vayáis a por carne fresca. Quiere que Rivera y Borrascoso puedan llevarles algo a los gatos de la tribu.

Estaban tan ocupados discutiendo que no habían oído la orden de su padre.

—Espero que no tenga que pedíroslo dos veces —los regañó Esquiruela.

Carrasquera bajó la cabeza.

—Lo siento.

La guerrera señaló con la cola un bosquecillo que había junto a la ladera.

—¡Probad por ahí, y daos prisa!

Los árboles proyectaban unas sombras alargadas que ascendían por la pendiente. El sol no tardaría en ponerse.

Leonino se relamió.

—Ahí debería haber presas de sobra.

—De sobra y para todos —coincidió Esquiruela, que se volvió hacia Glayino—. Por favor, échales un vistazo a las almohadillas de Trigueña. Creo que se ha hecho una herida con una piedra afilada.

Todos podían haberse magullado las almohadillas con la de piedras afiladas que habían ido encontrando durante el descenso de las montañas, pero Carrasquera supuso que Esquiruela estaba buscándole a Glayino algo útil que hacer, ya que no podía cazar. La joven aprendiza se puso tensa, consciente de lo susceptible que podía llegar a ser su hermano, pero él se limitó a asentir y a seguir a Esquiruela hasta el grupo de guerreros. Ni siquiera se enfadó cuando su madre se inclinó a lamerle el pelo sucio de detrás de las orejas.

Ese gesto le llegó al corazón a Carrasquera. Esquiruela seguía viendo a sus hijos como cachorros. Todo sería más fácil si aún lo fueran… Al fin y al cabo, las crías no debían preocuparse por tener más poder que sus antepasados guerreros. «Pero las cosas cambian», se dijo. Desvió la vista, repentinamente angustiada. ¿Llegaría un día en el que Esquiruela temería a sus propios hijos?

—¿Por qué tienes el pelo erizado? —le preguntó Leonino.

Carrasquera se lamió el hombro.

—No tiene importancia. —Señaló con la cabeza hacia el bosquecillo—. Vayamos a cazar.

Dio unos pasos hasta la parte delantera de la peña y dejó que sus patas resbalaran hacia el borde. La distancia hasta la ladera escarpada era corta, y parecía que la hierba le proporcionaría un aterrizaje blando. La aprendiza saltó… pero, al tocar tierra, un remolino de pelo y patas la dejó sin respiración tras lanzarla por los aires. «Pero ¡¿quién me está atacando?!». Se revolvió para ponerse en pie y se preparó para defenderse.

—¡¿Por qué te has metido en medio?! —Maulló un joven gato negro, mientras se sacudía junto a ella.

«¡Ventolino!».

El aprendiz del Clan del Viento la miraba sorprendido.

—¡Casi tenía a ese ratón!

—Lo sien… —comenzó a disculparse Carrasquera, pero luego se enfadó con él. ¿Por qué aquella estúpida bola de pelo no miraba por dónde iba?—. ¡Se supone que teníamos que ir a cazar allí! —le soltó, señalando el bosquecillo con la cola.

—¡Yo decido dónde cazo o dejo de cazar! —replicó Ventolino.

Entonces vio a Leonino, que se había asomado por el borde del peñasco.

—Y al menos yo estaba cazando, y no de charla con mis compañeros de guarida —añadió.

—¡Tus compañeros de guarida no querrían sentarse a charlar contigo ni aunque estuvieran aquí! —le espetó Carrasquera.

Se sintió culpable al instante. Aunque Ventolino era igual de huraño que su padre y el doble de engreído, la aprendiza había empezado a sentir lástima por él. Corvino Plumoso trataba a su hijo con tanto desdén que a veces Ventolino parecía un solitario entre sus propios compañeros de clan.

Leonino bajó de un salto junto a su hermana.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—¡Claro que está bien! —resopló Ventolino—. Y aún estaría mejor si estuviera haciendo lo que le han ordenado, en vez de interponerse en mi camino. Cuanto antes reunamos las presas, mejor. Así podremos volver a casa.

Desde el principio, Ventolino había dejado muy claro que no deseaba ir a las montañas. Y Corvino Plumoso no había actuado precisamente como si se alegrara de tenerlo con él. No parecía enorgullecerse de nada de lo que hacía su hijo, al contrario que Zarzoso, que siempre lograba que Carrasquera se sintiera la mejor guerrera del Clan del Trueno cuando la alababa. La joven gata se compadeció del desdichado aprendiz del Clan del Viento.

—No tardaremos mucho en llegar al lago —maulló con dulzura.

Ventolino la fulminó con la mirada.

—Si no tuviéramos que buscar carne fresca para la tribu, llegaríamos mucho antes. ¿Por qué tenemos que cazar para ellos? ¿Acaso no pueden valerse por sí mismos?

La pena que sentía por él se desvaneció de inmediato. Carrasquera se preguntó si debía recordarle que los gatos de la tribu estaban agotados por la reciente batalla que habían librado y que en las montañas, además, las presas escaseaban más que nunca por el grupo de gatos intrusos que habían invadido sus tierras y que los habían obligado a trazar fronteras alrededor de sus territorios de caza.

Sin embargo, Ventolino ya sabía todo eso, así que ella no iba a malgastar saliva con él. Que se respondiera solito. En ese momento, lo único que deseaba era volver a casa y acurrucarse calentita en su lecho con el estómago lleno, mientras sus compañeros de guarida dormían pacíficamente a su alrededor. Miró a su hermano de reojo. ¿Le diría él algo a Ventolino?

Leonino se limitó a poner los ojos en blanco.

—¡Vete a cazar un conejo! —le bufó al aprendiz del Clan del Viento.

Y dicho esto, se dirigió hacia el bosquecillo.

Ventolino frunció el hocico.

—Los gatos del Clan del Trueno se creen especiales —se mofó antes de desaparecer ladera abajo.

Carrasquera corrió detrás de su hermano, que iba mascullando algo cuando ella lo alcanzó.

—¡Ojalá tuviera el poder de cerrarle el pico para siempre a esa bola de pelo!

«¿Está bromeando?», se preguntó Carrasquera, que miró a Leonino de reojo, para ver si le brillaba la mirada con su habitual buen humor, pero los tenía entornados y fruncía el ceño. Se puso delante de él y lo detuvo.

—No hablarás en serio, ¿verdad?

Leonino sacudió la cola.

—Por supuesto que no —gruñó—. Solo estoy cansado.

—¿Tú crees que eso es lo que significa el poder de las estrellas? —insistió Carrasquera—. ¿Poder conseguir que cualquier gato haga lo que nosotros queramos?

Leonino se encogió de hombros, pero no la miró a los ojos.

—Supongo —respondió—. La verdad es que no he pensado mucho en ello…

—¡Ya, seguro que no!

Leonino la rodeó para proseguir la marcha, y añadió:

—Espero que me haga más fuerte que ningún otro gato, para poder ganar todas las batallas. —Hizo una pausa—. ¿Y tú?

—Yo espero saber cosas que otros gatos no saben.

—¿Como qué? —Su mirada se iluminó con un brillo travieso—. ¿El lenguaje de los Dos Patas?

—¡No seas tonto! —Carrasquera sintió un hormigueo de impaciencia, buscando las palabras con las que explicarse—. Me refiero a comprender… a comprenderlo todo —maulló al fin.

Leonino le dio un empujoncito cariñoso.

—¿Y ya está?

Carrasquera lo apartó.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Casi habían llegado a los árboles cuando Leonino habló de nuevo.

—A lo mejor cada uno siente el poder de una forma distinta… —aventuró —. Glayino ya es capaz de leer el pensamiento de los demás, ¿no? —Miró a su hermana a los ojos—. Contigo lo hace, ¿verdad?

La aprendiza asintió.

—Hojarasca Acuática no puede hacerlo —continuó Leonino—. Ninguno de los curanderos puede. Glayino, en cambio, incluso es capaz de hacer predicciones sobre los problemas con los que se encontrarán los otros clanes. Ese debe de ser su poder: ver cosas que los demás no pueden ver.

—Él es el menos ciego de todos nosotros —murmuró Carrasquera, sintiendo un hormigueo que le recorría el pelaje, como cuando Glayino le leía el pensamiento.

Una vegetación espesa crecía en el lindero de la arboleda, y la joven se detuvo para que su hermano se pusiera en cabeza.

—¿Tú ya has notado algo? —se atrevió a preguntarle cuando él comenzaba a abrirse paso entre los arbustos.

Para su sorpresa, Leonino se volvió y la miró a la cara; los ojos le brillaban con una intensidad extraña.

—Al principio del viaje nos detuvimos en un risco para contemplar el lago desde lo alto, ¿te acuerdas? Luego tú te fuiste a cazar y a descansar, pero yo no tenía hambre. —Parpadeó—. Mientras contemplaba los distintos territorios, comencé a sentirme… bueno, un tanto extraño.

Carrasquera se inclinó hacia delante.

—¿Extraño? ¿En qué sentido?

—¡Como si pudiera hacer cualquier cosa! —Los ojos de su hermano llamearon—. Correr hasta el horizonte más lejano sin sentir cansancio, luchar contra cualquier enemigo y derrotarlo, enfrentarme a cualquier batalla sin temor…

Carrasquera movió las patas y se dio cuenta de que estaba retrocediendo. De repente, algo en su hermano hizo que se sintiera incómoda: el modo en que tensaba los músculos de los hombros, para parecer más poderoso que un segundo antes; la expresión distante de su mirada, como si pudiera ver más allá de ella, hasta algún lugar remoto donde podría enfrentarse a enemigos con una sola zarpa. La aprendiza recordó la forma en que Leonino había combatido por la tribu, cómo había terminado la batalla, revolviéndose y cubierto de sangre —sangre que no era suya—, y dispuesto a seguir luchando hasta que no quedara un solo gato en pie.

El fuego de sus ojos le provocó un escalofrío que le recorrió toda la columna.

¿Cómo podía tener miedo de su propio hermano?

2

Glayino tocó con la nariz la almohadilla de Trigueña. Estaba caliente e hinchada.

—Inflamación —declaró—. La piel tiene algún que otro rasguño, pero no sangra. Aunque eso tú ya lo sabes… —Mientras hablaba, podía oír las tenues voces de sus hermanos, que se alejaban en busca de presas.

¿Seguirían hablando de la profecía?

Trigueña apartó la zarpa de debajo de su hocico.

—No he notado sabor a sangre, pero no estaba segura de si se me había clavado alguna piedra. —Se lamió la pata—. Las almohadillas se me han vuelto tan duras en las montañas que apenas puedo distinguir los callos de los cortes.

—No tienes ninguna piedra —la tranquilizó Glayino, que señaló con la cabeza hacia el borboteo de una corriente de agua que fluía sobre unas rocas cercanas—. Ese arroyo no parece demasiado profundo. Ve a meter las patas. El agua fría debería rebajar la inflamación.

El joven aprendiz de curandero siguió a la guerrera hasta el arroyo y oyó el chapoteo cuando ella saltó al agua.

—¡Está helada! —exclamó Trigueña con un respingo.

—Estupendo. Así la hinchazón bajará más deprisa.

Glayino plantó las orejas. Las voces de sus hermanos se habían desvanecido en la distancia. Por fin había compartido con ellos el secreto que llevaba tanto tiempo guardando, pero ahora sabía que, al habérselo contado, se había internado en un territorio desconocido; cada palabra era como un paso más en un terreno incierto. Leonino lo había aceptado como si, finalmente, hubiera encontrado la explicación a algo que lo tenía confundido. La reacción de Carrasquera había sido bastante más frustrante: solo parecía preocupada por cómo podrían usar sus poderes para ayudar al Clan del

Trueno, y no paraba de angustiarse por el código guerrero. ¿Es que no entendía que la profecía significaba mucho más que eso? Les habían concedido un poder que se extendía más allá de las fronteras establecidas por los gatos comunes y corrientes.

La voz de Trigueña interrumpió sus pensamientos.

—El agua está muy fría.

—Es agua de las montañas.

—Ya lo sé —replicó la guerrera—. Pero ¡se me han entumecido las zarpas!

—Pues ya puedes salir.

Con un suspiro de alivio, la gata saltó al lado del joven y comenzó a sacudirse el agua de las patas, salpicándolo de gotas heladas.

Glayino se apartó sin poder evitar un estremecimiento. El viento de la montaña y el agua fría eran una mala combinación.

—¿Todavía te duele la almohadilla? —le preguntó a Trigueña.

La guerrera tardó unos segundos en contestar.

—Ni siquiera la noto… De hecho, no noto ni una sola de mis patas.

Esquiruela se acercó a ellos.

—¿Estás mejor? —le preguntó a su amiga.

—Sí, creo que sí.

Glayino notó que su madre le daba un lametón en la oreja.

—¿Y tú estás bien, pequeñín?

Él se apartó, frunciendo el ceño.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—No tiene nada de malo estar cansado. —La guerrera se sentó—. Ha sido un trayecto muy duro.

—Estoy bien —bufó el aprendiz.

Su madre movió la cola, barriendo la superficie arenosa de la roca. Glayino dio por hecho que entonces le soltaría algo así como que el viaje debía de haber sido mucho más duro para él, por ser ciego y todo eso, y que después añadiría algún comentario estúpido sobre lo bien que se había enfrentado a un territorio desconocido.

—Estáis muy callados desde la batalla… —empezó Esquiruela.

«¡Está preocupada por los tres!». El enfado de Glayino se esfumó. Le gustaría poder confiarse a ella, pero de ninguna manera podía revelarle el gran secreto que ocupaba sus pensamientos.

—Supongo que solo queremos llegar a casa —respondió.

—Como todos.

Esquiruela apoyó la barbilla en la cabeza de su hijo, y él se apretó contra ella, sintiéndose de repente como un cachorro, reconfortado por su calidez.

—¡Han vuelto!

Al oír el grito de Trigueña, Esquiruela se apartó, sobresaltada.

Glayino levantó la nariz y captó el olor de Carrasquera y Leonino. Oyó más zarpas contra las rocas y llegó Ventolino. Los cazadores estaban de regreso.

—¡A ver qué traen! —Trigueña corrió a recibir a los aprendices.

Glayino ya lo sabía. Mientras seguía a la guerrera, se le hizo la boca agua al percibir el delicioso olor a conejo, ardilla y tórtola. Ojalá no tuvieran que entregárselo todo a la tribu.

Corvino Plumoso y Zarzoso ya estaban reunidos alrededor del montón provisional de carne fresca. Borrascoso y Rivera permanecieron algo apartados, como avergonzados por el regalo.

—Este conejo es tan gordo que podría alimentar a todos los pupilos —maulló Esquiruela con admiración.

—Buena caza, Ventolino —ronroneó Trigueña.

Glayino esperó a que el aprendiz del Clan del Viento se hinchara de orgullo como un pavo, pero, en vez de eso, captó cierta ansiedad en él. «Está esperando una alabanza de su padre».

—Una tórtola estupenda —le dijo Corvino Plumoso a Leonino.

Ventolino apenas fue capaz de contener la rabia.

—¡Y mirad la ardilla que he cazado yo! —exclamó Carrasquera—. ¿Alguna vez habíais visto una más apetitosa?

—¡Venid a ver! —les dijo Trigueña a Borrascoso y Rivera.

Los dos guerreros se acercaron.

—Todo esto será muy bien recibido —maulló Borrascoso en tono formal.

—La tribu os da las gracias —añadió Rivera con voz tensa.

Glayino comprendió su inquietud. Al aceptar aquella carne fresca, estaban admitiendo abiertamente su debilidad. La caza escasearía cada vez más en las montañas, ahora que los dos grupos de gatos compartían el territorio. Sin embargo, Glayino también percibió un orgullo feroz que latía en Borrascoso. «El viento de las montañas agita su corazón, no solo su pelaje», se dijo el joven. Vio una llama de fuerza en el interior del guerrero, una determinación que Glayino no había detectado antes, como si su vínculo con los riscos y las quebradas fuera mucho más fuerte que el que había tenido con el territorio del lago. «Realmente cree que este es su destino». La Tribu de las Aguas Rápidas

era el clan de Borrascoso. Había nacido en el Clan del Río y había vivido con el Clan del Trueno, pero por fin parecía haber encontrado su verdadero hogar.

El joven aprendiz se estremeció. El viento se había vuelto más cortante con el frío de la tarde.

Un aullido resonó desde las lejanas laderas de lo alto.

A Rivera se le erizó el pelo.

—Lobos.

—No te preocupes —la tranquilizó Borrascoso—. Son demasiado torpes para seguir nuestros senderos de montaña. Llevaremos estas presas a casa sin ningún problema.

—Pero hay muchos espacios abiertos antes de llegar a la cueva —replicó Zarzoso—. Deberíais iros cuanto antes.

—Y nosotros también —intervino Corvino Plumoso—. El olor de esta carne fresca atraerá a los depredadores de las montañas.

El grupo se estremeció cuando Glayino percibió un olor desconocido en la brisa. Era la primera vez que detectaba el rastro de un lobo. Se parecía mucho al de los perros que vivían en la granja de los Dos Patas, pero con un matiz descarnado, un olor a sangre que no tenía el de los perros. Afortunadamente, el rastro era muy débil.

—Están muy lejos —susurró.

—Pero se desplazan con rapidez —repuso Rivera, que recogió el conejo del suelo.

—Os echaremos de menos —maulló Esquiruela, con la voz llena de tristeza.

Rivera volvió a dejar el conejo y, con un ronroneo que pareció salirle de lo más hondo de la garganta, restregó su hocico con el de Esquiruela.

—Gracias por acogernos y por mostraros tan amables con nosotros.

—El Clan del Trueno os agradece vuestra lealtad y vuestro valor —maulló Zarzoso.

—Pero volveremos a vernos, ¿verdad? —preguntó Carrasquera, esperanzada.

Glayino se preguntó si alguna vez regresaría a las montañas. ¿Volvería a ver a la Tribu de la Caza Interminable? Se había colado en los sueños de Narrarrocas, y un antepasado del sanador de la tribu lo había guiado hasta una hondonada, donde filas y filas de gatos estelares rodeaban una laguna resplandeciente. El joven se estremeció al recordar sus palabras: «Has venido». Estaban esperándolo, ¡y conocían la profecía! Una vez más, Glayino

se preguntó por la procedencia de esta. ¿Hasta qué punto la Tribu de la Caza Interminable estaba conectada con sus propios antepasados?

—¡No tenemos tiempo para despedidas! —Maulló Corvino Plumoso con impaciencia.

—Ten cuidado, pequeño. —Rivera restregó su mejilla con la de Glayino antes de acercarse a Carrasquera para despedirse también de ella.

Borrascoso le dio un lametazo en la oreja.

—Cuida de Leonino y Carrasquera —le susurró al oído.

A Glayino se le formó un nudo en la garganta.

—Adiós, Borrascoso.

Recordó las numerosas ocasiones en que Rivera lo había reconfortado y animado. Siempre había parecido entender cómo se sentía uno al ser diferente. Y Borrascoso nunca lo había tratado con condescendencia, sino con la misma calidez y rigurosidad que a los demás aprendices. Los echaría de menos a los dos.

Leonino se abrió paso.

—Adiós, Borrascoso. Enséñales a esos invasores que nunca se derrota a un clan.

—Adiós, Leonino —respondió el guerrero—. Recuerda que, aunque las experiencias nos cambien, tenemos que seguir adelante.

Una corriente cálida pareció fluir entre el guerrero y el aprendiz, y Glayino descubrió, sorprendido, que su hermano compartía un vínculo especial con Borrascoso; un vínculo que él no había captado hasta ese instante. Se quedó pensativo mientras sus compañeros de clan comenzaban a descender por la escarpada ladera, y no se movió de donde estaba cuando Borrascoso recogió las presas recién cazadas y echó a andar colina arriba.

—¡No te entretengas! —Corvino Plumoso le dio un empujoncito con el hocico, desviándolo de la pendiente rocosa hacia la zona con hierba.

Glayino se sulfuró.

—¡No necesito ayuda!

—¡Vale! —bufó Corvino Plumoso—. Pero no me culpes si te quedas rezagado.

Y se marchó a grandes zancadas.

«Debe de ser horrible tener un guerrero tan arisco como padre. ¡Me alegro de no ser Ventolino!», se dijo el aprendiz de curandero.

—¡Date prisa, Glayino! —lo llamó Leonino.

El aprendiz olfateó el aire. En aquella ladera despejada era fácil saber dónde estaban los demás. Zarzoso iba en cabeza, con Ventolino pisándole los

talones, y Corvino Plumoso ya había alcanzado al grupo y estaba junto a Trigueña. Esquiruela avanzaba sola, con Leonino y Carrasquera a pocos pasos de ella.

Glayino corrió hacia sus hermanos. Sintió la hierba lisa y blanda bajo sus zarpas.

—Resulta extraño dejar atrás a Borrascoso y Rivera —maulló, tratando de recuperar el aliento.

—Ellos han decidido quedarse —replicó Corvino Plumoso.

—¿Creéis que volveremos a verlos, a ellos y a la tribu? —preguntó Trigueña.

—Espero que no —contestó Corvino Plumoso—. No quiero volver a ver estas montañas en toda mi vida.

—Pero ellos podrían venir al lago —sugirió Carrasquera.

A sus espaldas, un aullido escalofriante resonó entre los riscos en lo alto.

—Primero tienen que llegar a casa sanos y salvos —murmuró Leonino.

—Llegarán —aseguró Zarzoso—. Conocen su territorio tan bien como cualquier otro gato de la tribu.

Mientras caminaba junto a sus hermanos, Glayino captó el olor húmedo de un bosque que había más adelante. Al cabo de poco, el suelo pasó de estar cubierto de hierba a tener encima un manto de hojas aplastadas. El viento dejó de alborotar el pelaje de los gatos, protegidos de repente por árboles por los cuatro costados, y Carrasquera echó a correr como si ya pudiera oler el lago. Glayino prefería la superficie despejada de las laderas de las montañas. Allí, por lo menos, los olores y los sonidos no quedaban amortiguados por la barrera de árboles, y tampoco había vegetación con la que tropezar. En aquel bosque desconocido se sintió más ciego de lo que se había sentido jamás.

—¡Cuidado!

El aviso de Leonino llegó demasiado tarde, y Glayino se encontró enredado en un zarzal.

—¡Cagarrutas de ratón!

Luchó por liberarse, pero la zarza parecía que se enroscara cada vez más en sus patas, como si quisiera atraparlo.

—¡No te muevas! —ordenó Carrasquera, corriendo hacia su hermano para ayudarlo.

Glayino se quedó quieto, tragándose la frustración, y dejó que Leonino tirara de los zarcillos que le envolvían las patas mientras Carrasquera lo guiaba delicadamente lejos del arbusto espinoso.

—¡Estúpidas zarzas!

El joven curandero levantó la cabeza y echó a andar, más inseguro que nunca del terreno que pisaba, pero haciendo todo lo posible para que no se le notara.

Sin pronunciar una sola palabra, Carrasquera y Leonino se colocaron a ambos lados de su hermano. Con el toque más leve de sus bigotes, la aprendiza lo guio alrededor de una mata de ortigas, y, cuando un tronco caído les bloqueó el paso, Leonino lo avisó con un toque de la cola para que se detuviera mientras él trepaba y saltaba al otro lado, señalándoles el camino que debían seguir.

Al ascender por la quebradiza corteza del árbol, Glayino no pudo evitar preguntarse: «¿De verdad la profecía se refiere a un gato que no puede ver?».

3

Leonino se agitó en sueños.

Plantado en una cumbre escarpada, sintió cómo la brisa de la montaña le alborotaba el pelo. En lo alto se extendía un cielo sin estrellas hasta el lejano horizonte, tan negro como el ala de un cuervo. Delante de él, los riscos se ondulaban como la superficie del lago agitada por el viento. Aunque no brillaba la luna, las cimas de las montañas relucían como el feldespato. «¡Todo esto es mío!». Entusiasmado, Leonino saltó hacia delante, lanzando piedrecillas a los oscuros valles de debajo con sus patas traseras. Salvó el desfiladero con un salto limpio y aterrizó en el risco opuesto. Sus zarpas arañaron la roca, agarrándose a ella con firmeza. Volvió a saltar, tan ligero como el aire, sin que su respiración se alterara lo más mínimo. Su cola pareció rozar el cielo, suave como el pelaje de un gato, y, con la sangre latiéndole en los oídos, el joven levantó la cabeza y aulló; su voz resonó como un trueno entre las montañas desiertas. «¡Tengo el poder de las estrellas en mis manos!».

—¡Leonino! —lo despertó Cenizo con un grito—. ¡Patrulla de caza!

El aprendiz abrió los ojos, sobresaltado. La luz del sol atravesaba las ramas de la guarida, y los rayos, intensos y amarillos, se colaban directamente hasta el suelo. Los otros lechos estaban vacíos. «¡El sol ya está en lo más alto!». Leonino se puso en pie, aún medio dormido, y entonces se acordó de todo: habían llegado al campamento a altas horas de la noche. Cenizo no podía estar enfadado con él por haber dormido hasta tarde, ¿no?

Arqueó el lomo con un estremecimiento de placer y se desperezó bostezando. Aún le dolían las patas por el largo trayecto que habían recorrido desde las montañas, y se lamió con cuidado una de las zarpas delanteras para comprobar si los rasguños habían empezado a curarse. No sabía a sangre y las

costras estaban duras. El suelo del bosque estaba blando, así que no sería un problema.

—¡Leonino! —lo llamó Cenizo de nuevo, ahora más cortante.

El joven salió de la guarida de los aprendices. ¡¿Acaso no se merecía un descanso?! Avanzó por el claro pesadamente, entornando los ojos ante el sol de la estación de la hoja verde. Este inundaba el campamento y le calentaba el pelaje. Una brisa suave movía las copas de los árboles que rodeaban la cima de la hondonada. En las montañas solo podían resguardarse del viento en la fría y húmeda cueva de detrás de la cascada. ¿Cómo, en el nombre del Clan Estelar, sobrevivía la tribu a la estación sin hojas? ¡La estación de la hoja verde ya era lo bastante fría!

—¡Por fin te has despertado! —lo saludó Cenizo—. Es probable que las presas hayan envejecido y muerto mientras estábamos esperándote.

—Entonces serán más fáciles de cazar —gruñó Leonino.

—Ya sé que debes de estar cansado —le concedió Cenizo—, pero Albina se muere de ganas de salir al bosque, y le he prometido a Candeal que iríamos con ellas.

Leonino reparó en Albina. La joven aprendiza estaba saltando alrededor del claro como una liebre de la estación de la hoja nueva, brincando y retorciéndose mientras perseguía a una presa invisible. Puede que su presa fuera invisible, pero la pequeña gatita, con su pelaje blanco lustroso y sus ojos azules brillantes, desde luego que no lo era. Tal vez por eso Estrella de Fuego había nombrado a Candeal su mentora. La guerrera blanca sabía lo que era destacar como la nieve en la estación de la hoja verde. Ella podría mostrarle a su aprendiza unas cuantas técnicas especiales, y estaba claro que la joven necesitaba aprenderlas cuanto antes. Leonino reprimió un ronroneo de risa al ver cómo Albina saltaba con torpeza por el claro; recordaba perfectamente lo emocionado que estaba él cuando empezó con su entrenamiento.

Candeal cruzó el claro sin dejar de vigilar a su aprendiza.

—¿Ya podemos irnos?

Leonino advirtió que le temblaba la punta de la cola. Era la primera vez que Candeal ejercía de mentora. ¿Le preocupaba cómo manejar la tremenda energía de su aprendiza? ¿O pensaba que sus dos pelajes blancos juntos ahuyentarían a todas las presas en cuanto pisaran el bosque?

—¿Adónde quieres que vayamos? —le preguntó Cenizo.

Candeal observó pensativa a la pequeña gata blanca, que se lanzó patosamente contra un montón de hojas secas, esparciéndolas en todas las direcciones.

—¿Dónde crees que le irá mejor a Albina? ¿Junto al Viejo Roble o en el sendero atronador abandonado?

A Leonino le rugió el estómago. Miró hacia el montón de la carne fresca, y sus ojos se clavaron en un ratón rollizo que destacaba en lo alto. Sin embargo, tenían que alimentar al clan antes de poder comer. Esa era la primera norma que los aprendices debían aprender, y la más dura de cumplir.

—Suele haber más presas alrededor del Viejo Roble —sugirió Leonino.

Ignorando por completo a su aprendiz, Cenizo inclinó la cabeza ante Candeal:

—Decídelo tú.

Leonino sintió una punzada de rabia. ¿Por qué se habían molestado en despertarlo? Estaba claro que no les interesaba su opinión, y ninguno de ellos le había preguntado por el viaje a las montañas. Miró irritado a su alrededor. Ningún gato del claro parecía lo más mínimamente interesado en su regreso. Musaraña estaba tomando el sol delante de la guarida de los veteranos. Fronda y Acedera compartían una tórtola debajo de la Cornisa Alta porque ya habrían terminado de cazar. Hojarasca Acuática estaba entrando en la maternidad con unas hojas en la boca… ¿Es que ninguno de ellos sentía curiosidad por las montañas o por su aventura?

—¡Eh, Leonino! —lo llamó Albina—. ¿Lo estoy haciendo bien?

Iba avanzando agachada, en la postura de acecho, y sacudía la cola.

—Ajá… —respondió el joven, distraído, mientras pensaba «¿Acaso le importo a alguien?».

—Debes mantener la cola inmóvil, Albina —la corrigió Cenizo.

Leonino miró a su mentor, sorprendido. «Creía que no te interesaban los aprendices».

Cenizo le sostuvo la mirada entornando los ojos, y luego le dio la espalda intencionadamente y se dirigió a Albina.

—Si mueves las hojas, la presa sabrá que te acercas.

No cabía duda de que pensaba que Leonino debería haber señalado el error de la joven aprendiza.

El joven se sulfuró. ¿De verdad esperaba que él actuase como mentor de la aprendiza? Luego, con un fogonazo de remordimiento, recordó cómo había agradecido que Borrascoso o Látigo Gris le hubieran señalado amablemente sus fallos.

Se acercó a Albina.

—Mira, Cenizo se refiere a esto —dijo, y se agazapó a su lado—. Baja el lomo así. Cuanto más te agaches, menos visible serás.

—¿Así?

Albina se arrastró por el suelo.

—Exacto.

La aprendiza le dedicó un guiño; sus ojos eran como estanques de cielo.

—Gracias, Leonino. La verdad es que estoy muy nerviosa por lo de salir a cazar.

Leonino le pasó la punta de la cola por el lomo.

—Todo irá bien —le aseguró—. Solo tienes que imitar a nuestros mentores. Y no esperes conseguir una presa en tu primer intento. Yo tardé mucho en lograrlo —añadió.

Albina asintió, muy seria, y Leonino le dio un lametazo en la oreja. ¿Así es como se sentía uno al ser mentor? La idea de enseñar a un cachorro torpe todo lo que sabía sobre caza y lucha, y de verlo convertirse en un guerrero fuerte y veloz, le gustaba mucho.

Pero ¿y si la profecía lo llevaba por un camino distinto del de los guerreros normales, y no podía enseñar a aprendices ni llevar a cabo las tareas habituales del clan? Mirando los resplandecientes ojos de Albina, Leonino sintió como si le estuvieran pidiendo que renunciase a esa clase de vida… Una que a él le encantaba.

—¿Podemos cazar aquí? —volvió a preguntar Albina.

Había querido cazar en todos los pequeños claros que habían atravesado de camino al Viejo Roble. Ahora, el gran árbol se alzaba ante ellos, y el suelo de alrededor estaba cubierto de hojas y caperuzas de bellota. En el lindero del claro, los helechos se apretujaban en los charcos de la luz que se filtraba a través de las ramas.

Candeal miró a Cenizo.

—¿Deberíamos seguir hasta el lago? —le preguntó—. Quizá haya más presas cerca de la orilla.

Cenizo la miró a su vez, pero no respondió.

«¿Por qué no la ayuda?», se extrañó Leonino, intentando cruzar una mirada con su mentor.

Candeal observó el claro.

—Aquí está bien —decidió finalmente—. ¿Qué tal en esa zona de helechos?

Leonino reparó en que a la guerrera volvía a temblarle la punta de la cola. Si Cenizo no pensaba ayudarla, quizá podría hacerlo él.

—Ahí hay un zarzal… —empezó.

Pero su sugerencia fue interrumpida por Cenizo, que le tocó la boca con la cola. El guerrero le hizo un gesto a Candeal.

—Confía en tus instintos.

—Helechos —se reafirmó la gata, guiando a su aprendiza hacia una mata frondosa.

Cenizo se acercó al oído de Leonino y le susurró:

—Sé que intentas ayudar, pero Candeal necesita ganar confianza.

Y los dos se quedaron mirando cómo la guerrera le indicaba a su aprendiza que se agazapara, corrigiéndole la postura con un toque del hocico.

—Lo está haciendo bien —añadió Cenizo.

Los helechos se estremecieron. Los tallos verde claro se agitaron desde la raíz hasta las puntas; no podía ser solo el viento lo que los movía. Albina se agachó y empezó a balancear las ancas, amasando el suelo con las zarpas. Con suma delicadeza, Candeal posó la cola sobre el lomo de su aprendiza hasta que la gata se quedó completamente inmóvil. Luego le susurró algo al oído y retrocedió; era el turno de la joven.

Leonino observó cómo Albina salía disparada y desaparecía entre los helechos.

Detrás de las frondas, un chillido fue silenciado con rapidez. Un instante después, la aprendiza reapareció con un pequeño campañol entre los dientes. Sus ojos resplandecían de alegría.

Cenizo se acercó a ella.

—¡Bien hecho!

A Candeal se le hinchó el pecho de orgullo.

—¡Eso ha sido estupendo, Albina!

—Buena captura —añadió Cenizo.

¡Tanto revuelo por un campañol diminuto…! Probablemente fuera demasiado joven para huir aunque hubiese querido. Los pensamientos de Leonino regresaron a la batalla en las montañas. Le alegraba que Albina hubiera cazado su primera pieza tan deprisa, pero ¿qué dirían si lo hubieran visto luchando contra los invasores de las montañas? Atrapar una presa no podía compararse con derrotar a todo un clan con una sola zarpa…

—¡Tordo!

Al oír el susurro de advertencia de Cenizo, Leonino miró por encima del hombro y siguió los ojos de su mentor. Un tordo rollizo estaba picoteando entre las hojas, cerca del ancho tronco del roble. Tan silencioso como una serpiente, Leonino rodeó con sigilo el árbol hasta quedarse detrás de él.

Pegando la barriga al suelo, comenzó a reptar hacia el tordo, con la cola un tanto levantada para no mover las hojas. El pájaro estaba buscando insectos, ajeno al peligro que lo acechaba. Leonino sintió un cosquilleo de satisfacción; una criatura tan boba merecía convertirse en carne fresca. Hizo una pausa, para calcular la distancia, y luego se impulsó hacia delante. Su gran salto le permitió pasar por encima de las raíces exteriores del árbol y recorrer tres zorros de distancia. Presa del pánico, el tordo desplegó las alas e intentó alzar el vuelo, pero era demasiado tarde. Leonino aterrizó sobre él con una precisión letal, aplastándolo con las alas extendidas, y lo mató de un mordisco limpio en el cuello.

—¡Eso ha sido fantástico! —Albina estaba mirándolo desde el otro lado del árbol, con los ojos desorbitados de asombro.

Candeal tenía las orejas pegadas a la cabeza y lo observaba boquiabierta.

Leonino sintió un picor en la nariz. Una de las suaves plumas del tordo se le había metido en el hocico. Se la quitó de un manotazo, sintiéndose un tanto cohibido.

Cenizo asintió.

—Impresionante.

—¡Menudo salto! —exclamó Candeal—. Casi parecía que ibas a pasarte de largo.

«No, de eso nada». Leonino se tragó la respuesta. Al constatar la sorpresa que aún perduraba en los ojos de sus compañeros de clan, decidió que sería mejor que pensaran que solo había sido un golpe de suerte. Tal vez Glayino tuviera razón. Quizá no les hiciera mucha gracia conocer la verdad que se ocultaba tras su asombrosa capacidad de matar.

Mientras se dirigían al campamento, la nariz de Leonino se llenó con el delicioso aroma del tordo. El ave chocaba contra su pecho al tiempo que removía las hojas del suelo con las alas. Albina caminaba al lado del joven, tropezando con su pequeña pieza cada vez que intentaba seguirle el ritmo.

—Ojalá no tuviera las patas tan cortas —se lamentó, con la voz amortiguada por el campañol.

—Ya crecerán —le aseguró Leonino.

Candeal y Cenizo iban delante, cada uno con sus propias presas. A aquellas alturas, a finales de la estación de la hoja verde, todas las capturas eran bienvenidas. El clan necesitaba alimentarse bien si quería sobrevivir a la estación sin hojas. Al menos, eso era lo que no dejaban de decir los gatos más

viejos. Para Leonino, la estación sin hojas no era más que algo que se hallaba al otro lado de las paredes de la maternidad: una amenaza que inquietaba a los adultos y que sacudía las ramas de la guarida.

—Has cazado una presa estupenda —maulló Albina.

Leonino le dio las gracias con un gruñido. No quería tragarse una pluma y pasarse el resto del día tosiendo.

—¿Por qué has saltado desde tan lejos? —insistió la aprendiza—. ¿Pensabas que el tordo podría oírte si te acercabas más?

—Solo quería probar.

Leonino estaba seguro de que podría haber llegado hasta el tordo de haberlo querido, pero ¿para qué malgastar tiempo yendo de puntillas?

—Eres un cazador magnífico —continuó Albina, hablando por la comisura de la boca—. Yo creía que Carrasquera era buena, pero tú eres asombroso. ¿Dónde has aprendido a saltar así? ¿Practicas por tu cuenta para estar tan fuerte? ¿Crees que yo debería entrenar más?

—Estoy seguro de que con Candeal recibirás todo el entrenamiento que necesites.

—Solo espero que me entrene tan bien como Cenizo te ha entrenado a ti.

Leonino vio cómo su mentor desaparecía detrás de una zarza que se extendía sobre el sendero. Cenizo le había enseñado bien; él jamás había deseado otro maestro. Pero el guerrero gris no había sido su único mentor. Estrella de Tigre también lo había entrenado. Y él había nacido con unos poderes con los que Albina no podría ni soñar, incluso aunque entrenara día y noche durante todas las lunas de su vida.

Mientras descendían por la senda que conducía a la hondonada del campamento, Leonino sintió una punzada de soledad. Era casi como si perteneciera a un clan distinto. La profecía lo llevaba más allá de los rostros familiares que los aguardaban en el claro para ver qué presas traía la patrulla de caza.

Albina echó a correr, siguiendo a Candeal y a Cenizo a través de la barrera de espinos que protegía el campamento del bosque. Leonino fue tras ellos y, al entrar en el claro, vio que Albina dejaba el campañol en el montón de la carne fresca y corría hacia sus compañeros de clan.

Carboncilla, Melosa y Rosellera estaban jugueteando al sol delante de la guarida de los aprendices.

—¿Tu primera presa? —le preguntó Melosa.

Albina levantó la barbilla.

—¡En mi primer intento!

Leonino sintió una punzada de envidia. Él jamás volvería a sentirse tan despreocupado, ni volvería a emocionarse por un éxito tan pequeño.

—¿Raposino ha vuelto? —quiso saber Albina, impaciente por enseñarle su primera captura a su hermano.

—Esquiruela se lo ha llevado a una patrulla fronteriza —le respondió Carboncilla—. No creo que tarden mucho.

Leonino fue a dejar el tordo en el montón de la carne fresca y notó que alguien lo rozaba. Era su hermana.

—Buena pieza. —La voz de Carrasquera no mostraba ninguna emoción, como si tuviera otra cosa en la cabeza.

Estaba mirando a las aprendizas que había reunidas delante de su guarida. Carboncilla y Rosellera se lanzaban una bola de musgo, mientras Melosa saltaba para atraparla.

—¿No te unes a ellas? —le preguntó Leonino.

La joven parpadeó.

—No me apetece.

Eso no era propio de Carrasquera, sobre todo si era Carboncilla la que estaba jugando.

—¿Te pasa algo?

—No, pero no estoy de humor.

Leonino observó sus ojos verdes. ¿Acaso su hermana también se sentía aislada?

—Resulta raro, ¿verdad? —se atrevió a decir.

Carrasquera lo miró.

—¿El qué?

—Ser diferente.

—No somos diferentes… Al menos por fuera.

—Ya sabes a qué me refiero.

Leonino sintió una oleada de impaciencia. Necesitaba hablar con alguien. Llevaba todo el día aferrando su secreto como si fuera una presa que luchara por escapar. Carrasquera no tenía por qué ponerle las cosas más difíciles.

—A ser conscientes de algo tan importante como lo que nosotros sabemos y no poder contárselo a nadie.

A Carrasquera se le erizó el pelo del lomo, alarmada.

—No estarás pensando en contarlo, ¿verdad?

—No, yo…

Su hermana lo interrumpió:

—¡No debemos contárselo a nadie! No cuando nosotros no sabemos exactamente qué significa la profecía. —Bajó la voz, mirando a su alrededor —. Debemos averiguar qué se supone que tenemos que hacer con nuestros poderes.

Leonino flexionó las garras.

—¡No estaba pensando en contárselo a nadie!

¿Por qué era tan mandona? ¡Él no tenía el cerebro de un ratón! ¿Y por qué estaba siempre intentando averiguarlo todo? La profecía era muy sencilla: ellos tres iban a ser más poderosos que ningún otro gato, y debían estar preparados para usar sus poderes cuando fuese necesario. Se dio la vuelta y se fue a la roca partida.

Con el sol deslizándose sobre las copas de los árboles, el clan comenzó a coger piezas del montón de la carne fresca. Carboncilla escogió el tordo de Leonino y lo llevó a la maternidad, donde Mili, Dalia y sus cachorros darían buena cuenta de él.

Rosellera dejó un ratón rollizo delante de la guarida de los veteranos y exclamó:

—¡Carne fresca!

Rabo Largo salió entre las retorcidas ramas del arbusto de madreselva olfateando el aire, y Musaraña apareció detrás de él moviéndose con rigidez. La vieja gata se estaba volviendo más frágil con cada luna que pasaba. Rabo Largo esperó hasta que la veterana se aposentó al lado del ratón, y luego se sentó junto a ella.

—No tienes que vigilarme como si fuese una cachorrita indefensa —bufó Musaraña.

El viejo guerrero agitó los bigotes, risueño.

—Es una pena que tu lengua no esté tan gastada como el resto de tu cuerpo —ronroneó.

Musaraña le dio en la oreja con la cola.

—¿Quieres un poco? —le preguntó, empujando el ratón hacia él con el hocico.

—¡Podéis comeros también este si queréis! —Albina corrió hacia ellos con su pequeño campañol entre los dientes y lo dejó a los pies de Rabo Largo —. ¡Lo he cazado yo sola!

—¿Tu primera captura? —A Musaraña se le iluminó la mirada.

Rabo Largo se inclinó a olisquear el campañol.

—Huele de maravilla.

Las zarzas de la guarida de la curandera se sacudieron, y Glayino apareció en la entrada con una bola de musgo entre los dientes. Se acercó a los veteranos y depositó con cuidado la bola en el suelo. Luego, volviendo sus ciegos ojos azules hacia Albina, le dijo:

—He oído que hoy has estado muy atareada. Deberías comer algo.

—Tengo bastante hambre —admitió la joven.

—¡Gracias por el campañol! —Maulló Rabo Largo cuando la aprendiza salió corriendo hacia el montón de la carne fresca.

—¡De nada! —exclamó ella alegremente por encima del hombro.

—¿Te importa si te busco garrapatas mientras comes? —le preguntó Glayino a Musaraña.

—Si no hay más remedio… —refunfuñó la veterana—. Aunque no sé por qué tienes que esperar a que esté comiendo para venir con esa cosa repugnante —añadió, señalando la bola de musgo, que estaba empapada de bilis de ratón.

—He pensado que a lo mejor más tarde tenías sueño, y no quería molestarte.

Con mucha paciencia, Glayino comenzó a rebuscar entre el pelaje de la vieja gata. Luego se detuvo para arrancar un pedazo de musgo de la bola y se lo aplicó cerca de la base de la cola.

Un poco más allá, Leonino observaba a su hermano. No se parecía en nada al joven resentido que nunca había querido ser aprendiz de curandero. «Y, sin embargo, ahora sabe que es más poderoso que ninguno de sus compañeros de clan… Quizá por eso se le hagan más llevaderas las tareas aburridas». El joven aprendiz saltó a la roca partida y se tumbó sobre ella, pegando la barriga a la superficie calentada por el sol. Se preguntó cuántas lunas habrían pasado desde que Glayino se coló en el sueño de Estrella de Fuego y oyó la extraña predicción del nacimiento de tres cachorros con el poder de las estrellas en sus manos. Con un poco de suerte, cuando él se acostumbrara a la profecía, igual que Glayino, quizá también consiguiera que la frustración que lo roía por dentro se mitigara con el tiempo.

Levantó la vista hacia la Cornisa Alta. Estrella de Fuego, que acababa de salir de su guarida, comenzó a descender por las rocas desprendidas, seguido de Tormenta de Arena. El líder del Clan del Trueno nunca había mostrado la menor señal de conocer la profecía. Y nunca había tratado a los tres hermanos como si fueran otra cosa que aprendices normales y corrientes. Estrella de Fuego cogió un ratón del montón de la carne fresca para pasárselo a Tormenta de Arena, antes de escoger un gorrión para él. «¿Qué siente en realidad?», se

preguntó Leonino. De repente, deseó tener los poderes de Glayino para poder colarse en la mente del líder. ¿Estaría orgulloso de que fueran sus nietos? ¿Le complacería saber que su clan estaría siempre a salvo, protegido por unos gatos tan poderosos? ¿O, como temía Glayino, se sentiría inquieto por el hecho de tener en el clan a unos gatos más poderosos que él?

La barrera de espinos se estremeció cuando llegaron Esquiruela y Zarzoso, seguidos de Raposino y Bayo. El lugarteniente se acercó a Estrella de Fuego:

—Las fronteras están tranquilas —informó Zarzoso—, pero la patrulla del anochecer debería examinar minuciosamente la frontera del Clan del Viento. Por el olor, diría que han estado cazando en el bosque de su lado.

Estrella de Fuego se había sentado debajo de la Cornisa Alta, junto a Tormenta de Arena.

—Parece que han empezado a aficionarse a las ardillas —comentó.

Carboncilla, que estaba compartiendo una tórtola con Rosellera, levantó la vista, ilusionada.

—¿Puedo ir con la patrulla del anochecer? —preguntó.

Ahora que su pata herida se había recuperado lo bastante para retomar su entrenamiento, parecía ansiosa por realizar cualquier tarea, como si quisiera compensar el tiempo perdido.

—Sí —asintió Zarzoso—. Iba a pedirle a Látigo Gris que la dirigiera.

—¿Alguien ha mencionado a Látigo Gris? —Mili salió de la maternidad parpadeando y con ojos soñolientos.

Látigo Gris estaba reparando un agujero en el muro de la maternidad; el viento había abierto un hueco en las zarzas que con tanto cuidado habían entrelazado.

—¿Te encuentras bien? —El guerrero observó con atención a Mili.

Estaba muy hinchada por el embarazo; sus cachorros nacerían pronto.

—Sí —contestó la gata, que recogió dos ratones del montón de la carne fresca—. Es solo que prefiero comer contigo aquí fuera.

Llevó las presas hasta donde estaban Estrella de Fuego y Tormenta de Arena. Látigo Gris remetió un último zarcillo en el muro de la maternidad y corrió a reunirse con ella.

Un tordo aterrizó al lado de la roca partida, sobresaltando a Leonino. Carrasquera estaba allí, mirando a su hermano.

—He pensado que te apetecería compartirlo —maulló la aprendiza.

¿Era esa su manera de disculparse? Leonino lo dudaba. Seguro que su hermana no era consciente de lo mandona que podía llegar a ser. Aun así,

agradeció el gesto. Por muy solo que se sintiera debido a todo eso de la profecía, no podía olvidar que Carrasquera y Glayino estaban en su misma situación. Mientras tuviese a sus hermanos, jamás estaría realmente solo.

—Gracias —ronroneó, acomodándose para comer.

Betulino y Candeal compartían presas con Fronde Dorado, y Espinardo y Zancudo, que ya habían dado buena cuenta de las suyas, estaban tumbados al sol. Desde el viaje a las montañas, aquella era la primera vez que todo el clan se reunía para comer, y Leonino comenzó a sentirse más cómodo. Esperanzado, se dijo que, en realidad, todo seguía igual.

—Bueno, ¿y cómo estaba la tribu? —le preguntó Estrella de Fuego a Zarzoso.

El lugarteniente del Clan del Trueno engulló un bocado de carne.

—Tienen por delante una estación sin hojas muy dura —respondió—. Pero creo que les irá bien.

Leonino entornó los ojos. ¿Su padre estaba tan seguro de eso como parecía?

—¿Creéis que podrán defender las fronteras que establecisteis? —quiso saber Espinardo.

Esquiruela se encogió de hombros.

—Les enseñamos a hacerlo lo mejor que pudimos.

—Estoy seguro de que lo hicisteis muy bien —intervino Látigo Gris—. Sé lo meticulosos que sois con esas cosas.

—Al menos ahora tienen más posibilidades de las que tenían cuando llegamos allí —añadió Zarzoso—. Les resultó muy duro hacerse a la idea de que debían marcar fronteras alrededor de los terrenos de caza que antes solo ocupaban ellos, pero creo que han entendido lo importante que es para la tribu pelear por lo que tienen.

—Y, desde luego, les enseñamos a los invasores que no pueden quedarse con todo lo que les apetezca —añadió Esquiruela.

—¿Hubo muchos gatos heridos en la batalla? —preguntó Tormenta de Arena.

—No muchos —contestó Zarzoso—. Pero fue un combate muy duro.

«Y que jamás habríais ganado sin mí». Leonino esperó a que su padre le contara al clan lo bien que él había peleado.

—Los aprendices lucharon como auténticos guerreros. —Zarzoso lanzó una mirada a su hijo—. Fueron un orgullo para nuestro clan.

Leonino sintió un hormigueo de frustración en las zarpas.

—¿Es que no va a contar cómo luché? —susurró entre dientes.

—¡Baja la voz! —le advirtió Carrasquera—. Es mejor que no lo sepan. No debemos atraer la atención.

Leonino le dio un mordisco rabioso al tordo. «¿De qué sirve ser tan poderoso si nadie lo sabe?». De pronto, se descubrió medio deseando que hubiera otra batalla en aquella misma luna para poder mostrar a sus compañeros de clan qué clase de guerrero iba a ser, y se sorprendió pensando algo realmente siniestro: «Será mejor que entonces los demás clanes se anden con cuidado».

Con las patas cansadas y los músculos todavía doloridos por el viaje, Leonino se arrastró hasta su lecho. Necesitaba una larga noche de descanso para volver a sentirse como nuevo. Se ovilló en el limpio y seco musgo, y cerró los ojos.

—No irás a dormirte ya, ¿verdad? —le preguntó Rosellera desde el otro extremo de la guarida.

—¿No quieres saber lo que me ha contado Tormenta de Arena mientras estábamos entrenando? —añadió Melosa.

—Estoy cansado —murmuró Leonino.

No le apetecía compartir cotilleos con sus compañeros de guarida.

—Como quieras —maulló Rosellera.

De repente, dos patitas aterrizaron sobre su lomo y se le clavaron en las costillas.

—¡Lo siento! —Raposino retrocedió al ver que Leonino levantaba la cabeza de golpe.

El aprendiz lo miró furibundo.

—¡Ten cuidado!

—Solo estaba enseñándole a Albina cómo voy a atrapar un zorro antes de ganarme mi nombre de guerrero —maulló Raposino.

—Bueno, por el momento ya has demostrado que puedes atrapar un gato dormido —se burló Melosa.

Albina saltó en defensa de su hermano.

—¡Algún día cazará de verdad un zorro!

—Sí, claro. —Rosellera le lanzó un trozo de musgo.

Raposino atrapó la bola en el aire antes de que alcanzara a su hermana, y se la lanzó de nuevo a Rosellera.

—Un día pillaré un zorro. ¡Espera y verás!

—¡Tú no podrías pillar ni tos verde! —se mofó Rosellera.

—¡Sí que podría! —insistió Raposino.

Los demás aprendices ronronearon de risa.

—Quiero decir que podría cazar cualquier cosa que quisiera —se corrigió Raposino a toda prisa—. Ojalá Esquiruela dejara de preocuparse por mí todo el tiempo.

—Dejaría de hacerlo si tú dejaras de perderte —señaló Melosa—. Hoy hemos tenido que esperar una eternidad mientras Esquiruela iba a buscarte. ¡La ardilla que yo iba siguiendo estaba ya en el territorio del Clan de la Sombra para cuando te ha traído de vuelta!

—¡Estaba explorando! —protestó Raposino.

—Bueno, pues explora esto —dijo Carboncilla, que acababa de entrar en la guarida.

Leonino olió a miel, pero se quedó donde estaba mientras los demás aprendices se levantaban para ver qué llevaba la joven atigrada gris.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó Albina, emocionada.

—Nimbo Blanco ha localizado una colmena en un tronco hueco mientras estábamos patrullando cerca de la vivienda abandonada de los Dos Patas —le explicó Carboncilla—. Ha logrado meter la pata y sacar un trozo de panal.

—¿Y no le han picado? —Maulló Raposino.

—Solo una vez.

—Hace lunas que no pruebo la miel… —suspiró Rosellera.

—Nimbo Blanco le ha dado la mayor parte a Hojarasca Acuática para que la guarde, pero me ha dicho que podía quedarme con este trocito.

—¿Puedo darle un lametazo? —suplicó Albina.

—Adelante, pero no te pases —respondió Carboncilla—. Es para compartirlo con todos.

Albina cerró los ojos mientras lamía el trocito de panal, y luego los abrió de golpe, sorprendida.

—¡Apenas sabe a nada!

Rosellera ronroneó.

—¡Eso lo sabe todo el mundo, cerebro de ratón! —Ella también lamió el panal, lanzando un gemido de placer—. Me gusta cómo me suaviza la garganta y el calor que noto en la barriga. Me recuerda a la leche.

Leonino enterró la nariz debajo de las patas, para intentar no oír los ronroneos y maullidos de alegría de sus compañeros de guarida mientras mordisqueaban el trocito de panal. ¡Qué fáciles eran de contentar! Algún día tendría toda la miel del bosque que quisiera. Él no era como los demás, que se entusiasmaban con cualquier pequeño regalo. La punzada de soledad regresó, más fuerte que nunca.

De repente, un cuerpo cálido rozó el suyo. Carrasquera había entrado sigilosamente en la guarida y se estaba tumbando a su lado.

—¿No te unes al banquete de la miel? —susurró Leonino.

—Deja que disfruten —le respondió ella también en voz baja.

De pronto, Leonino se sintió menos solo. Cerró los ojos y se quedó dormido.

En su sueño, Leonino notó que el suelo del bosque estaba frío y cubierto de agujas de pino. Una fina niebla cubría el sotobosque y se ondulaba alrededor de los troncos rectos y pelados que se perdían en la oscuridad.

—Ya era hora de que volvieras a visitarnos.

El gruñido quedo de Estrella de Tigre resonó desde las sombras. Leonino vio la silueta de unos omoplatos enormes mientras el guerrero salía entre los árboles.

Alcotán lo seguía de cerca.

—Necesitas todo el entrenamiento que podamos proporcionarte.

Leonino se sulfuró.

—Pero ¡¿es que tampoco me visteis luchar en las montañas?! —exclamó.

¿Cuánto entrenamiento más necesitaba? Ya era mejor combatiente que cualquiera de sus compañeros de clan. ¡Lo había demostrado de sobra!

—A nosotros no nos importan las batallas pasadas —se apresuró a replicar Estrella de Tigre—. Solo las que están por venir.

Leonino entornó los ojos. Eso sonaba a excusa. «¡No pudieron verme en las montañas!». Incluso el poder de Estrella de Tigre tenía sus límites.

—Veamos si eres capaz de usar el cerebro tan bien como la fuerza. —El atigrado oscuro se situó detrás del joven y lo empujó hacia delante—. Intenta atacar a Alcotán por su lado más débil.

—Pero ¿no queréis saber lo que ocurrió con los gatos de las montañas?

Estrella de Tigre sacudió la cola.

—Eso no es asunto mío.

«¡No le interesa!». Leonino se quedó mirando a su fantasmal mentor. ¿Acaso Estrella de Tigre no creía que pudiera haber aprendido algo del largo viaje y de la lucha contra unos gatos diferentes a los de los clanes? ¿O es que pensaba que él lo sabía todo sobre combatir? Bueno, pues desde luego había algo que no sabía de Leonino. Quizá hubiera llegado el momento de que se enterase.

—¡¿A qué estás esperando?! —le gritó el enorme atigrado—. ¡Ataca a Alcotán!

Leonino notó que la rabia le subía desde el estómago. Saltó hacia Alcotán con las uñas desenvainadas y le arañó el costado con tanta ferocidad que le desgarró la piel. La sangre empezó a brotar de inmediato de la herida.

Alcotán lanzó un aullido de furia y se apartó de un salto, erizando el pelo.

Leonino se revolvió y se encaró con Estrella de Tigre.

—¿Ahora me escucharás? Tengo algo importante que contarte. ¡Hay una profecía! ¡Sobre mí! Por eso puedo luchar como lucho.

Los ojos de Estrella de Tigre relampaguearon.

—¿Qué quieres decir con una profecía?

—Es un sueño. Un viejo gato habló con Estrella de Fuego mientras dormía y le reveló la profecía: «Habrá tres, sangre de tu sangre, que tendrán el poder de las estrellas en sus manos». —Leonino recitó las palabras tal como se las había transmitido Glayino—. ¿Es que no lo ves? No hay duda de que se trata de nosotros, porque Esquiruela es hija de Estrella de Fuego.

Estrella de Tigre soltó un bufido de asco.

—¡Estrella de Fuego!

—¡Es cierto! —insistió el joven—. Si me hubieras visto pelear en las montañas, no tendrías ninguna duda. Derroté a todos los gatos con los que me enfrenté. ¡Tuve la sensación de que podía luchar eternamente y seguir venciéndolos a todos!

—Eso es solo porque yo te he entrenado —gruñó Estrella de Tigre.

—¡Es por más que eso! —protestó Leonino—. ¡Tengo el poder de las estrellas en mis manos!

—Y eso te lo contó Estrella de Fuego, ¿no? —se burló el atigrado.

—No. —El aprendiz clavó las garras en la tierra fría—. Glayino se coló en uno de los sueños de Estrella de Fuego y lo vio todo a escondidas.

De pronto, los ojos de Estrella de Tigre centellearon, divertidos.

—Ya veo —se mofó—. Un gato ha tenido un sueño que significa que tú eres la criatura más poderosa que ha existido jamás.

¿Por qué Estrella de Tigre no estaba tomándolo en serio? ¿Acaso no estaba orgulloso de que uno de sus parientes pudiera acabar dominando el bosque? ¿No era eso lo que quería? Leonino sintió que le subía un gruñido por la garganta. A lo mejor Estrella de Tigre quería todo eso solo para él.

—No te rías de mí —le espetó.

Alcotán agitó los bigotes.

—¡Mira al pequeño guerrero! Se cree que ya es como Estrella de Fuego, todo fuerza y valentía.

—En ese caso, ¿cómo explicáis lo que ocurrió en la batalla de las montañas? —quiso saber Leonino—. ¡Ni siquiera sufrí un solo arañazo!

—Te enfrentaste a un puñado de descarriados famélicos que jamás habían recibido entrenamiento —le espetó Alcotán con desdén—. ¡Caramba! ¡Ese sí que es el auténtico signo de un gran guerrero!

Leonino parpadeó. De pronto, el suelo que pisaba le pareció mucho más frío. ¿Y si estaban en lo cierto? Los gatos de las montañas no eran precisamente guerreros bien entrenados. La tribu podría haberlos vencido con la ayuda de cualquier gato de clan; no necesitaban al más poderoso jamás conocido para ganar la batalla. ¿Y si la profecía solo era un sueño?

—Ahora ya no estás tan convencido, ¿eh? —Estrella de Tigre sacudió la cola—. Debe de ser agradable creer que uno es el guerrero más grande que haya existido nunca, pero ¿tú crees que Estrella de Fuego habría enviado a tres gatos tan importantes para el clan a esas montañas, donde podrían haber muerto?

Leonino sintió una punzada de incertidumbre en el estómago. Era cierto, Estrella de Fuego jamás había dicho nada sobre la profecía. Y si de verdad creyera que sus tres nietos eran especiales, no habría puesto sus vidas en peligro. Los habría mantenido a salvo en el campamento, donde pudieran cuidar de su clan.

Estrella de Tigre se inclinó hacia delante, y su aliento agitó los bigotes de Leonino.

—Solo hay un camino hacia el poder —siseó—. Entrenamiento. Practica con ahínco tus técnicas de combate, y quizá algún día llegues a ser el gato más poderoso de todo el bosque. —Se apartó y, en un tono más áspero, añadió—: Y ahora, ¡repite el movimiento! Pero esta vez mantén las uñas envainadas ¡a menos que yo diga lo contrario!

4

Glayino depositó el pringoso paquete del panal sobre una hoja ancha y plana que había extendido en el suelo de la guarida de la curandera. A pesar de estar envuelto en hojas de romaza, el panal seguía rezumando miel, y temiendo que pudiera empapar las demás hierbas almacenadas en la grieta rocosa que había a un lado de la guarida, Hojarasca Acuática le había encargado que lo envolviese de nuevo mientras ella salía a recolectar nébeda.

El aprendiz dobló los extremos de la hoja, esperando que la pegajosa miel los mantuviera en su sitio mientras ataba el paquete con unas tiras de corteza.

De pronto, oyó un chillido de dolor que lo dejó helado. Un cachorro estaba sufriendo. Glayino plantó las orejas y reconoció de inmediato la voz de Tordillo. Se volvió hacia la cortina de zarzas y corrió en dirección a la entrada. Justo en ese momento apareció Dalia a la carrera. El joven captó su olor a miedo y notó el golpe de una zarpa cuando ella pasó por su lado. La reina debía de llevar a Tordillo por el pescuezo.

—Déjalo junto a la charca —le ordenó Glayino.

—¡Estaba saltando detrás de una abeja y ha caído en una mata de ortigas! —le explicó la gata resollando, después de dejar a su hijo en el suelo.

—¡Abeja tonta! —aulló el pequeño.

Glayino sintió una oleada de alivio. «¡Ortigas!». Por el jaleo que estaba armando, habría dicho que a Tordillo lo había atacado un zorro.

—Estrella de Fuego debería ordenar que las arrancaran —se quejó Dalia —. Sabía que algún día darían problemas.

—Las ortigas no son mortales —dijo Glayino, que comenzó a olisquear a Tordillo.

Este le dio un manotazo en el hocico. El pequeño no paraba de moverse y retorcerse, intentando lamerse las heridas a la vez que se frotaba la nariz.

—¡Estate quieto! —le ordenó Glayino.

—¡Es que me duele mucho! —se lamentó el pequeño.

Su suave pelaje de cachorro no era una buena defensa contra los urticantes pelos de las ortigas, y Glayino notó el calor que emanaban sus orejas y su nariz, donde la piel expuesta ya había empezado a hincharse.

—Iré a por unas hojas de romaza.

Como Dalia no paraba de dar vueltas alrededor de su hijo, nerviosa, Glayino tropezó con su cola cuando se dirigía al almacén de la curandera. El joven fue trastabillando hasta la grieta, de donde sacó un puñado de hojas que estaban al lado de la malva. Las olfateó a toda prisa para comprobar que había cogido la hierba correcta, antes de mascarlas y preparar una pasta. El jugo de la romaza actuaría con rapidez en las heridas de Tordillo, siempre y cuando pudiera hacerlo penetrar en el pelaje del pequeño.

Sin dejar de mascar, regresó junto al inquieto cachorro y se escupió la pasta en la zarpa para frotar con ella las orejas del paciente.

En un gesto instintivo, Tordillo se encogió.

—¡No me toques! —exclamó, lanzando un manotazo y mandando por el aire las hojas mascadas, que aterrizaron en la charca.

Glayino las oyó caer en el agua con un «chof». Bullendo de frustración, el aprendiz se dirigió de nuevo hacia el almacén.

—Cuanto antes dejes que te trate las heridas, antes dejarán de dolerte —maulló.

Y entonces volvió a chocar con Dalia, que seguía dando vueltas alrededor de su hijo. «¡Por el Clan Estelar!», bufó para sus adentros.

—¡Ve a ver cómo está Rosina! —le soltó a la reina—. No querrás que ella también acabe metida en las ortigas, ¿verdad? Yo cuidaré de Tordillo. —Sacudió la cola—. ¡Si es que decide estarse quieto de una vez!

—¿Seguro que estará bien? —preguntó Dalia, angustiada.

Glayino respiró hondo. Las palabras de Hojarasca Acuática resonaron en sus oídos: «Mantener la calma es bueno para ti y mejor para el paciente».

—Hasta ahora ningún gato ha muerto por unas picaduras de ortiga —dijo entre dientes.

—Procura no moverte, cariño —le pidió Dalia a Tordillo mientras salía de la guarida—. Vendré a verte en cuanto compruebe que Rosina está bien.

—¡No tengas prisa! —masculló Glayino.

Se agachó para mascar otro puñado de hojas y luego corrió junto a Tordillo y comenzó a lamerle las orejas. El cachorro intentó zafarse, pero Glayino lo inmovilizó contra el suelo con las patas delanteras.

—¡Estate quieto! —le ordenó entre lametones, y siguió lamiéndolo hasta cubrirle las orejas con el amargo jugo, a pesar de los aullidos del pequeño—. Ya sé que duele —maulló al terminar, dejándolo libre—, pero no corres ningún peligro. Ahora quédate aquí mientras traigo un poco más para el hocico.

Cuando dio media vuelta, percibió una oleada de rabia procedente de Tordillo y un roce sobre el suelo. ¡El cachorro iba a abalanzarse sobre su cola!

Glayino se giró en redondo a toda velocidad.

—¡Ni se te ocurra!

Tordillo chilló asustado cuando el aprendiz de curandero se le encaró. Estaba tan cerca de él que sus bigotes se tocaban.

—¿Có… cómo sabías lo que iba a hacer? —preguntó el pequeño con un hilo de voz.

Glayino entornó los ojos.

—No estoy tan ciego como tú crees.

El cachorro retrocedió.

—Lo siento.

—Y ahora, ¿vas a estarte quieto?

—Sí —murmuró.

Con una punzada de culpabilidad por haber atemorizado de ese modo al cachorro, Glayino recogió otro bocado de hojas mascadas, pero esta vez lo dejó delante de Tordillo.

—Extiéndete la pasta por las zarpas y luego frótate la nariz y la boca —le ordenó.

Tembloroso, Tordillo se untó las heridas con la pasta de hojas de romaza. Glayino percibió cómo se mitigaba su dolor; el jugo de la planta estaba surtiendo efecto. Aliviado, tomó más pasta y ayudó al pequeño a frotársela por el pelo, hasta que terminaron de cubrir todas las zonas irritadas. «Le daré a Dalia una semilla de adormidera cuando vuelva. Si se la da a Tordillo antes de acostarse, podrá dormir a pesar del picor».

Las zarzas susurraron y Glayino olfateó el aire: Hojarasca Acuática había regresado, y llevaba un buen manojo de nébeda.

—Dalia me ha contado lo de las ortigas —le dijo la curandera a Tordillo, después de dejar su carga en el suelo para examinarlo—. Buen trabajo, Glayino —maulló al cabo—. Justo la cantidad correcta de romaza.

El aprendiz no tenía muy claro si debía contarle que Tordillo había sido un paciente muy difícil.

—Deberías darle una semilla pequeña de adormidera —añadió su mentora —, solo para asegurarnos de que los picores no le impiden dormir por la noche. La irritación le molestará durante un tiempo.

«¡Gracias por el consejo!», replicó Glayino para sus adentros, aunque prefirió no decir nada. Tenía muy claro que debía ir acostumbrándose a oír lecciones que no necesitaba; a diferencia de Carrasquera y Leonino, a él seguirían tratándolo como a un aprendiz durante muchas lunas más. Como curandero, aún se esperaría de él que aprendiera de su mentora y cumpliera sus órdenes incluso después de recibir su nombre oficial. También tendría que habituarse a eso.

—Gracias, Glayino —maulló Tordillo, pillándolo por sorpresa—. Lamento mucho haber sido tan descerebrado.

El aprendiz sintió una oleada de simpatía por el cachorro.

—Estabas asustado y te dolía.

—Ahora ya estoy bien, y es gracias a ti —contestó, dirigiéndose hacia la salida.

—¿No vas a esperar a que Dalia venga a buscarte?

Tordillo se detuvo.

—Creo que podré encontrar yo solito el camino a la maternidad.

«Pero ¡qué bola de pelo más descarada!». Glayino, sin embargo, se sintió orgulloso. Tordillo había sido un paciente rebelde, pero él había logrado ganarse su respeto.

Las zarzas se cerraron detrás del cachorro, y el aprendiz comenzó a recoger la pasta de romaza que no había utilizado.

—Cuando caiga el sol, llevaré una semilla de adormidera a la maternidad —le prometió a Hojarasca Acuática antes de que ella se lo recordara.

La curandera, sin embargo, parecía absorta en sus pensamientos. Glayino interrumpió su tarea. «Hojarasca Acuática está preocupada…». Se dio cuenta de que la mente de la gata, pese a estar cerca de él, bullía con una energía agitada, igual que un relámpago en el horizonte. La curandera vio el paquete de miel a medio envolver, y, cuando caminó hacia él para acabar de cerrarlo, Glayino percibió que sus pasos eran pesados, como si el agotamiento lastrara sus patas. «Debe de haber tenido que trabajar muy duro mientras yo he estado en las montañas», se dijo el joven aprendiz, mientras tiraba en un rincón los restos de las hojas mascadas y corría a ayudar a su mentora.

—Lamento no haber tenido tiempo de terminar con esto.

Apretó con las patas el paquete de miel, ahora bien envuelto en hojas de ruibarbo, al tiempo que Hojarasca Acuática lo ataba con las tiras de corteza.

—Has tenido que encargarte de Tordillo —maulló la curandera mientras sujetaba la última tira.

Incluso su voz sonaba cansada, y Glayino se preguntó cómo era posible que no se hubiera dado cuenta hasta ese momento.

—Yo revisaré las reservas —propuso, lamiéndose las zarpas para quitarse los restos de jugo de romaza—. Decías que debemos averiguar qué tenemos antes de que llegue la estación de la caída de la hoja, ¿no? Por si necesitamos más provisiones de algunas plantas.

Se dirigió hasta la grieta de la roca y se coló en ella antes de que su mentora se ofreciera a ayudarlo.

Hacía muy poco que habían descubierto aquel hueco tan útil en el muro rocoso de la guarida de la curandera. Hojarasca Acuática estaba retirando la hiedra que había ido trepando por la pared de la cueva y que amenazaba con hundir sus sedientas raíces en el valioso suministro de agua de lluvia que se acumulaba en un rincón de la guarida, y la había visto. Era un tanto estrecha, y por ella solo podía pasar un gato pequeño si se retorcía, pero el interior se ensanchaba en un espacio lo suficientemente grande como para servir de almacén.

Glayino podía moverse por allí con bastante comodidad, y comenzó a olfatear los distintos montones de hierbas, bayas y raíces que había almacenados a lo largo de la pared.

—Sácalo todo —le pidió Hojarasca Acuática—. Así podremos ver lo que tenemos.

Una tras otra, Glayino fue empujando las plantas a través de la apertura. Cuando por fin salió, su mentora ya las había ordenado en pulcras hileras. El agudo olfato del joven fue reconociendo los distintos olores, hasta que en su mente se dibujó la imagen de un montón tras otro: consuelda, malva, tomillo, nébeda, semillas de adormidera en un trozo de corteza expertamente doblada, e incontables hierbas más.

—No queda mucha malva —comentó su mentora—. Y todavía quiero recolectar más nébeda.

Glayino oyó el susurro de unas hojas bajo la zarpa de la curandera.

—Hoy he traído toda la que he podido —prosiguió Hojarasca Acuática—, pero hay mucha más. Deberíamos recogerla mientras siga verde, y secarla para que esté lista cuando la necesitemos más adelante, en la estación de la caída de la hoja.

Secar las hojas al sol era la mejor manera de asegurarse de que no se pudrirían al almacenarlas.

Glayino tocó con la pata un fardo de tomillo. Olía a rancio.

—¿Cuánto tiempo tiene esto?

Hojarasca Acuática se inclinó a olfatearlo.

—Debí de recolectarlo durante la última estación de la hoja verde. Habrá perdido muchas propiedades. También deberíamos conseguir tomillo fresco.

—¿Tenemos bayas mortales?

En la última visita a la Laguna Lunar, Glayino había oído a Cirro mencionar las propiedades de aquella baya letal. Solo se utilizaba para evitar a los gatos muy enfermos una larga agonía. En el territorio del Clan de la Sombra crecía un arbusto de bayas mortales, y Cirro se había ofrecido a compartirlas con los demás curanderos. Hojarasca Acuática no había querido aceptarlas.

Glayino percibió una punzada de incomodidad en su mentora.

—Yo no uso bayas mortales —murmuró Hojarasca Acuática, que se puso a examinar un montón de fárfara—. Los curanderos del Clan de la Sombra sí lo hacen, y también les enseñan a sus aprendices a usarlas —añadió con voz pastosa, como si un recuerdo oscuro le llenara la mente—. Pero yo nunca te enseñaré algo así.

«¿Por qué no?». A Glayino la idea de tener en sus manos el poder de la vida y de la muerte lo intrigaba.

Era evidente que Hojarasca Acuática no quería saber nada de todo aquello.

—Nosotros debemos hacer todo lo posible por ayudar a nuestros compañeros de clan, pero es el Clan Estelar quien debe decidir el momento de la muerte. —Empujó un montón de hojas de consuelda hacia su aprendiz—. Revisa esto y tira las hojas que estén mohosas o que hayan perdido aroma.

Glayino se puso a voltearlas. Iba olfateándolas una por una, y apartaba las que ya no estaban lo bastante frescas o apenas olían. Hojarasca Acuática siguió trabajando junto a su aprendiz, troceando fárfara y formando paquetitos con ella.

—No he tenido ocasión de preguntarte nada desde que regresasteis —empezó la gata—. ¿Qué tal el viaje?

—Bastante bien.

Glayino recordó el salto aterrador que tuvo que dar por encima del hueco en el sendero escarpado de la montaña, sin saber dónde aterrizaría ni lo profundo que era el abismo a sus pies. Se estremeció solo de pensarlo.

—¿Qué te parecieron los gatos de la Tribu de las Aguas Rápidas? —Hojarasca Acuática los había conocido durante el Gran Viaje.

—Son un tanto peculiares. —Glayino intentó centrarse en lo que le había parecido más extraño de la tribu—. Las montañas son muy duras, y yo pensaba que los gatos de allí también lo serían, pero no tenían ni idea de cómo librarse de los invasores.

«Son como un clan que se esconde de algo», pensó para sus adentros. Había sentido lástima de los gatos de la tribu, encogidos en su cueva de detrás de la cascada, siempre mirando nerviosos por encima del hombro, en busca de algún peligro. Incluso sus antepasados parecían temerosos.

—Conocí a la Tribu de la Caza Interminable —se atrevió a decir.

Hojarasca Acuática siguió trabajando, pero la fárfara que manejaba se volvió más fragante, como si de repente sus patas se movieran con más rapidez y cierta inquietud.

—¿Y cómo son? —preguntó al fin la curandera.

—Un poco como el Clan Estelar —respondió Glayino, y mentalmente añadió: «Sabían que iría. Conocían la profecía»—. Pero no hicieron nada por ayudar a la tribu a vencer a los invasores.

—En ocasiones, incluso nuestros antepasados son incapaces de ayudarnos —suspiró Hojarasca Acuática.

—Pero… era como si estuviesen perdidos.

Glayino no podía quitarse de la cabeza la idea de que la tribu no había vivido siempre allí; estaba convencido de que habían vivido muy lejos de los intensos vientos y los riscos escarpados de las montañas, entre gatos que habían sido los primeros en conocer la profecía de los tres.

Hojarasca Acuática había interrumpido su tarea, y el joven percibió que estaba mirándolo con curiosidad.

—También me sorprendió que Narrarrocas fuera líder y curandero a la vez —maulló Glayino, antes de que su mentora pudiera hacerle más preguntas sobre la Tribu de la Caza Interminable.

—Es mucha responsabilidad para un solo gato —coincidió Hojarasca Acuática, retomando la tarea de empaquetar la fárfara—. El camino hacia la sabiduría puede ser muy solitario.

A Glayino le dio un vuelco el corazón. «¿Se está refiriendo a la profecía? ¿Es que Hojarasca Acuática la conoce? ¡No puede ser! Me habría dicho algo…». Sus latidos comenzaron a normalizarse mientras se decía que su mentora jamás habría podido ocultar un secreto semejante. Aun así, intentó hurgar en sus pensamientos en busca de alguna pista, pero la niebla habitual le bloqueó el paso. Solo pudo notar que la tristeza la engullía como una nube.

Tal vez Hojarasca Acuática no supiera nada de la profecía, pero no cabía duda de que algo la angustiaba.

¿Por qué parecía desdichada tan a menudo? El joven aprendiz quiso levantarle el ánimo.

—¿Te traigo algo de comer? —se ofreció.

—No. —Hojarasca Acuática negó con la cabeza, como si quisiera rechazar sus propios pensamientos—. Pero puedes volver a guardar la consuelda.

Cuando se metió por la grieta con un fardo de consuelda en la boca, Glayino oyó una voz en la entrada de la guarida.

—¿Hojarasca Acuática?

Era Nimbo Blanco.

—Ah, estás aquí. —El guerrero sonó aliviado al encontrar a la curandera.

Glayino se quedó donde estaba. Podía entretenerse enrollando y almacenando la consuelda al fondo de la grieta mientras Nimbo Blanco y Hojarasca Acuática hablaban.

—¿Estás herido? —le preguntó la gata.

—No. —El guerrero se paseó por la guarida—. Estoy preocupado por Carboncilla.

Glayino plantó las orejas. Hasta el momento, solo él y su mentora sabían que Carboncilla había vivido otra vida como curandera del Clan del Trueno, donde la llamaban «Carbonilla», y que le habían dado una segunda oportunidad para ser lo que siempre había soñado: guerrera del Clan del Trueno. La propia Carboncilla no sabía nada de eso, pero a veces tenía destellos de conocimientos que solo podría haberle enseñado la memoria de su otro yo pasado, y hablaba del viejo bosque como si lo hubiera visto con sus propios ojos. ¿Acaso Nimbo Blanco estaba empezando a sospechar que había algo inusual en su aprendiza?

—¿Se encuentra bien? —A Hojarasca Acuática se le había acelerado la respiración, igual que a Glayino.

El joven aprendiz se acercó a la abertura de la roca.

—¿Tú crees que está preparada para la evaluación final? —le preguntó Nimbo Blanco apresuradamente—. Melosa y Rosellera sí lo están, pero no quiero someter a Carboncilla a una prueba como esa a menos que esté del todo recuperada de la pata.

La curandera vaciló.

«¿Por qué no contesta?». Alarmado, Glayino hurgó en los pensamientos de su mentora. Esta vez estaba decidido a traspasar la niebla como fuera,

pero, cuando al fin lo consiguió, se le cortó la respiración: en la mente de Hojarasca Acuática un recuerdo brillaba con fuerza; un recuerdo tan potente que su mentora no podía ocultarlo.

Muros de roca rodeaban un barranco alfombrado de nieve. Glayino reconoció al instante el viejo campamento del bosque que había visitado con Carboncilla en sus sueños. La nieve cubría los arbustos y las guaridas, pero en el centro había un espacio despejado, y por allí cojeaba una gata gris arrastrando la cola, con los bigotes blancos de escarcha. Estaba tan flaca que Glayino podía verle los huesos, que parecían las ramas de un árbol sin hojas. Un viento cortante levantaba remolinos de nieve que cruzaban el claro. Glayino se estremeció de frío, atrapado en el recuerdo de su mentora como una mota de pelo en las espinas de un cardo.

Hojarasca Acuática caminaba hacia la gata gris, con los copos de nieve moteando su pelaje. Parecía muy joven. Tenía la cara redondeada de los cachorros, y ahuecaba el pelo por el frío.

—Carbonilla, deja que te traiga algo de comer —suplicó—. Acaba de llegar una patrulla de caza con un mirlo.

En los ojos empañados de Carbonilla brilló la esperanza.

—¿Un mirlo? —preguntó la curandera—. Hace mucho que no veo una presa así…

—Déjame que te traiga un poco —insistió Hojarasca Acuática.

La expresión de la gata gris cambió de repente. Ahora, sus ojos parecían fragmentos de hielo.

—¡No permitiré que desperdicies algo así conmigo! —exclamó—. Los veteranos y las reinas deben comer primero. Y luego deben hacerlo los guerreros y los aprendices; necesitan mantener las fuerzas para encontrar más comida.

—Pero tú también necesitas recuperar fuerzas —protestó Hojarasca Acuática—. Estás cuidando de los gatos con tos blanca. ¿Y si se transforma en tos verde? Te necesitarán más que nunca.

Carbonilla bajó la cabeza y después, más delicadamente, dijo:

—Con esta pata no puedo ir muy lejos. Sobre todo cuando me duele por el frío. Puedo pasar con menos comida que los demás.

En su voz había pesar y anhelo. Glayino también pudo oír las palabras que Carbonilla no había pronunciado: «Si no estuviera tullida, yo también podría salir a buscar comida para mis compañeros de clan…».

—Carboncilla está bien.

La vehemente respuesta de la gata devolvió a Glayino al presente. Su mentora estaba tranquilizando a Nimbo Blanco con mucho entusiasmo.

—Nada le impedirá ser guerrera —añadió.

—Me he dado cuenta de que, al realizar algunos movimientos de combate, mantiene la pata rígida. —El guerrero no parecía muy convencido—. Me preocupa que no me lo diga cuando le duele.

—Entonces, probablemente es que no le duela —maulló Hojarasca Acuática.

—¿Y si vinieras a observar su próxima sesión de entrenamiento? —le pidió Nimbo Blanco—. Solo para estar seguros.

—No creo que haga falta —replicó la gata con convicción—. Carboncilla va a ser una gran guerrera. Deberías estar orgulloso de ella.

—Y lo estoy —maulló Nimbo Blanco—. Pero no quiero presionarla. Si necesita más tiempo para recuperarse, no me importa esperar.

—Estoy convencida de que no la estás presionando.

Glayino notó que las dudas del mentor de Carboncilla se desvanecían.

—Me alivia oír eso —maulló el guerrero.

—Y yo me alegro de haber podido ayudarte.

—¿Vienes a comer algo? Acaba de llegar una patrulla de caza.

El joven aprendiz esperó a que los dos gatos se marcharan antes de salir de la grieta en la roca. Aún podía notar la tristeza de su mentora como si fuera una herida en su propia mente. ¿Cómo había podido Hojarasca Acuática apartarla con tanta facilidad? Sin duda la había sentido, porque el recuerdo era suyo, pero había sonado muy alegre mientras hablaba con Nimbo Blanco. Tanto que la había visto forzada, como si quisiera enterrar sus dudas. Glayino recogió otro paquete de fárfara y se dirigió de nuevo al almacén. Esperaba que Hojarasca Acuática tuviera razón sobre la vieja herida de Carboncilla.

5

Hojarasca Acuática estaba compartiendo un ratón con Nimbo Blanco cuando Glayino salió de la guarida de la curandera para ir hasta el montón de la carne fresca.

Había muchas presas entre las que elegir. Las patrullas de caza ya habían llenado el montón hasta arriba cuando el sol apenas había llegado a su cénit. Mientras Glayino sacaba una musaraña del fondo —tan fresca que aún estaba tibia—, en su mente brotó la imagen de una Carbonilla famélica sobre la nieve. ¿Estaría Hojarasca Acuática pensando en su antigua mentora mientras comía?

—¡Glayino! —Látigo Gris estaba cruzando el claro en su dirección—. ¡Acábate eso deprisa que nos vamos a cazar!

—¿Yo también? —preguntó el joven, ilusionado.

—Acedera, Ratonero y yo cazaremos —se corrigió Látigo Gris, que sin duda advirtió la decepción en el aprendiz de curandero, porque le pasó la cola por el lomo—. Tú tienes que hacer un trabajo más importante. Hojarasca Acuática quiere que nos acompañes para recolectar hierbas.

«Genial». De repente, Glayino ya no tenía hambre. Volvió a dejar la musaraña en el montón de la carne fresca.

—Ya comeré cuando regrese.

—Vamos a bajar hasta el lago —le dijo Látigo Gris.

—¿El lago? —Glayino sintió una punzada de interés.

El palo grabado estaba en la orilla; era su vínculo con los antiguos gatos de los túneles, quizá incluso con misterios más grandes aún. Ojalá lograra entender qué significaban todas las marcas.

—De acuerdo, supongo que me irá bien salir del campamento para estirar las patas.

—Eso está mejor.

Látigo Gris dio media vuelta y se dirigió hacia el túnel de espinos, donde lo esperaban con impaciencia Ratonero y Acedera. Glayino corrió tras el viejo guerrero, y la patrulla salió al bosque.

Ratonero, que había sido nombrado guerrero hacía poco, bullía de emoción.

—¡Espero atrapar algo bueno! Una ardilla, tal vez.

Látigo Gris ronroneó.

—¡Andaos con ojo, ardillas!

El bosque estaba amodorrado por el calor; la vegetación, mustia y olorosa, y el aire, repleto de abejas. Ratonero se había adelantado, y sus pasos resonaban sobre el suelo alfombrado de hojas. Látigo Gris corrió tras él.

—Ojalá fuera siempre la estación de la hoja verde —maulló Acedera, que iba pegada a Glayino.

—Sí.

El joven se adelantó. Conocía aquella parte del bosque lo bastante bien como para no necesitar guía, y, pisando con fuerza, echó a correr por aquel sendero que le era tan familiar.

—¡Espérame! —exclamó Acedera, sorprendida.

Alcanzaron a Ratonero y Látigo Gris en lo alto del risco. Allí terminaban los árboles, y el bosque se transformaba en una ladera herbosa que descendía hasta el lago.

Ratonero estaba sin aliento.

—Ha estado a punto de conseguir su ardilla —maulló Látigo Gris, orgulloso—. Pero la criatura ha trepado a ese árbol.

Las hojas susurraron en lo alto.

—Si ese estúpido mirlo no hubiera dado la voz de alarma… —refunfuñó el joven guerrero.

—Ya atraparás una la próxima vez —lo animó Látigo Gris.

Acedera amasó el suelo con las zarpas.

—Me muero de ganas de cazar con mis hijas cuando se conviertan en guerreras —declaró, con la voz cargada de orgullo—. A Melosa, Rosellera y Carboncilla las evaluarán cualquier día de estos.

Glayino se puso tenso. ¿De verdad la pata de Carboncilla estaba lo bastante fuerte?

—Será estupendo tenerlas en nuestra guarida —coincidió Ratonero—. A lo mejor conseguimos que los guerreros viejos dejen de acaparar los mejores lechos y de quedarse con el musgo más blando.

Látigo Gris ronroneó divertido.

—Los guerreros viejos necesitamos musgo blando para nuestros pobres y viejos huesos.

—Ay, ¡que yo no me refería a vosotros dos! —exclamó Ratonero, avergonzado.

—Estoy segura de que a Espinardo y Manto Polvoroso les encantará saber eso —bromeó Acedera.

—¡No pensaréis contárselo, ¿verdad?! —Maulló Ratonero, alarmado.

Acedera comenzó a bajar por la ladera.

—¡Por supuesto que no! —le respondió por encima del hombro—. Además, nosotros no somos viejos. Y en cuanto Mili dé a luz, Látigo Gris se sentirá más joven que nunca.

Glayino corrió tras la guerrera, disfrutando de la brisa que le alborotaba el pelo y que olía al agua del lago.

Látigo Gris se detuvo en la orilla.

—¿Este es un buen lugar para recoger hierbas?

Glayino asintió.

—Puedo recoger malva junto al agua.

—Ratonero puede ayudarte —sugirió Acedera.

—Pero ¿qué pasa con mi…? —empezó el joven guerrero.

—Tu ardilla puede esperar —zanjó Látigo Gris.

Ratonero sacudió la cola.

—Supongo que sí… Además, si vamos junto al agua, ¡podría cazar un pez!

«Eso es bastante improbable, a menos que también tengas un mentor del Clan del Río», se dijo Glayino mientras avanzaba por los guijarros, que se movían agradablemente bajo sus patas.

Ratonero lo siguió.

—El lago está tan liso como una hoja de laurel —maulló.

Por el sonido de las olas que lamían perezosamente la orilla, Glayino ya se lo había imaginado.

—¿Qué aspecto tiene la malva? —quiso saber Ratonero.

El aprendiz de curandero se encogió de hombros.

—No lo sé, nunca la he visto.

—¡Ay, lo siento! —se disculpó el joven guerrero con un gritito pesaroso.

—Olvídalo —respondió Glayino; al fin y al cabo, no había sido más que un desliz tonto—. Es blanda y un poco velluda, y las hojas son grandes.

Glayino se puso a olfatear el aire. Recordaba haber recolectado malva por aquella zona. Sí, un dulce olor le colmó la nariz. Señaló con la cola hacia el

borde del agua.

—¿Ves esa planta de allí? Eso es malva —le indicó a Ratonero.

—¿En serio? —El joven gato sonó impresionado.

Glayino no se molestó en contestar. Había comenzado a sentir un hormigueo en las zarpas; el palo debía de estar cerca.

—¿Puedes ir a recoger unas cuantas hojas? —le pidió a Ratonero—. Hay algo que quiero comprobar orilla arriba.

—Vale. —El joven guerrero comenzó a descender hacia la orilla—. ¿Cuántas quieres?

—Todas las que puedas cargar.

Glayino se dio la vuelta y caminó a lo largo de la playa, en dirección a la línea de árboles que crecían en la zona. Las sinuosas raíces se extendían sobre las piedrecillas, y una vez allí se puso a olfatear alrededor de uno de los troncos retorcidos, hasta que localizó el palo. Seguía estando donde él lo había escondido, debajo de la raíz de un serbal, a salvo de las subidas y bajadas del lago.

Lo sacó de allí, sintiendo una oleada de alivio al percibir el contacto de la madera lisa. No cabía duda de que era su palo. Deslizando la zarpa por la superficie, notó las familiares rayas que había grabadas en ella. Sabía mucho más sobre su significado que la última vez que las había tocado. Indicaban el éxito o el fracaso de incontables gatos, de Hojas Caídas y sus compañeros de clan. Y, sin embargo, aún le quedaba mucho por descubrir; aquel palo solo era una rendija a las vidas de unos gatos que existieron mucho antes que él. Pensó en el clan que usaba los túneles como prueba para los futuros guerreros, y en la Tribu de las Aguas Rápidas. ¿Estaban relacionados de alguna forma? ¿Estaban todos, clanes, tribus o lo que fueran, conectados de algún modo, pese a ser diferentes?

Ratonero se dirigía hacia él chapoteando por la orilla. Olía a malva y a hierba. A toda prisa y con cierta torpeza, Glayino volvió a empujar el palo detrás de las raíces. Los guijarros crujieron cuando el joven guerrero subió por la playa.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber Ratonero, con la voz amortiguada por las hojas de malva.

—Solo estoy comprobando una cosa.

Ratonero dejó las hojas en el suelo.

—¿En un palo?

—No es importante —mintió Glayino. Y, preparándose para una lluvia de preguntas, añadió—: Son cosas de curanderos, nada que tú puedas entender.

Ratonero se limitó a formar un montoncito con las hojas de malva.

—Lo que tú digas. Yo ya no soy aprendiz. Soy guerrero; ahora cazo y lucho. Te dejo a ti las cosas raras de curanderos. —Su voz se distorsionó de nuevo cuando comenzó a recoger las hojas—. Me alegro de no tener que recordar todo lo que debes recordar tú.

«Si solo fuera eso…», pensó Glayino.

La voz de Látigo Gris sonó desde lo alto de la ribera:

—¿Has conseguido atrapar a tu pez, Ratonero?

—¡No, pero he atrapado un manojo de malvas! —respondió, regando a Glayino con parte de las hojas empapadas.

El aprendiz reprimió un bufido de frustración y recogió las hojas esparcidas. Luego siguió a Ratonero hasta la cima de la ribera, donde los esperaban Látigo Gris y Acedera. Por el olor, habían cazado ratones. A Glayino le rugió el estómago, y deseó haber comido cuando había tenido la oportunidad.

—Llevemos esto al campamento —maulló Acedera—. Parece que alguien tiene hambre.

Y echó a correr por la herbosa ladera, de regreso al bosque.

Cuando alcanzaron el risco para dirigirse a casa, Glayino se detuvo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Látigo Gris.

—Una patrulla viene hacia aquí.

Su olor llenaba el aire. Al cabo de un instante, Espinardo y su aprendiza, Rosellera, aparecieron entre la vegetación, seguidos de cerca por Centella y Betulón. Todos emanaban un gran nerviosismo.

—¡El Clan del Viento ha traspasado la frontera! —gritó Centella.

Látigo Gris dejó su ratón en el suelo.

—¿Están en territorio del Clan del Trueno?

—No —gruñó Espinardo—. Pero los olores son frescos. Por lo visto, han ignorado la última advertencia que les hizo Estrella de Fuego y han estado cazando en nuestras tierras de nuevo.

—¿Habéis vuelto a marcar la frontera? —quiso saber Látigo Gris.

—Lo hemos hecho de inmediato. —Betulón se paseaba alterado entre sus compañeros de clan.

—Bien. —Látigo Gris arañó la tierra—. Debemos informar a Estrella de Fuego enseguida.

• • •

El campamento estaba envuelto en la misma somnolencia propia de la estación de la hoja verde que el bosque, y casi ningún gato se movió cuando la patrulla entró a toda prisa en el claro.

—¿Centella? —preguntó Nimbo Blanco, medio dormido delante de la guarida de los guerreros—. ¿Adónde vas?

—Enseguida vuelvo —le respondió ella, subiendo a la Cornisa Alta tras Espinardo.

Ratonero dejó las hojas de malva junto a Glayino.

—¿Puedes encargarte de esto? Quiero ir a contarles a Bayo y Pinta lo que ha sucedido.

Aquella era la primera crisis desde que Ratonero se había convertido en guerrero, y Glayino no le reprochó su emoción.

—No hay problema.

Cuando Ratonero salió disparado, el aprendiz de curandero dejó las hojas de malva que él llevaba sobre las otras y comenzó a formar fardos con ellas para trasladarlas a la guarida de Hojarasca Acuática.

—¿Quieres que te ayude? —se ofreció Carrasquera, acercándose a él.

—Sí, por favor.

Estaba harto del sabor de la malva.

—¿Qué era todo ese jaleo? —le preguntó su hermana, formando un nuevo montón de hojas.

—El Clan del Viento ha vuelto a cruzar la frontera.

A Carrasquera se le erizó el pelo.

—Después de lo ocurrido la última vez, habría dicho que…

Glayino se encogió de hombros. Al parecer, rescatar a las cachorritas del Clan del Viento no había sido bastante para apaciguar la creciente hostilidad de sus vecinos. El joven se preparó para un discurso lleno de indignación sobre cómo los guerreros de verdad respetaban las fronteras, pero le sorprendió descubrir que Carrasquera estaba pensando en otras cosas.

—Carboncilla acaba de contarme que mañana tiene su evaluación —maulló la aprendiza.

Glayino se puso tenso. «¿Tan pronto?».

—¿Carboncilla se ha quejado alguna vez de que le dolía la pata? —preguntó el aprendiz como si nada.

—¿Qué? —Carrasquera se acercó un poco más a él—. ¿Por qué? ¿Qué ocurre? Está mejor, ¿no?

Glayino asintió.

—Hojarasca Acuática dice que sí.

—Bueno, en ese caso no hay de qué preocuparse. —Soltó un suspiro—. Ojalá pudiera verla.

—¿La evaluación de Carboncilla?

—¡Claro!

El joven pensó deprisa. Podría vigilar a la aprendiza gris mientras realizaba la prueba y confirmar que todo estaba bien.

—¿Y por qué no lo hacemos?

—¡¿Ver la evaluación?! —exclamó su hermana, alarmada—. Pero eso no está permitido, ¿verdad?

—¿Lo prohíbe el código guerrero?

—¿De qué estáis hablando? —Leonino apareció detrás de Carrasquera.

—Estamos pensando en ir mañana a ver la evaluación de Carboncilla —le explicó ella.

—Pero eso no está permitido, ¿verdad? —preguntó, repitiendo las palabras de su hermana.

—No lo creo —respondió Glayino—. Pero no teníamos pensado anunciarlo a voz en grito desde la Cornisa Alta.

—¡Hagámoslo! —se decidió Leonino.

—Si alguien nos pilla —maulló Carrasquera—, podemos decir que intentábamos obtener información antes de nuestra evaluación. Ningún guerrero pondría peros a eso.

Los pájaros que gorjeaban en los árboles de lo alto de la hondonada despertaron a Glayino. Estaba amaneciendo. El joven se desperezó y salió del lecho, estremeciéndose. La primera hora de la mañana llegaba con frío a la hondonada, recordándole que la estación de la caída de la hoja estaba cada vez más cerca. Glayino se limpió la cara y las patas a toda prisa. La evaluación empezaría temprano, y les había prometido a sus hermanos que se reuniría con ellos fuera del campamento.

—¿Adónde vas? —La voz de Hojarasca Acuática lo sorprendió cuando se dirigía hacia la entrada de la guarida.

—Ayer dejé algunas hojas en el bosque —mintió.

—¿Podrás encontrarlas tú solo?

—Las dejé ayer —bufó—. Sé exactamente dónde encontrarlas, no tengo el cerebro de un ratón.

Dio por hecho que su mentora estaría demasiado preocupada por haberlo ofendido como para hacerle más preguntas.

Salió de la guarida en dirección al túnel de espinos.

Centella montaba guardia en la entrada del campamento.

—Sales temprano —le dijo.

—Voy a por hierbas para Hojarasca Acuática.

—¿Necesitas que te acompañen?

—No, gracias —respondió Glayino de inmediato.

—La patrulla del alba ya ha salido —lo informó Centella—. Y la evaluación empezará dentro de poco. Así que, si necesitas ayuda, tendrás cerca a muchos compañeros de clan.

—No la necesitaré —le aseguró él.

Dicho esto, empezó a alejarse, aliviado por conocer tan bien aquella parte del bosque. No quería que Centella lo viera caerse de morros. Ascendió por el sendero hasta que estuvo seguro de quedar fuera de su vista, y entonces se internó en los arbustos. Leonino les había dicho que se encontrarían al pie del roble donde crecían las setas. Sería fácil dar con él; en aquel momento del año, incluso los gatos que veían podían percibir el intenso olor de los hongos del bosque. Pudo captar su mohoso aroma desde donde estaba, y, pisando cuidadosamente entre la vegetación, se dejó guiar por su olfato hasta que notó bajo las patas la tierra turbosa en la que abundaban las setas.

No había ni rastro de sus hermanos.

Poco después, le llegó el olor desagradable del lugar donde los gatos hacían sus necesidades, y los arbustos susurraron a sus espaldas.

—Perdón por el retraso —se disculpó Carrasquera, casi sin aliento.

—No se nos ocurría una excusa para salir del campamento —añadió Leonino—, así que nos hemos escabullido por el túnel que va al lugar donde nos aliviamos.

Glayino arrugó el hocico.

—Ya lo he notado.

Sus hermanos olían más fuerte que las setas que crecían a su alrededor.

—Y además tengo el pelo lleno de pinchos —se quejó Carrasquera.

—Prueba a rodar un poco sobre la turba —le sugirió Glayino—. Así te librarás del olor y de los pinchos.

—¡Eh, buena idea!

Glayino se apartó de un salto cuando su hermana le roció la cara con tierra.

—¡Gracias! —masculló.

—Ha sido idea tuya —replicó ella, poniéndose en pie y olfateándose el pelo ruidosamente—. ¡Y ha funcionado!

—No sé por qué te sorprende…

—Déjame probar a mí —maulló Leonino antes de imitar a su hermana.

—Ahora oléis como un par de setas —se lamentó Glayino.

—Será un buen camuflaje —señaló Carrasquera.

—La pobre Carboncilla creerá que la están acechando unas setas gigantes… —ronroneó Leonino.

Su hermano plantó las orejas.

—¡Silencio!

Oyó el susurro de la vegetación en la distancia. La brisa de la mañana arrastraba el olor de Tormenta de Arena, Nimbo Blanco y Espinardo.

—Seguidme… ¡Y no hagáis ruido! —les ordenó Glayino.

Comenzó a avanzar con sigilo, como acechando a una presa, pero se le enganchó una pata en una raíz y trastabilló.

—Yo me pongo en cabeza —susurró Leonino—. Dime por dónde hay que ir.

—Todo recto —maulló Glayino entre dientes, dejando que su hermano se adelantara—. Espinardo y los demás van justo por delante de nosotros.

Después de recorrer unos pocos zorros de distancia a través de la maleza, Carrasquera tiró de la cola de Glayino.

—Ya los oigo —dijo en un susurro.

Glayino había oído la profunda voz de Espinardo.

—Espero que estés preparada —le estaba diciendo el guerrero a Rosellera, su aprendiza.

—Aquí hay un zarzal —avisó Leonino a su hermano—. Avanza agachado y pegado a mí.

Glayino hizo caso a Leonino y se arrastró por detrás de él, notando cómo las espinas se le enganchaban en el pelo.

La voz de Nimbo Blanco ya sonaba con claridad:

—Sé que lo haréis lo mejor que podáis, pero recordad que no estáis compitiendo con nadie, tan solo con vosotras mismas.

—Tampoco podéis ayudaros unas a otras —les advirtió Tormenta de Arena—. Esta es una prueba individual en la que debéis mostrar vuestras habilidades para cazar.

—Y os estaremos observando, aunque quizá no nos veáis —maulló Espinardo.

Leonino se detuvo, y Glayino se colocó a su lado retorciéndose, notando cómo se le clavaban más espinas en el lomo. Carrasquera se unió a ellos.

—¡Esto es muy emocionante!

—¡Habla más bajo! —bufó Leonino.

Por el sonido de las voces, los guerreros y sus aprendizas se hallaban realmente cerca. Glayino confiaba en que su hermano se hubiese detenido en un lugar en el que quedaran bien ocultos, y esperó que la tierra de las setas bastara para enmascarar sus olores. El aire crepitaba con la ilusión de las tres aprendizas, que aguardaban impacientes el inicio de su evaluación.

—Carboncilla no puede estarse quieta —comentó Carrasquera.

—La pobre Melosa parece petrificada —susurró Leonino—, pero Rosellera está tan tranquila como una raposa.

—A Rosellera no la altera nada —coincidió su hermana.

Las esperanzas y la determinación se mezclaban en el aire.

—Buena suerte —maulló Espinardo.

Los tres guerreros desaparecieron en el bosque, dejando solas a las aprendizas.

—¿Dónde voy a cazar? —preguntó Melosa con nerviosismo.

—Confía en tu instinto —le aconsejó Rosellera—. Yo me voy por aquí.

Glayino oyó los pasos de Rosellera; iba directa al zarzal en el que estaba escondido con sus hermanos. Sin atreverse a retroceder por miedo a sacudir el arbusto, se pegó al suelo. Carrasquera y Leonino se tensaron a su lado, conteniendo la respiración mientras Rosellera rozaba las hojas del zarzal.

«Por favor, ¡que no nos vea!», suplicó el aprendiz de curandero.

Carrasquera clavó las garras en la tierra blanda.

Glayino se puso tenso, pero soltó un suspiro de alivio cuando percibió que las patas de la aprendiza se alejaban ladera arriba.

—Va hacia la orilla del lago —susurró Carrasquera.

—Y Melosa en dirección contraria —maulló Leonino.

—¿Y Carboncilla? —quiso saber Glayino.

—Está saboreando el aire. —El aliento de Carrasquera le hizo cosquillas en la oreja—. Y parece que ha captado un olor, porque se ha puesto en marcha.

—Venga —susurró Leonino—. Vamos a seguirla.

Y comenzó a salir de debajo del arbusto. Glayino fue detrás de su hermano, cuya cola le rozaba la nariz. Una vez fuera, no tardó en reconocer el suelo que pisaba. Estaban recorriendo la falda de la ladera. Sin separarse de la cola de Leonino, y con Carrasquera rozándole el costado, le resultó fácil seguir el ritmo de Carboncilla cuando la gata comenzó a apretar el paso.

—¡Se la ve muy segura! —exclamó Carrasquera—. Va con la cola bien alta.

Leonino se detuvo sin previo aviso.

—¡Está dando la vuelta! —siseó.

Glayino frenó en seco, pero no pudo evitar chocar contra su hermano. Notó cómo Carrasquera lo agarraba por la cola y tiraba de él hacia atrás; luego Leonino lo empujó a un lado, y los tres atravesaron un muro de helechos justo a tiempo para que la aprendiza no los viera. Carboncilla pasó ante ellos haciendo bastante ruido.

—¡Por los pelos! —resolló Leonino.

En la distancia, un chillido estalló en el aire. Se oyó un revoloteo de alas.

—¡Cagarrutas de ratón! —exclamó una voz furiosa a través de los árboles.

—Parece que a Melosa se le ha escapado la primera presa —maulló Leonino.

—¡Qué más da Melosa! —replicó Carrasquera—. ¡Carboncilla se está alejando!

La joven salió de entre los helechos y comenzó a perseguir a su amiga. Leonino empujó a Glayino tras su hermana, y de nuevo echaron a correr por el bosque en pos de la atigrada gris.

Glayino reconoció un olor.

—¡Ardilla!

Los pasos de Carboncilla sonaron más veloces.

—La está siguiendo —maulló Leonino.

—Ya la veo —susurró Carrasquera—. No cabe duda de que va tras ella. Avanza tan pegada al suelo como una serpiente.

—¿La ardilla la ha visto? —preguntó Glayino.

—Está corriendo —siseó su hermano—, aunque todavía va por el suelo. Creo que intuye algo, pero aún no ha trepado a los árboles.

—Está intentando escapar —le susurró Carrasquera al oído—. Carboncilla tendrá que atacar pronto.

—La ardilla está corriendo por un tronco caído, y va directa a un roble grande —maulló Leonino—. Si Carboncilla no ataca ya, la perderá.

—¡Allá va! —anunció Carrasquera triunfalmente—. Qué salto tan… —Se le quebró la voz.

—¿Qué pasa? —Glayino sintió una punzada de alarma.

A través de los arbustos, oyó unos arañazos seguidos de un golpe sordo.

—¡Ha calculado mal el momento de saltar! —exclamó Leonino con voz estrangulada.

—¡Y ha chocado contra la parte superior del tronco caído! —chilló Carrasquera.

De pronto, el aire se cargó de dolor.

—¡Está herida! —gritó Carrasquera.

Sin embargo, Glayino ya estaba corriendo hacia Carboncilla, esperando no tropezar con nada. Su hermana lo adelantó y saltó junto a su amiga, que gimoteaba con impotencia sobre el tronco. Glayino trepó por la corteza y notó que se desmenuzaba bajo sus garras. Sin aliento, se agachó al lado de la aprendiza.

Nimbo Blanco apareció disparado desde los arbustos.

—¿Se ha hecho daño?

De la pata herida de Carboncilla brotaban oleadas de un dolor atroz. Glayino pegó la mejilla a la pata; había empezado a inflamarse, y la tenía caliente y temblorosa.

—¡Es su pata mala! —exclamó.

La respiración de la aprendiza era agitada y superficial.

—Se me ha torcido al saltar… —dijo con voz quebrada.

Nimbo Blanco trepó al tronco y apartó a Carrasquera.

—¡Sabía que no estaba preparada!

—Tenemos que llevarla al campamento —le dijo Glayino—. Carrasquera, adelántate para avisar a Hojarasca Acuática.

La joven vaciló porque no quería separarse de su amiga.

—¡Vete ya! —le ordenó su hermano.

Carrasquera echó a correr, y la vegetación susurró mientras ella desaparecía en el bosque.

—No te preocupes, Carboncilla —la tranquilizó Nimbo Blanco—. Te llevaremos a casa. —Miró a Leonino, que seguía al pie del tronco, y le dijo—: Yo voy a agarrarla por el pescuezo para bajarla. Necesito que te asegures de que la pata herida no se golpea contra nada ni toca el suelo. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Sí.

Carboncilla gimió cuando Nimbo Blanco la levantó cuidadosamente por la piel del pescuezo.

Leonino se plantó sobre las patas traseras para ayudar, y Glayino saltó a su lado, rozando el pelo de Carboncilla, que colgaba en el aire. Prestando mucha atención, Nimbo Blanco se deslizó por el tronco. La aprendiza aulló cuando aterrizaron y su mentor la depositó en el suelo.

Glayino pegó la mejilla en el tembloroso costado de la joven. Los latidos de su corazón eran regulares y fuertes.

—¿Crees que podrás caminar a tres patas? —le preguntó.

—Sí, creo que sí —gimió ella.

—Nosotros te ayudaremos —le prometió Leonino.

Carboncilla apoyó sus tres patas buenas en el suelo cubierto de hojas. Glayino se apartó para que Leonino y Nimbo Blanco se apretaran contra ella por ambos lados. Lentamente, la aprendiza herida empezó a caminar cojeando; sus pisadas sonaban de forma irregular, y, con cada paso, Glayino sentía como si lo atravesara una espina.

—¿No podéis cargar con ella? —bufó con frustración—. Hojarasca Acuática tiene que examinarla enseguida.

«¿Y si sufre una conmoción?».

—Cálmate. —Nimbo Blanco no quería que lo agobiara—. Podríamos hacerle más daño.

Finalmente, alcanzaron la barrera de espinos y recorrieron el túnel a la velocidad de un caracol.

Carrasquera los esperaba en el claro, con el pelo erizado de preocupación.

—¡Está caminando!

—No exactamente —gruñó Nimbo Blanco.

—¿Está muy mal? —quiso saber Látigo Gris desde el otro extremo.

Dalia esperaba en la entrada de la maternidad.

—¿Se la ha roto otra vez?

—Todavía no lo sabemos —contestó Glayino, que iba dando vueltas alrededor de su paciente, nervioso, mientras Leonino y Nimbo Blanco la ayudaban a cruzar el claro.

Carrasquera apartó a un lado la cortina de zarzas cuando llegaron a la guarida de la curandera.

—Túmbate aquí —le indicó Hojarasca Acuática a Carboncilla en cuanto entraron.

Por el olor, Glayino supo enseguida que la curandera ya había preparado un lecho con musgo fresco en un rincón tranquilo de la cueva.

Carboncilla gimió de dolor cuando se acomodó entre el musgo.

—Salid, por favor —maulló Hojarasca Acuática, despachando a Carrasquera y a Leonino.

—Pero ¡yo quiero quedarme con Carboncilla! —protestó Carrasquera.

—Puedes venir a visitarla más tarde —replicó la gata, inflexible con los dos aprendices, que se habían apretujado en la entrada—. ¿Qué le ha pasado?

—le preguntó a Nimbo Blanco con voz crispada.

—Estaba saltando a un tronco caído… —empezó a explicar el guerrero.

—¡Y mi estúpida pata ha cedido! —lo interrumpió Carboncilla—. ¡Y he suspendido la evaluación!

—Eso ahora no importa. —Nimbo Blanco intentó tranquilizarla, pero su aprendiza ardía de rabia.

—¡Por supuesto que importa! —le espetó—. No quiero que Melosa y Rosellera se trasladen a la guarida de los guerreros sin mí. Quiero pasar en vela la primera noche como guerreras junto a ellas, ¡no yo sola!

—Sé que estás disgustada —le dijo Hojarasca Acuática—. A ver si podemos hacer que estés más cómoda. —Su voz sonaba calmada, pero Glayino percibió la inquietud de su mentora bullendo bajo su piel mientras comenzaba a examinar a Carboncilla—. No hay nada roto —maulló al cabo —. No es tan malo como la otra vez.

—Pues yo me siento peor —gruñó la joven.

—Solo es un desgarro muscular —le aseguró la curandera—. Con un poco de reposo te recuperarás pronto.

—Pero ¿por qué me ha fallado?

En vez de contestarle, Hojarasca Acuática se dirigió a Nimbo Blanco:

—Déjamela a mí —maulló en voz baja—. Te avisaré en cuanto termine de atenderla.

Glayino se apartó para dejar pasar a Nimbo Blanco. Se preguntó si debía ofrecerse a ayudar, pero su mentora parecía tan concentrada en la herida de Carboncilla que decidió quedarse sentado cerca de la entrada y guardar silencio. Estaría preparado para ayudarla si se lo pedía.

—¿Por qué me ha fallado? —repitió la aprendiza, cada vez más furiosa—. ¿Es que no se curó bien la última vez? ¿Siempre estará débil? ¿Y si nunca llego a ser guerrera?

Glayino percibió el pánico de Hojarasca Acuática como una ráfaga de viento caliente que le alborotaba el pelo.

—Estarás bien —la tranquilizó la gata—. Voy a aplicarte un ungüento que he preparado.

Se dirigió al fondo de la guarida, y cuando volvió junto a ellos y comenzó a extender la pasta sobre la pata de Carboncilla, Glayino captó el intenso olor de la ortiga y la consuelda flotando en el aire.

—Tómate estas semillas de adormidera —le aconsejó—. Te ayudarán a descansar.

Glayino oyó cómo la respiración de la aprendiza se volvía más lenta y profunda. Hojarasca Acuática permaneció inmóvil junto a ella hasta que se quedó dormida. Solo entonces se dio la vuelta y se sobresaltó al ver a Glayino.

—¿Todavía estás aquí?

Él se incorporó, entumecido de tanto rato que llevaba sin moverse.

—No iba a marcharme con una paciente aquí.

—Pensaba que te habías ido con los demás… —murmuró Hojarasca Acuática, que volvía a parecer ensimismada.

—No deberías haberle dicho a Nimbo Blanco que Carboncilla estaba lista para la evaluación.

—No eres tú quien debe juzgar eso —replicó la gata con un temblor en la voz.

—Ni siquiera quisiste ir a verla a un entrenamiento para valorar si estaba completamente en forma.

—¡Tú no lo entiendes!

—Claro que sí —respondió el joven en voz baja.

Señaló con la cabeza hacia la entrada, instando a su mentora a salir de la guarida. Ella lo siguió hasta los zarzales. Allí nadie podría oírlos.

Glayino respiró hondo.

—Sé que quieres que Carboncilla se convierta en guerrera lo antes posible. No quieres que sufra el mismo destino que Carbonilla.

—¿Y qué tiene eso de malo? —preguntó Hojarasca Acuática—. No poder convertirse en guerrera le partió el corazón.

«Hay destinos peores», pensó Glayino.

—Estás obsesionada con el pasado. Quieres asegurarte de que todo sucede de la forma en la que tú crees que debería suceder.

—Solo quiero hacer lo correcto…

—Pero uno no siempre es capaz, por mucho que lo desee.

—Lo sé… —De su mentora brotó una oleada de pesar mucho más agudo y profundo de lo que Glayino se esperaba—. Pero nunca dejaré de intentarlo.

6

Carrasquera vio cómo se aclaraba el cielo con la llegada del alba. ¿Sería demasiado pronto para ir a ver a Carboncilla? La noche anterior, Hojarasca Acuática no la había dejado entrar en su guarida porque la paciente estaba durmiendo.

La barrera de espinos susurró. La patrulla del alba había regresado.

Látigo Gris y Manto Polvoroso entraron en el campamento, seguidos de Candeal y Albina. La guerrera blanca intentaba que su aprendiza guardara silencio.

—Has estado parloteando sin parar desde que hemos salido —la riñó—. Ahora ya estamos en casa, pero tus compañeros de clan siguen durmiendo.

—¡Solo estaba preguntándole a Látigo Gris si podía ir con él a informar a Estrella de Fuego!

Por primera vez, la joven había salido en una patrulla del alba y rebosaba energía.

—Son noticias serias. —Látigo Gris le dio delicadamente en la oreja con la cola—. No estoy seguro de que Estrella de Fuego te quiera brincando por su guarida mientras se las comunicamos.

Carrasquera plantó las orejas.

—¿Qué noticias? —preguntó, acercándose a ellos.

—Pronto lo sabrás —le respondió Látigo Gris mientras seguía a Manto Polvoroso hacia la Cornisa Alta.

Desilusionada, Carrasquera dio media vuelta y se quedó mirando la guarida de la curandera. «Solo asomaré la cabeza para ver si hay alguien despierto», decidió. Fue hacia allí y se abrió paso entre las zarzas que cubrían la entrada. Parpadeando para acostumbrarse a la penumbra, vio a Hojarasca Acuática mezclando hierbas junto a la grieta de la roca.

Carrasquera entró.

—¿Eso es para Carboncilla? —susurró.

Hojarasca Acuática asintió sin mirarla.

—Sí, así es.

—He venido a ver cómo se encuentra —se explicó la joven—. ¿Está despierta?

Un maullido ronco brotó desde un lecho entre las sombras:

—Llevo una eternidad despierta.

Carboncilla sonaba dolorida. Carrasquera corrió junto a su amiga, que estaba tumbada desgarbadamente sobre el musgo, con la pata herida estirada y los ojos empañados.

Hojarasca Acuática cruzó la guarida y le dejó unas hojas al lado. Carrasquera miró nerviosa a la curandera.

—¿Carboncilla está bien?

—Tiene un desgarro muscular en la pata.

—Ah… ¡Pues, en ese caso, solo debe empezar a utilizarla! —Maulló Carrasquera alegremente—. Así recuperará toda la fuerza.

—Para ti es fácil decirlo —rezongó Carboncilla.

—Venga, prueba a estirarla —la animó su amiga.

Temblando, Carboncilla hizo un esfuerzo para mover la pata.

—¡No puedo!

A Carrasquera le dio un vuelco el corazón. Carboncilla nunca había sonado tan desdichada.

—Es lógico que esté entumecida —le dijo Hojarasca Acuática.

Carrasquera entornó los ojos. La curandera hablaba en un tono algo cortante. ¿La frustraba que Carboncilla armara tanto jaleo?

—Pruébalo otra vez —maulló Hojarasca Acuática.

—Sí —coincidió Carrasquera—. Cuanto antes empieces a moverte, mejor.

Con una mueca, y mucho esfuerzo, Carboncilla se puso en pie.

—Intenta apoyarte un poco sobre ella —le sugirió la curandera.

La joven posó la pata en el suelo con mucho cuidado.

—¡Au!

Y se derrumbó de nuevo en el lecho.

—Me duele demasiado y estoy agotada.

—Tómate estas hierbas. —Hojarasca Acuática le acercó un montón de hojas, y con el ceño fruncido, añadió—: Traeré un poco más de ungüento para rebajar la inflamación.

¿Estaba preocupada o disgustada?

Cuando la gata se dirigió al otro lado de la guarida, Carrasquera decidió distraer a su amiga.

—Albina ha salido en su primera patrulla.

—¿Ah, sí? —replicó Carboncilla sin el menor interés.

Carrasquera buscó algo más que pudiera contarle. ¿Debía compartir con ella lo que Zarzoso le había dicho la noche anterior? «Tarde o temprano, acabará por enterarse».

—Hoy Estrella de Fuego va a nombrar guerreras a Melosa y Rosellera.

Carboncilla giró la cabeza hacia otro lado y cerró los ojos.

—Pronto llegará tu turno —le aseguró Carrasquera.

—Solo quiero dormir… —masculló la atigrada gris sin mirarla.

—Está bien. —Abatida, Carrasquera se dirigió hacia la entrada—. ¡No olvides comerte esas hierbas! —exclamó por encima del hombro.

Carboncilla se limitó a gruñir cuando su amiga salió a través de las zarzas.

Glayino estaba a punto de entrar en la guarida.

—Te has levantado pronto —lo saludó Carrasquera.

—He ido a ver cómo estaba Mili. ¿Has visto a Carboncilla?

—Sí. —Carrasquera suspiró—. Parece que se encuentra incluso peor que la primera vez que se lesionó la pata.

—Se sentirá mejor cuando le baje la inflamación.

—¿Crees que podrá volver a caminar? —preguntó la joven con un temblor en las orejas.

Se sobresaltó al darse cuenta de que la respuesta la aterrorizaba.

Glayino parpadeó.

—¡Por supuesto que sí! Solo se ha torcido la pata. Esta vez debería recuperarse más rápido.

«¿En serio?», se extrañó Carrasquera, mirando fijamente a su hermano.

—Pero ¡si ni siquiera ha intentado moverse! La otra vez, apenas podíamos mantenerla quieta.

—Solo está triste. Estaba muy cerca de convertirse en guerrera, y ahora tendrá que esperar.

—Hojarasca Acuática parecía realmente preocupada.

—¡Ah, Hojarasca Acuática! —resopló su hermano, enfadado.

Y sin añadir nada más, se dio la vuelta y entró en la guarida.

Sorprendida, Carrasquera se quedó mirando la cortina de zarzas. ¿Acaso Glayino había discutido con su mentora? «Pero ¿por qué iban a pelearse?».

—¡Carrasquera! —El maullido entusiasmado de Raposino la hizo volverse en redondo.

Faltó poco para que el joven aprendiz chocara con ella antes de frenar en seco.

—¡Estrella de Fuego está a punto de dar sus nombres guerreros a Rosellera y Melosa! —La informó.

La aprendiza levantó la vista hacia la Cornisa Alta: Estrella de Fuego estaba mirando al claro.

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas se reúnan aquí! —llamó el líder.

Espinardo y Tormenta de Arena ya estaban esperando debajo de la cornisa con Melosa y Rosellera. Las jóvenes gatas se habían aseado con esmero, y su pelaje estaba lustroso y reluciente. Sus ojos centelleaban.

Con un cosquilleo en las zarpas, Carrasquera corrió hacia Leonino y se reunió con su hermano en el borde del claro. Ambos eran solo una luna más jóvenes que Rosellera y Melosa; pronto les tocaría también a ellos.

—¿Puedes imaginarte lo que sentiremos al convertirnos en guerreros? —le susurró a Leonino.

Su hermano hinchó el pecho.

—Cuando llegue ese día, todos los gatos nos tomarán en serio.

Mili salió de la maternidad meneando su gran vientre abultado y miró esperanzada hacia el claro. Se le iluminaron los ojos al localizar a Látigo Gris, que estaba comiéndose un ratón junto a la roca partida.

El guerrero gris levantó la mirada hacia ella, tragando el último bocado.

—Lo siento… —Eructó mientras corría a reunirse con Mili—. Tenía muchísima hambre después de la patrulla. —La miró preocupado—. ¿Tú ya has comido?

Mili le lamió la mejilla.

—Rosellera nos ha traído una pieza hace un rato —lo tranquilizó.

Se dirigieron hacia el lindero del claro, que era un hervidero de conversaciones mientras el clan se congregaba para la ceremonia de nombramiento. Moviéndose con rigidez, Musaraña salió de la guarida de los veteranos junto con Rabo Largo. Era difícil saber quién guiaba a quién.

—A este ritmo, no quedarán aprendices que vayan a por musgo para mi lecho —se quejó Musaraña.

Albina, que estaba pasando por su lado, se detuvo a mirarla muy seria.

—Yo siempre iré a buscarte el musgo más blando, Musaraña —le prometió—. Incluso cuando sea guerrera.

La veterana ronroneó.

—¡Lárgate de aquí! —Y la empujó cariñosamente con el hocico.

Carrasquera se volvió hacia su hermano:

—Albina debe de haber enloquecido.

A Leonino le temblaron los bigotes al reprimir un ronroneo de risa.

Nimbo Blanco y Centella se habían acomodado a la sombra de la Cornisa Alta. Tormenta de Arena y Espinardo los saludaron con la cabeza; los dos mentores se habían apartado de sus aprendizas, pegándose al muro rocoso. Era evidente que querían dejarles espacio a Fronde Dorado y Acedera para que estuvieran cerca de sus hijas.

Acedera estaba lamiendo con fruición las orejas de Rosellera.

—Quiero que tengas buen aspecto —le dijo, mientras su hija se echaba hacia atrás para estar fuera de su alcance.

Fronde Dorado ronroneó.

—Está estupenda —declaró, observando con orgullo a las dos aprendizas —. Las dos lo están.

Acedera miró al suelo, con los ojos empañados por la tristeza.

—Topero también debería estar aquí —maulló, refiriéndose a su hijo, que había muerto de tos verde.

—Y Carboncilla —dijo Nimbo Blanco, que miró hacia la guarida de la curandera.

Le temblaron los bigotes al ver cómo se estremecían las zarzas de la entrada, pero quien salió por ellas fue Hojarasca Acuática.

Carrasquera imaginó que el guerrero esperaba que su aprendiza estuviera presente en la ceremonia.

Sacudiendo la cola, Acedera se separó de sus hijas para ir a hablar con la curandera.

—¿Cómo está Carboncilla?

—Bien —la tranquilizó su amiga—. Si no fuera así, no la habría dejado sola.

Carrasquera se dio cuenta de que la inquietud que revelaban los ojos de la curandera no casaba con su tono despreocupado. Para su sorpresa, Acedera acarició el costado de Hojarasca Acuática con el hocico.

—Debe de recordarte al accidente de Carbonilla… —murmuró la guerrera.

A Hojarasca Acuática se le dilataron las pupilas, como si nunca hubiera reparado en esa conexión. Sus ojos parpadearon.

—Y justamente por eso no permitiré que a Carboncilla le suceda lo mismo.

—Espero que Hojarasca Acuática tenga razón esta vez —le susurró Nimbo Blanco a Centella.

La gata restregó el hocico contra el suyo.

—Seguro que sí. Antes de que te des cuenta, llegará el turno de tu aprendiza.

Albina aún no se había sentado. Parecía entusiasmada, y estaba dando vueltas alrededor de su hermano, fuera del círculo que habían formado los gatos del clan.

—Me muero de ganas de que llegue mi turno. Me gustaría llamarme «Tormenta Albina». ¿Crees que podré elegir?

—Quien elige es Estrella de Fuego —le contestó Raposino—. Pero espero que a mí me nombre «Cazarraposos».

—Pero ¡si es un nombre horrible…!

—¡No, no lo es!

—¡Sí que lo es!

Fronda se acercó a sus hijos.

—¿Ya estáis discutiendo otra vez? —Maulló, dándole un lametón a Albina en la cabeza, para alisarle un mechón de pelo que le sobresalía como una mata de hierba.

—¡Ha empezado Raposino! —acusó la aprendiza.

—Me da igual quién haya empezado —replicó Fronda—. Guardad silencio y dejad hablar a Estrella de Fuego.

Albina levantó la vista, alarmada, y se encontró con que Estrella de Fuego estaba mirándola con severidad. A toda prisa, bordeó el claro seguida de su hermano y se sentó al lado de Carrasquera. La joven aprendiza reprimió un ronroneo de risa cuando la gatita blanca dobló la cola sobre las patas e intentó permanecer inmóvil.

El líder del clan dio un paso adelante en el borde de la Cornisa Alta.

—Yo, Estrella de Fuego, líder del Clan del Trueno, solicito a mis antepasados guerreros que observen a estas dos aprendizas —empezó.

Carrasquera notó que Albina temblaba de la emoción.

—Han entrenado duro para comprender el sistema de vuestro noble código —prosiguió el líder—, y yo os las encomiendo a su vez como guerreras.

Bajó por las rocas desprendidas y caminó hasta el centro del claro. Con un gesto, Tormenta de Arena le dio ánimos a Melosa, que tenía los ojos dilatados por el temor. Espinardo empujó hacia delante a Rosellera, y las dos hermanas avanzaron por el claro.

—Rosellera y Melosa, ¿prometéis respetar el código guerrero y proteger y defender a este clan, incluso a costa de vuestra vida? —les preguntó entonces Estrella de Fuego.

—Lo prometo —contestó Melosa con un hilo de voz.

—¡Lo prometo! —exclamó Rosellera, ahogando casi la respuesta de su hermana.

Carrasquera notó un hormigueo de envidia en las zarpas, pero apartó ese sentimiento enseguida. «Pronto me tocará a mí», se dijo.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar, os doy vuestros nombres guerreros.

Estrella de Fuego le hizo una señal con la cola a Rosellera para que se acercara, y la joven obedeció caminando bien erguida hacia él. Tocándole la cabeza con el hocico, el líder declaró:

—Rosellera, a partir de este momento serás conocida como «Rosella». —Y dio un paso atrás—. El Clan Estelar se honra con tu valor y tu iniciativa.

Luego miró a Melosa, que dio un paso al frente, y dijo:

—Melosa, a partir de este momento serás conocida como «Melada». El Clan Estelar se honra con tu inteligencia y bondad.

Y posó el hocico entre sus orejas.

—¡Rosella! ¡Melada! —coreó el clan para felicitar a las nuevas guerreras.

Carrasquera las vitoreó con todas sus energías, orgullosa de sus compañeras de guarida, pero enmudeció al reparar en que Melada miraba tímidamente a Bayo; era como si buscara su aprobación por encima de cualquier otra.

—Ojalá Melosa… quiero decir, Melada, dejara de suspirar por ese sabelotodo —le susurró Carrasquera a Leonino.

Su hermano soltó un resoplido.

—Ahora que van a compartir guarida de nuevo se pondrá más tonta aún.

Carrasquera lo miró, sorprendida por su desdén. Después de todo, él también sabía lo que era el mal de amores. «¿Alguna vez piensa en Zarpa Brecina?», se preguntó. Ojalá Melada estuviera loca por él; una relación así lo ligaría todavía más al clan. Con una punzada de dolor, la joven gata recordó lo cerca que había estado Leonino de alejarse del clan debido al amor que sentía por Zarpa Brecina. ¿La habría olvidado de verdad? Lo cierto es que nunca la mencionaba, y eso era buena señal. Aunque, claro… tampoco la mencionaba cuando se escapaba del campamento para reunirse con ella en los túneles.

—Los gatos no deberían ponerse tan ñoños unos con otros —soltó Leonino de repente—. Eso solo los desvía de su camino para ser mejores guerreros.

Aliviada al ver que por fin parecía haber resuelto hacia dónde dirigir su lealtad, Carrasquera se apretó contra su hermano. Sabía lo duro que había sido para él decirle adiós a Zarpa Brecina, pero era lo que debía hacer. No tenía otra opción.

Cuando cesaron los vítores, Estrella de Fuego volvió a elevar la voz:

—Lamento no poder darle hoy a Carboncilla su nombre de guerrera. Pero, en cuanto se recupere de su herida, sé que todo el clan estará encantado de celebrar su nombramiento.

—¡Carboncilla!

Esta vez fueron Melada y Rosella las que comenzaron a vitorear, y Carrasquera miró esperanzada hacia la guarida de la curandera. ¿Acaso Carboncilla se había asomado por fin? No, no había ni rastro de la aprendiza herida. Carrasquera suspiró. ¿Habría oído siquiera la ceremonia?

Mientras los gatos se dispersaban, de regreso a sus tareas o a sus guaridas, Estrella de Fuego llamó a su lugarteniente:

—¡Zarzoso, trae contigo a Tormenta de Arena, Fronde Dorado y Carrasquera!

Carrasquera no esperó a que su padre la llamara y corrió hacia la Cornisa Alta. Látigo Gris ya estaba allí; Zarzoso, Tormenta de Arena y Fronde Dorado se les unieron enseguida.

—¿Qué ocurre? —preguntó el lugarteniente.

Carrasquera se inclinó hacia delante, con los bigotes temblorosos por la inquietud. La advertencia de Látigo Gris resonó en su cabeza: «Son noticias serias».

—La patrulla del alba ha vuelto a captar el olor del Clan del Viento en nuestro lado de la frontera —maulló Estrella de Fuego, muy serio.

Látigo Gris asintió.

—Y esta vez hemos encontrado pruebas de que no solo están persiguiendo presas, sino que también las están matando.

—¿Pruebas? —repitió Zarzoso con un gruñido sordo.

—Al pie de un árbol, dentro de nuestro territorio, había pelo y sangre de ardilla.

Tormenta de Arena se sulfuró.

—¿Cómo se atreven, después de lo mucho que les hemos advertido?

—No sabemos por qué lo están haciendo —replicó Estrella de Fuego—. Pero debemos averiguarlo antes de actuar.

—¡Es evidente por qué lo están haciendo! —explotó Zarzoso—. Son cada vez más codiciosos.

—Eso no lo sabemos con certeza —maulló Estrella de Fuego, manteniéndose calmado.

—Deberíamos apostar una patrulla en la frontera —propuso Tormenta de Arena—, y atacarlos la próxima vez que la traspasen.

Estrella de Fuego miró a su pareja entornando los ojos.

—Sé cómo te sientes, Tormenta de Arena, pero esa no es la mejor manera de ocuparnos de esto. Si es posible, quiero evitar cualquier derramamiento de sangre.

Tormenta de Arena erizó el pelo.

—¡Están robando nuestra comida!

—Y no vamos a permitir que se salgan con la suya —replicó el líder—. Pero no tiene sentido lanzarse a una batalla antes de saber qué está ocurriendo.

Tormenta de Arena lo fulminó con los ojos.

—¿Es que tú ya no peleas con nadie?

—¡Pelearé si tengo que hacerlo! —le contestó Estrella de Fuego, sosteniéndole la mirada—. Pero no derramaré sangre si podemos solucionar el problema dialogando.

—Ya hemos intentado razonar con el Clan del Viento otras veces —protestó Zarzoso—. Te comportas como si siguieran siendo nuestros aliados.

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

—Sé que dejaron de ser nuestros aliados hace mucho tiempo, Zarzoso —maulló, con los ojos empañados de nostalgia—. Ahora todos los clanes somos rivales.

Carrasquera se quedó mirando a su líder. Se preguntó si estaría acordándose del Gran Viaje, cuando seis gatos pertenecientes a los distintos clanes habían viajado juntos para salvarlos a todos. O quizá estuviera pensando en el viaje que acababan de hacer a las montañas. Carrasquera sintió un temblor de duda. A lo mejor no había sido tan buena idea hacer aquel viaje. Si la distinción entre los clanes se difuminaba, tal vez se difuminaran también las fronteras. Y si las fronteras desaparecían, ¿cómo iban a repartirse las presas de una forma justa? ¡Tenía que haber reglas, o solo sobrevivirían los gatos que siempre estuvieran preparados para luchar! Por eso el Clan Estelar quería que sus vidas se rigieran por el código guerrero. «¡Necesitamos

el código guerrero tanto como el agua o la comida!». La joven clavó las garras en el suelo. Los clanes dependían del código; era así de sencillo.

—Bueno, y entonces, ¿cuál es tu plan? —preguntó Zarzoso.

—Quiero que vayas a ver a Estrella de Bigotes —le respondió Estrella de Fuego—. Llévate a Tormenta de Arena, a Fronde Dorado y a Carrasquera, y averigua por qué están haciendo esto. Dile que aumentaremos el número de patrullas fronterizas, y que, si sorprendemos a algún gato robándonos las presas, nos encargaremos de él con las garras desenvainadas.

—Muy bien —aprobó Zarzoso—. Saldremos de inmediato.

El lugarteniente se dirigió al túnel de espinos, seguido por Fronde Dorado y Tormenta de Arena.

«¡Iré a contarle a Leonino lo que está pasando!», decidió Carrasquera, paseando la mirada por el claro. La cola de su hermano asomaba por la entrada de la guarida de los veteranos. Probablemente estaría limpiando los lechos.

Salió disparada hacia allí.

Las ancas de Leonino se balancearon mientras lanzaba un trozo de musgo usado por encima del hombro. Estaba rodeado de bolas de musgo y rezongaba para sí mismo:

—Musaraña tenía razón… —refunfuñó, mientras un proyectil pasaba volando junto a la oreja de Carrasquera—. No hay bastantes aprendices para hacer todas las tareas, y pasarán siglos antes de que Rosina y Tordillo puedan ayudar.

—Me voy al territorio del Clan del Viento —le susurró Carrasquera.

La cola de Leonino desapareció mientras se volvía en redondo.

—¿Por qué?

—Vamos a advertirle a Estrella de Bigotes que se mantenga fuera de nuestro territorio.

El joven flexionó las garras.

—¡Ojalá pudiera ir!

—¡Carrasquera! —La llamó Zarzoso con impaciencia desde el túnel de espinos.

—Te lo contaré todo cuando regrese —le prometió la aprendiza a su hermano antes de echar a correr tras la patrulla.

El bosque estaba sombrío. La luz del sol apenas conseguía penetrar las copas de los árboles, y el cielo estaba gris sobre sus cabezas. El aire olía a hojas mohosas y muertas y a corteza en descomposición, y el suelo se notaba blando y mojado bajo sus patas. La estación de la caída de la hoja llegaría

pronto. Zarzoso y Tormenta de Arena corrían delante de la patrulla, y Carrasquera se paró a limpiarse el barro de entre las zarpas en la cuarteada corteza de un árbol caído.

Fronde Dorado se detuvo a su lado.

—Nos estás haciendo perder el tiempo —la riñó—. Todavía tenemos que cruzar el páramo.

—Pero es que estoy pringada —se quejó ella.

—Podrás limpiarte a fondo cuando regresemos a casa. —Fronde Dorado señaló hacia Zarzoso y Tormenta de Arena, que desaparecían ya tras la cima de la ladera—. Date prisa; no debemos quedarnos atrás.

Carrasquera corrió tras su mentor, y juntos alcanzaron a los otros dos en el lindero del bosque. Cuando salieron de la protección de los árboles, un golpe de brisa alborotó el pelo de la aprendiza. Sabía a lluvia. La joven entornó los ojos contra el viento. A sus pies, la tierra descendía hasta la frontera: matas de brezo moteaban la pendiente a medida que el bosque daba paso al páramo.

—¿Por qué no hemos ido a la frontera que cruza el bosque? —preguntó.

—Desde aquí tendremos mejor visión —le explicó Zarzoso—. Podremos ver a una patrulla del Clan del Viento aunque esté lejos dentro de su territorio, y llamarla sin poner ni una pata más allá de su frontera.

Mientras el lugarteniente los guiaba hacia el límite, Carrasquera abrió la boca, buscando el olor de las marcas del Clan del Viento. La hierba que pisaba era áspera. Intentó detectar la línea olorosa, pero un hedor más fuerte le colmó la nariz. La aprendiza arrugó el hocico.

—¿Qué es lo que huele tan mal?

—Ovejas —le respondió Zarzoso, internándose en una franja de brezo que se cruzaba en su camino.

«Por supuesto». Después de retorcerse entre el brezo y salir al otro lado, Carrasquera reconoció las figuras lanudas de la ladera.

—¿Y por qué hay tantas?

Se arremolinaban en el páramo como nubes en un cielo de color verde.

—Debe de haber sido una buena estación para ellas —supuso Fronde Dorado.

Zarzoso se detuvo.

—Aquí está la frontera.

Carrasquera olfateó el brezo y captó el olor rancio del Clan del Viento.

Tormenta de Arena plantó las orejas.

—¡Perros!

La joven aprendiza se puso tensa. Medio cegada por el viento penetrante, miró hacia la loma lejana que se elevaba hacia el horizonte gris. Distinguió la silueta de varios perros blancos y negros corriendo entre el brezo. Había un Dos Patas cerca, sacudiendo sus patas delanteras y silbando como un pájaro para lanzar un grito de alarma.

«¿Acaso los perros estaban persiguiendo al Dos Patas?», se preguntó Carrasquera, antes de observar con más atención. No, el Dos Patas parecía estar usando a los perros para perseguir a las ovejas: cuando señalaba con sus patas delanteras, los perros rodeaban a las criaturas, que, balando, se apiñaban en un grupo atemorizado. Con un poco de suerte, las ovejas mantendrían distraídos a los perros lo suficiente como para que la patrulla pudiera llegar al campamento del Clan del Viento sin problemas.

Zarzoso estaba examinando la colina.

—No hay ni rastro del clan —maulló al cabo—. Y, a juzgar por las marcas olorosas, ya hace tiempo que no pasan por aquí.

—Eso es porque habrán estado demasiado ocupados cazando en nuestro bosque —gruñó Tormenta de Arena.

—¿Deberíamos volver a contárselo a Estrella de Fuego? —preguntó Fronde Dorado.

Zarzoso flexionó las garras.

—No sin haber hablado primero con Estrella de Bigotes.

Dicho esto, cruzó la frontera y les hizo una señal a los demás para que lo siguieran.

El corazón de Carrasquera empezó a latir con fuerza cuando entraron en el territorio del Clan del Viento siguiendo a Zarzoso. El viento le azotaba el pelo y, al mirar hacia su padre, vio que el lugarteniente del Clan del Trueno atravesaba el páramo con la cabeza bien alta y las orejas plantadas para captar cualquier peligro.

Cruzaron una hondonada llena de barro y comenzaron a ascender por una ladera. Carrasquera se sentía cada vez más recelosa. Algo iba mal. Saboreó el aire, arrugando la nariz por el hedor de las ovejas. ¿Dónde estaban los pájaros y los conejos? Olfateó de nuevo. Ni rastro del Clan del Viento, ni de pájaros, ni de conejos… Era como si aquella tierra se hubiese convertido en un desierto de hierba ocupado solo por las ovejas y los perros.

Zarzoso se detuvo de pronto, erizando el pelo. Alarmada, Carrasquera levantó la vista: en mitad de la pendiente herbosa se elevaba un peñasco como una zarpa gigante, y sobre él vio la silueta de un gato recortada contra la colina. ¡El Clan del Viento!

—¡Quedaos donde estáis!

Carrasquera lo reconoció de inmediato. Era Lebrón, un joven guerrero con manchas blancas y marrones que, al verlos, se agazapó, erizando el pelo, y los fulminó con la mirada.

—¡¿Es que no tenéis bastantes presas en el territorio del Clan del Trueno?!

—¿Cómo se atreve a acusarnos a nosotros de algo así? —bufó Tormenta de Arena.

—Con cuidado… —susurró Zarzoso—. Estamos en su territorio.

Al lado de Lebrón aparecieron otros dos gatos: Perlada, la lugarteniente del clan, y Cárabo. El viento les alborotaba el pelaje, pero no cabía duda de que estaban pasando hambre. Sus ojos centelleaban de rabia.

Sin embargo, antes de que Perlada pudiera decir nada, Zarzoso dio un paso adelante:

—Hemos venido a hablar con Estrella de Bigotes.

—Venimos en son de paz —los tranquilizó Tormenta de Arena.

—¡Volved a vuestro territorio! —les ordenó Perlada.

Zarzoso se mantuvo donde estaba.

—No hasta que hayamos visto a Estrella de Bigotes.

Cárabo lo miró fijamente, entornando los ojos.

—¡El Clan del Trueno debería dejar de creer que puede entrar y salir del territorio del Clan del Viento cuando le venga en gana! —El guerrero marrón claro les mostró sus colmillos amarillos—. ¡Estoy seguro de que a Estrella Negra no lo vais a visitar tan a menudo!

—Marchaos a casa —repitió Perlada—. Estrella de Bigotes no os debe ningún favor.

Sus uñas desenvainadas arañaron la piedra, dejando unas marcas blancas.

Zarzoso dio otro paso al frente.

—Le hemos prometido a Estrella de Fuego que hablaríamos con Estrella de Bigotes. ¡Solo queremos hablar!

Lebrón saltó por el aire desde el peñasco y frenó derrapando delante del lugarteniente del Clan del Trueno.

—¡No des ni un paso más!

Carrasquera sacó las uñas y tensó los músculos, dispuesta a defender a sus compañeros de clan.

—Queremos ver a Estrella de Bigotes —repitió Zarzoso sin inmutarse, y levantó una pata para dar otro paso.

Lebrón se lanzó hacia él alzando las zarpas.

Con un solo manotazo, el lugarteniente del Clan del Trueno derribó al joven guerrero sin desenvainar las garras y lo inmovilizó contra el suelo. Luego miró furioso a Perlada.

—Hemos venido en son de paz —gruñó apretando los dientes.

Perlada saltó del peñasco y miró abatida a su compañero de clan derribado.

—¡Por favor, suéltalo! —le pidió.

A Carrasquera le sorprendió la desesperación de su voz.

Zarzoso retrocedió, dejando que Lebrón se pusiera en pie. El joven guerrero soltó un bufido.

Con pánico en los ojos, Perlada se interpuso entre los dos gatos.

—En serio, tenéis que iros —maulló, medio suplicando—. Estrella de Bigotes no tiene nada que deciros.

Zarzoso vaciló, pero acabó asintiendo y dando media vuelta. Movió la cola para indicar a la patrulla que regresaban a casa. Carrasquera siguió a sus compañeros de clan camino de la frontera.

La joven aprendiza estaba indignadísima.

—¡Esto es de lo más injusto! —Maulló mirando a su padre—. Nosotros no hemos robado ninguna presa, solo hemos venido a darle a Estrella de Bigotes la oportunidad de explicarse.

Zarzoso no respondió, pero preguntó en voz alta, también para sí mismo:

—¿No los has visto muy delgados?

—Los gatos del Clan del Viento son delgados por naturaleza —contestó ella.

Sin embargo, al pensarlo mejor, se dio cuenta de que Zarzoso tenía razón: los tres guerreros parecían mucho más flacos de lo habitual.

Zarzoso se volvió a mirar a Fronde Dorado.

—¿Crees que tienen problemas?

—Eso explicaría que nos hayan echado —intervino Tormenta de Arena.

—Tal vez no querían que viéramos lo debilitado que está su clan… —Maulló Zarzoso.

Carrasquera recordó que no había detectado ningún rastro de conejos o pájaros.

—Pero ¿qué ha pasado con todas sus presas?

Ningún otro clan podía haber sido tan rápido como para cazar todos los conejos del territorio del Clan del Viento.

Fronde Dorado ladeó la cabeza hacia las ovejas y los perros, que balaban y ladraban en la ladera lejana.

—Es posible que ellos hayan espantado a los conejos y los pájaros del páramo.

Carrasquera sintió una punzada en el estómago.

—Aun así, eso no significa que el Clan del Viento pueda robarnos nuestras presas.

Las cosas no podían cambiar. Tenía que haber cuatro clanes alrededor del lago. Si el territorio del Clan del Viento no bastaba para alimentar a sus gatos, ¿qué sucedería con las demás fronteras?

En cuanto llegaron al campamento, Zarzoso y Tormenta de Arena subieron a la Cornisa Alta para informar de lo que habían averiguado.

Carrasquera vio a Leonino al borde del claro. Iba con la cola gacha, de la boca le colgaba un gran pedazo de musgo usado y tenía trocitos pegados al pelo.

—No estarás limpiando la guarida de los veteranos todavía, ¿verdad? —le preguntó a su hermano.

Leonino escupió la bola de musgo.

—He terminado hace siglos —bufó—. Ahora estoy con la maternidad.

—Déjame ayudarte —se ofreció Carrasquera.

—Creía que estabas demasiado ocupada participando en patrullas fronterizas.

La joven le dio en la oreja con la cola.

—¡No seas tan gruñón! Yo ya he limpiado los lechos que me tocan.

—Ya me lo imagino —rezongó el aprendiz.

—Venga, vamos a sacar todo este musgo sucio del campamento y a recoger más en el bosque.

Tomó una bola de musgo viejo y salió por el túnel de espinos. Cuando llegó a un zarzal no muy alejado de la entrada, soltó la carga.

Leonino dejó la suya al lado.

—¡Estoy harto de tanto musgo!

—Acabaremos enseguida —lo tranquilizó su hermana—. ¡Mira, entre las raíces de ese árbol hay fresco!

Los dos se pusieron a arrancar de la áspera corteza trozos de musgo mullido y verde.

—¿No vas a preguntarme qué ha pasado? —Maulló Carrasquera.

Leonino suspiró.

—Lo siento. He estado de muy mal humor desde que te has ido. Parezco un cachorro envidioso.

—Bueno, pues pregúntame ahora —lo animó la joven, que se moría de ganas de contarle las novedades.

—Vale. ¿Qué ha pasado? —dijo el aprendiz, arrancando una larga tira de musgo que le quedó colgando de la zarpa.

—Perlada nos ha echado del territorio del Clan del Viento antes de que pudiéramos acercarnos a su campamento.

Leonino dejó caer el musgo.

—¿Que os ha echado?

—Ni siquiera nos ha dado la oportunidad de explicarnos. ¡Y nos han acusado de ir a robarles las presas!

—Pero ¡si son ellos los que han estado robando las nuestras! —Se enfureció el joven.

—¡Ya lo sé! —Carrasquera arrancó un pedazo de musgo de entre las raíces y lo lanzó al montón que estaban formando—. Aunque creo que hemos averiguado por qué lo están haciendo.

—¿Y a quién le importa el porqué?

Carrasquera omitió el comentario de su hermano.

—Sus presas han desaparecido.

—Eso no es una excusa.

—Ya, pero al menos ahora sabemos lo que ocurre.

«Y podemos solucionar el problema antes de que se arruine todo», añadió para sí misma.

—Espero que Estrella de Fuego envíe una patrulla para darles su merecido.

Carrasquera se contuvo para no darle la razón. Ella quería ser justa y pensar usando la lógica. Había que impedir que el Clan del Viento robara presas, pero sin debilitarlo. Los cuatro clanes tenían que estar fuertes.

—Estrella de Fuego no cree que un escarmiento sea lo más adecuado —maulló—. Solo va a apostar más patrullas fronterizas.

Leonino sacudió la cola.

—Eso ya lo hemos hecho. Ahora hay que enseñarles de una vez por todas que no pueden cazar en nuestro territorio.

Miró a su hermana con tanta ferocidad que ella retrocedió.

—¿Es que solo quieres pelear? —le preguntó con voz estrangulada.

¿Acaso Leonino no se había preguntado nunca por el sentido de las fronteras de los clanes?

—¿Tú no?

—Yo quiero que el Clan del Viento conserve su territorio —respondió la joven—. Las fronteras son las fronteras…

«Y si el Clan del Viento desaparece, ¿qué sucederá con los clanes? ¿Y qué será lo siguiente en desaparecer? ¿El código guerrero?», pensó, sintiendo un hormigueo en las zarpas.

Leonino le dio la espalda y clavó las garras en el musgo. La corteza se rompió bajo sus uñas, llenando el musgo de astillas.

«¡Ese musgo es para los recién nacidos!», se escandalizó Carrasquera, mirando a su hermano con los ojos abiertos de par en par, impactada por su desconsideración. Al ver cómo flexionaba los músculos bajo la piel, supo que Leonino estaba pensando en combatir, no en los cachorros. ¿Era eso lo que su poder significaba para él? ¿La necesidad de luchar por la más mínima razón?

Carrasquera se estremeció. Si era así, ¿habría algún gato capaz de detenerlo?

7

Leonino se arrancó otro pedacito de musgo del pelo. Tras pasarse el día metiendo y sacando musgo de las guaridas, le picaba toda la piel y tenía los músculos agarrotados. Suspirando, vio cómo el sol se deslizaba por detrás de los árboles. La patrulla del atardecer se había marchado sin él.

«¡Menudo aburrimiento de día…!», pensó mientras iba hacia la guarida de los aprendices, conteniendo la frustración. Ya no quedaba nada que hacer, excepto dormir, aunque se moría de ganas de correr por el bosque, estirar las piernas y notar el viento en la cara.

Se agachó para pasar por debajo de una de las ramas del tejo. En el interior, Raposino y Albina estaban parloteando como gorriones.

—Candeal me ha enseñado a rodar por el suelo —fanfarroneó la aprendiza.

—Pues yo ya puedo luchar plantado sobre las patas traseras —replicó su hermano—. ¿Quieres verlo?

Leonino se dio cuenta de que el joven estaba preguntándoselo a él. Se sentía tan cansado que se limitó a asentir. Raposino se alzó temblorosamente sobre las patas traseras y trastabilló alrededor de su lecho antes de caer sobre el musgo.

—¡Esta tarde me ha salido mejor! —aseguró, poniéndose en pie, un poco avergonzado.

—Seguro que sí —maulló Leonino.

Envidiaba la ilusión de Raposino. Desde que habían regresado de las montañas, le parecía como si la vida consistiera únicamente en realizar tareas monótonas. Todo giraba alrededor de alimentar bien al clan y limpiar las guaridas. ¿Cuándo tendría ocasión de usar el poder que notaba latiendo por sus zarpas?

Se ovilló en su lecho.

—¡Mira! —exclamó Raposino—. ¡Ahora lo estoy haciendo bien!

Leonino no se molestó siquiera en levantar la cabeza.

—Enséñale tu nueva postura de acecho —lo animó Albina.

Oyó un leve roce en el musgo, y Leonino se sobresaltó cuando el joven aprendiz saltó sobre él para agarrarle la cola, como si fuera una serpiente. Malhumorado, Leonino sacó a Raposino del lecho empujándolo con las patas traseras.

—¡Oye! —protestó Albina, protegiendo a su hermano.

—¡Quedaos en vuestro lecho y dejadme dormir! —Gruñó Leonino.

—¡Ya no eres nada divertido!

El tejo susurró; Carrasquera acababa de entrar en la guarida.

—¡Leonino le ha dado un empujón a mi hermano! —se quejó Albina.

—Eh, que yo puedo cuidar de mí mismo —replicó Raposino.

—Creo que Leonino está cansado —los tranquilizó Carrasquera—. Seguro que por la mañana querrá jugar con vosotros.

Luego se acurrucó al lado de su hermano, que notó sus lametazos en el pelaje. Agradecido, dejó que Carrasquera lo librara de los últimos restos de musgo, mientras se calmaba con sus rítmicos lametones.

—Anímate —maulló ella—. Fronde Dorado acaba de decirme que vamos a salir a patrullar por la mañana.

Leonino plantó las orejas.

—Estrella de Fuego va a enviar patrullas extra a la frontera del Clan del Viento para comprobar si invaden nuestro territorio —le explicó Carrasquera.

«¡Por fin!». Leonino sintió una emoción oscura ante la idea de enfrentarse a quienes les estaban robando las presas.

—Será mejor que durmamos un poco —le aconsejó su hermana—. Tenemos que estar en la frontera justo antes del alba.

Leonino cerró los ojos, sintiendo que al fin iba a ser útil a su clan de la única manera razonable.

—¡Leonino! —El aullido profundo de Estrella de Tigre lo despertó.

El joven abrió los ojos parpadeando y se encontró en un terreno pelado, rodeado de pinos susurrantes.

Estaba soñando.

Al examinar el sombrío bosque, vio a su mentor nocturno saliendo entre los árboles. Alcotán ya estaba sentado en la hondonada cubierta de pinaza; sus ojos azul hielo centelleaban en la penumbra.

—Espero que estés preparado —lo avisó Estrella de Tigre—. Hoy voy a enseñarte a derribar a cualquier guerrero, sin importar lo grande que sea.

Le hizo una seña a Alcotán con su cola rayada.

Leonino flexionó las garras.

—¿Qué debo hacer?

—Todavía no tienes la corpulencia necesaria para dominar a cualquier gato —le dijo Estrella de Tigre—. Eso llegará con el tiempo. Hasta entonces, utiliza tu tamaño en beneficio propio. Tendrás que ser rápido. Lánzate por debajo de la barriga de tu enemigo y le arañas la parte interna de las patas delanteras. El rival se retorcerá, esperando que salgas por un lado, pero tú irás por el otro para sorprenderlo y hacerle perder el equilibrio.

—¿Y cómo llego al otro lado antes de que él me arañe a mí? —quiso saber el joven.

—Ya te lo he dicho. ¡Sé rápido! —Estrella de Tigre se paseó alrededor de Alcotán—. Prueba con él.

Leonino se agazapó mientras Estrella de Tigre se quitaba de en medio. Se concentró en el hueco de debajo de la barriga blanca de Alcotán, dejando que la energía se acumulara en sus músculos. Luego se abalanzó en su dirección, y, al pasar disparado por debajo de las largas patas del guerrero, deslizó una zarpa por sus patas delanteras con las uñas envainadas, como Estrella de Tigre le había explicado. Notó cómo Alcotán se retorcía por encima de él: estaba irguiéndose, listo para caer sobre su contrincante en cuanto saliera por el otro lado. Pero Leonino retrocedió con brusquedad, desandando el camino que acababa de recorrer, como un conejo retrocediendo a su madriguera. Enganchó las garras en el pelaje del guerrero, procurando no perforarle la piel, y lo arrastró hasta el suelo haciéndole perder el equilibrio.

—Excelente —ronroneó Estrella de Tigre.

Alcotán se puso en pie, sacudiéndose la pinaza del pelo.

Leonino levantó la barbilla, mirando con orgullo a su mentor.

—No ha estado mal, ¿eh?

Unas zarpas impactaron contra su costado y lo tiraron al suelo. Leonino se debatió, resollando por la sorpresa, pero Alcotán lo mantuvo inmovilizado, sujetándolo con sus enormes patas.

—¡Nunca des por hecho que has vencido hasta que tu enemigo esté muerto! —exclamó Estrella de Tigre.

Alcotán se inclinó un poco más sobre él.

—¿Has averiguado más cosas sobre esa profecía? —se burló.

—Ya no creo en ella —mintió el joven.

Alcotán lo miró con lástima.

—¿El Clan Estelar no te ha convertido todavía en el líder del bosque?

Leonino sintió un intenso dolor en las costillas. Alcotán le clavó las uñas y luego lo soltó.

El aprendiz se levantó de un salto y notó que estaba sangrando. Apenas podía contener la rabia. ¿Por qué no se tomaban en serio la profecía? ¡Podría ser su mayor arma! Un escalofrío de dudas le recorrió la columna vertebral de arriba abajo. «A menos que tengan razón, y que todo esto no sea más que un sueño de Estrella de Fuego…».

—¡Despierta!

Leonino notó que un hocico le empujaba por el costado, justo donde Alcotán le había clavado las garras. Hizo una mueca de dolor y se puso en pie con esfuerzo.

Carrasquera estaba sentada a su lado.

—La patrulla saldrá enseguida.

La guarida apenas empezaba a iluminarse con la luz del amanecer. Una lluvia ligera tamborileaba sobre las ramas.

Carrasquera se lamió el hocico.

—¿Sangre?

Se lamió de nuevo, mirando nerviosa el costado de su hermano, donde ella había hundido el hocico.

Sorprendido, Leonino se lamió la herida que le había dejado Alcotán. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que la línea entre sueño y realidad fuera tan fina.

—Debes de tener algún pincho en el lecho —supuso Carrasquera, que apartó a su hermano para inspeccionar el musgo.

En el claro comenzaron a sonar pisadas.

—Ya lo buscaremos después —maulló Leonino—. Parece que la patrulla está lista para salir.

Carrasquera levantó la cabeza, con los ojos brillantes en la media luz.

—¡Vámonos!

Su hermano ya estaba saliendo de la guarida.

Cenizo y Fronde Dorado aguardaban en el claro, con el pelo apelmazado por la lluvia.

—Estáis despiertos. —Cenizo se sacudió el agua de los bigotes—. Seguidme, salimos ahora mismo.

—Esperad. —Estrella de Fuego bajó de la Cornisa Alta—. Recordad que solo vais a buscar pruebas del robo de presas —los avisó—. No quiero que ataquéis a ningún intruso. Si encontráis algún gato en nuestro territorio, volved a informarnos. —Los ojos le brillaron de preocupación—. Esto es más serio que una simple escaramuza fronteriza. Si tenemos que iniciar una batalla, deberá ser decisiva. —Miró a todos los componentes de la patrulla—. ¿Lo habéis entendido?

Leonino asintió junto con sus compañeros.

—Bien.

Estrella de Fuego dio media vuelta y comenzó a ascender de nuevo a la Cornisa Alta.

Fronde Dorado serpenteó entre Leonino y Carrasquera.

—¿Estáis listos?

Cenizo ya estaba corriendo por el túnel, y Leonino aceleró el paso para alcanzar a su mentor, chapoteando sobre el suelo embarrado por la lluvia. El túnel lo resguardó brevemente, pero no tardó en salir al bosque goteante. Carrasquera y Fronde Dorado aparecieron detrás de él, patinando sobre las resbaladizas hojas. El joven sacó las uñas para clavarlas en la tierra mientras corría. Su cuerpo bullía de energía.

Cenizo, que encabezaba la marcha, parecía pequeño entre los árboles. Leonino apretó de nuevo el paso, reduciendo la distancia con su mentor. «Si quisiera, podría llegar a la frontera de un salto. —La sangre le latía con fuerza en las sienes—. Y si nos encontrásemos con el Clan del Viento al completo, podría derrotarlos a todos». El dolor que le había provocado el corte en el costado se mitigó, como si ya estuviera curado. La lluvia le lavó la sangre del pelo. «Será mejor que Alcotán tenga cuidado la próxima vez», se dijo.

Delante de él, Cenizo se desvió. Estaba siguiendo el sendero, pero Leonino conocía una ruta mejor. Siguió hacia delante, atravesando un muro de helechos. Su mentor se quedó mirándolo, sorprendido. Ahora iba en cabeza Leonino, que volvió al sendero y aumentó el ritmo.

—¡Ven aquí! —le ordenó su mentor—. Soy yo quien dirige la patrulla.

Leonino aflojó el paso, dejando que el guerrero lo adelantara con una mirada enfurecida. El joven se quedó atrás, sintiendo una llamarada de satisfacción. Dejaría que Cenizo fuera en cabeza… al menos por el momento. Algún día sería él quien dirigiría todas las patrullas.

Más adelante, el arroyo fronterizo titilaba entre los árboles. Cenizo aceleró, saltando sobre un arbusto de podagraria antes de llegar al borde del agua. Leonino se detuvo tras él, chorreando por la lluvia.

—Por el Clan Estelar, ¿qué creías que estabas haciendo? —le soltó su mentor—. ¡Podrías haber caído en una emboscada! No teníamos ni idea de qué nos esperaba en esta parte del bosque.

Fronde Dorado y Carrasquera llegaron junto a ellos.

—Solo estaba tomando un atajo —se defendió el joven.

—¡Bueno, pues la próxima vez, te quedas atrás!

—¿Algún problema? —preguntó Fronde Dorado.

—Nada que no pueda manejar —le espetó Cenizo.

Carrasquera le lanzó a su hermano una mirada de advertencia.

Él se encogió de hombros. «No he revelado nuestro secreto».

Fronde Dorado olfateó el aire.

—La lluvia habrá borrado cualquier rastro.

—Puede haber otras señales —repuso Cenizo—. Vamos a dividirnos y a investigar.

—De acuerdo —asintió Fronde Dorado—. Pero no nos perdamos de vista. No sabemos con qué podemos encontrarnos.

Mientras los demás se alejaban, olisqueando las hojas y las ramitas, Leonino miró arroyo abajo. En la orilla crecían abundantes arbustos. ¿Era posible que un gato del Clan del Viento se hubiera cobijado en ellos de la lluvia? De ser así, tal vez el olor aún no hubiera desaparecido del todo.

Se metió debajo de un grosellero que goteaba. En el interior, el suelo estaba seco. Olfateó alrededor del tallo, pero no percibió ningún rastro. Al salir de entre las suaves hojas, un acebo le pinchó la nariz. El frondoso arbusto se extendía por la orilla, y sus brillantes hojas relucían aún más por el agua que había caído. Entornando los ojos contra las gotas, el joven se agazapó y se coló debajo. Mientras se retorcía alrededor de las ramas, se llenó la barriga de barro. Las afiladas hojas le arañaban el lomo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Carrasquera desde fuera—. ¿Esconderte de la lluvia?

—¡Chist! —Leonino había captado un rastro tenue del Clan del Viento.

Avanzó cautelosamente entre las punzantes hojas.

—¡He encontrado algo! —exclamó, saliendo de espaldas con el pelo revuelto y enfangado—. ¡Mira!

Había sacado los restos de un mirlo.

—¿Qué es eso?

Cenizo llegó corriendo, con Fronde Dorado pisándole los talones. Su mentor frunció el hocico al ver lo que quedaba del pájaro. La maraña de huesos ensangrentados y plumas todavía estaba tibia, y el olor del Clan del

Viento se mezclaba con el de la presa. No había ninguna duda, un guerrero del otro clan había cazado el mirlo y se lo había comido allí mismo, al abrigo del acebo.

—Se nos habrá escapado por los pelos —gruñó Fronde Dorado.

Carrasquera miraba el pájaro, abatida.

Leonino le dio un empujón.

—Bonito hallazgo, ¿eh?

—¡Están quebrantando el código guerrero! —Maulló ella con voz estrangulada—. Deberían haberse llevado la presa para sus veteranos y sus reinas, en vez de zampársela aquí mismo después de cazarla.

Leonino soltó un bufido.

—Yo no creo que los gatos que roban se preocupen demasiado por el código guerrero.

—Deben de estar desesperados —comentó Fronde Dorado.

Cenizo empujó los restos hacia el guerrero.

—Llévate esto y enséñaselo a Estrella de Fuego. Yo me llevaré a Carrasquera y a Leonino arroyo arriba. Seguiremos inspeccionando la zona.

—¿Para qué? —preguntó Fronde Dorado, que señaló con la cola la ribera.

Estaba cubierta de arbustos, sobre todo de zarzas.

—El Clan del Viento no está acostumbrado a moverse por esta vegetación —añadió el guerrero.

Leonino aún no estaba listo para regresar al campamento.

—Bueno, parece que no han tenido problemas para colarse debajo de ese arbusto de acebo —replicó, notando aún los arañazos en el lomo.

Cenizo asintió.

—Vale la pena comprobarlo.

—De acuerdo, pero no tardéis mucho —maulló Fronde Dorado, antes de recoger los restos del mirlo y desaparecer entre los árboles.

Leonino escudriñó la orilla, bizqueando contra la lluvia. Era una jungla de zarzales de arriba abajo, pero estaba dispuesto a examinarla palmo a palmo. Allí podría haber un guerrero del Clan del Viento escondido. Se dirigió hacia una abertura minúscula en el espinoso arbusto y tensó los músculos, preparándose para abrirse paso a la fuerza.

—¡Espera! —Su hermana le tiró de la cola—. Acabarás despellejado si intentas colarte por esa senda de ratón. Déjame a mí. Soy más pequeña y puedo meterme con más facilidad.

—No me haré daño —la tranquilizó Leonino—. Solo son pinchos.

«No olvides lo que ocurrió en la batalla de las montañas», quiso decirle, pero se detuvo a tiempo, consciente de que su mentor estaba tras ellos.

—Vamos, Leonino —maulló Cenizo—. Deja pasar a Carrasquera.

Frustrado, el joven retrocedió para que su hermana se internara cautelosamente en el zarzal.

—Nosotros iremos por el otro lado.

Cenizo lo guio alrededor de los arbustos y comenzó a olfatear las brillantes raíces de un haya que se aferraba a la ribera.

—Yo miraré más cerca del agua.

Leonino bajó por la resbaladiza orilla. El arroyo borboteaba entre las piedras, salpicándole las patas mientras recorría los márgenes. El aprendiz iba olfateando todas las matas de hierba y volteando las hojas de todas las plantas para asegurarse de que no había nada debajo.

Una mata de helechos le bloqueó el paso. El joven abrió la boca, dejando que el olor de la planta le impregnara el paladar. Cuando ya estaba alargando una zarpa hacia las frondas goteantes, un maullido sonó por encima de su cabeza.

—¡Nada en el zarzal! —exclamó Carrasquera, asomándose en lo alto de la orilla.

Tenía los ojos dilatados y el pelo ahuecado a pesar de la lluvia.

—¿Estás segura? —Leonino entornó los ojos.

Su hermana parecía bastante alterada para no haber encontrado nada.

—No hay más que zarzas —insistió ella—. Cenizo dice que tenemos que regresar al campamento.

Todavía receloso, Leonino subió por la ribera. Allí los esperaba el guerrero.

—Es evidente que el Clan del Viento ha vuelto a su territorio —maulló el guerrero gris—. Estamos perdiendo el tiempo.

—Sí —coincidió Carrasquera a toda prisa—. Volvamos al campamento.

Leonino la miró de soslayo, preguntándose qué estaba pasando.

Cenizo, sin embargo, ya estaba alejándose entre los árboles, y Carrasquera corrió tras él. «Mi hermana ha encontrado algo, pero ¿por qué no ha dicho nada?». Leonino no se quitaba esa idea de la cabeza mientras seguía a sus compañeros de clan.

—¡Espera! —le pidió a su mentor, que iba unas colas por delante.

El guerrero se detuvo. Carrasquera se volvió en redondo, con el pelo erizado.

—¿Qué ocurre?

—He oído algo en la frontera —mintió el joven—. Quiero echar otro vistazo.

Cenizo ladeó la cabeza.

—¿Qué has oído?

—No estoy seguro. Nada, probablemente, pero me gustaría comprobarlo.

—Iré contigo —se ofreció Carrasquera, con un temblor en la cola.

—No hace falta. Solo voy a echar un vistazo.

Carrasquera lo observó extrañada, pero su hermano no la miró a los ojos.

—Seguramente os alcanzaré antes de que lleguéis al campamento…

—Está bien, ve —maulló Cenizo—. Pero, si ves algo sospechoso, vuelve para informarnos de inmediato. Nada de cometer heroicidades estúpidas. Esto es demasiado serio.

—De acuerdo —prometió Leonino.

Y dio media vuelta para dirigirse de nuevo al zarzal. Carrasquera había agrandado un poco el pequeño hueco, así que le resultó más fácil colarse en el interior. Aun así, las espinas no dejaban de tirarle del pelo mientras seguía el retorcido sendero que su hermana había hecho a través del arbusto. Por lo menos, ahí dentro estaba seco.

Un olor lo alcanzó de lleno. «¡Zorro!». ¿Era eso lo que había preocupado tanto a su hermana? Pero ¿por qué no se lo había dicho a Cenizo? Leonino siguió adelante con más cautela. Recordaba perfectamente el día en que se había escapado del campamento con Carrasquera y Glayino. Entonces no eran más que cachorros, pero estaban decididos a encontrar al zorro que amenazaba al clan, y habían seguido su rastro hasta su madriguera. Se estremeció solo de recordarlo. ¿Cómo habían podido llegar a creer que serían capaces de ahuyentar a un zorro de su territorio, con lo pequeños que eran? Al final, fue el zorro el que los persiguió a ellos.

El olor se volvió más intenso, pero Leonino se dio cuenta de que era rancio. Por allí no pasaba ningún zorro desde hacía tiempo. De repente, las zarzas dejaron a la vista un agujero en el suelo. «¡Carrasquera ha descubierto la madriguera de un zorro!». Aunque, por el olor, llevaba una buena temporada sin usarse.

El aprendiz se acercó para asomarse a la oscuridad. Allí, el olor de Carrasquera se mezclaba con el del zorro. ¡Su hermana se había atrevido a entrar! Impresionado por su valor, el joven se internó en la penumbra con el corazón acelerado. El túnel era estrecho, y la tierra fría le rozaba el lomo. El pasadizo descendió abruptamente casi al instante, y los bigotes de Leonino temblaron cuando empezó a tantear el camino a través de la negrura. Bajo las

patas, notaba el suelo húmedo y se le pegaba a las almohadillas. Había dado por hecho que aquella pequeña galería se abriría pronto a un espacio más ancho; la madriguera del zorro debería haber estado a unos pocos pasos, pero el túnel seguía adelante, y el aprendiz comenzó a preguntarse si estaría perdiendo el tiempo. Aun así, algo había asustado a su hermana, y él quería averiguar qué era. Continuó, un poco acobardado por el silencio. ¿Quién podía vivir en un lugar tan profundo?

De pronto, una brisa le acarició el hocico: había una abertura en lo alto. Siguió una curva, patinando sobre una roca pulida, y se vio rodeado de un aire frío y limpio que le agitaba los bigotes. El túnel se ensanchó a su alrededor, y Leonino comprendió, con un estremecimiento de sorpresa, que aquello no era una simple madriguera. La luz se filtraba a sus espaldas a través del túnel, lo suficiente para ver que las paredes también eran de piedra y que un techo desigual se arqueaba sobre su cabeza. El aire olía a roca y agua, un olor que jamás captaba en el bosque pero que, al mismo tiempo, le resultaba dolorosamente familiar. «¡Esto debe de llevar al río oscuro!». Los recuerdos de Zarpa Brecina y de la inundación lo asaltaron, y se le erizó el pelo del lomo. ¡Carrasquera acababa de descubrir otra forma de entrar en los túneles!

Pero ¿por qué no se lo había dicho? Leonino arañó la roca bajo sus pies. Sabía por qué. Y tanto que sí. Era tan evidente como el pelaje de Albina al anochecer.

«¡Carrasquera teme que empiece a verme de nuevo con Zarpa Brecina! —Le ardió el estómago de rabia—. ¡Soy un leal guerrero del Clan del Trueno! ¿Acaso nunca confiará en mí?».

8

—¡Mis hijos!

Glayino sintió una punzada de irritación. A Dalia solo parecían preocuparle sus cachorros. Si fuera por ella, el resto de los gatos del clan podían morirse de hambre. Estaba claro que la reina no había nacido entre los clanes. Estrella de Fuego había anunciado que, sin duda, el Clan del Viento les estaba robando presas, y el campamento bullía de preocupación y nerviosismo. Los restos del mirlo permanecían en el centro del claro, donde Fronde Dorado los había dejado.

Dalia rodeó a Rosina y Tordillo con su cola peluda.

—¡Suelta! —Tordillo arañó el suelo, luchando por librarse del abrazo de su madre.

«¡Bien hecho!», aprobó Glayino para sus adentros mientras se alejaba de la maternidad, adonde había ido a examinar a Mili.

—Tenemos que dejarles bien claro lo que son las fronteras —gruñía Espinardo.

Manto Polvoroso deslizó la cola por el suelo.

—Ojalá me enfrente a Estrella de Bigotes en combate. Ya nos ha robado presas demasiadas veces, es un ladrón con corazón de zorro.

Musaraña daba vueltas delante de la guarida de los veteranos.

—El Clan del Viento ha cambiado mucho desde que Estrella Alta dejó de ser su líder —maulló con tristeza.

Estrella de Fuego estaba en la Cornisa Alta con Fronde Dorado, que todavía resollaba tras regresar a la carrera por el bosque.

—Apostaremos patrullas extra —declaró el líder para tranquilizar a su clan—, incluyendo una antes del alba para proteger a nuestras presas.

Sonaba firme, pero Glayino percibió en su voz las oleadas de ansiedad que brotaban de su cuerpo y rebotaban contra los muros de la hondonada,

como truenos distantes.

«¡El Clan del Viento!», pensó el aprendiz, erizando el pelo. Tal vez lo estuvieran pasando mal para alimentar a sus miembros, pero robar era la solución más cobarde. Estrella de Bigotes era líder de un clan de guerreros, ¿cómo podía estar convirtiéndolos en ladrones?

Regresó a su guarida y se sintió aliviado al descubrir que Hojarasca Acuática no estaba allí. Debía de haber salido en busca de hierbas. Al joven aprendiz no le sorprendió que no le hubiese pedido que la acompañara. Desde que habían discutido, solo hablaba con él cuando era estrictamente necesario. ¿Por qué su mentora estaba tan obsesionada en convertir a Carboncilla en guerrera? A él le parecía casi enfermizo. Mientras tanto, Carboncilla seguía en el lecho de la guarida de la curandera, como recordatorio de su enfrentamiento.

Al atravesar las zarzas que cubrían la entrada, oyó una voz débil que le decía:

—¿Puedes traerme un poco de agua?

Desde que la habían llevado a la guarida, Carboncilla no había intentado levantarse en ningún momento. Ni siquiera lo había hecho aquella mañana, cuando Estrella de Fuego había congregado a todos los gatos del clan para informarlos sobre el robo de presas.

—Puedes beber del charco tú sola —le respondió Glayino, malhumorado.

Tras un momento de silencio, la joven insistió:

—¡Por favor!

¿Cómo podía suplicarle así? ¡Ya era casi una guerrera! Glayino se acercó a su lecho y se inclinó hasta rozarle los bigotes con los suyos.

—Te recuperarás —le soltó—. Pero ¡solo si usas la pata!

—¿Y si no me recupero? —Maulló Carboncilla lastimeramente.

Al oír sus palabras, la mente de Glayino se llenó de un remolino violento de imágenes y ruidos. Sintió como si el corazón se le sacudiera en el pecho como una hoja entre las olas. Estaba plantado en una franja estrecha de hierba, y ante él se extendía un sendero atronador tan ancho como el lago. Lo ensordeció un rugido, y se agachó aterrorizado cuando un monstruo plateado pasó disparado por su lado, tan cerca de él que el aire que levantó le pegó el pelo al cuerpo. Luego sonó otro rugido en dirección contraria. Le picaban los ojos por el olor asfixiante que desprendían los monstruos mientras pasaban aullando uno tras otro. De pronto, uno de ellos se salió del camino, desviándose hacia él. Glayino intentó huir, pero sus patas patinaron sobre la

hierba resbaladiza… Un rayo de dolor le atravesó la pata, y el mundo se volvió negro.

Glayino abrió los ojos. La luminosidad inundó su visión, más intensa que la luz del sol. Lo rodeaban los helechos, y el suelo, cubierto de una hierba muy aromática, era blando. Estaba tumbado en un claro, y un cielo azul brillante centelleaba a través de las hojas por encima de su cabeza. Bizqueando, reconoció a Fauces Amarillas y a Estrella Azul, que susurraban cerca de la entrada de un túnel estrecho. De vez en cuando, una de ellas le lanzaba una mirada nerviosa. Un dolor sordo le latía en la pata herida, y, cuando intentó moverla, la notó inerte.

—Lo estás haciendo muy bien… —Estrella de Fuego se inclinó sobre él, con la cara enmarcada por el suave pelaje de un gato mucho más joven; aun así, sus ojos verdes estaban dilatados de pena—. No, jamás serás guerrera —musitó de repente—. Lo siento mucho.

«¡Es un recuerdo de Carbonilla!», comprendió Glayino, mientras luchaba contra un dolor que parecía reventarle el corazón. La desesperación y el pánico apenas le permitían respirar.

«¡Lo he perdido todo! ¡Todo!».

—¡Glayino! —La voz preocupada de Carboncilla lo hizo volver de golpe al presente.

—Pensaba que no sabías… —empezó a decir casi sin resuello, tratando de regresar a la realidad.

—¿El qué? —La joven sonó desconcertada.

—Carbonilla… —Maulló con voz temblorosa, pero se interrumpió.

La aprendiza le rozó las zarpas con los bigotes.

—Era la curandera del Clan del Trueno y la mentora de Hojarasca Acuática, ¿verdad?

—¿Qué está pasando aquí? —quiso saber Hojarasca Acuática, que acababa de entrar en la guarida—. ¿De qué estáis hablando?

Glayino se volvió hacia ella, impactado por la tormenta de miedo y furia que emanaba su mentora.

—Sabe lo de Carbonilla —respondió en voz baja.

Carboncilla se removió en el lecho.

—¿Qué es lo que sé? —preguntó.

Pero Glayino apenas la oyó. Notaba en la cara el aliento caliente de Hojarasca Acuática.

—No lo sabe —siseó la curandera—. Y no debe enterarse, ¿entendido?

El joven agachó las orejas, retrocediendo.

—Pero… pero… ¡lo recuerda!

Hojarasca Acuática pasó por delante de su aprendiz.

—No te preocupes, Carboncilla —la tranquilizó—. Glayino solo se preguntaba si Carbonilla habría probado con un remedio diferente para tu pata.

«¡Mentirosa!». Glayino ardió de rabia. ¿Por qué estaba tan decidida a mantenerlo en secreto?

Hojarasca Acuática pasó la cola por el pelo de su paciente.

—Sabía que no podías curarla —maulló la joven de forma casi inaudible —. Jamás seré guerrera, ¿verdad?

—Necesitas descansar —le dijo Hojarasca Acuática—. Tienes las orejas calientes. ¡Glayino! —llamó por encima del hombro—. Tráele un poco de agua a Carboncilla, por favor.

El aprendiz trotó hasta el charco echando chispas, tomó una bola de musgo fresco del montón y la introdujo en el agua. «¡Si la malcría de esa manera, no hay duda de que nunca se recuperará!». Hojarasca Acuática se equivocaba en todo, ¡en todo! Dejó el musgo empapado junto al lecho de Carboncilla y salió de la guarida.

La frustración que sentía por su mentora se mezcló con la visión de los monstruos y el eco del dolor en la pata. Se quedó junto a la cortina de zarzas y respiró hondo, esperando que el aire fresco le aclarara la mente.

—¿Glayino?

La voz de Hojarasca Acuática lo sorprendió.

—Pensaba que seguías revoloteando alrededor de tu paciente —le soltó él.

—Lamento haber sido tan brusca contigo —se disculpó la gata—. Pero Carboncilla no puede enterarse.

—¿Por qué no? —quiso saber el joven.

—Porque no es justo. —La curandera se sentó dejándose caer—. No es justo que tenga que verse influida por su vida anterior, ¿no lo entiendes?

—Pero tú sí que estás influida por su vida anterior —replicó Glayino—. ¿O acaso crees que la tratas igual que tratarías a Rosella o Melada? Cada vez que te acercas a ella, tus pensamientos se llenan de Carbonilla.

Mientras hablaba, vislumbró retazos de un recuerdo a través de la mente de Hojarasca Acuática: un tejón se abría paso hasta la maternidad y atacaba a Carbonilla, que estaba plantada delante de los recién nacidos de Acedera.

—¡Lo estás haciendo ahora mismo! —la acusó—. No es culpa tuya que Carbonilla muriera.

—¡Sí que lo es! —exclamó Hojarasca Acuática, con la voz rebosante de dolor—. Si yo no hubiera dejado el clan…

Una niebla repentina ocultó sus pensamientos, impidiendo a Glayino acceder a ellos.

—¡No deberías seguir haciendo eso! —le espetó—. ¡No es justo!

—No puedo evitarlo —replicó él—. Ocurre sin más.

—Contigo nada ocurre sin más, Glayino —maulló la curandera.

—¿Qué se supone que significa eso?

El joven notó cómo su mentora se esforzaba en ahogar su ira.

—Nada. —De repente, la gata pareció engullida por el cansancio—. El Clan Estelar envió a Carbonilla de nuevo al mundo para que pudiera vivir la vida que siempre había deseado: como guerrera del Clan del Trueno. Yo solo quería asegurarme de que eso sucediera…

—Entonces, ¿por qué dejas que se quede tumbada en el lecho como una lisiada?

—Porque no quiero que sufra más.

—¡Te has dado por vencida! —la acusó Glayino—. Ella está demasiado asustada para moverse, ¡y tú estás demasiado asustada para permitir que se mueva!

—Eso no es cierto —bufó Hojarasca Acuática.

—¿En serio? —Glayino sacudió la cola—. Entonces, ¿por qué no entras ahí y le dices que la próxima vez que quiera agua vaya solita a por ella?

—Porque no sé si eso la ayudaría o le haría daño.

Glayino apenas pudo creer lo que oía. ¿Cómo era posible que su mentora hubiera perdido tanto la fe en su propio juicio?

—¡Le has examinado la pata! ¡Sabes que lo único que tiene es un desgarro muscular!

—Pero la última vez me equivoqué… —señaló la gata—. Dije que estaba preparada para la evaluación y no lo estaba. —Su voz se convirtió en un susurro—. Le he fallado a Carboncilla, y le he fallado al Clan Estelar.

La frustración creció en Glayino.

—¿Siempre te rindes con tanta facilidad? —Gruñó—. Creía que esto te importaba, pero ¡quizá no te importe lo bastante!

Sin esperar una respuesta, se dio la vuelta y bajó hasta el claro. Quería salir de la hondonada y alejarse de Hojarasca Acuática lo máximo posible. Atravesó el túnel de espinos.

Betulón montaba guardia en la entrada.

—Hola, Glayino. ¿Quieres que te acompañe alguien?

—¡No! —contestó él, caminando hacia los árboles.

Siguiendo el olor y la dirección del viento, se dirigió hacia el lago. El aire era fresco y olía a humedad. Después de las últimas lluvias, parecía que el frío empezaba a aposentarse en el bosque. Tomó una senda que conocía bien y, tras salir de entre los árboles, descendió por la pendiente hacia la orilla. El viento rizaba el agua, que sonaba sorprendentemente cerca. Tal vez el aire húmedo transmitiera el sonido con mayor facilidad. Glayino bajó por la ribera, hundiendo las patas en los guijarros, y siguió adelante.

«¡Plof!».

Sin esperarlo, sus patas se sumergieron en el agua. Apenas le cubría las zarpas delanteras, pero, al sentir su contacto, Glayino retrocedió de un salto, temblando. Desde su caída al lago cuando era un cachorro, el agua le daba pavor. Avanzó por la orilla con el corazón desbocado. El nivel del agua debía de haber subido con las últimas lluvias.

«¡Mi palo!». Alarmado, corrió por la ribera herbosa bordeando el lago, hasta alcanzar la línea de árboles que crecían cerca del agua. Zigzagueó entre los troncos e intentó encontrar el escondite entre las raíces. Olfateando cuidadosamente, reconoció, con gran alivio, el serbal en el que lo había encajado. Trepó a una gruesa raíz y se inclinó hacia el agua que lamía la ribera; como parte de las raíces quedaban sumergidas, Glayino clavó las zarpas traseras en la corteza y alargó una de las delanteras hacia el hueco, buscando el palo a tientas bajo el agua.

«¡No está!». Agitó la zarpa en el espacio que había debajo de la raíz. Nada. Con el pánico ascendiéndole por la garganta, se inclinó más todavía, clavando la otra pata delantera en la ribera fangosa, de modo que el agua le lamió el pecho mientras se balanceaba en el borde. Estirándose todo lo que pudo, hundió la zarpa en el lago, buscando con desesperación el trozo de madera liso. Las olas le mojaron el hocico, haciéndolo farfullar.

¿Dónde estába? ¿Se lo había llevado el lago? ¡¿Y si no lo recuperaba?!

Algo duro chocó contra su hocico. Algo flotaba entre las olas… Siguiendo su instinto, Glayino olisqueó el agua y empezó a toser cuando esta se le metió por la nariz. Manoteó con ambas zarpas para intentar acercar el palo, pero cada vez que trataba de engancharlo se alejaba cabeceando. ¿Por qué tenía que ser tan liso? Si tuviera un poco de corteza le sería más fácil atraparlo. El pecho del joven era un hervidero de miedo y frustración.

—¡En el nombre del Clan Estelar! ¿Se puede saber qué estás haciendo?

Unos dientes se cerraron sobre su cola, y alguien tiró de él hacia la orilla.

Era Estrella de Fuego.

—Solo estaba… —Glayino buscó las palabras apropiadas.

¿Cómo iba a explicarle que necesitaba aquel objeto? Además, si se quedaba allí buscando la manera de contárselo al líder del Clan del Trueno, el palo podría alejarse flotando hacia el interior del lago.

—¡Necesito ese palo! —exclamó, esperando que bastase con la desesperación de su voz.

El corazón se le llenó de esperanza cuando Estrella de Fuego se colocó junto a él para mirar por el borde del agua.

—¿Qué? ¿Ese palo liso que flota cerca de la orilla?

—¡Sí! —gritó Glayino casi gimoteando.

—No se hundirá; lo sabes, ¿verdad? La madera no se hunde. ¿Importaría si lo hiciera?

El joven respiró hondo.

—Sí —respondió—. A mí me importa muchísimo.

Se esforzó por mantenerse tranquilo mientras notaba que Estrella de Fuego lo miraba con curiosidad.

—De acuerdo —maulló el líder, después de lo que parecieron lunas—. Lo atraparé.

Dicho esto, clavó las garras en las raíces del árbol para inclinarse hacia delante y pescar el palo. Glayino oyó unos chapoteos y el gruñido del guerrero al agarrar algo entre los dientes.

«¡Lo tiene!».

Estrella de Fuego arrastró el palo por la orilla fangosa hasta dejarlo en suelo seco.

—¡Gracias! —Glayino suspiró, pegando la pata al trozo de madera mojada.

—¿Quieres que te lo lleve hasta el campamento? —se ofreció el líder, resollando.

—¡No! —exclamó el joven sin pararse a pensar en lo que hacía.

Aquel palo era su secreto. Se le erizó el pelo a lo largo del lomo al pensar en las preguntas que le haría Hojarasca Acuática y en sus compañeros de clan, que verían en el palo lo que él no podía ver y que tocarían lo que era suyo.

—Bueno, pues ahora ya está a salvo —maulló Estrella de Fuego, que se inclinó un poco más sobre la rama lisa—. Tiene algunas líneas bastante raras. ¿Las has hecho tú?

—No —respondió Glayino, diciendo la verdad pero con la piel ardiendo.

Curvó las uñas sobre la madera, deseando que el líder no le hiciera más preguntas.

—Venga —dijo el guerrero—. Regresemos al campamento.

«¡Gracias, Clan Estelar!». Glayino arrastró el palo hasta el arbusto más cercano y lo empujó cerca del tronco, metiendo uno de los extremos debajo de una raíz retorcida. No creía que el agua pudiese llegar hasta tan arriba, pero, aunque así fuera, el palo no volvería a salir flotando.

—Adiós —susurró, antes de dar media vuelta y seguir al líder de su clan por la ladera herbosa que llevaba al bosque.

Cuando llegaron a los árboles, Glayino intentó detectar los pensamientos de Estrella de Fuego. Quería saber qué pensaba de él realmente el líder del Clan del Trueno, consciente como era de la profecía. Sin embargo, igual que la mente de Hojarasca Acuática cuando se ponía en guardia, la del guerrero estaba nublada y era imposible de descifrar.

—¿Cómo se encuentra Carboncilla? —preguntó el líder del clan.

Glayino detectó preocupación en su voz, y recordó su última visión: Estrella de Fuego era quien le había dicho a Carbonilla que jamás llegaría a ser guerrera. El joven sintió una oleada de lástima por su líder. La última lesión de Carboncilla debía de haber reabierto viejas heridas.

—Se pondrá bien, ¿verdad? —insistió.

—Está sufriendo mucho —respondió Glayino con cautela—. Es difícil saber si la herida es grave.

No quería contradecir nada de lo que Hojarasca Acuática pudiera haberle contado.

—Ese nombre debe de dar mala suerte… —murmuró Estrella de Fuego, casi para sí mismo.

Glayino tuvo que contenerse para no confesarle que Carbonilla no solo había inspirado el nombre de Carboncilla, sino que también le había dado su espíritu.

Caminaron en silencio hasta la hondonada y cuando entraron en el campamento Hojarasca Acuática corrió hacia ellos sin aliento.

—¿Estás bien? —le preguntó a Glayino.

—Está bien —contestó Estrella de Fuego—. Lo he encontrado en el bosque, y hemos regresado juntos.

Glayino agradeció que el líder no mencionara nada del palo.

—Ven conmigo a por bilis de ratón —le ordenó la gata a su aprendiz—. Dalia tiene una garrapata.

Glayino se dirigió a la guarida de la curandera con Hojarasca Acuática a su lado, que no dijo nada más. ¿Seguía enfadada? El joven trató de leerle el pensamiento, pero los suyos propios se interpusieron entre él y su mentora. Se

imaginaba el palo flotando en el agua, sin hundirse. Según Estrella de Fuego, no podía hacerlo. Glayino siempre había pensado en el lago como en una criatura traicionera que absorbía todo lo que tocaran sus heladoras aguas hasta sumergirlo en las profundidades. Había intentado engullirlo a él cuando no era más que un cachorro, pero no había engullido el palo. De hecho, lo había mantenido a salvo en la superficie, cerca del aire.

Los gatos del Clan del Río sabían nadar. Glayino incluso había oído historias de Estrella de Fuego y Látigo Gris que afirmaban que habían cruzado nadando una riada para salvar a una camada de gatitos. Y después de que los túneles se inundaran, todos ellos habían conseguido llegar a tierra firme.

Recordó la larga noche que había pasado agitando las patas en el agua, sin nada a lo que agarrarse. El río subterráneo había tirado de él hasta que dejó de luchar, y entonces flotó, como el palo. Recordó la sensación de mover las patas en el agua, que lo empujaba de un lado a otro como el viento. Se había sentido tan ligero como un vilano de cardo…

Se detuvo.

—¿Qué ocurre? —Hojarasca Acuática se detuvo también.

—Nada —respondió Glayino, aunque en su mente empezaba a formarse una idea.

Un chillido le hizo pegar un salto. Rosella estaba gritando de dolor al lado de la maternidad.

—¡Se le ha metido un pincho en el ojo! —exclamó Melada—. ¡Hay una rama que sobresale del muro de la maternidad!

—¡Creía que las había arreglado todas! —dijo Látigo Gris, que cruzó el claro disparado.

—¡Que no cunda el pánico! —Hojarasca Acuática echó a correr—. Los pinchos no son muy grandes. Como mucho, será un arañazo.

Glayino corrió a la guarida de la curandera. Rosella estaría bien. Él tenía algo más importante que hacer.

Cruzó la cortina de zarzas como una centella y oyó que Carboncilla se movía en su lecho.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmada.

—¡Tienes que nadar! —Maulló Glayino, entusiasmado.

—¿Nadar? —repitió Carboncilla, alarmada.

—Puedes hacerlo. Solo tienes que intentarlo. —Corrió a su lado—. Los gatos del Clan del Río lo hacen todo el tiempo.

—Pero pertenecen al Clan del Río.

—¿Es que no lo ves? —Se paseó delante de ella, incapaz de quedarse quieto—. Puedes practicar usando la pata dentro del agua. De ese modo, no soportará ningún peso y se fortalecerá.

—¿Se fortalecerá? —Maulló la joven, desconcertada.

—Será como caminar, pero más fácil —insistió Glayino.

—¿Y dónde voy a nadar?

—¡En el lago! ¡¿Dónde si no?!

—¿Y cómo llego hasta allí?

—Conseguiste venir hasta el campamento, ¿verdad? Y has descansado desde entonces.

—Pero ¿cómo sabré qué hacer?

—Yo te enseñaré.

Glayino ignoró el hormigueo de miedo que recorrió su pelaje ante la sola idea de mojarse las patas.

—¿Tú? —ronroneó risueña la aprendiza.

Era la primera vez que ronroneaba desde el accidente. Y, en ese momento, Glayino supo que la convencería.

—Bueno, haré todo lo que pueda —le prometió.

—Hojarasca Acuática pensará que estamos locos como liebres.

—Entonces será mejor que no se lo contemos. Puede ser nuestro secreto. Piensa en la sorpresa que se llevará cuando vuelva a verte andando con las cuatro patas.

Carboncilla no dijo nada, pero Glayino percibió que en su mente florecía una pequeña esperanza.

—De acuerdo —accedió al fin.

—Empezaremos mañana mismo. —Glayino se sentía eufórico—. Te recuperarás en un abrir y cerrar de ojos.

Carboncilla le tocó una oreja con la cola.

—Si no me ahogo primero.

9

Glayino parpadeó y abrió los ojos. Podía oír a Hojarasca Acuática desperezándose en su lecho. Debía de estar amaneciendo. La curandera se incorporó bostezando, y el joven aprendiz esperó a que su mentora saliera de la guarida a hacer sus necesidades, como todas las mañanas a primera hora.

El musgo del lecho le hacía cosquillas en la nariz. Glayino estornudó y luego paladeó el aire: olía a seco y a cálido, y arrastraba la promesa de un día soleado. Un día perfecto para llevar a Carboncilla al lago. Salió del lecho e intentó ignorar las dudas que le revoloteaban en el estómago. Aunque enseñar a la joven a nadar no le curara la pata, al menos le demostraría a Hojarasca Acuática que él no se había dado por vencido con la paciente.

—¿Glayino? —lo llamó Carboncilla—. Hojarasca Acuática ha salido. —Sonaba nerviosa—, pero seguro que vuelve enseguida… Quizá deberíamos dejar la idea de ir a nadar para otro día.

—Si nos damos prisa, podemos estar fuera del campamento antes de que regrese. —Él también estaba nervioso, pero se negaba a que eso los frenara—. Tenemos que intentarlo.

La aprendiza suspiró, resignada, y empezó a incorporarse.

—¡Ay!

—Tienes la pata un poco entumecida, no pasa nada —la tranquilizó Glayino.

—¿No podrías darme un par de semillas de adormidera, para mitigar el dolor? —le suplicó la joven.

—No —respondió él con firmeza—. Te darán sueño, y necesitas estar despierta para aprender a nadar.

Hubo un silencio.

—De acuerdo —maulló la gata con determinación.

Glayino se colocó a su lado, pegándose a su cuerpo para que Carboncilla pudiera apoyarse en él. La aprendiza pesaba bastante, y tuvo que esforzarse para ayudarla a llegar hasta la entrada.

Una vez cruzada la cortina de zarzas, Glayino examinó el claro saboreando el aire y plantando las orejas en busca de cualquier señal de vida. Esquiruela apareció soñolienta por el túnel de espinos. Probablemente había estado montando guardia toda la noche.

—No te muevas —le susurró a Carboncilla.

Los dos permanecieron inmóviles mientras Esquiruela se dirigía a la guarida de los guerreros.

La entrada del campamento estaría sin vigilancia hasta que Esquiruela despertara a su reemplazo. La patrulla del alba aún tardaría en regresar, pero seguro que Hojarasca Acuática volvería pronto del lugar donde se aliviaban los gatos.

—Vamos.

Le dio un empujoncito a Carboncilla, y juntos atravesaron el claro con torpeza. Glayino se tensaba cada vez que la aprendiza trastabillaba y gemía de dolor. La instó a seguir, suplicando que su coraje la sostuviera y esperando que nadie la oyese. Al llegar a la barrera de espinos, percibió un susurro.

Glayino olfateó el aire y se quedó paralizado.

—Es Hojarasca Acuática.

La curandera volvía del aliviadero, en el extremo más alejado de la barrera.

A toda prisa, Glayino empujó a Carboncilla contra los espinos y le tapó la boca con la cola para que no dijera nada. La curandera cruzó el claro en dirección a su guarida. En cuanto la cortina de zarzas se cerró, Glayino guio a la aprendiza por el túnel de espinos.

—Lo estás haciendo muy bien —la animó.

—¡Qué remedio! —masculló ella.

Al salir del campamento, Carboncilla iba resollando por el esfuerzo. Cuando llegaron a los árboles, Glayino se relajó un poco. Allí estarían fuera de la vista de los gatos que montaran guardia y de cualquier patrulla.

—Descansa un poco —maulló.

Carboncilla se sentó, aliviada.

—¿Adónde vas?

—A explorar la mejor ruta.

Glayino tanteó el suelo cuidadosamente, evitando las zonas más resbaladizas y comprobando que ninguna rama caída impidiera el paso. A

Carboncilla parecía dolerle bastante la pata, y él quería que el trayecto le resultara lo más fácil posible.

Cuando regresó, la joven se había tumbado de lado, pero su respiración era más relajada. Glayino le olisqueó la pata y se la tocó con el hocico. No la tenía demasiado caliente, y la hinchazón no había aumentado.

—Está fenomenal.

—Pues a mí no me lo parece —se quejó la joven.

—Imagínate que vamos a salvar a un cachorro que se está ahogando.

Carboncilla levantó la cabeza.

—Tú no dejarías que una pata dolorida te impidiera llegar hasta él, ¿verdad? —añadió el aprendiz de curandero.

Ella se puso en pie.

—¡De ninguna manera!

«¡Eso ya es más propio de la Carboncilla de siempre!», se alegró Glayino.

—Muy bien. Entonces, sigamos.

Volvió a pegarse a su cuerpo, cargando con su peso lo mejor que podía.

Los bigotes de la gata le hacían cosquillas en la mejilla.

—¡Un gato ciego haciendo de guía…! —rio Carboncilla.

—Seguro que nunca lo habrías creído posible.

Glayino se alegró de oírla bromear.

La hierba que crecía más allá de los árboles estaba resbaladiza, y los dos patinaron y tropezaron varias veces por la pendiente que llevaba al lago.

—¿Seguro que no estás intentando hacer que empeore? —masculló la aprendiza cuando cayeron por tercera vez.

—Te prometo que valdrá la pena.

Glayino esperaba no equivocarse. ¿De verdad nadar era la solución? «¡Clan Estelar, ayúdame a estar en lo cierto!», suplicó.

Una brisa fresca le alborotó el pelo mientras ayudaba a Carboncilla a llegar a la orilla. Los guijarros crujían bajo sus patas.

—Hoy el lago está precioso —dijo la joven, casi sin aliento—. Con la brisa ondulando el agua, parece un pelaje suave y gris.

Glayino avanzó con cautela, esperando notar el contacto del agua en cualquier momento, aunque por lo visto el nivel del lago había descendido desde el día anterior. Con una punzada, empezó a recordar lo cerca que había estado de perder el palo, y justo entonces tuvo que saltar hacia atrás cuando las olas le lamieron las patas inesperadamente.

—¿Está fría? —le preguntó Carboncilla, nerviosa.

—No demasiado.

Se le erizó el pelo a lo largo de toda la columna. Tenía que internarse en el lago con su paciente, ¿cómo si no iba a convencerla de que no había de qué preocuparse? Con los músculos tensos por el contacto con el agua, avanzó una cola, intentando no mostrar cuánto detestaba la sensación de mojarse las patas.

—¡Vamos, sígueme! —exclamó.

Carboncilla cojeó tras él, chapoteando.

—¿Y ahora qué? —preguntó, deteniéndose a su lado.

—Solo tienes que seguir andando hasta que no notes las piedras.

A la joven se le erizó el pelo.

—Haces que suene muy sencillo.

—Y lo es, ya lo verás.

Glayino recordó cómo se había debatido hasta la orilla después de ser arrastrado por los túneles. La sensación terrorífica del agua sumergiéndolo, sus esfuerzos por mantenerse a flote…

—Cuando llegue el momento, sabrás qué debes hacer —le aseguró.

Después de todo, él mismo había logrado mantenerse a flote, ¿no?

Carboncilla se pegó a él, aterrorizada.

—No puedo.

Glayino trató de imaginarse el lago extendiéndose ante ellos, pero su mente se vio arrastrada a la visión de un bosque frondoso. Los helechos de un verde intenso rodeaban a una gata gris. Carbonilla estaba sentada en la guarida de la curandera del viejo campamento, y el cielo nocturno se curvaba sobre ella, tachonado de estrellas.

—Haré cualquier cosa para ser guerrera —susurraba, contemplando el firmamento.

Glayino parpadeó para borrar esa visión.

—¿Tú quieres ser guerrera, Carboncilla?

Ella no vaciló.

—Por supuesto.

El aprendiz de curandero no necesitó decir una sola palabra más. La joven ya estaba internándose en el lago, y dio un respingo cuando el agua le mojó la barriga.

—¡Me has dicho que no estaba fría! —protestó.

—¡Te acostumbrarás!

—¡El agua me tira del pelo! —exclamó.

—¡Así no tendrás que lavarte durante días! —bromeó él, esperando que ella no notara el temblor de su voz.

—Ya me llega por encima del lomo.

—Sigue adelante, pero ahora más despacio.

—Tengo el pelo empapado. ¡Noto que peso tanto como una piedra!

Glayino la oyó chapotear. ¿La habría condenado a morir ahogada?

—¡No toco el fondo! ¡Ayúdame!

El aprendiz se metió en el agua hasta que se le empapó el pecho. La sangre le latía en los oídos:

—¡Carboncilla! ¡Vuelve, nada hacia la orilla!

La oyó patalear, y el agua le salpicó el hocico.

—¿Qué debo hacer? —Maulló la joven, escupiendo agua.

—¡No dejes de mover las patas! —gritó Glayino—. Imagina que estás corriendo y usa la cola para conservar el equilibrio.

«Cualquier cosa que te sirva para mantener la nariz fuera del agua», pensó el aprendiz.

El chapoteo cesó de golpe.

—¿Carboncilla?

Ningún sonido. Solo el de las leves olas en la orilla. ¿La habrían engullido las profundidades?

—¡Carboncilla! ¿Estás bien? —La llamó desesperado.

—¡Estoy nadando!

La respuesta de la joven le hizo resoplar de alivio.

—¿En serio?

—¿Qué quieres decir con eso…? —El reproche quedó ahogado por el agua y una pequeña arcada.

—¡No dejes de mover las patas! —le ordenó Glayino.

—¡Ya lo hago! —farfulló la aprendiza—. Y funciona. ¡Funciona de verdad! ¡Estoy flotando!

Glayino oyó que la gata volvía a escupir.

—¡Concéntrate en nadar!

Podía intuir su avance rítmico a través del agua. La joven se movía a lo largo de la orilla, y él chapoteaba por la ribera, acompañándola.

De repente, un alarido a sus espaldas lo dejó helado:

—¡Carboncilla! ¡¿Qué estás haciendo?!

Era Hojarasca Acuática.

—¡Estoy nadando!

La aprendiza regresó a la orilla y salió a la altura de Glayino, chorreando.

—¡Me ha enseñado Glayino!

El joven agachó las orejas, esperando a que Hojarasca Acuática le echara un rapapolvo, pero enseguida notó en la piel la calidez de la mirada de su mentora; estaba intrigada, no enfadada.

—Explícamelo —le pidió la gata.

—Supuse que el agua le permitiría moverse sin tener que soportar su peso —se atrevió a responder—. Y que así podría fortalecer la pata sin necesidad de apoyarse en ella.

—¿Cómo la notas ahora? —le preguntó Hojarasca Acuática a Carboncilla.

La aprendiza volvió a internarse en el lago.

—Me duele, pero no como cuando camino. ¿Puedo seguir un poco más?

Y sin esperar respuesta, se lanzó al agua.

Hojarasca Acuática se acercó a Glayino sobre los guijarros.

—Bien hecho —murmuró.

El joven inclinó la cabeza.

—Carbonilla no pudo ser guerrera, pero Carboncilla sí podrá serlo.

Hojarasca Acuática le pasó la cola por el lomo mojado.

—Eso espero. —Dijo, y, levantando la voz, añadió—: ¡Deberías salir ya, Carboncilla, antes de que te canses demasiado para regresar al campamento!

Luego se volvió de nuevo hacia Glayino.

—Tráela de vuelta despacio, y luego descansa un poco. Es media luna, y esta noche visitaremos la Laguna Lunar.

Glayino ascendió por los lisos peñascos. «Unas pocas colas más, y llegaré a la hondonada», se dijo. Las patas le dolían y le pesaban como piedras, y la cabeza le daba vueltas por el agotamiento. Estaba exhausto. Había acompañado a Carboncilla hasta el campamento a paso lento, como le había pedido Hojarasca Acuática, y, al llegar, sus compañeros de clan los habían rodeado, asombrados por el rastro de agua que iba dejando el pelo de la aprendiza.

—¡Estás empapada! —exclamó Acedera.

Carrasquera corrió junto a su amiga, preocupada.

—¿Te has caído al lago?

—¡He estado nadando! —les contó Carboncilla muy orgullosa.

Seguía cojeando, pero ya podía caminar sin ayuda.

—¡¿Nadando?! —Carrasquera sonó impresionada.

—Va a nadar todos los días para fortalecer la pata —explicó Glayino, que guio a su paciente lejos del ruido del claro para que volviera a acomodarse en

su lecho.

—Gracias, Glayino —le dijo Carboncilla de corazón—. Para mí es muy importante ser guerrera.

El aprendiz asintió.

—Lo sé, Carboncilla…

—¡Date prisa!

La voz de Hojarasca Acuática lo devolvió al presente con un respingo. Cuando el aprendiz alcanzó el borde de la hondonada, una ráfaga del frío viento de las montañas le pegó el pelo al cuerpo. Siguiendo a su mentora, bajó por el pisoteado sendero hasta la Laguna Lunar. Como de costumbre, la piedra lisa, hollada por los pasos de los gatos antiguos, le pareció cálida y reconfortante bajo las zarpas.

Cascarón apenas había hablado durante el trayecto, igual que Hojarasca Acuática. La tensión entre ella y el viejo curandero del Clan del Viento chisporroteaba en el aire como si se estuviera formando una tormenta. Cascarón no había llevado con él a Azorín, y lo excusó asegurando que se había herido una pata con una espina muy afilada. Sin embargo, Glayino notaba una coraza defensiva alrededor del curandero, como si se hubiera envuelto en zarzas, y dio por hecho que había querido proteger a su aprendiz de las posibles preguntas que Hojarasca Acuática pudiera hacerle sobre el robo de presas.

Ala de Mariposa, Blimosa y Cirro parecían ajenos a la tensión.

—La próxima vez que vengamos a la Laguna Lunar, ya será la estación de la caída de la hoja —comentó Ala de Mariposa.

Blimosa se estremeció.

—Echaré de menos las noches cálidas.

—Ha sido una buena estación de la hoja verde —maulló Cirro—. Pero el medio puente ha estado abarrotado de Dos Patas. ¿Por qué tienen que ser tan ruidosos?

—Por suerte, con la llegada de la estación de la caída de la hoja dejarán de venir —lo tranquilizó Ala de Mariposa.

—Ese es el único consuelo de las estaciones frías —coincidió el curandero del Clan de la Sombra.

—¿Ya has elegido a tu aprendiz, Cirro? —Blimosa sonó deseosa de poder contar con un nuevo compañero en aquellos viajes.

—Tengo a alguien en mente —ronroneó él.

Glayino esperó a que Hojarasca Acuática hiciera algún comentario. ¿Suspiraba su mentora por un aprendiz que siempre hubiese querido ser

curandero? Ella sabía que él quería ser guerrero cuando era un cachorro. «¿O quizá piensa en alguien que pueda ver?», se preguntó con amargura. Su mentora, sin embargo, no dijo nada; se limitó a tocarle las orejas con la punta de la cola cuando pasó por su lado. Glayino ardió de vergüenza. A veces, él no era el único que podía saber lo que estaban pensando los demás.

Los gatos se desplegaron alrededor del borde de la Laguna Lunar, y Glayino siguió los pasos de su mentora hasta que se acomodó en el extremo más alejado. Él se sentó a su lado, impaciente por tocar el agua con la nariz. Quería hablar con el Clan Estelar sobre la profecía. Quería averiguar si sus antepasados conocían a la Tribu de la Caza Interminable. ¿Podría explicarle el Clan Estelar por qué los antepasados de esa tribu conocían la profecía?

Glayino levantó el hocico al percibir la expectación que irradiaba Ala de Mariposa.

La curandera del Clan del Río carraspeó.

—Antes de que compartamos sueños con el Clan Estelar, me gustaría darle a Blimosa su nombre de clan definitivo.

—¿Ya? —La aprendiza estaba emocionada—. ¡Vaya! ¡No sé cómo agradecértelo, Ala de Mariposa!

—Te lo has ganado —respondió la curandera con ternura—. Esto es solo lo que te mereces.

—Muchas gracias —maulló la joven—. Has sido una gran mentora.

—Y espero seguir siéndolo.

Glayino sabía que Blimosa sería aprendiza de la curandera del Clan del Río mientras esta viviese, pero su nuevo nombre le daría un respeto y un estatus en su clan de los que no disfrutaba antes. Su cola tembló levemente. ¿Cuánto tardaría Hojarasca Acuática en darle a él su nombre definitivo?

Otra pregunta le cruzó la mente de inmediato: ¿cómo podría Ala de Mariposa llevar a cabo la ceremonia de nombramiento si no creía en el Clan Estelar?

Hojarasca Acuática se inclinó hacia él, y sus bigotes le rozaron la mejilla.

—El Clan Estelar la oirá, aunque ella se niegue a oírlos a ellos —le susurró.

Glayino dio un respingo.

—¿Cómo…?

—Te conozco mejor de lo que crees, Glayino —ronroneó la gata.

El joven se apartó. La idea de que su mentora pudiera adivinarle el pensamiento no le gustaba nada.

Ala de Mariposa inició la ceremonia:

—Yo, Ala de Mariposa, curandera del Clan del Río, solicito a mis antepasados guerreros que observen a esta aprendiza. Ha entrenado duro para comprender las costumbres y obligaciones de los curanderos, y, con vuestra ayuda, servirá a su clan durante muchas lunas.

«¿Es mi imaginación o estoy notando en la piel la calidez de la luz de las estrellas?». Glayino cerró los ojos para colarse en los pensamientos de Blimosa. Su felicidad lo inundó.

—Blimosa, ¿prometes respetar las costumbres de los curanderos, mantenerte alejada de la rivalidad entre los clanes y proteger a todos los gatos por igual, incluso a costa de tu vida?

—Lo prometo.

Las estrellas giraban en la mente de la joven.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar, te doy tu nombre definitivo como curandera. Blimosa, a partir de este momento serás conocida como «Blima». El Clan Estelar se honra con tu lealtad y tu compasión. Espero que las uses para servir a tu clan durante incontables lunas.

La joven lamió el pelo de Ala de Mariposa.

—¡Blima! ¡Blima! —Hojarasca Acuática, Cascarón y Cirro elevaron sus voces al Manto Plateado.

—¡Blima! —Se les unió Glayino, contagiado por su entusiasmo.

La Laguna Lunar se onduló cuando las patas de la joven tocaron el borde del agua.

—Gracias… Gracias a todos —maulló—. El Clan Estelar ha guiado mis pasos en todo lo que he hecho, y espero que siga guiándome el resto de mi vida.

—Que el Clan Estelar te lo conceda —murmuró Cascarón.

—Felicidades, Blima —maulló Hojarasca Acuática con cariño.

—Te lo mereces —ronroneó Cirro, que se tumbó junto a la Laguna Lunar —. El Clan Estelar estará deseando compartir lenguas contigo. Estoy seguro —añadió, y, tocando el agua con la nariz, se quedó inmóvil.

Los demás gatos lo imitaron, tumbándose para compartir sueños con el Clan Estelar. Mientras Glayino se acomodaba sobre la fría roca, Hojarasca Acuática le susurró al oído:

—Esta noche no te pasees por los sueños de Blima —lo avisó—. Deja que conozca al Clan Estelar ella sola.

«¡No iba a hacerlo!», protestó el joven para sus adentros, con una punzada de satisfacción. Después de todo, Hojarasca Acuática no podía leerle la mente. Él no tenía intención de colarse en los sueños de los demás esa noche.

Quería tener su propio encuentro con el Clan Estelar para preguntarle por la profecía.

Tocó el agua fría con la nariz, y al momento, en cuanto entró en los terrenos de caza del Clan Estelar, su mente se llenó de una vegetación exuberante. Allí aún no había el menor rastro de la estación de la caída de la hoja; solo árboles cargados de hojas y un sotobosque repleto de vida.

Mientras unos gatos charlaban, otros se dedicaban a cazar y algunos más simplemente disfrutaban del sol. Un pelaje rojizo brilló detrás de una franja de helechos. Un atigrado compartía lenguas con una gata parda, mientras que otro, blanco y negro, se movía entre la larga hierba, acechando a una presa. Glayino no reconoció a ninguno. «Son antepasados de otros clanes», pensó con frustración. Él quería hablar con alguien a quien conociera.

Recuperó la esperanza al reconocer a un felino que avanzaba entre la hierba larga por delante de él, pero entonces se dio cuenta de que se trataba de Cirro. Estaba a punto de dar media vuelta cuando reparó en un pequeño gato gris y blanco que se dirigía hacia el curandero del Clan de la Sombra. Tenía el pelaje salpicado de mechones canosos. «¡Debe de ser viejísimo!», se dijo Glayino.

Cirro lo saludó inclinando la cabeza.

—Nariz Inquieta.

El gato lo saludó a su vez guiñando los ojos. La nariz le goteaba.

«No me extraña que no entrechoquen los hocicos». Glayino se ocultó detrás de un árbol para escuchar. Sabía que Nariz Inquieta había sido curandero del Clan de la Sombra hacía ya muchas lunas. «Pero ¿qué clase de curandero es incapaz de curarse su propio resfriado?», se dijo.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó el viejo gato.

Cirro vaciló, y Glayino percibió que estaba buscando una respuesta.

—¿Abundan las presas? —insistió el anciano, entornando los ojos mientras Cirro se movía nervioso delante de él, cambiando el peso del cuerpo de una pata a otra.

—Sí, van bien —contestó finalmente.

—¿Os están molestando los Dos Patas?

Cirro negó con la cabeza.

—¿Y qué me dices de los cachorros de Trigueña? ¿Están sanos?

Nariz Inquieta se sentó, claramente confundido cuando, en vez de responder, Cirro miró al suelo.

—¿Qué ocurre? —quiso saber.

—¡Se trata de Estrella Negra! —El curandero pronunció el nombre de su líder lanzando una mirada culpable por encima del hombro. Luego bajó tanto la voz que Glayino tuvo que aguzar el oído para captar el resto—: Está muy… —Seguía buscando las palabras adecuadas—. Muy lejos.

—¿Lejos? —repitió Nariz Inquieta—. ¿Quieres decir que ha abandonado el clan?

—¡No! —exclamó Cirro, irritado—. Quiero decir «distante», «distraído». Deja que Bermeja organice todas las patrullas, y ha empezado a decir cosas…

Sacudió la cola.

—¿Cosas? ¿Qué clase de cosas?

—¡Se pregunta si realmente el Clan Estelar pretendía traernos al lago! —estalló.

La mirada del viejo gato se ensombreció.

—Entonces haces bien al preocuparte.

—¿Sí?

—Estrella Negra está perdiendo la fe —maulló.

Cirro agitó las orejas.

—¿Cómo puede ser eso posible? Siempre ha sido un firme creyente.

—No importa el cómo ni el porqué. —Nariz Inquieta se pasó una pata por el hocico—. Debes ayudarlo a recuperarla.

—Pero ¿cómo? —Cirro sonó abatido—. ¿Qué puedo hacer yo?

—Ayúdalo a recuperar la fe —repitió su antepasado, que empezaba a difuminarse, a volverse transparente, como el bosque que lo rodeaba.

—¡Ayúdame! —suplicó Cirro, pero el bosque ya había desaparecido.

Glayino abrió los ojos y se encontró sumido en la oscuridad junto a la Laguna Lunar. Se puso en pie, frustrado. ¿Qué le importaba a él si Estrella Negra estaba convirtiéndose en un cerebro de chorlito? Seguro que era mejor que el Clan de la Sombra estuviese liderado por un viejo bobo y senil, ¿no?

Hojarasca Acuática estaba levantándose ya a su lado.

—¿Has soñado con algo? —le susurró.

—No —respondió Glayino, todavía un poco malhumorado—. Con nada realmente importante.

10

Un zorro chilló en lo más profundo del bosque. Carrasquera se agitó en su lecho cuando el sonido resonó en los muros de la hondonada y se coló en sus sueños.

—En los túneles no —murmuró.

—¿Qué?

Leonino rodó junto a su hermana, pero ella no respondió: había vuelto a dormirse, sumergiéndose de nuevo en el sueño.

Ante ella se abría un túnel que desaparecía en las sombras, y el río oscuro burbujeaba y daba vueltas junto a su cola. Unos pasos pesados descendían por el túnel en su dirección, y unas garras arañaban el suelo de roca. El hedor a zorro le llenó la nariz. Sintió un hormigueo de pavor cuando vio una silueta formándose entre las sombras y unos ojos que centelleaban en la oscuridad. «¡Un zorro!». La joven retrocedió, notando cómo el agua del río subterráneo tiraba de sus patas traseras. La figura siguió avanzando sin pestañear, hasta que emergió bajo la media luz.

Era Leonino.

Carrasquera pegó un brinco, sobresaltada, cuando una zarpa le tocó el lomo.

—¿Carrasquera? —Fronde Dorado se encontraba junto a su lecho.

La guarida estaba a oscuras, excepto por una tenue luz de luna que se colaba entre las ramas del tejo.

—¿Te encuentras bien?

La aprendiza temblaba, y la piel le ardía de pánico.

—Solo era un sueño…

El alivio que la invadió le produjo el mismo efecto que la brisa fresca.

—¿No puedes dormir en silencio? —rezongó Leonino a su lado—. Yo he salido con la patrulla de la medianoche mientras tú te quedabas aquí,

roncando.

Rodó sobre sí mismo y se tapó el hocico con una pata.

—Es tu turno, Carrasquera —le dijo Fronde Dorado en voz baja.

Raposino y Albina dormían como troncos en sus lechos.

—¿Ya ha amanecido? —preguntó la joven, frotándose los ojos para espabilarse.

—Todavía no —susurró su mentor—. Vamos a hacer la patrulla de antes del alba.

Las patrullas extra estaban consumiendo al clan; todos los guerreros y aprendices estaban agotados, pero el plan de Estrella de Fuego parecía funcionar. Hacía días que no había ni rastro de los ladrones de presas. Carrasquera se desperezó y siguió a su mentor fuera de la guarida. Tenía las patas entumecidas por el sueño, y ni siquiera el frío de esas horas logró librarla del cansancio.

Una nítida luna blanca iluminaba el campamento. Espinardo estaba sentado en el claro, sujetándose la cola con una pata mientras se lavaba la punta.

Acedera daba vueltas a su alrededor.

—Hace demasiado frío para permanecer quieta —se quejó.

—Habrá más noches cálidas antes de que termine la estación de la hoja verde —le aseguró Fronde Dorado, restregando el hocico contra el de ella.

—¿Carrasquera se ha despertado? —preguntó Espinardo.

La joven salió de entre las sombras.

—Más o menos.

—Bien. —El atigrado marrón dorado se puso en pie—. Ya podemos irnos.

En la maternidad sonó un gritito.

—¿Ya se ha ido el zorro? —Maulló Rosina, inquieta—. Lo he oído ladrar, ¡y sonaba muy cerca!

—Está muy lejos, en el bosque —la tranquilizó Dalia—. Ahora vuelve a dormirte.

Carrasquera se colocó detrás de Fronde Dorado, y la patrulla salió al bosque en fila india. Bajo la cubierta de los árboles apenas se veía nada, y la joven tropezó con una raíz cuando ascendían la ladera en dirección a la frontera del Clan del Viento.

Su mentor se volvió hacia ella.

—¿Todavía tienes dormidas las patas?

—Me despertaré enseguida —le prometió Carrasquera.

Subieron hasta el arroyo fronterizo, reduciendo el paso a medida que se acercaban. Acedera, que encabezaba la patrulla, les indicó con la cola que se detuviesen y levantó la nariz para saborear el aire.

—Aquí no hay rastros recientes.

Espinardo bajó hacia la orilla, y Carrasquera oyó el susurro de los arbustos cuando el guerrero se coló debajo de ellos para inspeccionarlos. Poco después, salió con algunas hojas enganchadas en el pelo.

—Aquí tampoco.

Caminando con sigilo entre los árboles, siguieron el arroyo. Fronde Dorado atravesó una mata de helechos y salió por el otro lado negando con la cabeza.

—Todo despejado.

Espinardo dejó una marca olorosa en las raíces de un roble.

—Seguiremos el arroyo hasta que terminen los árboles —decidió Acedera —. Luego renovaremos nuestras marcas olorosas a lo largo de la frontera del páramo.

La guerrera continuó adelante bajo la luz de la luna. Las laderas de las colinas resplandecían con una blancura escalofriante, y el silencio del páramo y del bosque le provocó a Carrasquera un estremecimiento.

—Qué silencioso está todo… —murmuró.

—El alba se acerca —maulló Fronde Dorado—. Los pájaros no tardarán en despertarse.

Una brisa agitó el brezo.

—Espinardo, Fronde Dorado, renovad las marcas —ordenó Acedera—. Carrasquera y yo inspeccionaremos los alrededores en busca de algún rastro del Clan del Viento. —Le hizo un gesto a la aprendiza—. Sígueme.

Carrasquera descendió la ladera tras la guerrera parda, y sus patas, aún adormiladas, resbalaron sobre la hierba áspera. Acedera le indicó con la cola que continuara adelante, y ella serpenteó a través del brezo mientras la gata regresaba ladera arriba. Olfateando de un arbusto a otro, la joven siguió la curva de un hueco en el suelo y subió a un montículo. Allí estaba la frontera, más detectable por las recientes marcas olorosas del Clan del Trueno que por el olor rancio del Clan del Viento. Era como si aquel límite ya no le importara lo más mínimo al clan vecino. Probablemente habían estado demasiado ocupados cazando en el bosque.

Carrasquera miró hacia la colina del otro lado. Se arqueaba contra el cielo como el lomo de un gato gigantesco, y se extendía hacia el horizonte, de color cremoso por la cercanía del amanecer. El color crema daría paso al amarillo

cuando el sol empujara a la oscuridad, expulsando a la noche y tiñendo la cima de un rosa claro.

A medida que el cielo se suavizaba, Carrasquera reparó en una figura silueteada en la cumbre. Entornó los ojos, intentando distinguir qué era, aunque no consiguió calcular su tamaño. Sin embargo, cuando la luz del alba bañó la cima, la joven reconoció la forma de un felino, con una cara de hocico estrecho, un lomo largo y liso, y una cola curvada con la punta poblada. Había algo orgulloso y espléndido en el modo en que alzaba la cabeza; irguió sus grandes y separadas orejas mientras observaba el lago que había a sus pies.

Carrasquera se puso tensa.

—¡Es… un león!

—¿Un león? —Acedera corrió hacia ella—. ¿Dónde?

Carrasquera señaló con la nariz la figura que permanecía inmóvil en la colina.

Acedera negó con la cabeza.

—No es más que un gato. —Aguzó la vista—. Pero no creo que pertenezca al Clan del Viento. Es demasiado fornido y su pelaje parece muy espeso.

La aprendiza parpadeó y se dio cuenta de que la guerrera tenía razón. Aunque, por un momento, realmente le había parecido un león. Carrasquera había oído hablar de ellos en historias susurradas en la maternidad, cuando era una cachorrita: enormes y feroces, se alzaban como el sol para derrotar a todos sus enemigos.

—¡Hemos renovado todas las marcas olorosas! —las informó Fronde Dorado desde la línea de árboles—. Deberíamos regresar para dejar paso a la patrulla del alba.

Acedera corrió a reunirse con él, pero Carrasquera se quedó mirando a aquel gato extraño, que seguía recortado contra el horizonte, y se preguntó si también los estaría viendo.

—Carrasquera dice que ha visto un león —les contó Acedera a Fronde Dorado y Espinardo mientras volvían al campamento—. En el páramo.

—¿Un león? —Los ojos de Fronde Dorado centellearon divertidos—. ¿Seguro que no seguías soñando? —le preguntó a su aprendiza.

—¡No, claro que no! —se defendió ella—. Y sí que parecía un león.

—Tenía un aspecto extraño, la verdad —concedió Acedera—. Desde luego, no era un gato del Clan del Viento.

—Bueno, mientras no traspase nuestra frontera… —Gruñó Espinardo.

Carboncilla estaba saliendo de la guarida de la curandera cuando Carrasquera llegó al campamento, y cruzó el claro cojeando, en dirección al túnel de espinos.

La aprendiza se le acercó.

—¿Adónde vas?

—A nadar.

—¿Tú sola? —se sorprendió la guerrera.

—Glayino está ocupado seleccionando hierbas, y Hojarasca Acuática dice que estaré bien si me lo tomo con calma.

Carrasquera reparó en que su amiga ya no daba respingos de dolor.

—¿Te notas la pata mejor?

—Muchísimo mejor.

—¿Te importa si voy contigo?

—¿No estás cansada?

—Ya no.

La visión del «león» del páramo la había espabilado por completo.

Carboncilla ronroneó.

—Me encantaría tener compañía. —Y miró a su amiga de reojo—. ¿Quieres que te enseñe a nadar?

Carrasquera se estremeció ante la sola idea de meterse en el agua helada y mojarse el pelo.

—¡No, gracias!

Cruzaron el túnel de espinos una detrás de la otra. El sol estaba ascendiendo por el cielo, caldeando las copas de los árboles, y los pájaros trinaban entre las ramas. A Carrasquera le encantaba que el bosque hubiera perdido la pulcra frescura de la primera parte de la estación de la hoja verde, y que ahora pareciera descuidado y desaliñado, con la vegetación desbordándose sobre los senderos, y con retoños esbeltos creciendo entre las raíces de los árboles. Parecía que estuviera más vivo y frondoso que nunca.

Redujo el paso al acercarse a la pendiente que llevaba al lago, para que Carboncilla pudiera seguirle el ritmo.

—¿Has visto que Melada continúa yendo detrás de Bayo, babeando todo el rato? —Maulló la aprendiza gris.

—¡Oh, sí! —se indignó Carrasquera—. ¡Cualquiera diría que Bayo es un regalo del Clan Estelar al Clan del Trueno!

—¿Es que Melada no ve lo mandón y sabelotodo que es?

—Creo que a Melada le gusta tanto como él se gusta a sí mismo.

—¡Entonces debe de ser amor! —Carboncilla agitó los bigotes—. ¡Eso me recuerda una cosa! ¿Te has dado cuenta de que Betulón ha empezado a compartir lenguas con Candeal?

—La maternidad podría terminar abarrotada —ronroneó Carrasquera.

—No sé si habrá sitio cuando Mili tenga a sus cachorros. Hojarasca Acuática dice que van a ser tres como mínimo.

—¿Mili ya ha elegido los nombres? —La aprendiza se preguntó si su amiga habría oído algo mientras estaba recluida en la guarida de la curandera.

—Hojarasca Acuática dice que antes de dar nombre a los cachorros hay que verlos.

—Entonces, yo debía de pinchar como las hojas de la carrasca —bromeó Carrasquera.

Era genial charlar de todo y de nada. Así eran las cosas antes de saber sobre la profecía. Por primera vez desde que había regresado de las montañas, Carrasquera volvió a sentirse como una aprendiza más.

Pero no lo era.

Sintió una punzada de envidia. Carboncilla podría charlar así toda su vida, sin sentir el peso de la responsabilidad de ser más poderosa que los miembros de su clan; su única ambición era convertirse en guerrera y hacer todo lo que pudiese por sus compañeros.

«Yo tengo que apuntar mucho más alto. —Carrasquera frunció el ceño—. Y ni siquiera sé con seguridad cuál es mi objetivo».

11

Una cálida brisa se arremolinaba por la hondonada, llevando al campamento los aromas nocturnos del bosque. La luna estaba muy alta, y Glayino podía notar su luz sobre la piel. Movió las patas, entumecidas por la espera.

—¿Seguro que no hay nada que yo pueda hacer? —le susurró a Hojarasca Acuática a través de las zarzas que cubrían la entrada de la guarida de la curandera.

Su mentora le había pedido que saliera porque, como no era capaz de estarse quieto, había desparramado las semillas de adormidera por el suelo. Ahora, ella estaba recogiéndolas.

—Podría ayudarte a recoger —se ofreció él.

—No, gracias —respondió Hojarasca Acuática—. Tú solo aguza el oído por si oyes algo procedente de la maternidad.

Desde el mediodía, Mili no había dejado de dar vueltas en la guarida de las reinas, intranquila, y aunque los dolores aún no habían empezado, Hojarasca Acuática le había dicho que los cachorros podrían llegar en cualquier momento. El resto del campamento estaba durmiendo, excepto Látigo Gris, que montaba guardia delante de la maternidad. Glayino intentó que los temores del guerrero no se colaran en sus propios pensamientos.

«Mili estará bien», se dijo.

Las zarzas de la maternidad se estremecieron, y alguien salió al claro.

—Ya vienen los cachorros —avisó Dalia sin levantar la voz.

Hojarasca Acuática salió corriendo de la guarida.

—Sígueme —le susurró a Glayino.

El joven echó a correr tras ella con el corazón desbocado, y Dalia y la curandera entraron en la maternidad.

—Cuidad de Mili. —La voz angustiada de Látigo Gris le hizo dar un salto; tenía al guerrero tan cerca que casi se rozaban—. Si tenéis que elegir

qué vida salvar, salvadla a ella.

Antes de que Glayino pudiera responder, se vio arrastrado a los recuerdos de Látigo Gris: una atigrada plateada yacía en medio de un charco de sangre al fondo de una torrentera. El dolor desgarró el corazón de Glayino, que luchó por escapar de aquella visión, y respiró aliviado cuando parpadeó y se encontró de nuevo en la oscuridad de su ceguera.

—Hojarasca Acuática no permitirá que pase nada malo —le prometió al guerrero mientras entraba en la maternidad.

Le daba pánico volver a percibir su dolor. Látigo Gris debía de haber amado muchísimo a aquella gata plateada.

Mili estaba resollando, y soltó un aullido largo y quedo cuando Glayino se colocó junto a su mentora.

—¿Está bien? —susurró.

Se había perdido el nacimiento de los hijos de Dalia, y le entusiasmaba la idea de presenciar cómo Mili traía nueva vida al clan.

—Está yendo bien —lo tranquilizó Hojarasca Acuática.

—Pues si así se siente una cuando las cosas van bien… —Maulló Mili con voz quebrada—, que el Clan Estelar me libre…

Un espasmo la interrumpió.

Rosina y Tordillo se movían inquietos en un rincón de la guarida, arañando el musgo.

—¡Quedaos donde estáis! —les ordenó Dalia muy seria, reteniéndolos.

—¡Yo quiero ver a los cachorros! —se quejó Rosina.

—¿Hay sangre? —preguntó Tordillo.

—¡Chist! —los riñó Dalia.

Mili empezó a resollar de nuevo.

—Lo estás haciendo muy bien —la animó Hojarasca Acuática.

—¿Dónde está Látigo Gris? —quiso saber la gata.

—Justo en la entrada —le respondió Glayino.

—Bien… —Mili suspiró cuando terminó el espasmo—. No dejéis que entre, todavía no.

Hojarasca Acuática atrajo a su aprendiz con la cola.

—Aquí.

Tomó delicadamente la pata del joven con la boca y la posó sobre el costado hinchado de Mili.

—Va a tener otro espasmo. Llegan como las olas a la orilla, uno tras otro, cada vez más rápidos e intensos.

Glayino sintió un escalofrío de anticipación cuando el costado de Mili se tensó bajo su pata.

—Sus músculos están trabajando para expulsar a los cachorros —le explicó Hojarasca Acuática—. Dentro de un momento, también tendrá que ayudar empujando ella misma.

—¿Ya? —preguntó Mili.

—No, todavía no.

Cuando el espasmo terminó, la curandera posó una pata junto a la de su aprendiz. La gata irradiaba tranquilidad, como en forma de rayos de luna. Glayino estaba impresionado; a él le latía el corazón con tanta fuerza que estaba seguro de que los demás podían oírlo.

—¡Ahora!

Un nuevo espasmo atenazó a Mili, y Glayino la notó tensarse y temblar mientras empujaba con todas sus fuerzas.

—Ya viene el primero —anunció Hojarasca Acuática—. Puedo verlo.

Mili volvió a empujar, y Glayino captó un nuevo olor, cálido, fresco y húmedo a la vez.

La curandera se desplazó para agazaparse junto a la cola de Mili.

—Ven —le susurró.

Él se inclinó a olfatear el bulto mojado que se retorcía debajo de su nariz. Su mentora lamió al recién nacido.

—He abierto el saco para que pueda tomar aire por primera vez.

Mili dio un respingo.

—Ya viene el siguiente —maulló Hojarasca Acuática.

Dalia apartó a Glayino y agarró al primer cachorro para quitarlo de en medio. El aprendiz oyó cómo le lamía su empapado cuerpecillo.

—¿Lo estás lavando? —le preguntó a la reina.

Por el sonido, dedujo que le estaba dando lametazos a contrapelo.

—Esto hará que entre en calor y lo ayudará a que empiece a respirar —le explicó Dalia.

Glayino se inclinó sobre el gatito, que soltó un pequeño resoplido al tomar su primera bocanada de aire.

Mili gimió, y un nuevo bulto húmedo cayó sobre el musgo.

—Venga. —Hojarasca Acuática empujó a Glayino con el hocico—. Muerde el saco para liberar al pequeño.

Un tanto nervioso, el aprendiz de curandero lamió a la criatura, que no dejaba de retorcerse, y notó la membrana resbaladiza bajo la lengua. Con

cuidado para evitar rozar la tierna carne, mordió el frágil saco, que se rasgó entre sus dientes. El cachorro salió rodando y maullando.

—Este ya respira —informó a Hojarasca Acuática.

—Bien —maulló ella—. Ahora lámelo como ha hecho Dalia.

Tras olisquear al cachorro para localizar la cabeza, Glayino comenzó a lamerlo de las patas a las orejas. Como estaba empapado, se había enfriado rápidamente, pero pronto empezó a entrar en calor y a secarse bajo la lengua del aprendiz.

Mili se movió a sus espaldas y alargó el hocico para olfatear a sus hijos. Luego volvió a derrumbarse con un gemido.

—Viene otro —anunció Hojarasca Acuática.

La parturienta aulló, aunque con menos intensidad esta vez, como si el dolor estuviera disminuyendo.

—Ahí está —maulló Hojarasca Acuática cuando apareció un nuevo bulto —. Es el último.

Mili se incorporó un poco para liberarlo del saco y lamió su cuerpecillo mojado ronroneando.

—Un macho y dos hembras —dijo Hojarasca Acuática.

La reina se tumbó de nuevo sin dejar de ronronear, y la curandera levantó a las dos hembras para dejarlas junto a la barriga de su madre.

—Necesitan leche —le explicó a Glayino.

El aprendiz cogió por el pescuezo al cachorro que había estado lavando y lo dejó junto a sus hermanas. El pequeño enseguida empezó a retorcerse hacia la calidez de su madre, y Glayino oyó cómo empezaban a mamar. Distinguió sus ronroneos, apagados por el más ruidoso de Mili, y lo inundó una oleada de melancolía provocada por el cálido olor de la leche.

—Tenéis suerte de haber nacido en el Clan del Trueno —les susurró, pensando, por primera vez en aquella noche, en la profecía.

Las zarzas susurraron cuando entró Látigo Gris. Hojarasca Acuática debía de haberlo avisado. El guerrero se sentó junto a Mili para olfatearla de arriba abajo, rebosante de alivio.

—Tenemos dos hijas y un hijo —le contó Mili con voz cansada.

—Son perfectos —respondió Látigo Gris con dulzura.

Mili hizo un esfuerzo para incorporarse y mirar a sus pequeños.

—El chico se parece a ti. Ya es grande y fuerte, aunque por lo visto tiene más rayas negras que tú.

—Parece un abejorro —ronroneó Látigo Gris—. ¿Qué tal si lo llamamos «Pequeño Abejorro»? Y la gatita marrón oscuro podría llamarse

«Gabardilla».

—Suena bien —accedió Mili—. A la más pequeña me gustaría llamarla «Floreta». Las manchas blancas de su pelaje tricolor parecen pétalos.

—Pequeño Abejorro, Gabardilla y Floreta —murmuró el guerrero—. Bienvenidos al Clan del Trueno, mis amados hijos.

—Ahora ya estarán bien —le dijo Hojarasca Acuática a Glayino—. Dalia los vigilará y nos llamará si necesitan algo.

Salió de la maternidad, y su aprendiz la siguió. El claro estaba iluminado por la luna. Al regresar a su guarida, Glayino sintió una oleada de orgullo… por Mili, por su mentora y por sí mismo.

—Lo has hecho muy bien —maulló Hojarasca Acuática, restregando el hocico contra su mejilla, como si supiera lo que sentía.

—Gracias. —Glayino le lamió la oreja.

Lo último de lo que se acordaba era de su discusión.

—¡Es lo más asombroso que he vivido jamás!

—Sí que lo es —murmuró la gata.

«¿Por qué percibo tristeza en su voz?», se preguntó el joven. La verdad es que no parecía tan entusiasmada como él, que se sentía más ligero que la brisa, como si pudiera salir volando de la hondonada y sobrevolar los árboles. Quizá se debiera a que Hojarasca Acuática había ayudado a nacer a tantos gatos que ya no se conmovía. O tal vez envidiara la forma en que los cachorrillos sabían al instante quién era su madre, y cómo la querían con fiereza desde su primer aliento. Glayino redujo el paso e intentó imaginarse qué sentía en realidad Hojarasca Acuática al presenciar el nacimiento de nuevas vidas. ¿Lamentaba no poder tener sus propios hijos?

El joven aprendiz de curandero durmió hasta bien entrada la mañana. Cuando por fin salió al claro, con la mente aún embotada por el sueño, el sol le calentó el lomo. El montón de la carne fresca olía deliciosamente, y como tenía hambre por haber trabajado durante la noche, sacó un ratón de la pila y empezó a comérselo.

—¡He oído que has asistido a tu primer parto! —Carrasquera corrió a su lado y restregó la mejilla contra su hocico—. Ojalá hubiera estado allí.

—Ha sido genial —maulló él sin dejar de comer.

Látigo Gris salió de la maternidad y cruzó el claro. La felicidad que desprendía calentaba más que el sol.

—¡Felicidades, Látigo Gris! —exclamó Rabo Largo.

Carboncilla dejó de limpiarse cuando el guerrero pasó por delante de la guarida de los aprendices.

—¿Mili se encuentra bien? —quiso saber.

—Está perfecta —respondió él—. Y los cachorros, también.

—¡Estoy deseando verlos! —Albina daba saltos alrededor del claro.

—¡Yo ya los he visto! —Fanfarroneó Tordillo—. Pequeño Abejorro jugará conmigo cuando crezca un poquito más.

—¡La verdad es que son monísimos! —añadió Rosina—. Sobre todo Floreta. ¡Es tan chiquitina…!

Glayino oyó que Látigo Gris rebuscaba en el montón de la carne fresca.

—¡Mili estará hambrienta! —exclamó Musaraña desde la guarida de los veteranos.

—Y se va a comer la mejor presa que pueda encontrarle —declaró el guerrero gris.

Acedera amasó el suelo.

—¿Cómo son los cachorros?

—Gabardilla es de color marrón oscuro —le respondió Látigo Gris—, Floreta es tricolor con manchas blancas y Pequeño Abejorro es gris con rayas negras.

Manto Polvoroso estaba aseándose junto a la roca partida.

—Por lo menos ellos tendrán nombres de guerreros como es debido —masculló.

Era evidente que no se había olvidado de la negativa de Mili a cambiar de nombre.

Látigo Gris no le hizo caso. Siguió buscando entre las piezas de carne hasta que Estrella de Fuego bajó de la Cornisa Alta.

—Has elegido unos nombres de clan muy bonitos.

El líder del Clan del Trueno sonaba emocionado por su viejo amigo, pero Glayino detectó cierta tristeza en sus palabras; una tristeza que se extendía entre ambos guerreros igual que una telaraña, como si estuvieran compartiendo un recuerdo lleno de dolor. ¿Tendría algo que ver con la atigrada plateada que Glayino había visto en los pensamientos de Látigo Gris?

—¡A Floreta deberíais haberla llamado «Chillona», porque lo único que hace es chillar! —Maulló Tordillo.

—¡No seas malo! —protestó Rosina, indignada.

A continuación, los dos hermanos empezaron a rodar por el suelo, enzarzados en una pelea.

—¡Vosotros dos, parad! —La voz seria de Zancudo resonó en la hondonada mientras separaba a sus hijos.

—Solo estamos jugando —se quejó Tordillo.

—¡Bueno, pues jugad a algo más silencioso! —Maulló el guerrero—. No te envidio, Látigo Gris. Tener dos cachorros ya es bastante duro…

Tordillo se lanzó sobre él, y Zancudo soltó un grito de dolor.

—¡Eh, cuando decía que jugarais a otra cosa, no me refería a que me mordieras la cola!

La barrera de espinos se sacudió. Glayino engulló el último bocado de su ratón y saboreó el aire. Zarzoso, Cenizo y Leonino estaban entrando en el campamento. Se dirigieron al montón de la carne fresca, donde dejaron las presas que habían cazado.

—¿Y la patrulla del alba? —quiso saber Zarzoso—. Ya debería estar de vuelta.

—¿Qué gatos han salido? —preguntó Zancudo.

—Espinardo, Rosella y Betulón —respondió Estrella de Fuego, con un hormigueo de culpabilidad en la piel.

«Debería haberse dado cuenta de que aún no han regresado», pensó Glayino, y se concentró en el campamento, buscando señales u olores de los tres guerreros desaparecidos.

—Quizá hayan decidido quedarse a cazar un poco —aventuró Látigo Gris.

—Se suponía que debían volver directamente a informar —replicó Zarzoso.

—Es probable que no hayan visto nada, el bosque parece tranquilo —comentó Zancudo.

Glayino solo logró captar olores rancios de los tres guerreros. Proyectó su mente más lejos, fuera de los muros del campamento. Si estaban cerca de la hondonada, quizá pudiese detectar algún pensamiento o sentimiento errante. Logró hacerse una representación de los árboles y arbustos, un paisaje construido con las imágenes entrevistas en sus sueños, pero no había ni rastro de sus compañeros de clan.

De repente, su mente se vació, sumiéndose en una negrura que apagó todos sus pensamientos. Una oleada de frío lo penetró hasta los huesos. Glayino intentó respirar, pero el vacío lo asfixiaba, aplastándolo como el agua, ahogándolo en su espantosa oscuridad.

Luego desapareció, y el joven aprendiz volvió a ver el bosque en su mente, verde y tranquilo.

Boqueó de forma entrecortada, resollando mientras aspiraba un aire limpio y luminoso.

—¿Te encuentras bien? —Hojarasca Acuática se agachó a su lado.

Carrasquera se apretó contra él.

—¿Qué le pasa? —gimió.

¿Cuánto tiempo había transcurrido?

Látigo Gris todavía estaba plantado ante el montón de la carne fresca, con un campañol colgándole de la boca. Zancudo seguía apartando a Tordillo de su cola. La visión solo había durado un par de latidos.

—Algo viene —dijo con voz quebrada—. Algo… —Se interrumpió, atenazado de nuevo por el pánico—. ¡Algo oscuro!

Hojarasca Acuática no hizo ningún comentario. Su atención se había desviado hacia la barrera de espinos.

—¡Rosella! —exclamó Estrella de Fuego al ver a la joven guerrera entrando por el túnel. Luego su tono cambió—: ¿Estás bien?

Rosella parecía alterada y nerviosa. La seguía Betulón, con pasos vacilantes. Glayino plantó las orejas, sintiendo un hormigueo por todo el cuerpo. En el túnel sonaban unos pasos desconocidos, y el aprendiz captó un olor nuevo cuando un gato forastero entró en la hondonada seguido de Espinardo.

—¿Quién es ese? —preguntó Glayino en un susurro.

—No lo sé —contestó Carrasquera también en voz baja.

—¿Qué aspecto tiene?

Su hermana no respondió. Concentraba toda su atención en el desconocido. El pelo de ese gato desprendía el olor del brezo y el limpio aroma del viento y el agua, pero de nada más que le resultase familiar. Glayino intentó buscar en la mente del recién llegado, y de pronto se encontró sumido en incontables pensamientos e imágenes: árboles, cielo, relámpagos, monstruos rugientes y unas extensiones enormes de un agua verde y ondulada, pero ninguna de esas percepciones duraba lo bastante para que Glayino pudiera verla con claridad. Era como tratar de mirar una superficie de agua que centelleara con la luz del sol.

Le dio un empujoncito a Carrasquera.

—Eh, ¿es que no me has oído?

—E… es alto —maulló ella distraída—. Más que Estrella de Fuego. La cabeza se le estrecha en el hocico, y tiene las orejas grandes y muy separadas. Su pelo es más largo y espeso que el nuestro, marrón oscuro y blanco, con

manchas tricolores… y su cola… —Se quedó callada unos instantes—. ¡Yo he visto antes a ese gato! Es el león.

Glayino se tensó, alarmado.

—¿Qué?

Su hermana bajó la voz todavía más:

—En el páramo, con el sol alzándose detrás de él, parecía un león.

Glayino quería que se lo contara todo, pero percibió que Estrella de Fuego se estaba acercando hacia el desconocido. El aire de la hondonada crepitó por la tensión.

—Espinardo —el líder se dirigió con dureza al guerrero más veterano—, ¿por qué has traído a este gato hasta aquí, al interior de nuestro campamento?

—Y… yo… —Espinardo parecía haberse quedado sin palabras.

Glayino notó la confusión que nublaba los pensamientos del guerrero: ya no estaba seguro de por qué había conducido a un completo desconocido hasta el corazón del territorio del Clan del Trueno. Tan solo le había parecido que era lo que debía hacer.

—Estrella de Fuego —dijo inesperadamente el forastero—. Es un honor conocerte. Llevo mucho tiempo deseando encontrarme con el Clan del Trueno. —Su voz era profunda, pero su tono ligero, como una promesa de sinceridad.

—¿Cómo es posible que nos conozca? —bufó Zancudo.

—¿De dónde es? —susurró Hojarasca Acuática.

—¿Llevas tiempo deseando encontrarte con el Clan del Trueno? —repitió Estrella de Fuego con incredulidad—. ¿Qué quieres de nosotros?

—¿Qué queremos nosotros de él? —Gruñó Musaraña—. ¡Echadlo de aquí!

—No quiero nada de vosotros. —La voz del desconocido resonó por toda la hondonada.

—En ese caso, ¿por qué estás aquí? —quiso saber Estrella de Fuego con recelo.

—He venido porque era el momento.

—¡¿El momento de qué?! —exclamó Zancudo.

—El momento de venir —respondió el intruso.

Glayino se estremeció. ¿Cómo conseguía aquel desconocido que unas palabras tan sencillas sonaran tan poderosas?

Estrella de Fuego cambió el peso de su cuerpo de una pata a otra.

—No está soltando más que tonterías… —masculló Musaraña—. Decidle que se vaya.

—Pero ¡si acaba de llegar! —replicó Tordillo, cruzando el claro entusiasmado—. ¿Quién eres? —le preguntó al gato, deteniéndose delante de él.

El desconocido soltó un ronroneo profundo y risueño.

—Me llamo Solo.

Zarzoso se adelantó de inmediato.

—Rosina y tú deberíais estar descansando en la maternidad —le dijo a Tordillo—. No habréis podido dormir mucho esta noche.

—¿Habéis tenido problemas? —Maulló Solo.

—No —respondió el lugarteniente del Clan del Trueno, mientras conducía a Tordillo y Rosina hasta la maternidad.

Esperó a que los reticentes cachorros entraran en su guarida, y entonces se volvió hacia Espinardo:

—¿Dónde has encontrado a este forastero?

—En la frontera del Clan del Viento —explicó el guerrero—. No estaba robando presas, ni siquiera intentaba colarse en nuestro territorio. Solo estaba… esperando.

—Estaba esperando a una patrulla —dijo el forastero.

«¿Cómo es posible que un solitario sepa de fronteras y patrullas?».

—¿Para qué? —Estrella de Fuego parecía desconcertado.

—Para que me escoltara hasta aquí.

Glayino se concentró en Solo e intentó encontrar en su mente la razón por la que estaba allí. Pero seguía sin poder dar ningún sentido a su centelleante multitud de pensamientos.

Sus compañeros de clan parecían haberse sumido en un silencio aturdido y alterado.

Al ver que nadie decía nada, el forastero habló de nuevo.

—Mi presencia os molesta. —Barrió el suelo con la punta de la cola—. Pensaba que, a diferencia de los demás clanes, el Clan del Trueno me recibiría con agrado. —Su atención se clavó en Estrella de Fuego como un rayo de luz —. A ti te gusta ayudar a los gatos menos afortunados, ¿no?

Al líder del clan se le erizó el pelo del lomo.

—Nosotros no echamos a ningún gato necesitado —maulló Estrella de Fuego cautelosamente—. Pero tú dices que no necesitas nada.

—Quieres que me vaya —dijo el forastero, aunque no hizo el menor amago de marcharse. En vez de eso, olfateó como si estuviera buscando más información en el aire y añadió—: ¿Puedo conocer a tu clan primero? He viajado solo desde muy lejos, y agradecería al menos un poco de compañía.

—Muy bien. —Estrella de Fuego cruzó el claro—. Este es Zarzoso, mi lugarteniente. —Movió la cola en el aire—. Y ella es Hojarasca Acuática, nuestra curandera.

—De modo que tú eres la curandera.

Solo parecía encantado.

—S… sí —respondió ella con timidez.

—Estos son Espinardo, Látigo Gris, Tormenta de Arena y Manto Polvoroso —se apresuró a añadir el líder.

—¡Y yo soy Albina! —exclamó la joven, adelantándose—. Y este es mi hermano, Raposino. Somos aprendices.

—Ah, aprendices. Eso quiere decir que os estáis preparando para convertiros en guerreros, ¿verdad?

—Así es —respondió Zarzoso por ella—. De hecho, ahora mismo tendrían que estar entrenando. —Y se dirigió a los aprendices—: ¿No deberían vuestros mentores llevaros al bosque?

Candeal se acercó corriendo.

—Sí. Venga, Albina, vamos a hacer prácticas de combate. Raposino, tú puedes entrenar con nosotras hasta que Esquiruela vuelva de cazar.

—¿No puedo quedarme aquí? —gimoteó Raposino cuando Candeal ya los estaba azuzando fuera del campamento.

Con un chillido, Rosina y Tordillo salieron a trompicones de la maternidad.

—Me parece que os he dicho… —empezó Zarzoso, pero se interrumpió al ver que Dalia salía detrás de los cachorros, riñéndolos.

—¡Ya os he explicado que los hijos de Mili son demasiado pequeños para jugar! ¡Aunque solo les estuvierais haciendo cosquillas con una pluma! —El rapapolvo de la reina terminó bruscamente al ver a Solo—. Fuera de aquí —les susurró a sus hijos, avergonzada, empujándolos hacia la guarida de los aprendices—. Quedaos ahí y jugad a lo que queráis. Pero ¡sin hacer ruido, que Estrella de Fuego está ocupado!

—Ella no ha nacido en un clan, ¿verdad? —comentó Solo.

—¡Ahora forma parte del Clan del Trueno! —Gruñó Zancudo.

—Por supuesto —maulló Solo en tono conciliador.

Zancudo arañó el suelo.

—Quiero decir que es uno de los nuestros; eso es todo.

Glayino captó olor a carne fresca en la barrera de espinos. Esquiruela y Tormenta de Arena regresaban de cazar. Las dos redujeron el paso al ver a Solo, sorprendidas.

—¿Más presas? —preguntó el gato cuando ellas dejaron sus capturas en el montón de la carne fresca, un poco cohibidas—. ¿Se os acaban alguna vez?

Zarzoso cruzó el claro para reunirse con Esquiruela y le susurró algo al oído, aunque Glayino no logró entender sus palabras. Luego se volvió hacia Solo.

—Las presas escasean en la estación sin hojas, pero sobrevivimos —maulló el lugarteniente.

—Ya veo —repuso el forastero con aprobación.

—Tal vez quieras comer algo antes de continuar tu viaje —le ofreció Estrella de Fuego.

Solo se sentó.

—Yo cazo mis propias presas.

—¿Es que no pilla las indirectas? —susurró Carrasquera.

Glayino sintió que la mirada de Solo le abrasaba la piel.

—¿Tenéis gatos ciegos en el clan?

Hojarasca Acuática se plantó delante de él.

—Glayino es mi aprendiz —maulló la gata con actitud protectora.

—Dos curanderos —observó Solo—. Mejor aún. Tengo algo que compartir, y creo que los curanderos lo valorarán mejor que los guerreros.

—¡De modo que sí has venido por una razón! —lo desafió Estrella de Fuego.

—Solo estoy de paso —maulló el forastero como si nada—. Pero, ya que estoy aquí, podría compartir algo con vosotros. —Hizo una pausa—. ¿Preferirías que me marchara inmediatamente?

—¡No! —Hojarasca Acuática se adelantó a toda prisa—. Deja que comparta conmigo lo que sabe —le pidió a Estrella de Fuego.

—No es algo que deban oír todos… —avisó Solo.

—Podemos salir al bosque —propuso la curandera.

«¡Ella también percibe su poder! —se dijo Glayino—. ¿Por qué si no iba a mostrarse tan deseosa de que compartiera sus conocimientos con ella?».

Estrella de Fuego vaciló.

—Muy bien —accedió finalmente, aunque con cierto recelo—. Pero llévate contigo a Glayino.

Hojarasca Acuática guio a Solo fuera del campamento, y el aprendiz fue tras ellos por el túnel de espinos. Caminaron hasta un claro musgoso que no quedaba muy lejos de la entrada del campamento.

—¿Qué es lo que quieres contarnos? —Hojarasca Acuática parecía decidida a no sentirse intimidada.

Solo se sentó, irradiando energía.

—Se acerca la oscuridad.

Glayino contuvo la respiración. «¡La oscuridad asfixiante!». Apartó ese recuerdo; tenía que oír todo lo que tuviera que decir aquel gato.

—¿A qué te refieres? —preguntó Hojarasca Acuática con voz tensa.

—Se avecina un momento que generará un gran vacío —anunció Solo—. Nada volverá a ser igual.

Su voz era hipnótica, y sus palabras parecían resonar con la sabiduría de los antiguos clanes. Glayino se inclinó hacia delante cuando la voz de Solo se tornó más suave.

—El sol desaparecerá.

«¿Qué significa eso?». Glayino trató de ver más allá de las palabras, de internarse en los pensamientos de Solo, pero era como intentar atrapar peces resbaladizos.

Hojarasca Acuática cambió de postura.

—El Clan Estelar no me ha enviado ninguna señal sobre eso.

—Querida Hojarasca Acuática —suspiró Solo—, tu fe es muy noble, pero ¿realmente crees que el Clan Estelar puede verlo todo?

—Pero… —Su mentora empezó a protestar.

Sin embargo, Solo insistió:

—No son más que espíritus de gatos comunes y corrientes, como tú y como yo, ¿no es así?

«¡Eso es lo que pienso yo! —A Glayino se le erizó el pelo—. Aunque Solo es lo bastante valiente para decirlo en voz alta». Le gustaría preguntarle cómo lo sabía. ¿Había conocido al Clan Estelar? ¿A la Tribu de la Caza Interminable? ¿A Pedrusco? Pero no pudo porque Hojarasca Acuática le tapó la boca con la punta de la cola para que guardara silencio.

—El Clan Estelar nos ha guiado en muchas cosas —maulló la gata con firmeza—. Nos encontraron un nuevo lugar donde vivir, después de que los Dos Patas destrozaran nuestro bosque. Y seguiremos confiando en ellos en todas las lunas venideras.

Solo se incorporó.

—Yo solo estaba pensando en los clanes —maulló.

¿Lo habría ofendido Hojarasca Acuática?

—Pero no cabe duda de que podéis cuidar de vosotros mismos, como habéis hecho siempre —añadió.

—Exacto.

Hojarasca Acuática se puso en pie y se dirigió hacia la barrera de espinos. Era evidente que no le importaba haber ofendido al forastero.

Solo la siguió lentamente. ¿El calor que emitía su cuerpo era de satisfacción?

Glayino comenzó a ir tras ellos.

—¡Chist!

Un siseo desde la vegetación lo hizo detenerse y olfatear el aire.

«¡Eran Raposino y Albina!».

—Pensaba que estabais entrenando —maulló muy serio.

Los helechos susurraron cuando los aprendices salieron de su escondrijo.

—Candeal nos ha ordenado practicar técnicas de acecho —explicó Raposino, abochornado.

Albina no se mostró tan avergonzada.

—¡¿Es cierto?! —exclamó con un gritito—. ¿Es verdad que el sol va a morir? —Una mezcla de emoción y espanto la hacía temblar—. ¿Por qué no nos ha avisado el Clan Estelar?

—¡Silencio! —Glayino plantó las orejas, temiendo que Candeal estuviera cerca—. ¡Nadie más debe saberlo!

—Pero ¡deberíamos avisar al clan! —protestó Raposino.

—¿En quién confiáis más, en este desconocido o en el Clan Estelar? Propagando rumores como este solo conseguiréis que cunda el pánico. Debéis pensar como guerreros, no como cachorros.

Esperando que eso bastase para que guardaran el secreto, los envió al campamento y los siguió a través del túnel de espinos.

Leonino, con el olor de los árboles pegado al pelo, corrió al encuentro de su hermano.

—¿Qué has averiguado sobre el forastero? Carrasquera me ha dicho que habéis estado hablando en el bosque.

—Solo han hablado Hojarasca Acuática y él.

—¿Y qué han dicho?

Glayino plantó las orejas. Estrella de Fuego estaba hablando con Solo.

—Una patrulla te escoltará hasta la frontera —maulló el líder del Clan del Trueno.

—Nos aseguraremos de que la cruce —gruñó Manto Polvoroso desde la barrera, donde esperaba con Tormenta de Arena y Zancudo.

El joven aprendiz de curandero notó que le ardían las zarpas cuando Solo empezó a cruzar el claro hacia ellos.

—¿Y bien? —insistió Leonino.

Glayino captó el olor del forastero, vaporoso y extraño.

—No lo olvides —le dijo Solo al pasar, inclinándose hacia él—. Se acerca la oscuridad.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Leonino cuando Solo salió por el túnel.

Glayino reprimió un estremecimiento.

—No tiene importancia —maulló.

12

—Vosotros dos, ¿por qué no os dormís de una vez? —Gruñó Leonino, dando otra vuelta en su lecho.

Albina y Raposino no habían parado de susurrar en la oscuridad desde que Candeal los había mandado a dormir, y como ya solo quedaban cinco aprendices en la guarida, el ruido molestaba más que de costumbre. Carrasquera estaba durmiendo con la cola sobre las orejas, y Carboncilla roncaba suavemente a su lado. ¿Es que Raposino y Albina no necesitaban descansar? Leonino intentó ponerse cómodo, pero no dejaba de notar bultos en su lecho de musgo.

—A ver, ¿de qué estáis hablando todo el rato? —les preguntó a los dos aprendices más jóvenes.

—De nada importante —respondió Raposino.

Leonino se retorció y notó una piedrecilla debajo de su lecho. A lo mejor por eso estaba tan incómodo. Escarbó entre el musgo, buscando la piedra y deseando poder dormirse de una vez.

Los susurros empezaron de nuevo.

—¡Cerrad el pico! —bufó Leonino.

—¡Que no somos nosotros! —protestó Albina, indignada.

Leonino se puso tenso. ¿Quién era entonces? Se incorporó en el lecho. Algo se movía en el exterior. Una sombra tenue pasó junto a las ramas de la guarida, y el aprendiz saboreó el aire: un olor almizclado le llenó la boca. No pertenecía a nadie del Clan del Trueno…

Se quedó petrificado.

«¡El Clan del Viento!».

¿Habrían acudido a pedirles ayuda? Pero ¿por qué en ese momento, en mitad de la noche? Leonino se dirigió sigilosamente hacia la entrada de la guarida.

—¿Adónde vas? —le susurró Raposino.

—¡Chist!

Al asomarse, Leonino vio sombras entrando por el túnel de espinos. Las figuras silenciosas llenaban el claro, pero apenas eran visibles bajo un cielo sin luna.

Leonino parpadeó con incredulidad. ¿Estaban invadiéndolos?

—¡Nos atacan! —aulló para dar la voz de alarma, y salió disparado de la guarida.

Chocó contra un gato del Clan del Viento, y se sorprendió de que el fantasmal guerrero resultara tan real. A su alrededor estalló el ruido cuando, gruñendo y bufando, los invasores del Clan del Viento se revolvieron contra él. El joven contraatacó al aluvión de zarpas, manteniendo las patas traseras bien clavadas en el suelo para aguantar la embestida.

Luego se agazapó, dejando que los intrusos cayeran unos encima de otros, y escapó de la melé retorciéndose por debajo de ellos.

Los guerreros del Clan del Trueno empezaron a salir de las guaridas con el pelo erizado y los ojos dilatados por la conmoción. Carrasquera apareció en el claro, seguida de Carboncilla, Raposino y Albina.

—¡¿Por qué nos atacan?!

Aquel no era el momento de hacer preguntas.

—¡Rodead el claro y acabad con los invasores! —ordenó Leonino.

Tuvo que agacharse de inmediato porque un guerrero rival saltó sobre él. El aprendiz arqueó el lomo para desequilibrarlo, y el atacante rodó con torpeza sobre su cuerpo y aterrizó mal. Entonces Leonino se revolvió buscando su garganta, pero redirigió su embestida en el último momento y se limitó a morderlo con fuerza detrás de la oreja, obligándolo a rodar por el suelo. «¡He estado a punto de matarte!». Leonino se dio cuenta de lo cerca que había estado de degollar a aquel guerrero.

—¡Fuera de mi campamento! —le bufó, sujetándolo con las patas delanteras y arañándole la barriga con las traseras.

«¡O acabaré matándote!», añadió para sus adentros.

El gato del clan rival se retorció para liberarse de él, aunque no huyó, sino que se limitó a desaparecer entre la multitud de combatientes del claro. Leonino intentó seguirlo, pero el pelaje del guerrero del Clan del Viento desapareció en la tormentosa masa gris que batallaba en la penumbra.

¡Un destello blanco! Nimbo Blanco estaba abriéndose paso entre la multitud. El pelaje de Tormenta de Arena relucía en el extremo más alejado de la batalla, y, más cerca, Leonino logró distinguir las manchas blancas de

Acedera y Centella. Candeal estaba delante de la guarida de los veteranos, peleando hombro con hombro con Albina contra una línea avanzada de guerreros del Clan del Viento, y Látigo Gris se plantó ante la entrada de la maternidad, atizando a un invasor con tal fuerza que lo mandó de nuevo a la melé que se había formado en el centro del claro.

Centella pasó rodando por su lado, enzarzada con un gato enfurecido.

Látigo Gris lo agarró, separándolo de su compañera de clan, y lo lanzó a un lado como si fuera una pieza de carne fresca.

—¡Métete en la maternidad! —le ordenó a Centella.

Cuando la guerrera entró para defender a las reinas y los cachorros, Látigo Gris se colocó ante la entrada con ojos centelleantes, desafiando a cualquiera a que se acercara.

—¡Leonino! —El grito de Cenizo sonó desde la guarida de los veteranos —. ¡Ven aquí!

Leonino rodeó a los combatientes, agachándose para eludir los zarpazos que cayeron sobre él. Candeal y su aprendiza seguían luchando contra la primera línea de guerreros del Clan del Viento, y tenían el pelo oscurecido por la sangre.

—Hay que llevar a Musaraña y Rabo Largo a la Cornisa Alta —gruñó Cenizo—. Yo ayudaré a Candeal y Albina a contener a estos guerreros. —Rodó sobre el lomo para empujar a un enemigo con las patas traseras—. ¡Tú guía a los veteranos rocas arriba!

Leonino miró a Albina, que estaba peleando con un joven del Clan del Viento. Los ojos de la aprendiza centelleaban de rabia mientras le vapuleaba las orejas una y otra vez.

—¡Vamos! —le gritó Cenizo a Leonino.

El joven aprendiz corrió a la guarida de los veteranos, que estaban encogidos al fondo del hueco del arbusto de madreselva, con el pelo erizado y las uñas desenvainadas.

—Tenéis que seguirme a la Cornisa Alta —les dijo.

—Deberíamos estar peleando —bufó Musaraña.

—Quizá tengáis que hacerlo —respondió Leonino—, pero, de momento, será más fácil expulsar al Clan del Viento si no tenemos que preocuparnos por vosotros.

Sabía que estaba siendo muy brusco, pero no había tiempo para delicadezas. Las vidas de todos ellos estaban en juego. Inspeccionó la entrada. Cenizo y Candeal estaban obligando a retroceder al Clan del Viento. Albina, con el hocico brillante de sangre fresca, había conseguido ahuyentar al joven.

La aprendiza entornó los ojos y luego se abalanzó contra la pata de un guerrero del otro clan que estaba atacando a Candeal.

Habían formado un hueco delante de la guarida lo bastante grande para que pudieran pasar los veteranos. Leonino hizo salir primero a Musaraña y luego a Rabo Largo, y se pegó a su costado para protegerlos de posibles coletazos o zarpazos mientras se dirigían hacia las rocas que llevaban a la Cornisa Alta.

«¡Date prisa!», le instó a Musaraña para sus adentros.

Rabo Largo ya había empezado a ascender, pero la vieja gata cojeaba como si dar cada paso le supusiera un gran esfuerzo. El joven se pegó a ella para servirle de apoyo y guiarla en la subida.

—¡Deteneos! —Estrella de Fuego estaba en el saliente, por encima de ellos, con los ojos abrasados de rabia.

Su alarido resonó como un trueno en los muros de la hondonada.

Leonino se detuvo, y todos los gatos se quedaron inmóviles y volvieron sus miradas hacia el líder del Clan del Trueno, que rugió:

—¡¿Cómo os atrevéis?!

La masa de gatos se dividió para dejar a la vista a Estrella de Bigotes, que estaba en el centro. ¡Había sido el mismo líder del Clan del Viento quien había dirigido el ataque! Leonino se quedó de piedra. Aquello no era un simple ataque. Aquello era una declaración de guerra.

La luz de las estrellas centelleó en los ojos de Estrella de Bigotes.

—Nos atrevemos porque somos auténticos guerreros —maulló con firmeza—. Esta batalla ha tardado demasiado en llegar. El Clan del Trueno debe aprender que no es el clan más importante del bosque.

Estrella de Fuego lo escuchaba tan quieto como una roca.

—Veis el sufrimiento de los demás, y esperáis que os supliquen ayuda como si pertenecierais al Clan Estelar. —Estrella de Bigotes sacudió la cola —. Nosotros no suplicaremos. ¡Nosotros somos guerreros! Lucharemos por las presas y el territorio que necesitemos para sobrevivir.

A Estrella de Fuego se le desorbitaron los ojos.

—¿Y por eso invadís nuestro campamento? —Parecía escandalizado.

—Queremos asegurarnos de que recibís el mensaje —bufó Estrella de Bigotes—. Creéis que ser guerrero significa salvar a gatos montañeses y rescatar a gatos descarriados. Nosotros creemos que consiste en cuidar de nuestro clan.

«¡Eso es injusto! —pensó Leonino—. ¿Dónde estaría ahora cualquiera de los clanes de no ser por Estrella de Fuego?». El joven clavó las garras en las

piedras sueltas para controlarse y no saltar sobre el líder del Clan del Viento.

Estrella de Fuego bajó de la Cornisa Alta, aterrizando con ligereza, y se dirigió hacia Estrella de Bigotes. Los gatos de ambos clanes se apartaron para dejarlo pasar. Sin inmutarse, se detuvo a solo un bigote del líder del Clan del Viento.

—Si quieres batalla —gruñó—, la tendrás.

Estrella de Bigotes hizo una señal con la cola, y Leonino se puso tenso, listo para empujar a Musaraña y Rabo Largo a la seguridad de la Cornisa Alta cuando el campamento se sumiera de nuevo en la lucha. Sin embargo, para su asombro, los gatos del Clan del Viento dieron media vuelta y salieron por el túnel de espinos; sus pasos se perdieron en el bosque en cuanto cruzaron la barrera.

—¡Ja! —exclamó Albina—. ¡Tienen demasiado miedo para luchar contra nosotros!

Manto Polvoroso entornó los ojos.

—Esto no tiene sentido —gruñó—. ¿Por qué iban a tomarse la molestia de atacar de noche para luego marcharse? Contaban con la ventaja de pillarnos desprevenidos.

—Ahora ya no estamos desprevenidos —maulló Raposino, agitando las patas traseras en un movimiento de combate bien ensayado.

—Quiero que los siga una patrulla —ordenó Estrella de Fuego—. Debemos asegurarnos de que salen de nuestro territorio.

—¡Iré yo! —se ofreció Manto Polvoroso de inmediato.

Estrella de Fuego asintió.

—Llévate a Betulón y a Nimbo Blanco…

Luego miró a su alrededor.

Leonino se inclinó hacia delante.

—… y a Cenizo y Leonino.

«¡Sí!». El joven aprendiz bajó saltando por las rocas.

—¿Hay alguien herido? —quiso saber el líder.

Hojarasca Acuática y Glayino, que cargaban con hatillos de hierbas en la boca, empezaron a dar vueltas alrededor de los guerreros.

Candeal estaba lavándose la sangre del pelo.

Estrella de Fuego la miró, angustiado.

—¿Candeal?

—Solo son unos arañazos —maulló la guerrera—. Casi toda la sangre es del Clan del Viento.

—Bien —asintió el líder—. Quiero que encabeces una patrulla hasta la frontera del Clan de la Sombra y que compruebes si allí está todo tranquilo. Llévate a Fronde Dorado y a Acedera.

Carrasquera se adelantó.

—¿Puedo ir con ellos?

—Sí —respondió Estrella de Fuego—. Y tú también, Albina.

El líder miró a Látigo Gris, que seguía plantado ante la entrada de la maternidad.

—¿Quieres que vaya con ellos? —le preguntó el guerrero gris.

—No. Necesitamos guerreros fuertes para proteger el campamento si el Clan del Viento intenta atacar de nuevo, y no se me ocurre nadie que pueda proteger la maternidad más ferozmente que tú. —Se volvió hacia su lugarteniente—: ¡Zarzoso! ¿Por qué esta noche no había guardias en la entrada?

La mirada de Zarzoso se ensombreció.

—Las patrullas extra nos han llevado al límite.

—Pon a alguien ahora —le ordenó Estrella de Fuego—. A partir de este momento, habrá siempre un guerrero de guardia, día y noche, y patrullas aparte. Tendremos que arreglárnoslas durmiendo menos hasta que pase el peligro.

Sonaron maullidos de miedo en la maternidad, y Látigo Gris se puso tenso. Centella asomó la cabeza.

—Los cachorros están asustados, pero todos se encuentran bien.

Tordillo apareció a su lado.

—¡Yo quería ver la batalla!

Centella lo agarró por el pescuezo y lo devolvió al interior.

—Tormenta de Arena… —Estrella de Fuego se volvió hacia su pareja—. Hay que reforzar la barrera de espinos. Insertaremos todas las zarzas extra que podamos encontrar. Quiero que todo el mundo se ponga manos a la obra.

Tormenta de Arena asintió con la cabeza.

Leonino corrió a la entrada, donde Manto Polvoroso ya estaba esperando con Nimbo Blanco. Cenizo y Betulón se les unieron.

Manto Polvoroso sacudió la cola.

—¿Listos?

Nimbo Blanco asintió. Betulón amasó la tierra. Leonino apenas podía mantenerse quieto; quería ver a los gatos del Clan del Viento mientras huían como cobardes por la frontera.

—Vamos —dijo Manto Polvoroso, que se volvió en redondo para salir al bosque.

Leonino lo siguió, con la sangre rugiendo en los oídos.

El bosque olía al Clan del Viento, y el aprendiz arrugó la nariz. «¿Guerreros? —pensó—. No eran más que rateros y matones. A lo mejor los atrapamos antes de que lleguen a la frontera». Sentía un hormigueo en las zarpas y estaba ansioso por combatir. Derrotaría al Clan del Viento igual que había derrotado a los gatos de las montañas. Unos y otros no eran más que un puñado de escuálidos ladrones de presas.

Nimbo Blanco se puso en cabeza, haciendo una señal al grupo para que redujera el paso. Él era el mejor rastreador del Clan del Trueno; no se le escaparía ni un solo olor del Clan del Viento. Condujo a la patrulla directamente a la frontera, deteniéndose para olfatear ramitas y hojas antes de asentir y pasar al siguiente rastro.

Cuando se aproximaron a la parte del bosque que lindaba con el territorio del Clan del Viento, se pararon al lado de un tejo achaparrado. Nimbo Blanco lo olisqueó, y luego giró la cabeza plantando las orejas. Frunció el ceño, y bajó por un desnivel para olfatear una zarza. Luego saltó a la ribera, que descendía al arroyo fronterizo, y abrió la boca para absorber los olores. Finalmente, se volvió hacia sus compañeros de clan negando con la cabeza.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Manto Polvoroso.

—Aquí se han dividido —maulló Nimbo Blanco.

El atigrado oscuro pegó las orejas a la cabeza.

—¿Que han hecho qué?

Nimbo Blanco señaló el tejo con la cola.

—Un grupo se ha ido por ahí.

«¡Hacia el viejo sendero atronador!». Una sensación amenazante retumbó en el estómago de Leonino.

—Otro se ha ido por allí —continuó Nimbo Blanco, apuntando hacia el lago con la nariz—. Y el tercero…

—¿El tercero? —lo interrumpió Betulón.

Nimbo Blanco estaba mirando arroyo arriba.

—El tercero se ha adentrado en lo más profundo del bosque —terminó.

Leonino tragó saliva. Por allí estaba el acceso a los túneles.

—Entonces, ¿ninguno de ellos ha cruzado la frontera? —preguntó Cenizo, dando vueltas alrededor de sus compañeros, con el pelo erizado.

—Por lo que indican los rastros, no —respondió Nimbo Blanco—. Esto es lo más cerca de la frontera que llegan los olores.

—¿No hay ningún rastro fresco en la frontera misma?

Nimbo Blanco negó con la cabeza, y Cenizo entornó los ojos.

—Eso significa que tampoco han entrado por aquí…

—Deben de haber traspasado la frontera del páramo —dedujo Betulón.

Leonino deseó que eso fuera así, pero no podía olvidar la madriguera de zorro que había descubierto. ¿La conocería también el Clan del Viento? ¿La había utilizado para invadir el territorio del Clan del Trueno? Reprimió el impulso de correr hacia los matorrales de zarzas en busca de olores del clan enemigo. ¿Cómo podría explicar sus sospechas a los demás?

—Deberíamos regresar al campamento —avisó Betulón—. El Clan del Viento sigue en nuestro territorio.

Con los ojos dilatados por la inquietud, miró a sus compañeros antes de salir disparado. Leonino corrió tras él, con Nimbo Blanco y Manto Polvoroso pisándole los talones. El suelo del bosque se tornó borroso bajo sus patas mientras corría de regreso a la hondonada.

—¡Estrella de Fuego! —llamó Manto Polvoroso nada más irrumpir por el túnel de espinos.

Leonino vio aliviado que el campamento seguía igual que cuando se habían marchado. Raposino y Albina le pasaban zarzas a Centella, que se estiraba para insertarlas en la barrera de espinos. Zancudo estaba sacando más ramas de detrás de la guarida de la curandera, mientras Bayo y Melada pegaban barro y hojas en la parte inferior de la barrera para que se mantuviera en su sitio con más firmeza. Látigo Gris se paseaba delante de la maternidad, con el pelo del lomo erizado. Musaraña y Rabo Largo estaban sentados en la Cornisa Alta.

Estrella de Fuego, que hablaba con Zarzoso en mitad del claro iluminado por la luna, levantó la vista de golpe.

—¿Se han marchado?

Manto Polvoroso negó con la cabeza.

—¿Qué? —Estrella de Fuego clavó las uñas en la tierra blanda.

—Se han dividido en tres grupos y han desaparecido.

Látigo Gris se acercó corriendo desde la maternidad.

—¿Que se han dividido?

—Intentarán debilitarnos al dividirnos también a nosotros —gruñó Zarzoso.

—Con el ataque al campamento solo pretendían llamar nuestra atención —concluyó Estrella de Fuego—. Quieren llevarnos hasta el bosque.

—Si ellos se han dividido, también se han debilitado —señaló Manto Polvoroso.

—Pero cuentan con la ventaja de la sorpresa —susurró Látigo Gris—. Saben que vamos a ir a por ellos…

—Y nosotros no sabemos dónde se esconden —terminó Manto Polvoroso.

Centella interrumpió su tarea en la barrera y se acercó al centro del claro. Zancudo, Bayo y Melada la siguieron, con las orejas plantadas y moviendo la cola nerviosamente.

—Sabemos adónde se dirigían —maulló Nimbo Blanco—. Un grupo ha ido hacia la parte más alta del territorio; otro, hacia el lago, y parece que el último ha dado la vuelta para ir al viejo sendero de los Dos Patas.

—¿Cómo, en el nombre del Clan Estelar, sabían hacia dónde ir? —se sorprendió Manto Polvoroso.

Estrella de Fuego frunció el ceño.

—Parece que conocen nuestro territorio mejor de lo que nos imaginábamos.

—¡Eso es imposible! —declaró Zarzoso—. Nuestras patrullas les han impedido cruzar la frontera.

Leonino escuchaba en silencio con el estómago encogido, imaginándose a los guerreros del Clan del Viento saliendo con sigilo por la madriguera de zorro, y esquivando las patrullas para entrar en el mismísimo núcleo del territorio del Clan del Trueno y explorar los mejores lugares para atacar.

La barrera de espinos se estremeció con la llegada de Candeal.

—¡Ni rastro de problemas en la frontera del Clan de la Sombra! —anunció la guerrera.

Fronde Dorado y Carrasquera entraron tras ella, seguidos de Albina y Acedera.

Estrella de Fuego se plantó ante la patrulla.

—El Clan del Viento se ha dividido y sigue en nuestro territorio.

A Carrasquera se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿No han vuelto al páramo? —exclamó Acedera con voz estrangulada.

—No. —Estrella de Fuego empezó a dar vueltas por el claro—. Necesitamos tres patrullas de combate que salgan a buscarlos. Una cuarta permanecerá en el campamento para defenderlo. —Se volvió hacia su viejo amigo—. Látigo Gris, eso será responsabilidad tuya.

El guerreo asintió.

—Yo encabezaré una patrulla —continuó el líder—. Zarzoso, tú encabezarás la segunda, y Manto Polvoroso, la tercera.

Para entonces, todos los gatos se habían reunido alrededor de su líder. Hojarasca Acuática y Glayino escuchaban desde la entrada de la guarida de la curandera. Estrella de Fuego miró las expresiones angustiadas de los gatos de su clan.

—El Clan del Trueno defenderá su territorio —prometió—. Cenizo, Leonino, Bayo, Zancudo, Rosella, vosotros vendréis conmigo. —Luego se volvió hacia Zarzoso y Manto Polvoroso—. Elegid vosotros a vuestros guerreros. Hojarasca Acuática y Glayino permanecerán en el campamento con las reinas y los veteranos. Centella y Candeal, vosotras os quedaréis con ellos. Y Carboncilla, Fronda y Albina, vosotras también.

Carboncilla estuvo a punto de replicar, pero se mordió la lengua.

Albina no fue tan inteligente.

—Pero yo… —comenzó a quejarse.

Estrella de Fuego la fulminó con la mirada.

—¿Acaso crees que no vale la pena defender a los cachorros y a los veteranos?

—P… por supuesto que no… —tartamudeó la aprendiza.

Manto Polvoroso y Zarzoso comenzaron a reunir a sus patrullas, eligiendo a los gatos con un movimiento de la cola. El clan se fue separando como el agua alrededor de las rocas, agrupándose detrás de los dos guerreros.

—¿Estamos listos?

Zarzoso hizo una señal a Ratonero y Pinta, y luego asintió.

—¿Y qué pasa conmigo? —quiso saber Raposino.

—Tú vendrás con nosotros —le respondió Esquiruela, que estaba junto a Manto Polvoroso.

El aprendiz corrió a reunirse con su mentora.

—Yo me internaré en el bosque, cerca de la frontera —anunció Estrella de Fuego.

Leonino plantó las orejas. ¿Tendría la oportunidad de examinar la madriguera de zorro? A lo mejor incluso podría cerrarla.

—Zarzoso —continuó el líder—, tú irás a la frontera del Clan de la Sombra. Inspecciona la vivienda abandonada de los Dos Patas. Y tú, Manto Polvoroso…

El guerrero atigrado se inclinó hacia delante.

—Comprueba con tu patrulla la zona del lago —añadió Estrella de Fuego.

Leonino corrió al lado de Carrasquera.

—Tendrás cuidado, ¿verdad?

—Haré lo que tenga que hacer —respondió ella.

Glayino se les acercó a toda prisa desde la guarida de la curandera; su pelaje gris brillaba bajo la luz de la luna.

—Tenéis que volver los dos —les dijo.

Sus ciegos ojos azules centelleaban de miedo.

«¡La profecía!», pensó Leonino. ¿Eso era lo único que le importaba a su hermano? ¡La integridad del territorio del Clan del Trueno estaba en juego!

—Por supuesto que volveremos —le prometió Carrasquera a Glayino.

Con un nudo en la garganta, restregó la mejilla contra la de él.

Leonino sintió una punzada de culpabilidad. A lo mejor Glayino solo estaba preocupado por ellos.

En la entrada de la maternidad, Mili hundió el hocico en el pelaje de Látigo Gris. Parecía cansada, pero, cuando retrocedió, Leonino vio un brillo de determinación en sus ojos. La gata estaba dispuesta a morir para salvar a sus hijos.

Dalia apareció detrás de ella:

—¡Ten cuidado, Zancudo!

Pero el guerrero estaba hablando con Bayo y no se volvió. ¿La había oído?

Fronda se restregó contra Manto Polvoroso antes de despedirse de él con un gesto y volverse hacia Raposino:

—Sé fuerte y valiente, y haz exactamente lo que te ordenen.

—Por supuesto —asintió el aprendiz.

Fronda abrió la boca para añadir algo más, pero se dio la vuelta con los ojos empañados. Había visto a Manto Polvoroso marchar al combate muchas veces, pero era mucho más difícil despedirse de uno de sus hijos que de su pareja.

Albina corrió junto a su madre.

—¡Yo también seré fuerte y valiente! —exclamó la aprendiza.

Fronda le tocó la oreja con la nariz.

—Lo sé.

—¡Leonino! —lo llamó Estrella de Fuego desde la entrada del túnel.

La patrulla estaba preparada para salir al bosque.

—¡Buena suerte! —les deseó a Carrasquera y Glayino antes de correr detrás de sus compañeros de clan.

El líder los guio rápidamente por el bosque, avanzando a través de la vegetación. Nadie habló mientras se movían entre los arbustos. En la oscuridad, Leonino tropezaba con raíces y piedras. Se dirigían a la batalla, pero el cosquilleo de emoción que le era tan familiar se había mitigado por la

inquietud. ¿Y si tenía razón? ¿Y si el Clan del Viento se había colado por la madriguera de zorro que él había descubierto?

Bayo se pegaba a él, atosigándolo por detrás, pero Leonino se negaba a dejarlo pasar.

—¡Cagarrutas de ratón! —soltó de repente el guerrero tostado.

Al volverse, Leonino lo vio saltando y sacudiendo una pata.

—¿Qué te ha ocurrido?

—He tropezado con una estúpida madriguera de ratón.

—¿Estás bien?

Bayo presionó la pata contra el suelo con cuidado, y luego suspiró de alivio.

—No se me ha torcido.

El resto de la patrulla había seguido adelante.

—Será mejor que alcancemos a los demás —susurró Leonino.

Y apretó el paso, mirando por encima del hombro de vez en cuando para asegurarse de que Bayo lo seguía.

El olor del Clan del Viento agriaba el aire. Peor aún: era más intenso a medida que se acercaban a la frontera, hasta que pareció que todas las hojas y ramas estaban impregnadas con su hedor. A Leonino se le aceleró el corazón. ¿Por qué no había hecho nada respecto al túnel? Debería haberlo cerrado o habérselo contado a Estrella de Fuego.

Un alarido de rabia le hizo pegar un brinco.

—¡Esos cobardes con corazón de zorro! —Estrella de Fuego estaba furioso.

Al salir de entre la vegetación, Leonino vio al líder del Clan del Trueno al borde del matorral en el que se ocultaba la madriguera de zorro. La patrulla se reunió a su alrededor; incluso bajo la débil luz de la luna que se filtraba entre los árboles, las huellas del Clan del Viento eran evidentes. El suelo estaba pisoteado por las idas y venidas de los invasores del clan vecino.

—¡Deben de llevar usándolo mucho tiempo! —Gruñó Cenizo.

Estrella de Fuego olfateó las huellas.

—Lo han usado esta noche; de eso no cabe duda.

Zancudo salió del matorral, retorciéndose por el mismo hueco por el que había entrado Leonino unos días antes.

—Ahí dentro hay un túnel —confirmó—. No he llegado demasiado lejos, pero apesta al Clan del Viento y va hacia su territorio.

—Entonces debemos bloquearlo —ordenó Estrella de Fuego—. Por aquí no entrarán más guerreros del Clan del Viento.

—Ni saldrán —bufó Cenizo.

Rosella miró alrededor, nerviosa.

—Pero… si ya están aquí.

—Y nos encargaremos de eso ahora mismo —les aseguró Estrella de Fuego, que agarró una rama para introducirla por el hueco del matorral—. Ya taponaremos la entrada del túnel más tarde. De momento, bastará con esto.

Cenizo se dio la vuelta y comenzó a lanzar barro con las patas traseras contra el hueco del zarzal. Los demás lo imitaron. Leonino tomó una rama rota y la metió junto a la de Estrella de Fuego, mientras le caía encima una lluvia de tierra. ¿Por qué no lo habría hecho días atrás?

El líder del clan lo apartó.

—Rosella y tú montaréis guardia aquí —le dijo al aprendiz. Y luego se dirigió a los demás—: Nosotros seguiremos inspeccionando la frontera.

Y los condujo lejos del matorral en silencio, avanzando como si estuvieran acechando presas. «Presas del Clan del Viento», se dijo Leonino.

Agazapándose junto al montón de ramas que bloqueaba el paso al túnel, el joven observó el bosque con los bigotes tensos.

Rosella se alejó un poco de él, olisqueando el aire.

El aprendiz la miró.

—¿Algún rastro?

Ella abrió la boca para responder, pero un arbusto susurró a unas colas de distancia, y la gata se quedó paralizada.

Una sombra se dirigió hacia la joven.

«¡Nube Negra!», reconoció Leonino.

—¡Nos atac…!

El grito de aviso de Leonino quedó interrumpido cuando Lebrón saltó desde debajo de un arbusto y lo derribó. Leonino volvió a gritar mientras por todas partes aparecían guerreros del Clan del Viento desde las sombras.

13

Un viento cada vez más fuerte agitó el bosque. Las ramas repiqueteaban, y las hojas llovían sobre la patrulla mientas Carrasquera seguía a sus compañeros de clan entre los árboles.

«¡Qué oscuro está todo!», se dijo.

Miró hacia el cielo a través de las hojas. Las estrellas brillaban por su ausencia, y las nubes habían tapado la luna.

Fronde Dorado le rozó la mejilla con la cola. Iba a solo unos pasos por delante de ella, pero apenas podía verlo.

—No te separes de mí —le susurró su mentor.

La patrulla se movía lentamente, avanzando a través del bosque. Los guerreros del Clan del Viento podían estar escondidos en cualquier parte, esperando a que pasaran junto a ellos.

—¡Ay! —exclamó Ratonero con los dientes apretados.

Carrasquera pegó un salto y miró hacia atrás.

—¿Estás bien? —le preguntó a su compañero.

—Una zarza me ha arañado el ojo.

Carrasquera se detuvo a mirar el corte del guerrero en la oscuridad; lo tenía un poco hinchado y le sangraba.

Ratonero se enjugó las gotas de sangre con una pata.

—Estaré bien —maulló.

—¡No os quedéis atrás! —los llamó Fronde Dorado.

Colocándose junto a Ratonero para guiarlo, Carrasquera apretó el paso. Era como correr a ciegas. Sus patas pisaban hojas, luego barro, luego raíces retorcidas… Con el corazón acelerado, olfateó el aire mientras trataba de imaginarse dónde estaba. Así debía de sentirse Glayino todo el tiempo.

Solo cuando sus uñas arañaron piedra, se dio cuenta de que habían llegado al viejo sendero de los Dos Patas. Estaba salpicado de matas de malas hierbas,

y tuvieron que ir con más cuidado para no tropezar.

—Manteneos muy juntos —los avisó Fronde Dorado.

Carrasquera solo podía distinguir su silueta en la oscuridad.

—Para el Clan del Viento será fácil sorprendernos aquí —añadió el atigrado marrón.

«¿Qué quiere el Clan del Viento? —Esa pregunta daba vueltas en la cabeza de Carrasquera—. ¿Todo nuestro territorio? Pero ¿adónde iríamos nosotros? ¡No nos merecemos esto!». Solo el Clan del Trueno intentaba ayudar cuando los demás clanes se negaban a hacerlo. Dalia, Mili, Borrascoso y Rivera habrían tenido que sobrevivir como solitarios si el Clan del Trueno no los hubiera acogido. Y Estrella de Fuego jamás habría podido salvar al Clan del Trueno —a todos los clanes, en realidad— si Estrella Azul no lo hubiera aceptado cuando no era más que un minino doméstico, muchísimas lunas atrás.

¿Por qué los demás clanes montaban tanto alboroto por eso?

«Porque el código guerrero rechaza a los mininos domésticos, a los solitarios y a los proscritos».

Cuando ese sombrío pensamiento brotó en la mente de Carrasquera, el suelo pareció sacudirse bajo sus patas. ¡Su clan llevaba una eternidad ninguneando el código guerrero! Al mirar hacia delante, distinguió la silueta de la vivienda abandonada de los Dos Patas, alzándose lúgubremente contra el cielo negro. El edificio parecía balancearse…

—¡Emboscada!

El alarido de Zarzoso la devolvió de golpe al presente, y entonces se dio cuenta de que la casa no se balanceaba, sino que bullía de guerreros del Clan del Viento. Salían a raudales por las aberturas, y sus pelajes grisáceos resultaban espectrales en la penumbra.

—¡Dispersaos! —les ordenó Zarzoso.

«¿Hacia dónde?». Carrasquera intentó distinguir la señal que el lugarteniente debía de estar haciendo con la cola, pero estaba demasiado oscuro para ver nada. Luego el Clan del Viento cayó sobre él, que desapareció en una masa de pelajes sombríos. La aprendiza vio horrorizada cómo dos guerreros —Turón y Rescoldo— emergían de la oscuridad y se dirigían hacia ella. Sus ojos relucían, sedientos de sangre. La joven se sintió paralizada. Luego se vio contra el suelo, y unas garras empezaron a arañarle el costado como si fueran de fuego.

«¡Recuerda el entrenamiento!», se dijo.

Un rayo de furia le atravesó todo el cuerpo. Se levantó de un salto con las uñas desenvainadas y respondió a sus atacantes. Le lanzó un zarpazo a Turón en todo el hocico, y notó cómo la sangre la salpicaba.

Ratonero apareció a su lado, con el ojo herido medio cerrado, y se abalanzó sobre Rescoldo mientras Carrasquera le atizaba de nuevo a Turón. La aprendiza tuvo que retroceder dando un brinco cuando Fronde Dorado pasó junto a ella, rodando por el suelo con Oreja Partida. Turón vio entonces su oportunidad y saltó hacia la joven, propinándole un fuerte golpe en la cara que la hizo trastabillar y resbalar por el sendero de piedra, hasta caer rodando. Los ojos del guerrero del Clan del Viento centellearon triunfales al inclinarse sobre ella y mostrarle los colmillos con un gruñido. Carrasquera notó cómo la sangre le rugía en los oídos mientras intentaba combatir el pánico. Se retorció justo a tiempo para esquivar los afilados dientes del gato, y lo empujó con las patas traseras.

«¡Sí!». Le había acertado de lleno en la barriga, y lo mandó hacia atrás dando tumbos. La aprendiza se incorporó rápidamente y le lanzó una dentellada en una pata.

—¡Bien hecho! —Fronde Dorado estaba a su lado.

Su mentor inmovilizó a Turón contra el suelo, y Carrasquera atacó de nuevo y notó el sabor de la sangre al clavar los dientes en la otra pata del guerrero. El gato aulló de dolor y corrió hasta desaparecer entre las sombras.

La aprendiza se incorporó para mirar alrededor.

Espinardo estaba luchando contra dos guerreros rivales, y, mientras repelía a uno, el otro se agachó para morderle las patas.

La silueta de Nimbo Blanco refulgía delante de la casa de los Dos Patas. Estaba rodeado de gatos del Clan del Viento. «¡Su pelaje blanco lo delata!», se dijo Carrasquera.

De repente, Ratonero chilló a su lado. Rescoldo sujetaba contra el suelo al joven guerrero, mientras él manoteaba con desesperación y medio cegado por el corte en el ojo.

—Yo le echo una mano —bufó Fronde Dorado—. Tú ayuda a Nimbo Blanco —le ordenó a su aprendiza.

Carrasquera echó a correr, pero Zarzoso ya estaba junto al guerrero blanco. El lugarteniente arrancó a dos enemigos del lomo de Nimbo Blanco y los lanzó a dos zorros de distancia como si fueran hojas muertas. Sus ojos centellearon al ver a la aprendiza.

—Nos superan en número —maulló—. ¡Tendrás que ir a pedirle ayuda a Estrella Negra!

—¡¿Yo?! —exclamó Carrasquera con voz estrangulada.

¿Cómo iba a convencer al líder del Clan de la Sombra de que luchara a favor del Clan del Trueno?

—¡Hazlo! —aulló Zarzoso—. ¡Estrella Negra preferirá tenernos a nosotros al otro lado de la frontera antes que a este puñado de alimañas!

Los dos guerreros del Clan del Viento se habían levantado y estaban volviendo en busca de venganza. Antes de desaparecer bajo un revoltijo de pelajes erizados, Zarzoso miró a su hija:

—¡Ahora!

Carrasquera se volvió en redondo y salió pitando. El miedo latía por sus venas. ¿Cómo iba a atravesar ella sola el territorio del Clan de la Sombra? «Mis compañeros de clan me necesitan…». Ese pensamiento le dio valor. Además, su pelaje negro la mantendría oculta.

Se deslizó entre las sombras a lo largo del sendero de los Dos Patas y viró hacia el bosque cuando captó el olor de la frontera del Clan de la Sombra. Nunca había estado allí. «¿Cómo voy a encontrar su campamento?», se dijo la joven.

Avanzó olfateando el aire y notó cómo el suelo pasaba de estar cubierto de hojas anchas y resbaladizas a punzantes agujas de pino. La vegetación que la rodeaba disminuyó, y el bosque frondoso dio paso a los troncos delgados y lisos de los pinos. El intenso olor del Clan de la Sombra hizo que se le erizara el pelo del lomo. Debía de estar cruzando la frontera. Agazapándose un poco más, agradeció al Clan Estelar la oscuridad. No quería que la sorprendiera una patrulla recelosa; quería llegar directamente al campamento para hablar en persona con Estrella Negra. Zigzagueó por el pinar, pegándose a los árboles y deseando que la sombra que proyectaban bastase para ocultarla.

«¿Dónde está el campamento?», se preguntó. El corazón le latía con fuerza mientras saboreaba el aire. El olor del Clan de la Sombra le inundó la boca. Sintió un revoloteo de esperanza en el estómago cuando se inclinó a olisquear el suelo. «¡Una senda!». Por allí habían pasado incontables miembros del Clan de la Sombra. ¡Seguro que llevaba al campamento!

Siguió el rastro oloroso con patas temblorosas y, al levantar la vista, vio una sombra alzándose más adelante. Una franja de zarzas bloqueaba el camino. ¿Estaría allí el campamento? Redujo el paso plantando las orejas y oyó un maullido amortiguado. Un cachorro lloriqueaba. Las hojas del zarzal parecían susurrar.

No cabía duda, aquello tenía que ser el campamento.

Carrasquera se acercó un poco más, rodeando las zarzas y preguntándose cómo iba a encontrar la entrada.

—¿Quién anda ahí? —La sobresaltó un gruñido.

La aprendiza parpadeó para ver mejor en la oscuridad. Una gata le cortaba el paso. Era Yedra; Carrasquera reconoció su pelaje pardo, negro y blanco de verla en las Asambleas.

Sin apenas aliento, la joven gata intentó explicarse:

—Soy Carrasquera, del Clan del Trueno. Me envía Zarzoso. Tengo que hablar con Estrella Negra.

Yedra se acercó cautelosamente para olfatearla y luego inspeccionó el bosque.

—¿Dónde está el resto de tu patrulla?

—He venido sola.

Carrasquera distinguió un agujero en el muro de zarzas. ¿Sería la entrada? ¿Estaría Yedra haciendo la guardia nocturna?

—Ningún guerrero mandaría a una aprendiza sola a un territorio enemigo —gruñó la gata.

Carrasquera clavó las uñas en el suelo alfombrado de pinaza.

—Tengo que hablar con Estrella Negra —repitió.

«¡Están despedazando a mis compañeros de clan!».

—¿Planeas distraer a Estrella Negra mientras tus compañeros de clan nos atacan? —se burló Yedra—. ¿Tan estúpida crees que soy?

A Carrasquera se le acabó la paciencia. Empujó a la guerrera del Clan de la Sombra y corrió hacia el hueco entre las zarzas. Sentía el aliento de Yedra detrás de ella a través del túnel. De pronto, se encontró en medio del campamento del Clan de la Sombra.

—¡En el nombre del Clan Estelar! Pero ¿qué…? —Un atigrado enorme se volvió hacia Carrasquera cuando ella frenó en seco en mitad del claro.

—¿Dónde está Estrella Negra? —quiso saber la aprendiza.

El gato erizó el pelo, con los ojos desorbitados por la sorpresa.

—¡Carrasquera! —exclamó una voz familiar junto a la joven.

La aprendiza se dio la vuelta, aliviada al reconocer a Trigueña.

—¡Tienes que ayudarme! —le dijo, con la voz quebrada por la desesperación.

—Habla más despacio —la tranquilizó Trigueña.

—No hay tiempo para ir despacio —resolló Carrasquera—. El Clan del Viento nos está atacando, y la patrulla de Zarzoso está en inferioridad de condiciones. ¡Me ha enviado a pediros ayuda!

Trigueña se puso tensa.

—Ven conmigo.

Guio a la joven a través del claro, haciéndole una seña con la cola para que la siguiera por una abertura en las zarzas. Una vez dentro, Carrasquera parpadeó, intentando ver en la penumbra.

—Estrella Negra —Trigueña se dirigió a una sombra al fondo de la guarida—, el Clan del Trueno necesita nuestra ayuda.

Rozó el costado de Carrasquera con la cola, invitándola a hablar.

—Estrella Negra —empezó la aprendiza, inclinando la cabeza—, lamento haber irrumpido en tu campamento, pero es una cuestión de vida o muerte. El Clan del Viento ha invadido nuestro territorio. Están por todo nuestro bosque y nos superan en número. Tienes que ayudarnos, o nos echarán de nuestras tierras.

Estrella Negra salió de entre las sombras con los ojos dilatados por la preocupación.

—Ve en busca de Bermeja —le susurró a Trigueña.

La guerrera salió de la guarida, dejando a Carrasquera a solas con el líder de su clan.

—¿Cuántos guerreros del Clan del Viento son? —preguntó él.

—Parece que son todos, excepto los veteranos y los cachorros.

—¿Dónde están?

—Zarzoso está luchando contra un grupo junto a la vivienda abandonada de los Dos Patas. —La aprendiza intentó evitar que le temblara la voz—. Estrella de Fuego ha seguido a un segundo grupo hacia la frontera, y Manto Polvoroso ha ido hacia el lago tras el tercero.

—Suena a invasión bien planeada —dijo una voz en la entrada.

Era Bermeja, que llegaba acompañada de Trigueña.

Carrasquera se volvió hacia la lugarteniente del Clan de la Sombra.

—Así es. Y no estábamos preparados para algo así.

Bermeja agitó los bigotes.

—Han pillado al Clan del Trueno con la guardia baja, ¿eh?

¿Acaso le parecía divertido?

Carrasquera apenas podía contener la rabia.

—¡Mis compañeros de clan podrían estar muriendo mientras tú hablas!

Bermeja parpadeó y se sentó junto a su líder.

—Sí, esto es grave. No podemos permitir que expulsen a un clan de sus terrenos.

Carrasquera miró a Estrella Negra. ¿Es que no iba a decir nada?

—Siempre ha habido cuatro clanes —continuó Bermeja—. Estrella de Bigotes parece haberse olvidado de eso. Todos seremos más vulnerables si desaparece uno de los cuatro. —Entornó los ojos—. Aun así, ¿debería el Clan de la Sombra poner en peligro a sus guerreros para participar en una batalla que solo afecta al Clan del Trueno?

«¡Sí! ¡Por favor, di que sí!», Carrasquera miró a Estrella Negra.

Estrella Negra se levantó.

—Iremos en su ayuda —anunció.

A Carrasquera la invadió una oleada de alivio.

—Bermeja, organiza una patrulla —añadió el líder.

«¡No tardéis!». La aprendiza se moría por suplicarle que se dieran prisa, pero Trigueña le rozó la boca con la punta de la cola.

—Yo me iré ahora mismo con Carrasquera —propuso la guerrera del Clan de la Sombra—, y ayudaré en lo que pueda hasta que lleguen los demás.

Estrella Negra entornó los ojos. ¿Sospechaba quizá que Trigueña estaba preocupada por su hermano y sus antiguos compañeros de clan?

«¿A quién le importa eso ahora? ¡Vámonos ya!», se dijo la joven.

—Muy bien —asintió Estrella Negra finalmente.

Trigueña inclinó la cabeza y salió de la guarida.

—¡Muchísimas gracias! —exclamó Carrasquera antes de correr detrás de la gata.

Cuando salió a toda prisa de la guarida del líder, estuvo a punto de tropezar con los cachorros que rodeaban a Trigueña.

—Canelilla, Rosillo, ¡quitaos de en medio! —los riñó la guerrera del Clan de la Sombra.

Un tercer cachorro daba saltos delante de su madre.

—¡Nosotros también queremos ir a la batalla! —chilló.

—¡Pequeño Tigre! ¿Has estado espiando otra vez? —Trigueña lo miró ceñuda, pero era fácil percibir la ternura en sus ojos.

Carrasquera ronroneó al ver las colitas cortas y esponjosas de los cachorros.

—Disculpa a mis hijos —maulló Trigueña—. ¡Están deseando convertirse en guerreros!

—Recuerdo que yo sentía exactamente lo mismo —respondió la joven.

Trigueña empujó a los pequeños hacia un tejo que crecía en el borde del claro. Una reina blanca esperaba en la entrada.

—Cuida de ellos, Aguzanieves —le pidió a la reina, que los guio hacia la maternidad con la cola.

Aguzanieves asintió.

—Conozco todos sus trucos —maulló.

—¡Adiós, Trigueña! —La voz de Canelilla sonó amortiguada por el pelaje blanco de la reina.

—Estaré de regreso antes de que os deis cuenta —les prometió la guerrera, y miró a Carrasquera antes de añadir en voz baja—: Si así lo quiere el Clan Estelar.

Y salió del campamento como una sombra. Carrasquera se detuvo unos instantes a mirar el cielo. Las nubes se estaban disipando y pasaban veloces ante la luna.

—Que el Clan Estelar nos ayude —susurró la joven.

Trigueña la esperaba fuera.

—Sígueme —le dijo.

La guio a través del bosque por un terreno en pendiente atravesado por un arroyo. Aquella era la zona que el Clan del Trueno le había cedido al Clan de la Sombra muchas lunas atrás. Allí vivían los Dos Patas en unas guaridas móviles extrañas, pero solo durante la estación de la hoja verde.

—Agáchate —la avisó Trigueña.

La joven aprendiza avanzó agazapada siguiendo a la guerrera, y ambas cruzaron de un salto el arroyo por el punto en el que era más estrecho, cerca de la parte más alta del terreno. Unas pocas guaridas de los Dos Patas susurraron bajo la brisa, pero no había señales de vida, aparte de unos suaves gruñidos que se escucharon en el interior.

Poco después, llegaron al bosque del Clan del Trueno. Era evidente que Trigueña conocía bien el territorio. Fue directa hacia el camino de los Dos Patas, y ambas ascendieron por la colina con pasos casi silenciosos sobre la piedra.

Carrasquera plantó las orejas, de repente horrorizada. ¿Habría tardado demasiado? ¿El Clan del Viento habría expulsado ya a sus compañeros de clan?

Un chillido le indicó que la batalla no había terminado. Trigueña echó a correr, y Carrasquera la siguió a toda velocidad. Los alaridos atravesaron el aire nocturno cuando distinguieron la vivienda de los Dos Patas alzándose ante ellas. Nimbo Blanco tenía el pelaje manchado y desgreñado, y luchaba contra las formas oscuras de dos guerreros del Clan del Viento. Fronde Dorado chillaba de furia, arrancándose a un atigrado del lomo. Zarzoso y Ratonero combatían hombro con hombro, obligando a retroceder a una hilera

de gatos del Clan del Viento contra la piedra de la vivienda de los Dos Patas. Con un aullido de guerra, Trigueña se lanzó al fragor del combate.

Carrasquera se quedó mirando. ¿Es que aquella batalla nunca terminaría? Desenvainó las garras y corrió a defender a sus compañeros de clan.

14

—No soporto oírlo y no hacer nada —maulló Fronda, agazapada en el claro junto a Glayino.

Maullidos y lamentos resonaban lejanos desde el bosque.

—Te necesitamos aquí por si vuelven a atacar el campamento —le recordó el joven.

—Esperar es peor que pelear —gruñó la guerrera.

—Concéntrate en los sonidos de dentro del campamento.

—¿Qué sonidos? —Fronda se puso tensa, aguzando el oído.

Glayino se preguntó cómo era posible que no captara los murmullos y las quejas que salían del interior de la guarida de Estrella de Fuego.

Allí se habían refugiado Musaraña y Rabo Largo, con Mili, Dalia y los cachorros. Por lo que podía oír, les estaba costando encontrar su espacio.

—¿Dónde se supone que voy a sentarme? —se quejó Rabo Largo.

—Quédate donde estás —le respondió Musaraña con voz cascada—. Si te mueves, acabarás pisando a otro cachorro.

Y brotó un nuevo coro de voces, seguido por las palabras tranquilizadoras de Mili:

—No pasa nada, pequeños. Es divertido estar en la guarida del líder, ¿verdad?

—¡Yo quiero salir a pelear! —chilló Tordillo—. No estar metido en este agujero.

—Con esas cosas, vas a conseguir que a tu madre se le ponga el pelo blanco —lo riñó Musaraña—. Eres demasiado joven para luchar. Deja de quejarte y haz algo útil, como Rosina.

La gatita estaba maullando dulcemente a los cachorros más pequeños, para calmarlos.

—¿Creéis que atacarán de nuevo el campamento? —preguntó Dalia, alarmada.

—Pase lo que pase, nadie va a hacerles daño a nuestros cachorros —gruñó Mili.

Glayino, sin embargo, pudo detectar el miedo en su voz. No había nada que la gata pudiera hacer para ayudar a los compañeros de clan que estaban combatiendo en el bosque.

En el exterior, Látigo Gris, Candeal y Albina se paseaban ante la barrera de espinos, protegiendo la entrada del campamento. Se movían en silencio, atentos a cualquier posible peligro. De vez en cuando, Glayino oía a Albina arrastrándose por el suelo y revolviendo las hojas caídas. «Debe de estar practicando movimientos de combate», pensó el joven.

Dentro de la hondonada, Centella, nerviosa, daba vueltas alrededor del claro. Cada poco se detenía y plantaba las orejas, y Glayino supuso que estaría observando los salientes de los escarpados muros rocosos, por si algún guerrero del Clan del Viento intentaba descender a hurtadillas y atacar por sorpresa. El aprendiz confiaba plenamente en los sentidos de Centella: el hecho de que tuviera un único ojo hacía que tanto su olfato como su oído fueran casi tan buenos como los de él. No se le escaparía nada. A pesar de todo, Carboncilla rondaba por el claro sin cesar, con todo el pelo erizado.

—¿Seguro que tienes la pata bien? —A Glayino le preocupaba que la joven estuviera caminando demasiado.

—La noto mucho más fuerte de tanto nadar —lo tranquilizó ella.

—De todos modos, deberías descansar un poco —le aconsejó el aprendiz.

—De acuerdo. Descansaré en la Cornisa Alta.

Glayino se preguntó si debía evitar que trepara por el montón de rocas, pero la voz de la joven revelaba tanta determinación que le pareció inútil discutir. La imagen del tejón que había visto en los pensamientos de Hojarasca Acuática brotó en su mente; ahora ya formaba parte de sus propios recuerdos: un pelaje duro blanco y negro atravesando paredes de zarzas, fauces abiertas, el hedor de la sangre, los cachorros chillando de pánico… Carbonilla había muerto para protegerlos. ¿Estaría ahora ese recuerdo resonando en la cabeza de Carboncilla? Si era así, entendía perfectamente que la joven quisiera proteger a los cachorros por encima de todo.

La oyó subir hasta la Cornisa Alta, deseando que su pata no resbalara en las piedras sueltas, y se sintió aliviado cuando la gata llegó a la parte más elevada y se tumbó en la entrada de la cueva de Estrella de Fuego.

Hojarasca Acuática estaba en su guarida, examinando hojas y clasificando hierbas. Glayino olía cómo se mezclaban sus intensos aromas mientras su mentora preparaba cataplasmas y ungüentos para los heridos.

—Lo tenemos todo cubierto —le dijo a Fronda—. El Clan del Trueno no será sometido tan fácilmente como cree Estrella de Bigotes.

Fronda cambió de postura.

—Ahora dime qué es lo que piensas de verdad.

Glayino se sorprendió.

—¿Qué quieres decir? —No era típico de Fronda mostrarse tan escéptica.

—Tu obligación es animar a tus compañeros de clan, pero ¿qué os ha contado el Clan Estelar sobre esta batalla?

Glayino negó con la cabeza. ¿Cómo iba a decirle que no los había avisado? En cualquier caso, no iba a mentir para defender a sus antepasados guerreros. ¿Por qué habían abandonado al Clan del Trueno a su suerte?

—El Clan Estelar no nos ha dicho nada —murmuró.

—¿Nada en absoluto?

—Nada.

Fronda se encogió un poco más, y sus bigotes temblaron ligeramente.

¿Estaba el Clan Estelar tan sorprendido como el Clan del Trueno por aquel ataque? ¿O acaso apoyaba al Clan del Viento?

Las zarzas de la guarida de la curandera lanzaron un leve susurro.

—¿Cómo ha llegado Carboncilla hasta ahí arriba? —preguntó Hojarasca Acuática con inquietud.

—Ha trepado por las rocas —respondió Glayino.

Su mentora se sulfuró.

—Le he dicho que no forzara la pata —se explicó el joven—. Pero, por lo visto, era el único sitio donde podía tumbarse y estarse quieta.

¿No había demostrado ya que sabía lo que era mejor para Carboncilla? ¿Por qué Hojarasca Acuática no aceptaba de una vez por todas que la pata de la aprendiza estaba sanando?

—¡No intentes bajar de ahí sin ayuda! —gritó la curandera mirando a la joven gata.

—¡No necesito ayuda! ¡Mi pata está bien!

—Es lo bastante inteligente como para ir con cuidado —señaló Glayino —. Ha trabajado muy duro para recuperarse, y sabe mejor que nosotros dos lo que puede y no puede hacer. No olvides que, por encima de todo, quiere convertirse en guerrera —continuó—, no va a hacer nada que ponga eso en peligro.

Hojarasca Acuática no contestó.

—Confía en ella —le pidió Glayino.

«¡Y confía en mí!», añadió para sus adentros.

Su mentora suspiró.

—¿Puedes captar qué es lo que está pasando en el bosque?

Aliviado por el cambio de tema, Glayino dirigió el oído más allá de la hondonada, concentrándose en los maullidos más lejanos, y, poco a poco, comenzó a reconocer alaridos y gritos.

—La patrulla de Manto Polvoroso está peleando junto al lago —informó —. La de Estrella de Fuego ha sufrido una emboscada cerca de la frontera del Clan del Viento, y la de Zarzoso está luchando cerca de la vivienda de los Dos Patas.

Ojalá Hojarasca Acuática no le hubiera preguntado nada. Ahora la cabeza le daba vueltas con imágenes de gatos enzarzados en combate, pelajes empapados en sangre, carne desgarrada por colmillos… Se estremeció.

—Déjame salir —suplicó.

Hojarasca Acuática se puso tensa.

—¡Ni hablar!

—Nuestros compañeros de clan están luchando —protestó él—. Yo podría traer a los heridos de regreso al campamento.

Quería hacer algo para ayudar al clan. Allí no sería de ninguna utilidad, ni aunque el Clan del Viento volviera a atacarlos.

—Pero está muy oscuro… —argumentó Hojarasca Acuática.

—¿Crees que eso supone alguna diferencia para mí? —Glayino posó sus ojos ciegos sobre ella—. De hecho, es una ventaja. Podré oír a los gatos, y ellos no podrán verme.

Percibió que la curandera se ablandaba.

—Pero tendrás cuidado, ¿verdad? —le dijo la gata.

—Me aseguraré de no resultar herido.

«Soy demasiado importante para dejar que eso pase», pensó.

—Estaría bien poder empezar a tratar a los heridos lo antes posible…

Glayino notó un temblor en la voz de su mentora. Jamás había habido una batalla como aquella, que estallaba simultáneamente en tantos lugares distintos de un mismo territorio. Buscó en la mente de la gata, pero no encontró sus pensamientos sumidos en la niebla, sino en la oscuridad.

Todos ellos estaban debatiéndose en lo desconocido.

Glayino se puso en pie.

—Cuanto antes me vaya, mejor.

Hojarasca Acuática se inclinó para hundir el hocico en su mejilla.

—Ten cuidado —le susurró.

Al otro lado del túnel de espinos, Glayino percibió la sorpresa de Látigo Gris.

—¿Adónde vas? —quiso saber el guerrero.

—Hojarasca Acuática dice que puedo ir en busca de gatos heridos.

Látigo Gris vaciló.

—¿Quieres una escolta? —le ofreció Candeal.

—Me resultará más fácil pasar inadvertido si voy solo —respondió Glayino.

—Avanza agazapado —le aconsejó Látigo Gris—. Si crees que la cosa se pone fea, no te metas en problemas.

—No lo haré —prometió el joven, internándose en el bosque.

—¡Que el Clan Estelar te acompañe! —le deseó Candeal.

Mientras zigzagueaba entre los árboles, pasando por encima de raíces y enredaderas trepadoras, Glayino se preguntó si algún gato lo acompañaba. ¿Tal vez los antepasados de Hojas Caídas? ¿O los de la tribu?

Se detuvo. ¿Qué batalla le quedaba más cerca? Plantando las orejas, oyó un alarido desde la orilla. La del lago. Iría allí primero. Con tantos gritos, seguro que había heridos.

Siguió el olor del agua y trepó por una pendiente resbaladiza que llevaba a lo alto de un pequeño risco. Al aproximarse a la cima, oyó un gruñido al otro lado. Un cuerpo chocó contra el suelo. Glayino saboreó el aire y reconoció los olores de Acedera y Melada. La joven guerrera bufó, y unas garras arañaron un cuerpo. Un aullido atravesó el aire, y el aprendiz pudo distinguir el sonido de varias zarpas revolviendo el suelo del bosque cubierto de hojas. ¿Contra quién estaban peleando las guerreras?

Volvió a saborear el aire, esperando captar el olor del Clan del Viento, pero aquel olor era distinto… Acuoso, con un matiz a peces.

«¡El Clan del Río!».

¡Y por el olor eran como mínimo dos gatos!

«En el nombre del Clan Estelar, ¿qué están haciendo aquí?».

Agazapándose un poco más, se coló debajo de un grosellero. Las suaves hojas del arbusto le acariciaron el pelaje. Debería proporcionarle un buen escondrijo. Una vez dentro, se acercó al borde, procurando no sacudir la planta.

Uno de los guerreros del Clan del Río estaba burlándose de Melada:

—¿Y tú te consideras guerrera?

—¿Y tú te consideras gato? —replicó ella.

A continuación, los dos rodaron por el suelo, enzarzados.

—Esto es demasiado fácil —siseó el otro guerrero.

Acedera chilló de dolor.

Una corriente de aire envolvió el hocico de Glayino. Luego captó un olor intenso a pez cuando un pelaje extraño le rozó la nariz. Lanzando un grito de guerra, el joven aprendiz sacó las garras y las clavó en el lustroso pelaje que tenía delante.

El gato aulló, sorprendido.

—¡Gracias, Glayino! —exclamó Acedera.

El joven aprendiz volvió a encogerse mientras sus compañeras se dejaban caer sobre sus atacantes. Parecía que las tornas habían cambiado; ahora eran los guerreros del Clan del Río los que se defendían desesperadamente.

—Creíais que éramos presas fáciles, ¿verdad?

Al gruñido de Melada lo siguió el alarido de dolor de uno de los rivales.

—¡Están huyendo! —celebró Acedera.

—¡Vamos a perseguirlos hasta su territorio! —gritó Melada, que salió disparada tras los guerreros del Clan del Río que huían.

Acedera también se lanzó a la carrera para ir tras ellos, pero tropezó y gritó de dolor, antes de detenerse con torpeza.

Glayino salió de debajo del grosellero.

—¿Qué te ocurre?

—¡Me he torcido la pata!

El aprendiz olfateó la pata delantera que la gata le tendía con cuidado. Estaba caliente, pero no se había hinchado. La agarró con los dientes delicadamente y la levantó para sacudirla con suavidad.

Acedera dio un respingo, pero no gritó.

Glayino volvió a bajarla con cuidado.

—No te has roto ningún hueso, pero tendrás que regresar al campamento…

—¡No puedo irme ahora! —protestó la guerrera—. ¡Los gatos del Clan del Río se ha unido a la batalla! ¡Hay muchos más en la orilla, y nos han atacado por la espalda mientras peleábamos contra el Clan del Viento! —exclamó indignada—. ¿Por qué intentan expulsarnos de nuestro hogar si lo único que hemos hecho siempre es ayudarlos?

Glayino no tenía respuesta para eso. No sabía por qué estaba sucediendo todo aquello; el Clan Estelar no le había dicho nada.

—¿Melada está bien? —quiso saber.

—Solo tiene unos arañazos —respondió Acedera—. En cuanto se asegure de que esos dos han salido de nuestro territorio, se unirá de nuevo a la patrulla. —Dio media vuelta para irse—. Yo también debería regresar con ellos.

Glayino corrió para colocarse delante de la guerrera e impedirle el paso, pero no hizo ninguna falta. La gata se sacudió de dolor al tratar de apoyarse en la pata dañada.

—Vamos a que te vean eso —maulló, pegándose a ella para guiarla ladera arriba, de vuelta hacia el campamento.

Con una punzada, recordó el día en que tuvo que ayudar a Carboncilla a recorrer aquel mismo camino, después del accidente que sufrió durante la evaluación de los aprendices. Le parecía que hacía lunas de eso.

Cuando llegaron al campamento, los dos iban resollando. Glayino apenas podía mantenerse en pie bajo el peso de Acedera. Se sintió aliviado al oír que Látigo Gris corría hacia ellos.

—Ven, deja que me encargue yo.

El guerrero lo apartó para ocupar su sitio y sostener a Acedera en los últimos pasos hasta el claro.

Hojarasca Acuática corrió hacia ellos con hojas de consuelda entre los dientes.

—Tumbadla aquí —ordenó tras dejar la consuelda en el suelo.

«Acedera ya está en buenas manos», se dijo Glayino, preparándose para salir de nuevo.

—¡Espera! —Lo detuvo Látigo Gris—. ¿Cómo están las cosas ahí fuera?

—El Clan del Río está luchando junto con el Clan del Viento —le contó el joven—. Trataré de averiguar hasta qué punto se han internado en nuestro territorio.

Al pasar junto a Látigo Gris, notó que el guerrero le tocaba el lomo con la cola.

—Intenta llegar hasta Estrella de Fuego —le pidió—. Cuéntale lo del Clan del Río, pero no corras riesgos.

Glayino salió por la barrera de espinos una vez más y se dirigió hacia la frontera del páramo, donde oía que la patrulla de Estrella de Fuego estaba enfrentándose a la patrulla del Clan del Viento que les había tendido la emboscada. Un alarido de Cenizo resonó a través de los árboles. Parecía desesperado, pero también decidido. Aún no los habían derrotado.

Glayino serpenteó agazapado entre los árboles, siguiendo el camino con los bigotes. Se le erizó el pelo del lomo, alerta ante cualquier otro sonido que

no fueran los gritos lejanos de combate.

—¡Estúpidas zarzas! —exclamó de repente una voz desconocida.

Glayino buscó refugio en una mata de helechos que lo engulló de inmediato. Se quedó inmóvil, aliviado por haber podido esconderse a tiempo.

—¿Has oído eso? —La voz sonó a solo unas colas de distancia.

El joven aprendiz saboreó el aire. «¡El Clan del Río otra vez!».

—¿Si he oído el qué?

—Ese susurro.

—En este absurdo bosque todo susurra.

Cuatro gatos del Clan del Río avanzaban torpemente. Uno de ellos tropezó, haciendo que se sacudiera un zarzal entero.

—¿No podrías hacer más ruido, Juncal?

—¡Cierra el pico, Musgosa! ¡Eres tú la que ha chillado como una cachorrita al caerte en esa madriguera de conejo!

Glayino agitó los bigotes. «Están como peces fuera del agua. —Esperó a que pasaran de largo—. Pero se dirigen hacia la frontera del Clan del Viento…».

«¡La patrulla de Estrella de Fuego!».

Tenía que llegar allí antes que ellos. Salió de entre los helechos lo más silenciosamente que pudo, y corrió por una senda de zorros que conocía bien. Sabía que llevaba directa al arroyo fronterizo. Por una vez, agradeció el hedor a zorro: lo ayudaba a seguir el sendero y enmascaraba su propio olor. El sonido de la batalla se intensificó. Glayino olió a sangre, y percibió que el miedo y dolor inundaban el bosque. Aflojó el paso al oír ruidos delante de él, y se detuvo a saborear el aire.

«Leonino».

El olor de su hermano era muy fuerte.

Plantó las orejas. Leonino estaba luchando contra dos guerreros del Clan del Viento con una sola zarpa. Glayino desenvainó las garras, deseando poder ayudarlo, aunque parecía que su hermano se las estaba arreglando bien él solito. Uno de los rivales tenía una pata herida y el otro patinaba por el suelo, retrocediendo apresuradamente.

—¡Volved a vuestro territorio, cobardes! —se burló Leonino cuando los dos guerreros atravesaron el arbusto que estaba junto a Glayino para salir huyendo.

—¿Leonino? —siseó el aprendiz de curandero.

—¿Glayino? ¿Eres tú? —Su hermano corrió hacia él—. ¿Estás bien? —le preguntó jadeando.

Leonino olía a sangre e irradiaba tanta energía que parecía que tuviera una hoguera ardiendo en su interior. Glayino percibió también que su mente estaba atrapada en un remolino de euforia.

—Cuatro guerreros del Clan del Río vienen hacia aquí para ayudar al Clan del Viento —le informó.

—¿Del Clan del Río? —Leonino sonó conmocionado, pero luego se le endureció la voz—. Yo me encargo de ellos.

Y salió disparado.

Glayino parpadeó, sorprendido.

—¡No puedes enfrentarte a ellos tú solo! —gritó.

Pero su hermano ya había desaparecido entre los árboles.

—¿Glayino? —La voz de Estrella de Fuego sonó muy cerca de su oreja —. ¿Qué estás haciendo aquí?

—El Clan del Río se ha unido al Clan del Viento en la batalla.

Estrella de Fuego tomó aire con brusquedad, y su cuerpo emitió un estremecimiento de temor que apenas duró unos instantes.

—Ve en busca de Zarzoso y díselo —le ordenó el líder del Clan del Trueno, muy serio—. ¿Podrás encontrar el camino?

Glayino asintió.

—Aquí nos superan en número —continuó Estrella de Fuego—. Tal vez nos veamos obligados a replegarnos a la hondonada rocosa y a defendernos allí.

A Glayino le dio un vuelco el corazón. Eso le daría al Clan del Viento el control del resto del territorio. Ya no sería solo una cuestión de proteger las fronteras; estarían luchando por sus vidas. Quiso decirle a Estrella de Fuego que todo iría bien, pero el líder del Clan del Trueno ya había regresado a la batalla.

Glayino levantó el hocico, buscando sus coordenadas. La brisa del lago soplaba a sus espaldas. Los gritos de la patrulla de Zarzoso sonaban en la distancia, en algún lugar delante de él. Se abrió paso entre la vegetación, dirigiéndose hacia el ruido, agitando los bigotes y tanteando con cuidado el suelo antes de avanzar. No podía arriesgarse a tropezar y hacerse daño. Tenía que avisar al lugarteniente del Clan del Trueno de que el Clan del Río se había aliado con el Clan del Viento.

Los pájaros ya estaban moviéndose entre los árboles, piando nerviosos mientras el sonido de la batalla llenaba el bosque. El aire parecía que empezaba a calentarse. El alba se estaba acercando.

A Glayino le resbalaron las patas cuando el suelo descendió abruptamente delante de él. Sacando las uñas, bajó la ladera, medio corriendo, medio deslizándose, hacia una franja blanda de helechos que crecían al fondo. A solo unas colas de distancia, sus zarpas arañaron piedra. Oyó gatos bufando y aullando, y captó el olor de la sangre en el aire.

También olía a peces. El Clan del Río ya estaba allí.

¡Había localizado a la patrulla de Zarzoso demasiado tarde!

Reprimió un escalofrío al notar el agotamiento que irradiaban sus compañeros de clan. No podrían aguantar mucho más.

—¿Glayino? —Carrasquera entró en la mata de helechos donde él se había ocultado—. Me ha parecido captar tu olor —le dijo con voz pastosa.

Tenía el pelaje pegajoso de sangre, y él nunca la había visto tan cerca de ser derrotada. Sin embargo, la determinación todavía tensaba su vapuleado cuerpo.

«Debería haber traído hierbas de viaje para darle fuerzas», pensó el joven.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Carrasquera.

—He venido para avisaros de que el Clan del Río está ayudando al Clan del Viento.

—Gracias, pero ya lo sabemos —maulló sombríamente.

De pronto, lo empujó a un lado.

—¡Apártate! —gritó.

Sonaron unos pasos en su dirección. Glayino olió a macho del Clan del Río.

Carrasquera gruñó desde lo más hondo de la garganta, y Glayino percibió el poder y la energía que vibraban bajo la piel del guerrero enemigo. ¡No iba a ser un enfrentamiento en igualdad de condiciones! Su hermana estaba agotada… Tenía que ayudarla. Se agazapó junto a ella y se encaró con el gato, arañando el suelo con las garras.

Entonces se quedó paralizado. Otro olor teñía el aire.

«¡El Clan de la Sombra!».

Trigueña estaba luchando cerca de Zarzoso. ¡¿Es que el Clan de la Sombra también iba a combatir contra ellos?!

En el camino de los Dos Patas resonaron unas pisadas. ¡Más gatos del Clan de la Sombra!

Glayino se sintió invadido por una oleada de desesperación. ¿Cómo iban a pelear contra tres clanes? ¿Acaso el Clan Estelar les había dado la espalda por completo? El joven aprendiz retrocedió de nuevo hacia los helechos. No había nada que pudiera hacer para salvar a su clan…

Un cuerpo lo rozó. Era Trigueña.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —le preguntó la guerrera.

Empujado por la rabia, Glayino levantó una zarpa para golpear el hocico de la gata.

—¡¿Cómo puedes atacar a tus propios parientes?!

Trigueña frenó el golpe con una pata.

—Hemos venido a ayudaros —bufó—. ¡Carrasquera ha ido a buscarnos! —Lo empujó más hacia el interior de los helechos—. Vuelve al campamento y mantente lejos de la batalla.

—¿Y qué pasa con Carrasquera?

—Crótalo y su aprendiz están ayudándola.

Glayino saboreó el aire. Era cierto, había dos gatos del Clan de la Sombra luchando junto a su hermana; sus olores se mezclaban con el hedor a pez de la sangre del atacante del Clan del Río. Carrasquera se abalanzó sobre él, y, con un alarido de furia y dolor, el guerrero huyó corriendo hacia el bosque.

—¡Vete! —le ordenó Trigueña a Glayino.

La guerrera dio media vuelta para regresar a la batalla, pero el joven aprendiz la detuvo tocándole el costado.

—Estrella de Fuego está en la frontera del Clan del Viento, donde los rivales los superan en número, y Manto Polvoroso está resistiendo a duras penas junto al lago.

—Mandaré a algunos guerreros en su ayuda —le prometió Trigueña. La gata dio media vuelta, dispuesta a lanzarse al combate, pero vaciló—. Espera. Llévate a Ratonero contigo. Tiene una herida en el ojo.

Dicho esto, se alejó de un salto. Un instante después, regresó arrastrando al joven guerrero.

—¡Quiero quedarme a pelear! —protestaba Ratonero.

—No con ese ojo —zanjó Trigueña.

—Aún puedo ver con el otro.

—Eso no basta.

Glayino olió a sangre.

—En cuanto te lo hayamos limpiado vuelves, así lucharás todavía mejor —le prometió.

El joven guerrero vaciló durante un segundo.

—De acuerdo. Pero tenemos que darnos prisa.

Trigueña regresó al combate.

—¡Vamos! —Maulló Ratonero.

Uno al lado del otro, corrieron por el borde del sendero de los Dos Patas, en dirección al campamento. Ratonero se pegó al aprendiz, guiándolo a través de la vegetación de bosque. Glayino tenía la cabeza llena de los sonidos del horror y de la sangre derramada. El bosque entero parecía despertar con los alaridos, los zarpazos y la piel desgarrada.

Los cuatro clanes estaban peleando, y el Clan Estelar no se había pronunciado.

15

Leonino se abalanzó sobre el último guerrero del Clan del Río. Los otros tres ya habían huido por el bosque entre alaridos, pero el cuarto estaba acorralado contra un zarzal tan enmarañado que hasta un gato del Clan del Trueno se lo pensaría dos veces antes de intentar escapar a través de él. El joven aprendiz se dio cuenta de que se trataba de una gata.

«Musgosa…».

Había visto a la guerrera parda de ojos azules en las Asambleas. Pero ahora no estaban en una, y él iba a hacer que lamentara haber puesto una pata en su territorio.

Musgosa se encogió, temblando, cuando el joven avanzó hacia ella. La rabia oscurecía tanto la visión de Leonino que lo único que podía distinguir eran los dilatados y despavoridos ojos de la guerrera.

—¡Leonino! —exclamó Estrella de Fuego con voz cortante.

El aprendiz se quedó paralizado, y Musgosa salió corriendo por delante de él y desapareció entre los árboles.

—¡Mira lo que has hecho! —se quejó el joven, volviéndose hacia su líder —. Podría haber acabado con ella.

Estrella de Fuego lo miró con un destello de recelo en los ojos.

—Creo que ya sabía que estaba derrotada.

Leonino se miró el pelo, apelmazado por la sangre fresca y medio seca. ¿Qué había hecho? En el fragor de la batalla, no siempre estaba seguro de hasta dónde era capaz de llegar. Simplemente olía a sangre y notaba la piel que desgarraban sus uñas.

—¿Qué hay del Clan del Viento?

Leonino se preguntó si ya habrían vencido al resto de los invasores.

—Acabamos de ver cómo el último de sus guerreros cruzaba la frontera —le contó Estrella de Fuego.

Cenizo y Bayo salieron entre la maleza, junto con Zancudo y Rosella. Cenizo también tenía el pelo lleno de sangre. Bayo se había desgarrado la punta de una de las orejas, y Zancudo iba cojeando ostensiblemente. Rosella, con el pelo alborotado y ensangrentado, aún tenía los ojos desorbitados de espanto.

—¿Y qué pasa con las demás patrullas? —insistió Leonino—. Deberíamos ir a ayudarlas, ahora que hemos terminado aquí.

Estrella de Fuego sacudió la cola.

—Zancudo se ha hecho una herida muy fea en la barriga. Hay que llevarlo de vuelta al campamento antes de inspeccionar el resto del territorio.

El guerrero de largas patas se había tumbado y resollaba, intentando recuperar el aliento. Su sangre manchaba el suelo del bosque. Cenizo hundió el hocico en el omoplato de su compañero, empujándolo para ponerlo en pie.

—Vamos —lo animó—. Te llevaremos con Hojarasca Acuática.

Bayo se pegó contra el otro costado de Zancudo, y entre los dos guerreros comenzaron a medio guiarlo, medio arrastrarlo, hacia el campamento del Clan del Trueno.

—Iré a ver si puedo ayudar a las otras patrullas mientras os lleváis a Zancudo —dijo Leonino, que no estaba preparado para volver a casa.

Oía el fragor de las otras batallas en la distancia. Él debería estar allí, peleando.

—No puedo permitir que vayas solo por el bosque —respondió Estrella de Fuego.

¿Era miedo lo que reflejaban los ojos del líder?

Frustrado, el joven aprendiz se unió a sus compañeros de clan de camino al campamento. Intentó acelerar el ritmo del grupo yendo por delante, pero Estrella de Fuego no dejaba de llamarlo para que regresara con ellos. Zancudo resollaba y gemía con cada paso. «¡Daos prisa!», protestaba Leonino para sus adentros.

Por fin descendieron la ladera que llevaba a la barrera de espinos. Leonino se detuvo en la entrada, mientras Cenizo y Bayo ayudaban a entrar a Zancudo. Estrella de Fuego los siguió al interior, pero el aprendiz vaciló. Oía algo en los arbustos que crecían a sus espaldas.

Se quedó mirando, sorprendido.

—¿Glayino?

Su hermano salió de entre los árboles con Ratonero.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Glayino moviendo la nariz—. Huelo a sangre.

Leonino se encogió de hombros.

—No es mía.

Ratonero tenía un ojo cerrado y tan hinchado que parecía una manzana.

—¿Está bien? —le preguntó Leonino a su hermano.

—Solo hay que limpiarle el corte.

—Aparte de unos pocos arañazos, es la única herida que tengo —maulló Ratonero, orgulloso.

Glayino guio al guerrero al campamento, y Leonino los siguió, aunque se moría de ganas de volver al combate.

—El Clan del Río ha venido a ayudar al Clan del Viento —informó Glayino a Estrella de Fuego—. Pero Estrella Negra ha enviado a unos cuantos guerreros para ayudarnos a nosotros.

La sorpresa iluminó los ojos de Estrella de Fuego.

—¿Estrella Negra nos está ayudando?

—Ha enviado una patrulla entera.

El líder soltó un suspiro.

—Entonces, los cuatro clanes estamos peleando en nuestro territorio —maulló, y Glayino asintió—. Será mejor que ayudes a Hojarasca Acuática a tratar a los heridos.

La curandera ya estaba inclinada sobre Zancudo, presionando hojas contra su barriga para detener la hemorragia.

Estrella de Fuego dio media vuelta hacia la entrada, haciéndole una señal con la cola a su patrulla.

«¡Por fin!». Flexionando las garras, Leonino siguió a su líder a través de la barrera y se negó a apartarse cuando notó que Cenizo iba pisándole los talones.

Su mentor lo adelantó en cuanto salieron del túnel.

—Deberías lavarte —le dijo, mirando su pelaje todo pegajoso.

—¡Ya habrá tiempo para eso después de la batalla! —replicó el joven.

Cenizo se puso en cabeza, y su pelaje oscuro formó pequeñas ondas en cuanto se internaron en el sotobosque. El sol ya había salido, y se iba alzando por encima de los árboles en un cielo blanquecino y vacío. El guerrero gris se detuvo plantando las orejas, y Estrella de Fuego hizo una señal para que el resto de la patrulla se parara.

—Se acercan unos gatos desde el territorio del Clan del Viento —bufó Cenizo.

Leonino saboreó el aire.

«El Clan del Viento…».

Una patrulla entera.

Luego se puso tenso y saboreó el aire de nuevo para asegurarse.

«¡Zarpa Brecina!».

Saltó hacia la patrulla que se aproximaba, haciendo caso omiso de la orden de Estrella de Fuego. Fue volando como un pájaro a través de la vegetación, apenas sin rozar el suelo. La luz del sol brillaba dorada entre los árboles, y eso facilitaba la localización de la patrulla del Clan del Viento, que avanzaba sigilosa como una comadreja por el bosque. Se dirigían al lago, sin duda con la esperanza de terminar con la patrulla de Manto Polvoroso.

Leonino podía oír las pisadas de sus compañeros resonando tras él, y, cuando salió de los arbustos sorprendiendo a los gatos del Clan del Viento, los demás se situaron en sus flancos.

La patrulla enemiga se desperdigó, presa del pánico, pero no lo bastante deprisa. Cenizo derribó a un atigrado marrón, mientras Estrella de Fuego se abalanzaba contra un gato negro. Leonino cargó contra dos aprendices, apartándolos de un solo golpe. Detrás de ellos, Zarpa Brecina se alzó sobre las patas traseras, con sus ojos azules dilatados de pavor. Leonino se abalanzó sobre ella y la agarró por el pescuezo. La gata se debatió, aullando, mientras él la arrastraba a través de un muro de helechos y la tiraba al suelo del pequeño claro que había detrás. Encerrados en aquella cueva de vegetación, el joven la inmovilizó contra el suelo, pinchándola con las uñas.

—¡Les has contado lo de los túneles! —bufó—. No puedo creer que me hayas traicionado. Y yo que confiaba en que mantuvieras la boca cerrada…

—¡No he sido yo!

Leonino sintió una oleada de rabia.

—¿Y cómo es posible que mi bosque esté lleno de guerreros de tu clan?

Zarpa Brecina luchó por escapar de sus garras, retorciéndose y mordiéndole con fuerza en la pata delantera.

—No te miento —gruñó—. ¡No he sido yo! ¡Fue Cañeta!

—¿Y por qué iba a hacer eso Cañeta? —Leonino no podía creerlo—. ¡Le salvé la vida!

—Estaba presumiendo con Turón sobre los túneles que había descubierto, y entonces se enteraron todos los gatos del clan.

Leonino se quedó mirándola, reprimiendo el impulso de despellejarla.

—No te creo —bufó—. Aún no me has perdonado que haya querido ser un leal guerrero del Clan del Trueno. —Se inclinó más, y le clavó las garras cuando ella intentó zafarse de su aliento caliente—. Nunca te lo perdonaré, Zarpa Brecina. Seré tu enemigo eternamente.

Luego la soltó y dio media vuelta, atravesando los helechos con las patas temblándole de furia. ¿De verdad había llegado a amarla tanto? Entonces era un gato diferente. Ahora era uno de los tres, y recorría una senda con la que Zarpa Brecina ni siquiera podría soñar…

Unos ojos azules centellearon delante de él. Corvino Plumoso le bloqueaba el paso.

—¿Dónde está Zarpa Brecina?

—¡Apártate de mi camino!

El guerrero del Clan del Viento miró por encima del joven.

—¿Qué le has hecho?

—¡Que te apartes de mi camino!

Leonino se abalanzó sobre Corvino Plumoso. Lo enganchó por el cuello y lo lanzó por encima de los helechos, donde cayó pesadamente al suelo, y, sin darle tiempo a reaccionar, saltó sobre él y empezó a desgarrarle la piel, enloquecido.

De repente notó unos colmillos en el bíceps y unas garras en el costado.

Zarpa Brecina estaba tirando de él.

—¡Para! —chilló la gata—. ¿Qué estás haciendo?

Sorprendido por el espanto de su voz, Leonino se detuvo. Corvino Plumoso yacía entre los verdes helechos, sangrando profusamente por la garganta.

Zarpa Brecina se agachó junto a su mentor.

—¡Corvino Plumoso!

—Estoy bien…

El guerrero levantó la cabeza. Balbuceando, tuvo que hacer un gran esfuerzo para ponerse en pie.

Leonino sintió que ardía de vergüenza. El código guerrero decía que no había que matar a un gato para demostrar que se había ganado la batalla. Si Zarpa Brecina no lo hubiera detenido, habría acabado con Corvino Plumoso.

«¿En qué me he convertido?».

De pronto, la luz cambió.

El brillante aire matinal se ensombreció. El alba pareció dar paso al crepúsculo. Los pájaros enmudecieron. Los gritos y alaridos de la batalla cesaron. Incluso el zumbido de los insectos se apagó mientras la oscuridad iba colándose a través de los árboles.

Leonino miró hacia el cielo.

El sol estaba desapareciendo, engullido por un disco negro gigantesco, más oscuro y nítidamente definido que ninguna nube.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Zarpa Brecina al oído, aterrorizada.

El joven no pudo responder. Se le había formado un nudo en la garganta y era incapaz de hablar. Se sujetó al suelo hundiendo las garras en la tierra. A su alrededor, el aire se enfrió, y por encima de ellos el sol desapareció por completo, sumiendo el bosque en la noche.

—¡El Clan Estelar ha matado al sol!

El alarido de un guerrero del Clan del Viento resonó por todo el bosque. De inmediato, los gatos comenzaron a aullar, y los árboles se estremecieron cuando todos emprendieron la huida atravesando el bosque, negro como boca de lobo.

—Tenemos que volver a casa —balbuceó Corvino Plumoso tirando por el pescuezo a Zarpa Brecina, que se había quedado petrificada junto a Leonino —. ¡Vamos!

Con los ojos como platos, Zarpa Brecina se puso en marcha para seguir a su mentor.

—Nunca te lo perdonaré —le siseó Leonino al oído.

Mientras la aprendiza desaparecía, el guerrero se quedó mirando cómo los moribundos rayos de sol se colaban por el borde de aquel círculo enorme y negro.

16

Glayino pegó el hocico a la pata de Acedera. Hojarasca Acuática la había envuelto en hojas de consuelda mojadas y ya la notaba menos caliente.

—¿Cómo te sientes?

Acedera levantó la pata.

—Mucho mejor. —Miró hacia la barrera y añadió—: Debería regresar a la batalla.

—No. —Hojarasca Acuática estaba junto a ellos, limpiándole a Ratonero la sangre del ojo con musgo empapado en agua—. El Clan de la Sombra ha venido a ayudarnos, y por lo que oímos, ya tenemos suficientes heridas que tratar, no hace falta que tú vengas con más.

—Pero el combate se está acercando… —protestó Acedera.

La curandera sacudió el exceso de agua del musgo.

—En ese caso, podríamos necesitarte aquí.

Aunque el campamento parecía vacío, el bosque resonaba con los escalofriantes maullidos de la batalla. Glayino plantó las orejas para escuchar mejor. La patrulla de Estrella de Fuego estaba luchando contra el Clan del Viento justo por encima de la hondonada. ¿De verdad los habían obligado a retroceder tanto?

—¿No deberíamos llevar a los heridos a nuestra guarida? —le preguntó de pronto a su mentora.

Zancudo ya estaba descansando allí, tranquilo gracias a las semillas de adormidera y con la hemorragia controlada con telarañas.

—Será más seguro…

«Si invaden el campamento», añadió para sus adentros.

—Ahora que ha salido el sol, la luz es mejor aquí —repuso Hojarasca Acuática—. Además, creo que a ellos les gusta vernos.

Glayino sabía que se refería a Dalia y los cachorros. Mili estaba organizándolos en la Cornisa Alta.

—A ver, ¿quién se acuerda de qué hay que hacer si entran gatos desconocidos en el campamento? —les preguntó Mili.

—Llevarnos a los cachorros de Mili al fondo de la cueva de Estrella de Fuego —respondió Rosina con voz aguda.

—¿Y después?

La guerrera los había instruido cuidadosamente.

—Nos quedamos dentro con ellos, por si los desconocidos atacan —maulló Tordillo.

—¿Y dónde estaré yo?

—Justo fuera de la cueva, montando guardia con Dalia —contestó Rosina.

Musaraña apareció al lado de Mili.

—Rabo Largo y yo defenderemos la parte superior de las rocas, para impedir que ningún gato llegue a la Cornisa Alta.

—¡Y yo, la parte inferior! —exclamó Centella desde el claro.

Látigo Gris y Candeal seguían vigilando la entrada del campamento, al otro lado del túnel de espinos. Albina había entrado para practicar movimientos de combate con Carboncilla y Fronda.

—Tendrás cuidado con tu pata, ¿verdad? —le advirtió Hojarasca Acuática a Carboncilla—. Nada de heroicidades.

—Nada de heroicidades —le prometió la aprendiza—. Pero, si nos invaden, ¡no pienso esconderme en la guarida de la curandera!

Hojarasca Acuática sintió un fogonazo de miedo.

—No nos invadirán. Estoy segura.

¿Serían capaces las patrullas del Clan del Trueno de mantener a raya al Clan del Viento y el Clan del Río?

—¡No olvidéis que el Clan de la Sombra nos está ayudando! —intervino Ratonero—. Yo he peleado junto con uno de sus aprendices antes de que Trigueña me obligara a salir de allí. Luchan bastante bien. ¡Hemos estado a punto de derrotar a un guerrero del Clan del Viento! —añadió sacudiendo la cola.

—¡Estate quieto! —lo riñó Hojarasca Acuática.

Era evidente que Ratonero se moría de ganas de volver a la batalla. ¿Entendía lo grave que era aquello? Los cuatro clanes estaban peleando. Y sin que hubiera habido ningún aviso previo del Clan Estelar.

Además, tampoco había una razón que explicara el enfrentamiento.

Glayino se dirigió hacia la guarida de la curandera en busca de más hojas para el vendaje de Acedera, y al acercarse a la entrada notó que el aire se volvía frío de golpe. Se le erizó el pelo, sobre todo a lo largo del lomo.

—¿Por qué está oscureciendo? —La voz de Rosina resonó por toda la hondonada.

¿Se avecinaba una tormenta?

Látigo Gris y Candeal entraron corriendo por el túnel.

—¿Qué está pasando? —quiso saber el guerrero.

—¿Por qué se está oscureciendo el campamento? —preguntó Dalia con voz temblorosa—. El cielo sigue claro.

—¡El sol está desapareciendo!

El alarido aterrorizado de Centella hizo que Glayino se quedara de piedra. Aquello no podía ser una simple nube pasando por delante del sol. Los pájaros del bosque habían enmudecido. Incluso la batalla se había detenido. ¿Qué estaba sucediendo?

El joven aprendiz corrió junto a Hojarasca Acuática.

—¿Qué quiere decir Centella?

—Algo está engullendo al sol… —susurró su mentora.

Los cachorros de Mili comenzaron a gimotear, y sus voces se amortiguaron cuando su madre los apretó contra ella.

Hojarasca Acuática se pegó a Glayino.

—Debemos mantener la calma —le dijo con voz firme, aunque temblaba de arriba abajo—. Probablemente sea un mensaje del Clan Estelar. Pasará.

—¿Qué mensaje? —quiso saber Fronda.

Látigo Gris se acercó a ellos.

—¿El Clan Estelar intenta impedir que peleemos?

—N… no lo sé —balbuceó Hojarasca Acuática—. Jamás habían ocultado el sol… Solo la luna.

«¿Y por qué mandan un mensaje ahora?», pensó Glayino. No les habían enviado ningún aviso hasta el momento.

Al joven aprendiz de curandero se le heló la sangre en las venas.

Aquello no tenía nada que ver con el Clan Estelar. Era Solo quien los había advertido. Era él quien les había contado que se avecinaba la oscuridad, una oscuridad que estaba más allá del control del Clan Estelar, más allá incluso de los poderes de clarividencia de los espíritus de los antepasados. El forastero había intentado advertirles de que el sol iba a desaparecer, pero ellos no lo habían escuchado.

De pronto, le llegaron unos alaridos que bajaban hacia el campamento, seguidos del retumbar de varias pisadas cerca de la barrera de espinos.

¿Los estaban atacando?

Las zarpas de Látigo Gris levantaron una nube de arena cuando salieron corriendo hacia la entrada del campamento. Centella fue tras él.

Glayino contuvo el aliento cuando la barrera de espinos repiqueteó y unos gatos irrumpieron en el claro.

«¡El Clan del Trueno!».

El joven aprendiz captó el crudo olor a miedo de los compañeros de clan que volvían de la batalla, que se mezclaba con el olor dulce de la sangre. Estaban malheridos y demasiado asustados como para preocuparse de sus heridas.

—¿Por qué está pasando esto?

—¿Adónde ha ido el sol?

—¿El Clan Estelar nos ha abandonado?

Todos parecían estar a punto de entrar en pánico.

—¿Podemos escondernos en la maternidad? —le suplicó Albina a Fronda.

Leonino atravesó el túnel de espinos y frenó en seco al lado de su hermano. Carrasquera iba pisándole los talones.

Glayino se apresuró a olfatearlos y se sintió aliviado al descubrir que no estaban gravemente heridos.

—¿Es cierto que el sol ha desaparecido? —quiso saber.

—Sí —respondió Leonino, amasando el suelo.

—¿Está tan oscuro como de noche?

—Parece más el crepúsculo… —Carrasquera daba vueltas a su alrededor con el pelo erizado.

—Pero ¿de verdad que ha desaparecido el sol?

Leonino le pasó la cola por el lomo.

—Hay un fino círculo de fuego en el cielo, donde antes estaba el sol. Pero el resto está… tapado.

«¿Por qué no puedo ver?», se lamentó Glayino para sus adentros.

—¿Todo el mundo está a salvo? —quiso saber Estrella de Fuego.

—Tan a salvo como cualquiera —gruñó Látigo Gris—. ¿Dónde están los demás clanes?

—¡Han huido a sus territorios! —exclamó Zarzoso desde la barrera.

Se produjo un estallido de gemidos y maullidos entre los gatos del clan.

—¡Fronda! —llamó Albina—. ¿Dónde estás? ¡Apenas puedo ver!

—¡Que todo el mundo conserve la calma! —ordenó Estrella de Fuego—. No sé qué está sucediendo, pero somos guerreros y debemos enfrentarnos a esto con valor.

Poco a poco, el clan comenzó a tranquilizarse.

El líder se acercó a Hojarasca Acuática.

—¿Puedes decirnos qué está pasando?

«¿Mencionará Hojarasca Acuática la advertencia de Solo?», se preguntó Glayino.

—El Clan Estelar no me ha hablado directamente —maulló la curandera.

Glayino flexionó las garras: «¡Porque no sabía nada!».

—Pero esto debe de ser una señal para detener la batalla —añadió Hojarasca Acuática.

—Pero ¡si la batalla no ha sido culpa nuestra…! —protestó Pinta.

—La ha empezado el Clan del Viento —bufó Candeal.

—¿Por qué tenemos que sufrir nosotros? —aulló Fronda.

Hojarasca Acuática sacudió la cola.

—Sea como sea, esto ha puesto fin a la batalla. Eso es lo que probablemente pretendía el Clan Estelar.

—¿Y vamos a vivir en la oscuridad a partir de ahora? —Espinardo sonó más indignado que asustado.

—¡Esperad! —exclamó Hojarasca Acuática—. Ahora hay más luz. ¡El sol está regresando!

17

Carrasquera miró hacia los árboles que crecían en lo alto de la hondonada y vio que el sol iba venciendo a la oscuridad. El cielo se tornó de un azul claro, y el aire comenzó a caldearse. Al lado de la joven aprendiza, Leonino cambió de postura y Glayino saboreó el ambiente. Los pájaros empezaron a gorjear de nuevo. Las abejas del final de la estación se alzaron soñolientas de la hierba que rodeaba el campamento y se alejaron zumbando con pesadez. Aun así, pese a notar el sol en la piel, Carrasquera seguía temblando; su cuerpo, dolorido y arañado, se estremecía sin que ella pudiera controlarlo.

«¿Qué acaba de suceder?».

Se volvió para preguntárselo a Glayino. Si el Clan Estelar había ocultado el sol, seguro que él sabía algo. Sin embargo, su hermano había ido a reunirse con Hojarasca Acuática, que zigzagueaba entre los gatos heridos y angustiados.

—¿Puedes estirar las patas delanteras? —le preguntó la curandera a Fronde Dorado, que compuso una mueca al intentarlo—. Hombro dislocado —concluyó—. Ve a esperar junto a la roca partida. No tardaré. —Luego pasó a Candeal, cuyo pelaje blanco se había oscurecido por las manchas de sangre —. ¿Te has torcido o dislocado algo?

—Solo tengo zarpazos —respondió la gata.

—Entonces espera al lado de la guarida de los guerreros —le ordenó Hojarasca Acuática—. Te llevaremos un ungüento en cuanto podamos.

—¡Espinardo se ha torcido una de las patas traseras! —La informó Glayino.

—Ayúdalo a ir hasta el rincón más alejado del claro y déjalo descansar debajo de la Cornisa Alta —le indicó su mentora, que siguió adelante, mandando a Pinta y Rosella a esperar junto con Candeal.

Pinta se sentó al lado de la guerrera blanca.

—¿Cómo ha podido desaparecer el sol?

—El cielo estaba claro y despejado, así que no puede haber sido una nube —susurró Rosella.

—Las nubes nunca provocan esa oscuridad y ese frío —añadió Candeal.

Hojarasca Acuática las miró severamente.

—¡Deberíais estar limpiándoos esos arañazos, no parloteando como pinzones! —dijo, y empujó a Betulón y a Bayo hacia Espinardo—. Esperad allí —les ordenó.

Betulón cruzó el claro cojeando, sin tocar el suelo con su pata hinchada.

—¡No veo por qué el Clan Estelar tendría que ocultarnos el sol a nosotros! —exclamó indignado.

Bayo saltaba a su lado, encogiendo con cautela una de las patas traseras.

—El Clan del Viento no debería haber iniciado la guerra. Se lo tienen bien merecido si el Clan Estelar está furioso con ellos.

Carrasquera miró a Leonino, que estaba observando al clan.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió él.

¿Es que no quería hablar de la desaparición del sol?

—Estás muy callado —insistió la joven.

—Sí.

Su hermano miró hacia la Cornisa Alta, de donde estaba bajando Mili con Gabardilla colgada de la boca. La seguía Dalia, que cargaba con Tordillo.

—Vamos a ayudarlas —propuso Leonino, y echó a correr hacia las reinas.

¿Cómo le quedaban tantas energías? Carrasquera notaba el peso del agotamiento, y le escocían los zarpazos y mordiscos que le cubrían el cuerpo, aunque ninguna herida era profunda. Suspirando, siguió a su hermano.

—¡Yo puedo bajar solo! —protestó Tordillo, pataleando enfurruñado.

—¡Estate quieto o nos caeremos los dos! —lo riñó Dalia, con la voz amortiguada por el pescuezo de su hijo. Descendió por las últimas rocas y se volvió hacia Mili para preguntarle—: ¿Vas bien?

Mili asintió. Gabardilla colgaba de su boca con los ojos como platos.

«No siempre es así», quiso decirle Carrasquera a la cachorrita, no muy segura de si sería lo bastante mayor para entenderla.

Leonino alargó una pata para ayudar a Mili a mantener el equilibrio mientras bajaba al claro, provocando un pequeño tamborileo de piedras a su espalda.

—Nosotros traeremos a los demás —les prometió el aprendiz a las reinas.

—Gracias.

Dalia dejó en el suelo a Tordillo, que se alejó ahuecando el pelo sin ver por dónde iba.

—¡Ten cuidado! —le dijo, y cerró los ojos al ver que su pequeño iba derecho hacia Látigo Gris.

El guerrero lo esquivó.

—¿Por qué no compruebas si hay bastante musgo en el lecho de Mili? —le propuso.

—¡Vale! —contestó Tordillo, y se fue disparado a la maternidad.

Látigo Gris le guiñó un ojo a Dalia.

—Es evidente que no está demasiado afectado.

Los ojos claros de la reina se ensombrecieron.

—Cree que no es más que una aventura —maulló con un suspiro.

—Quizá sea mejor así.

Látigo Gris tomó a Gabardilla de la boca de su pareja y siguió a Dalia a la maternidad. Mili lo acompañó, pegándose a él.

Leonino ya estaba trepando por las rocas. Carrasquera ascendió con cansancio tras él y entró en la guarida de Estrella de Fuego.

Dentro estaba muy oscuro. La aprendiza estuvo a punto de tropezar con Rosina, que estaba agazapada en la entrada. Detrás de ella, Rabo Largo intentaba tranquilizar a Pequeño Abejorro. El cachorro gris con rayas lloriqueaba llamando a su madre.

El veterano guerrero le pasaba la cola por encima con delicadeza.

—Chist… Vas a despertar a tu hermana.

Carrasquera apenas pudo distinguir a Floreta, que estaba acurrucada contra el vientre de Musaraña y dormía plácidamente.

—No la molestes. —Musaraña despachó a Carrasquera con un movimiento de la cola—. Que Látigo Gris venga a por ella más tarde.

Rabo Largo tocó a Carrasquera con la nariz. Sus ojos ciegos estaban dilatados por la preocupación.

—¿Lo has visto?

Se refería a la desaparición del sol.

—Sí.

—¿Qué dice Glayino? —preguntó Musaraña.

Sus ojos brillaban en la penumbra.

Leonino se encogió de hombros.

—No siempre nos cuenta lo que averigua a través del Clan Estelar.

Carrasquera miró a su hermano. «¿Está pensando lo mismo que yo?». Si de verdad ellos eran más poderosos que el Clan Estelar, Glayino debía de

saber qué significaba la desaparición del sol. Leonino esquivó su mirada.

—Quizá comparta sueños con el Clan Estelar esta noche… —Maulló la aprendiza con esperanza.

—Eso espero —respondió Musaraña, rodeando con la cola a Floreta.

Carrasquera levantó a Pequeño Abejorro por el pescuezo. El cachorrito se sorprendió, y empezó a chillar y a dar manotazos con sus zarpas diminutas.

Rosina retrocedió.

—¡A mí no vais a llevarme en volandas!

—¡Por supuesto que sí! —Leonino la levantó también por el pescuezo y salió de la cueva.

Arrastrando las patas por el cansancio, Carrasquera siguió a su hermano hasta la maternidad, donde Látigo Gris los esperaba para meter dentro a los cachorros.

—Floreta está dormida —le explicó la aprendiza tras pasarle a Pequeño Abejorro. Sintió una punzada de dolor por un zarpazo que tenía en el cuello, pero no le prestó atención y añadió—: Musaraña dice que vayas a por ella más tarde.

Látigo Gris asintió y desapareció entre las zarzas.

Carboncilla llegó a la carrera.

—¿Los cachorros están bien?

—¡Leonino! —llamó Hojarasca Acuática a través del claro—. Llévate a Raposino a recoger más telarañas —le ordenó, mientras extendía la pulpa de una planta sobre un corte que Melada tenía en el hombro.

Raposino se acercó corriendo al oír su nombre.

—Yo sé dónde hay unas telarañas realmente grandes —maulló—. Justo al salir del campamento, hay un tronco hueco repleto de ellas.

Leonino lanzó una mirada a Zarzoso. El lugarteniente del Clan del Trueno estaba debajo de la Cornisa Alta, junto a Glayino, que le aplicaba un ungüento viscoso en una herida que tenía en el costado.

—¿Podemos salir? —le preguntó el joven a su padre—. Hojarasca Acuática necesita telarañas.

—Sí, pero tened cuidado —le advirtió Zarzoso.

Mientras Leonino y Raposino se alejaban, Hojarasca Acuática se volvió hacia Carrasquera.

—Al lado del charco de mi guarida hay unas hierbas apiladas. Llévaselas a Candeal y los demás. Aprendiste lo suficiente conmigo para enseñarles cómo deben mascarlas y lamerse luego las heridas para que el jugo penetre.

—¡Yo también sé hacerlo! —exclamó Carboncilla de repente.

Carrasquera parpadeó.

—¿Y eso? Tú no eres aprendiza de curandera.

Hojarasca Acuática dejó de envolver con telarañas la herida de Melada.

—Ha pasado tanto tiempo en mi guarida que debe de haberlo aprendido. —Le hizo una seña a Carboncilla—. Ve con Carrasquera y ayúdala. Pero ten cuidado con tu pata.

—Vale.

Mientras se dirigían a la guarida de la curandera, Carrasquera reparó en que su amiga apenas cojeaba.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Mucho mejor. No creo que pueda hacer todos los movimientos de combate todavía, pero no tardaré mucho. La natación me ha ayudado… en el momento oportuno —añadió sombríamente.

Las dos amigas pasaron junto a Esquiruela. La guerrera rojiza estaba sentada en una postura extraña al borde del claro, con las ancas rectas y una pata trasera estirada.

Carrasquera la saludó con la cabeza, pero Esquiruela se limitó a mirarla con expresión apagada.

La joven se inquietó.

—¿Hojarasca Acuática te ha examinado?

—Todavía no —respondió la guerrera con tensión en la voz.

«Le ocurre algo», pensó Carrasquera.

Bajó la mirada y vio que la arena que rodeaba a la gata estaba teñida de rojo oscuro. «¡Sangre!».

—Pero ¡si estás herida!

Olvidándose de su cansancio, corrió junto a su madre y la olfateó. Estaba sangrando por debajo del pecho. A Esquiruela le temblaban las patas y se dejó caer lanzando un gemido y sacudiéndose cuando fue a tumbarse.

Unas pisadas sonaron más fuertes detrás de Carrasquera.

—¿Qué ocurre? —Tormenta de Arena se detuvo a su lado.

—Esquiruela está sangrando —susurró la aprendiza, al tiempo que notaba que se le paralizaban las patas de miedo.

Gimiendo de nuevo, Esquiruela rodó de costado y dejó a la vista su barriga empapada de sangre.

Tormenta de Arena dio un respingo.

—¡¿Por qué no te han examinado?! —exclamó, y le hizo una señal a Carrasquera con la cola—. ¡Trae a Hojarasca Acuática!

La joven aprendiza se quedó mirando a su madre, que jadeaba aceleradamente y se estremecía a intervalos irregulares.

—¡Tráela ya! —le gritó Tormenta de Arena, dándole un empujón.

Hojarasca Acuática estaba agachada en el extremo más alejado del claro, mascando hierbas.

—¡Esquiruela está herida!

Carrasquera no tuvo que decir nada más. La curandera se levantó de un salto y corrió hacia ella.

La joven gata la siguió a toda prisa, y frenó en seco cuando la curandera ya estaba girando a Esquiruela con una pata y, con la otra, le separaba con delicadeza el pelo de la barriga. Tenía un corte profundo que le iba desde el pecho hasta una de las patas traseras. De la herida brotaba tanta sangre que iba formando un charco en la arena.

Carrasquera hundió el hocico en la mejilla de su madre.

—Apenas respira —maulló.

A Esquiruela se le empezaron a cerrar los ojos.

—¡No te duermas! —le suplicó.

Vio a Leonino y Raposino, que regresaban cargados de telarañas. «¡Gracias al Clan Estelar!».

—¡Aquí! —los llamó.

Leonino corrió al lado de su madre.

—Dame eso. —Hojarasca Acuática le agarró las telarañas de la boca y comenzó a presionarlas contra la herida de Esquiruela. Luego le hizo una seña a Raposino, para que también le diera las suyas—. Ve al charco de mi guarida —le dijo al aprendiz sin levantar la vista—. Tráeme musgo empapado en agua, y ve lo más rápido que puedas.

Leonino estaba mirando a Esquiruela, horrorizado.

—¡Tú también! —Le gruñó Hojarasca Acuática—. ¡Corre!

Los dos jóvenes salieron disparados.

Glayino debía de haber oído el alboroto, porque, todavía con las patas llenas de ungüento, dejó a Zarzoso y comenzó a zigzaguear entre los guerreros heridos.

Zarzoso lo observó marcharse, sorprendido, pero, cuando miró más allá, vio a Esquiruela tumbada. El guerrero cruzó el claro a la carrera, con la cataplasma que le había estado aplicando Glayino desprendiéndose de su costado. Se detuvo junto a Esquiruela.

—¿Qué le pasa?

—Tiene una herida en la barriga —musitó Hojarasca Acuática.

—¿Cómo ha sucedido?

Tormenta de Arena negó con la cabeza.

—Estaba peleando a mi lado en la orilla, pero yo creía que se encontraba bien. Se levantaba enseguida cada vez que caía.

Zarzoso se agachó junto a su pareja.

—No me abandones —le suplicó.

Esquiruela abrió los ojos al oír su voz, pero volvió a cerrarlos lentamente.

El lugarteniente del Clan del Trueno restregó el hocico contra ella.

—Te pondrás bien. Hojarasca Acuática no te dejará morir.

Carrasquera miró esperanzada a la curandera, pero la gata estaba demasiado atareada ocupándose de la herida de Esquiruela y ni siquiera levantó la vista. Glayino se colocó junto a su mentora para mantener las telarañas en su sitio a medida que ella las aplicaba.

Leonino regresó con una bola de musgo goteante. La curandera la cogió para limpiar la sangre.

—¡Trae más!

Esquiruela ni se inmutó al notar el agua fría. Estaba inconsciente.

Carrasquera se arrimó más a ella.

—Se pondrá bien, ¿verdad?

Zarzoso empezó a lamer la mejilla de la guerrera rojiza.

—Descansa, amor mío. Estaré aquí cuando despiertes.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Estrella de Fuego, contemplando a Esquiruela con los ojos dilatados de espanto.

—¡Apartaos, todos! —espetó Hojarasca Acuática de repente.

A Carrasquera le rugió la sangre en los oídos. «¡Se va a morir!». Retrocedió, petrificada, y se pegó a Zarzoso. Su padre estaba temblando.

—¡Carrasquera! —Hojarasca Acuática la miró directamente—. Ve a mi guarida y trae hojas de roble.

«Hojas de roble, hojas de roble…». La aprendiza intentó concentrarse, temiendo que se le olvidara debido al remolino de pánico en el que se había convertido su mente.

En la guarida de la curandera, sacó un puñado de hojas de la grieta de la roca y separó las de roble. Al menos eran fáciles de reconocer. Las tomó entre los dientes y corrió de nuevo junto a Hojarasca Acuática.

—¿Quieres que las masque? —se ofreció, después de dejar la carga al lado de la curandera.

—Glayino puede hacerlo.

Carrasquera se apartó. Leonino miraba fijamente a su madre, con los ojos encendidos de furia.

«Quiere saber quién ha hecho esto», se dijo la joven.

Se dio cuenta de que estaba temblando como una cachorrita. Cerró los ojos y notó que Tormenta de Arena se apretaba contra ella.

—Si alguien puede salvarla, esa es Hojarasca Acuática.

Carrasquera se recostó contra Tormenta de Arena, agradeciendo su calidez, mientras la curandera y su aprendiz terminaban de vendar la herida de Esquiruela.

Hojarasca Acuática levantó la vista.

—He hecho todo lo que he podido —maulló—. Ahora todo queda en manos del Clan Estelar.

Tomó una bola de musgo empapado y la sostuvo sobre la boca de Esquiruela, dejando que goteara entre sus labios.

Al cabo de unos instantes, la guerrera lamió el agua. ¿Eso era una buena señal?

—Necesita un lecho cálido —explicó Hojarasca Acuática—. Pero no me atrevo a moverla por si se le abre la herida. —Miró a Carrasquera y a Leonino —. ¿Puedo confiar en que construyáis un lecho a su alrededor?

Carrasquera asintió. ¡Por supuesto que sí!

—Helechos, musgo, plumas, cualquier cosa que encontréis —continuó la curandera—. Hay que mantenerla caliente y evitar que se mueva. —Se puso en pie—. Glayino, vigílala y avísame si se produce algún cambio. Tengo que atender a los demás heridos. —Se volvió a mirar a Centella, que se movía entre los guerreros con un fardo de hierbas en la boca—. Centella no puede ocuparse de todos ella sola.

Estrella de Fuego dio un paso adelante para posar el hocico en la cabeza de Hojarasca Acuática.

—Estoy orgulloso de ti.

—Solo espero haber hecho lo suficiente —murmuró ella.

El líder del Clan del Trueno se volvió hacia su pareja.

—Debes de estar agotada, Tormenta de Arena. Deberías comer y descansar.

Los ojos verdes de la guerrera relampaguearon.

—¡Esquiruela es mi hija! ¡No voy a separarme de ella!

Carrasquera sintió como si una espina afilada le atravesara el corazón. «¡También es mi madre! ¡No puede morirse!».

—Vamos —le dijo Leonino, pasándole la cola por el costado—. Tenemos que construirle un lecho.

Raposino y Albina se apretujaban el uno contra el otro a una cola de distancia. ¿Estaban allí desde el primer momento?

—¿Podemos ayudar? —preguntó Raposino.

—Necesitamos materiales para hacerle un lecho —les dijo Leonino—. Servirá cualquier cosa blanda y cálida.

Mientras los dos aprendices se alejaban corriendo, Carrasquera reparó en que Estrella de Fuego y Zarzoso ya estaban debajo de la Cornisa Alta, conversando muy serios con Látigo Gris, Manto Polvoroso y Espinardo. Todos tenían la mirada sombría y hablaban en voz baja. La joven plantó las orejas, pero no logró entender qué decían.

—¿Seguro que la batalla ha terminado? —le preguntó a su hermano—. ¿De qué hay que hablar todavía?

—La batalla no la ha ganado ni la ha perdido nadie —señaló Leonino—. La ha detenido la desaparición del sol. Y ahora que el sol brilla de nuevo, el Clan del Viento podría regresar para acabar lo que ha empezado.

—¡No pueden hacer eso! —A Carrasquera se le erizó el pelo de la impresión—. ¡El Clan Estelar nos ha dicho que no debemos pelear!

—Si es que ha sido el Clan Estelar el que ha ocultado el sol… —masculló Leonino.

Raposino regresó a toda prisa con una larga pluma en la boca.

—¿Esto servirá?

Estornudó, y la pluma salió volando por el aire y descendió flotando hasta el suelo.

—Es algo —maulló Leonino—. Pero creo que debemos buscar fuera del campamento. Vamos a necesitar muchas cosas.

Carrasquera lanzó una mirada a Esquiruela, que seguía tumbada de lado. El costado apenas se le movía, y parecía pequeña y que estuviera fría. Glayino estaba pegado a ella, con el hocico junto al suyo como si escuchara su respiración.

—Vamos —la apremió Leonino, y salió al bosque por el túnel de espinos.

Una vez fuera, Carrasquera miró alrededor, sorprendida. «¡Qué tranquilo está todo! Es como si nada hubiera pasado…». El sol se colaba a través de las ramas, y los pájaros trinaban en los árboles. Unas pocas hojas cayeron al suelo. La estación de la caída de la hoja estaba cada vez más cerca. Muchos helechos se habían vuelto marrones, y eran demasiado quebradizos y duros para un lecho.

La aprendiza caminó detrás de su hermano, sintiéndose agotada de nuevo. De vez en cuando, una mata de hierba aplastada o un mechón de pelo enganchado en un zarzal le recordaban la reciente batalla, y las heridas volvieron a escocerle.

—Estos están bien —dijo Leonino, que se detuvo ante una franja verde de helechos, y comenzó a arrancar una fronda.

Carrasquera agarró otra entre los dientes y la separó de su mata. Trabajaron a un ritmo constante hasta reunir un buen montón.

—¡Raposino! —llamó Leonino a su compañero de guarida.

—¡Ya vamos!

La vegetación susurró, y Raposino y Albina aparecieron con unas bolas grandes de musgo colgando de la boca.

—Creo que ya tenemos bastante —decidió Leonino.

Enganchó la pila de frondas con la zarpa y comenzó a arrastrarla de vuelta al campamento. Carrasquera lo seguía, juntando de nuevo los helechos cuando se soltaban y se desperdigaban. Estaba tan cansada que empezaba a ver borroso. El bosque parecía oscilar a su alrededor.

—Habríamos ganado igualmente —resolló Leonino al llegar cerca de la barrera de espinos.

«¿En serio?», se dijo Carrasquera. Ella no estaba tan segura. Desviándose con recelo para evitar un fino rastro de sangre, la joven sintió como si los cuatro clanes hubieran perdido algo, aunque no sabía muy bien qué.

Cuando llegaron junto a Esquiruela, vieron que la guerrera no se había movido. Glayino seguía acurrucado a su lado. Levantó la cabeza al oír que se acercaban, y luego se puso en pie y se desperezó.

—Poned el musgo debajo de ella —los instruyó—. El suelo está muy duro.

Carrasquera metió un trozo de musgo tras otro debajo de los hombros de su madre, otro debajo de sus ancas, y luego, con mucho cuidado, una franja alrededor de la barriga. La guerrera tenía el pelaje apelmazado por la sangre y olía a hierbas. Dalia había llevado plumas de la maternidad, y mientras Leonino colocaba los helechos alrededor de Esquiruela, Carrasquera le dispuso encima las plumas para mantenerla caliente. Cuando terminaron, Glayino volvió a tumbarse junto a la gata, apoyándole la barbilla en el hombro.

—¡Venid a comer! —les ordenó Zarzoso desde el montón de la carne fresca.

Solo quedaban unos pocos bocados. Aquel día no habían salido a cazar.

Leonino obedeció, pero Carrasquera no se movió de donde estaba. Se sentía demasiado cansada para comer, y se le había formado un nudo en el estómago por la pena. No volvería a separarse de su madre. Se ovilló junto a la cabeza de Esquiruela y, respirando suavemente contra la fría oreja de la guerrera, cerró los ojos.

«Por favor, no permitáis que esta batalla me la arrebate».

18

Leonino engulló el último bocado. Apenas había saboreado el ratón, pero había calmado los rugidos de su estómago. Miró hacia el sol, que brillaba en lo alto de un cielo azul despejado. ¿Volvería a desaparecer?

«¿Qué está pasando?». La voz aterrorizada de Zarpa Brecina resonó en su mente.

No podía confiar en ella.

No podía confiar en el sol.

Solo podía confiar en sí mismo y en su clan.

El claro iba vaciándose poco a poco a medida que Estrella de Fuego iba de gato en gato, ordenándoles que se retiraran a sus guaridas a descansar.

Esquiruela yacía en su lecho improvisado, con Carrasquera y Glayino acurrucados a su lado. Hojarasca Acuática estaba examinándola de nuevo.

—Debes descansar —le dijo Estrella de Fuego a la curandera, que apenas podía mantenerse en pie.

—¿Y qué pasa con las heridas de los demás?

—Centella se ocupará de ellas —contestó el líder mirando a la guerrera tuerta, que iba de guarida en guarida, asomándose para ver a los gatos que había dentro—. Le diré que vaya a buscarte si te necesita.

—Ella también tiene que descansar —protestó Hojarasca Acuática.

—Y lo hará, en cuanto tú hayas dormido un poco.

La curandera parpadeó y los bigotes le temblaron al reprimir un bostezo. Finalmente, se dio por vencida:

—De acuerdo. Pero despertadme si hay algún problema, sea lo que sea —añadió, mirando a Esquiruela.

Carrasquera se apretujó más contra su madre, pegando la nariz a su oreja como si pudiera hacer que mejorara solo con desearlo. Leonino tensó los músculos y clavó las garras en la tierra blanda. Si pudiera librar la batalla de

Esquiruela por ella, sabía que vencería. Sin embargo, sintió una punzada de frustración; aquella batalla debía librarla ella sola.

Estrella de Fuego le rozó la oreja con el hocico.

—¿Tú no deberías estar descansando también?

—No estoy cansado. —Y miró fijamente a los ojos verdes de su líder.

Estrella de Fuego fue el primero en parpadear.

—En ese caso, ven. Debemos decidir qué hacer ahora.

Leonino lo siguió hasta donde estaban Manto Polvoroso, Cenizo y Zarzoso, que compartían un conejo con Nimbo Blanco y Tormenta de Arena.

Tormenta de Arena levantó la cabeza cuando se acercaron, y empujó un trozo de la pieza hacia Estrella de Fuego.

—Debes de tener hambre.

—Comeré cuando hayamos reabastecido el montón de la carne fresca —replicó él.

Tormenta de Arena se quedó mirándolo, y luego bajó la vista hacia el pedazo que le había ofrecido.

—Tú necesitas recuperar fuerzas tanto como cualquier otro gato.

Estrella de Fuego se sentó, cabizbajo, y tomó el trocito de conejo.

—Gracias.

Zarzoso descansaba en una posición extraña; era obvio que le dolía el corte del costado. Leonino se tragó el gruñido que le subía por la garganta. ¡Ningún gato más iba a sufrir por la traición de Zarpa Brecina! Se sentó. Ahora planearían la venganza contra el Clan del Viento y el Clan del Río. ¡Los muy cobardes tendrían su merecido! Su ataque a traición no era propio de los guerreros de verdad. El Clan del Trueno les haría pagar por lo que habían hecho.

—¿Creéis que el sol volverá a desaparecer? —Maulló Manto Polvoroso, con la cola erizada.

Cenizo aún no se había lavado la sangre de las zarpas. Dibujó una línea en el suelo con una garra manchada de rojo.

—Esto podría ser solo el principio.

—No nos dejemos llevar por el pánico —repuso Estrella de Fuego, engullendo un bocado de conejo—. Pensemos que solo ha sido una advertencia, nada más.

«¿Es que solo van a hablar de eso? ¿De la desaparición del sol?». Leonino apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—Pero ¿y si no ha sido una simple advertencia? —replicó Manto Polvoroso—. ¿Y si el sol está empezando a fallar?

—Nunca ha fallado —declaró Tormenta de Arena—. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?

—Tampoco había desaparecido hasta hoy —señaló Cenizo—. Y hoy lo ha hecho sin más.

—Seguro que ha sido la forma del Clan Estelar de advertirnos que dejáramos de luchar —intervino Zarzoso.

—Pero ¿por qué tenía que avisarnos a nosotros? —Gruñó Manto Polvoroso—. ¡Nosotros no empezamos la batalla!

—Quizá solo haya sido una nube rara lo que ha tapado el sol —razonó Nimbo Blanco.

Leonino sabía que el guerrero había nacido en una vivienda de los Dos Patas y que nunca había creído del todo en el Clan Estelar.

—¿Y de dónde ha salido la nube? —le soltó Cenizo—. ¿Y adónde se ha ido luego? El cielo estaba despejado.

Nimbo Blanco se encogió de hombros.

—Tiene que haber alguna explicación.

Manto Polvoroso sacudió la cola.

—Ha sido el Clan Estelar —insistió—. ¿Quién si no?

«¡¿Y eso qué más da?!». Leonino apenas podía contener la rabia. No habían ganado la batalla contra el Clan del Viento. Debían terminarla cuanto antes si querían volver a dormir tranquilamente en sus guaridas. Lo del sol no tenía importancia. Debían ocuparse de sus enemigos. Arañó el suelo con las uñas.

—¿Tienes algo que decir?

El joven aprendiz reparó en que Zarzoso estaba mirándolo fijamente.

«¡Tengo mucho que decir!», respondió para sus adentros, poniéndose en pie.

—¡Hay que darle una lección al Clan del Viento! —exclamó—. No pueden invadir nuestro territorio sin sufrir las consecuencias.

Zarzoso negó con la cabeza.

—Ya hemos derramado bastante sangre, Leonino.

—La batalla ha terminado —coincidió Estrella de Fuego—. Debemos averiguar qué significa la desaparición del sol.

—¿Hojarasca Acuática irá a la Laguna Lunar a compartir lenguas con el Clan Estelar? —preguntó Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego lanzó una mirada a Esquiruela, que seguía en el extremo más alejado del claro.

—Solo cuando los heridos estén lo bastante bien para poder arreglárselas sin ella.

—Espero que eso sea pronto —masculló Manto Polvoroso.

Cenizo dejó que se le alisara el pelo.

—Cuanto antes, mejor.

Leonino arañó el suelo. ¿Por qué esperar a descubrir si sus antepasados sabían la respuesta? Aquel no era el momento de hacer preguntas, ¡era el momento de actuar! Había una batalla pendiente, una traición que vengar.

—¿Y por qué no podemos…?

Se quedó callado.

Había interrumpido a Tormenta de Arena, que lo miraba boquiabierta.

—Lo siento. —Leonino retrocedió, de pronto consciente de que solo era un aprendiz.

—Quizá deberías descansar —le sugirió Estrella de Fuego amablemente.

Leonino asintió y se alejó del círculo de guerreros, dejando que se preocuparan y angustiaran sin sus interrupciones. Con cada paso que daba levantaba un puñado de arena. Algún día le prestarían atención.

Carrasquera y Esquiruela estaban durmiendo. El joven se detuvo junto a ellas, viendo cómo sus costados subían y bajaban al unísono, como si compartieran la misma respiración. Glayino, sin embargo, ya se había ido. Los helechos en los que había dormido aún guardaban la forma de su cuerpo.

Como conjurado por los pensamientos de su hermano, el aprendiz de curandero apareció por la guarida de Hojarasca Acuática con una bola de musgo empapado en agua. Leonino lo vio llegar al lado de su madre y presionar el musgo contra los labios de Esquiruela.

—¿Vivirá? —preguntó.

—Creo que sí. —Glayino no levantó la cabeza—. No hay señales de infección.

—¿El Clan Estelar te ha avisado de que resultaría herida?

«¡¿Te ha avisado de algo de todo esto?!». Con el corazón desbocado, esperó la respuesta.

Glayino dejó el musgo en el suelo.

—No.

Dobló una hoja de helecho que se curvaba cerca de la nariz de la guerrera.

—Y antes de que me lo preguntes, tampoco me ha dicho nada sobre la desaparición del sol ni sobre la batalla —añadió.

Leonino entornó los ojos. Sabía cuándo su hermano tenía algo en mente.

—Tú no crees que esto tenga nada que ver con el Clan Estelar, ¿verdad?

Glayino se sentó.

—Verdad.

«¿Y bien?». ¿Por qué su hermano tenía que ser siempre tan misterioso?

—Yo creo… —empezó Glayino vacilante.

—¿Qué?

El aprendiz de curandero levantó la vista.

—Creo que conozco a alguien que puede darnos respuestas.

A Leonino se le erizó el pelo a lo largo de todo el lomo. Los ojos azul claro de Glayino parecían estar observándolo como si realmente pudiera ver.

—Tenemos que encontrar a Solo —maulló—. Él predijo que el sol se esfumaría. Le dijo a Hojarasca Acuática que se avecinaba una gran oscuridad y que el sol desaparecería. Creo que nos habría contado más, pero Estrella de Fuego le pidió que se marchara.

A Leonino lo inundó la decepción. Glayino no era mejor que los guerreros.

—¿Por qué estáis todos tan obsesionados con el sol? —Sacudió la cola—. ¡Eso ya no importa! Ahora ha vuelto, y nosotros estamos bien. Pero todavía tenemos que lidiar con el Clan del Viento. Van a regresar si no les enseñamos que no pueden…

—Sí que importa —lo interrumpió Glayino con un gruñido—. El Clan del Viento no es más que una espina en nuestro pelaje. Podemos sacárnosla cuando queramos. Pero el sol ha desaparecido, y ese tal Solo sabía que eso iba a pasar. ¡El Clan Estelar, en cambio, no tenía ni idea! ¿No comprendes lo que significa eso?

Leonino no lo comprendía, pero no iba a admitirlo.

—¿Y qué podemos hacer al respecto?

—Tenemos que encontrar a Solo.

Leonino se echó hacia atrás, sorprendido.

—Pero… ¡eso es absurdo! ¡Si se marchó ayer! A estas alturas podría estar en cualquier sitio. Y Estrella de Fuego no nos dejará ir a buscarlo. Hemos luchado en una batalla, la mitad de los guerreros están heridos, quién sabe si intentarán atacarnos de nuevo y…

Glayino pegó las orejas a la cabeza.

—¡Recuerda la profecía! —exclamó—. ¡Nosotros tenemos el poder de las estrellas en las manos! Eso nos hace mucho más poderosos que Estrella de Fuego. ¡Mucho más poderosos que el Clan Estelar! Si Solo sabe por qué ha desaparecido el sol, ¡tenemos que encontrarlo!

19

A Glayino le entraron ganas de darle un zarpazo en las orejas a su hermano. «¡Por favor, trata de entenderlo!».

—¡Tenemos que encontrar a Solo!

Esquiruela se agitó junto a ellos.

—¿A quién? —preguntó con voz quebrada.

«¡Está despierta!».

Glayino se agachó para hundir el hocico en el pelaje de su madre. Estaba caliente, pero no parecía tener fiebre: no había infección. Posó una pata en su costado. Su respiración se iba estabilizando, ya no era tan rápida como antes. Estaba recuperándose de la conmoción provocada por la herida.

—¿Cómo se encuentra Leonino? —quiso saber la guerrera con un hilo de voz.

—Estoy justo aquí. —Leonino le acarició la oreja con la nariz.

—¿Y Carrasquera? ¿La han herido?

—Carrasquera también está bien —la tranquilizó Glayino—. Todos estamos bien.

Los helechos susurraron cuando la guerrera levantó la cabeza.

—¿El sol ha vuelto a desaparecer?

—¡Mira! —Glayino la animó a abrir los ojos—. Sigue brillando.

Esquiruela volvió a apoyar la cabeza en el suelo.

—El Clan Estelar debe de estar enfadado con nosotros.

—Con nosotros no —maulló Leonino—. Con quien está enfadado es con el Clan del Viento.

«Esto no tiene nada que ver con el Clan Estelar». Glayino aplastó los helechos alrededor de la cabeza de su madre. Era como cuidar de un cachorrito angustiado.

Carrasquera se incorporó y se levantó de un salto.

—¿Se ha despertado? ¿Esquiruela?

—¿Eres tú, Carrasquera?

La joven enterró la nariz en el pelo de su madre.

—¡Tenía mucho miedo de que te murieras!

Esquiruela logró soltar un ronroneo quedo.

—Jamás te dejaré, pequeña —le prometió.

Glayino notó que alguien se acercaba a ellos y percibió el olor de Centella.

—¡La he visto moverse! —Maulló esperanzada la guerrera tuerta.

—Se ha despertado —le contó Glayino—. Parece que no tiene fiebre, y su respiración es profunda.

—¿Voy a buscar a Hojarasca Acuática? —se ofreció Centella.

El aprendiz de curandero negó con la cabeza.

—Está durmiendo. Y creo que solo deberíamos despertarla si Esquiruela vuelve a sangrar o empieza a agitarse.

—¿Cómo han llegado estas plumas hasta aquí? —Esquiruela estaba olfateando la suave frazada de plumas que la cubría. Tocó el lecho con delicadeza—. ¿Y estos helechos?

—Hemos construido un lecho a tu alrededor —le explicó Carrasquera.

—Gracias —respondió la guerrera, con la voz rebosante de orgullo—. Tengo unos hijos muy valientes y amables.

—Deberías descansar —le dijo Centella—. Has perdido mucha sangre.

—Sí… —suspiró la gata.

Los helechos crujieron bajo su peso.

—Está cerrando los ojos —susurró Carrasquera—. Deberíamos dejarla dormir.

—Vosotros tres también deberíais descansar —les aconsejó Centella—. Yo vigilaré a Esquiruela hasta que se despierte Hojarasca Acuática.

Glayino sintió un cosquilleo. Aquella podía ser su oportunidad de ir en busca de Solo.

—Gracias, Centella —maulló poniendo voz de cansado—. Venga —les dijo a sus hermanos—, vamos a dormir un poco.

Se detuvo en cuanto estuvo seguro de que la guerrera tuerta ya no podía oírlos.

—¿Qué ocurre? —Carrasquera se paró a su lado—. Pareces muy nervioso.

—¡Tenemos que encontrar a Solo!

—¿Qué?

Leonino suspiró.

—A Glayino se le ha metido en la cabeza que ese forastero sabe por qué ha desaparecido el sol.

—¿Por qué crees eso? —le preguntó Carrasquera a su hermano, agitándole los bigotes con el aliento.

—¡Porque nos avisó de lo que iba a suceder! —Glayino no esperó a que Carrasquera le hiciera otra pregunta tonta—. Tenemos que irnos ahora mismo, mientras el clan cree que estamos durmiendo.

Leonino dio vueltas alrededor de su hermana.

—Debemos ir con él. Se irá solo si no lo acompañamos. —Se detuvo a mirarla—. ¿Estás en condiciones?

—Sí —asintió Carrasquera—. La siesta me ha sentado muy bien, pero… Esperad, vuelvo enseguida.

Se alejó corriendo y regresó al cabo de unos instantes con una musaraña rancia.

Glayino arrugó la nariz.

—No irás a comerte eso, ¿verdad?

—Estoy muerta de hambre. ¿Tú no?

—No. —Estaba demasiado nervioso para preocuparse por la comida. Ya comería más tarde—. Date prisa.

Carrasquera comenzó a engullir la pieza.

—¿Centella nos está mirando? —le preguntó Glayino a su hermano.

—Está observando a Esquiruela. Y nos da la espalda.

—¿Hay alguien más en el claro?

—Nadie. Están todos en sus guaridas. —Leonino hizo una pausa—. Estrella de Fuego está en la Cornisa Alta.

—Pero está dormido.

Leonino erizó el pelo, sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Oigo su respiración. —Glayino olfateó el aire. Látigo Gris montaba guardia en la entrada del campamento—. Tendremos que escabullirnos por el túnel del aliviadero.

—¡Otra vez no! —protestó Leonino—. ¿Estás seguro de que de verdad necesitamos encontrar a Solo?

Glayino arañó el suelo.

—¡Puede que él tenga la respuesta a todo!

Leonino se le acercó más.

—Te refieres a la profecía, ¿verdad?

«Y al Clan Estelar. Y a la Tribu de la Caza Interminable». ¿Quién más podría saber el secreto?

—Solo lo supongo —admitió—. Pero tengo que averiguarlo.

Leonino le dio un empujoncito a Carrasquera.

—¿Ya has terminado?

—¡Sí! —respondió ella, todavía masticando.

A continuación soltó un sonoro eructo mientras Glayino los guiaba a lo largo de la barrera de espinos, hacia el túnel del aliviadero.

—¡No hagas ruido! —Glayino le tocó el hocico con la cola.

—Lo siento.

—¡Esperad! —los avisó Leonino. Y empujó a Glayino debajo de una mata de hierba—. Centella está mirando el claro.

—¿Nos ha visto? —susurró su hermano con el corazón desbocado.

Leonino contuvo el aliento.

—No —maulló al cabo—. Está observando a Esquiruela otra vez. Podemos seguir.

Se incorporó para continuar.

—¡Espera! —siseó Glayino, tirándole de la cola—. Vienen más gatos.

Leonino volvió a esconderse junto a él.

—¿Qué pasa ahora?

Betulón y Bayo aparecieron por el túnel del aliviadero, de regreso al campamento.

—He vencido a dos guerreros del Clan del Viento con una sola pata —fanfarroneó Bayo.

—Puede que sean rápidos, pero son pequeños —maulló Betulón—. En cuanto atrapas a uno, es fácil derribarlo.

—Al contrario que el Clan del Río —se burló Bayo—. No deben de hacer otra cosa que comer. Más que gatos, ¡parecen peces gordos y peludos!

Glayino contuvo el aliento mientras sus pasos pasaban de largo y desaparecían en la guarida de los guerreros.

—¿Cómo iba a saber que venían por el túnel? —masculló Leonino—. No puedo ver a través de los espinos.

—¡Pues intenta usar el oído! —le soltó Glayino.

Se colaron por el túnel, y Glayino sintió una oleada de alivio cuando llegaron al bosque, a pesar de que aún tenía metido en la nariz el olor del lugar en el que hacían sus necesidades. Guio a sus hermanos por la ladera que llevaba al lago. Había un zarzal en el que podrían esconderse mientras decidían qué camino tomar.

—¿Y bien? —quiso saber Carrasquera en cuanto se detuvieron detrás del arbusto.

Glayino olfateó el aire. Tenía la débil esperanza de captar algún rastro de Solo, aunque fuera leve. Al fin y al cabo, no había llovido desde que el gato estuvo en el campamento. La batalla, sin embargo, había llenado el bosque de olores desconocidos. Allí habían combatido cuatro clanes. Y no quedaba ni la menor marca del forastero.

—Manto Polvoroso lo acompañó hasta la frontera del Clan del Viento —le recordó Leonino.

—Allí es donde lo vi yo la primera vez —maulló Carrasquera, emocionada—. En el páramo.

—Pues entonces ya se habrá ido —repuso Glayino.

—¿Por qué? —preguntó su hermano, moviendo las hojas del suelo con la cola.

—Porque ya ha estado allí.

Glayino estaba convencido de que Solo conocía bien a los cuatro clanes. Había ido en busca de Estrella de Fuego a propósito. Había pasado por el territorio del Clan del Viento. Era lógico suponer que también hubiera querido contactar con los demás. El joven aprendiz solo esperaba que no hubiera ido al encuentro del Clan del Río. Eso estaba al otro lado del lago, demasiado lejos para ir y volver antes de que sus compañeros de clan se dieran cuenta de que se habían marchado.

—Lo lógico es que ahora esté en territorio del Clan de la Sombra —maulló con firmeza, a pesar de que no estaba completamente seguro.

Le preocupaba que sus hermanos no lo siguieran si pensaban que no tenía ni idea de adónde los llevaba.

—¿Cómo puedes estar convencido de eso? —le preguntó Leonino.

—Lo estoy, y ya está —mintió Glayino.

—Pero ¡no podemos internarnos en el territorio del Clan de la Sombra! —se escandalizó Carrasquera.

—Tú lo has hecho —le recordó su hermano.

—Por una emergencia —replicó ella—. Tenía que ir.

—¡Esto también es una emergencia!

—Pero no sabemos si Solo está allí. Al menos, no con certeza. —Carrasquera se sentó—. Durante el trayecto hasta su campamento, no he visto a ningún desconocido.

—A lo mejor aún no había llegado cuando ha empezado la batalla —maulló Glayino.

Leonino se frotó los bigotes.

—Carrasquera tiene razón. No podemos arriesgarnos a cruzar el territorio del Clan de la Sombra. Acabamos de luchar en una batalla. Nos harían picadillo.

—No es típico de ti tener miedo —lo picó Glayino.

—No tengo miedo por mí, sino por el clan —replicó su hermano.

Carrasquera soltó un largo suspiro.

—Estoy de acuerdo con Leonino. El Clan de la Sombra ha sido nuestro único aliado. No podemos correr el riesgo de enfadarlos.

Malhumorado, Glayino deslizó una pata por el suelo cubierto de hojas. Estaban en un callejón sin salida.

—¿Por qué no vamos subiendo por nuestro territorio? —sugirió Carrasquera—. Quizá encontremos algún rastro de Solo cerca de la frontera. Si Glayino está en lo cierto y pretende llegar al Clan de la Sombra, la ruta más rápida es cruzando nuestras tierras.

—Eso tiene sentido —aprobó Leonino—. Y un solitario como él se habrá desviado al máximo de la batalla.

—De acuerdo —accedió Glayino.

Salió de debajo del zarzal y enseguida tropezó con una ramita caída.

—Yo encabezaré la marcha —se ofreció Leonino.

Glayino sintió la ya familiar punzada de frustración, pero la sofocó de inmediato. Aquello era demasiado importante. Estaba más cerca que nunca de conseguir respuestas sobre la profecía.

Se alejaron del lago y se internaron en el bosque más de lo que nunca se había internado ninguno de ellos. El suelo se tornó desconocido bajo sus patas. Las anchas hojas de roble y haya, tan blandas para sus almohadillas, dieron paso a las hojas de los avellanos, pequeñas y quebradizas. Glayino ya ni siquiera captaba el olor del lago, y el bosque se tornó más denso. Los árboles eran más pequeños, pero crecían más juntos, y los hermanos tuvieron que serpentear entre ellos. El suave follaje de los helechos y los arbustos de bayas desapareció poco a poco, y el olor a presas se volvió más tenue. Las ramitas les arañaban la piel.

El terreno ascendía en una ladera interminable, y Glayino olió el aire de las montañas que bajaba entre los árboles.

—¡Hemos llegado al borde de nuestro territorio! —anunció Leonino.

Glayino olfateó el aire. Había unas cuantas marcas rancias del Clan del Trueno en los árboles, pero más allá ya no se captaba ningún rastro del clan. Se le aceleró el corazón mientras cruzaba la línea olorosa tras Leonino, pero

se sintió aliviado al notar el cuerpo de Carrasquera a su lado. Era como traspasar los límites del mundo.

Leonino se detuvo.

—Huelo algo.

Glayino corrió junto a su hermano y olisqueó las ramitas que tenían más cerca. Reconoció el olor de Solo al instante.

—¡Es él! Ha estado aquí.

El olor del gato era débil, desdibujado por la brisa, pero inconfundible. Glayino dio un paso adelante, dejando que lo guiara su nariz. ¡Otra ramita con su olor! Habían encontrado el rastro del forastero.

—No cabe la menor duda de que se dirigió hacia el Clan de la Sombra —observó Carrasquera.

—¿Y si ha entrado en su territorio? —preguntó Leonino.

—Ya nos ocuparemos de eso si descubrimos que es así —los cortó Glayino.

No podían perder a Solo ahora.

Continuaron adelante, siguiendo el rastro del gato, que iba bordeando la parte más alta de la frontera del Clan del Trueno. De repente, Glayino captó el olor del Clan de la Sombra. Se detuvo plantando las orejas. No se oía ninguna patrulla, ni gatos entre la vegetación.

—Solo son marcas olorosas —lo tranquilizó Leonino—. Acabamos de llegar a su frontera.

Glayino sintió una oleada de triunfo. Él tenía razón: Solo estaba buscando al clan vecino. Pero luego se le contrajo el estómago de miedo. ¿Y si el solitario se había internado en el territorio de los aliados? ¿Accederían Leonino y Carrasquera a traspasar la frontera con él? ¿Cómo encontraría el camino sin sus hermanos? Siguió andando, del todo consciente de la línea olorosa del Clan de la Sombra mientras avanzaban por el bosque.

El rastro los llevó hacia delante; un palito aquí, una hoja allá, levemente rozados por el cuerpo de Solo. Glayino sintió una emoción creciente con cada nuevo descubrimiento, hasta que, de pronto, el rastro desapareció. El joven se volvió en redondo, saboreando el aire.

¡Nada!

Leonino siguió avanzando, sin dejar de olfatear la vegetación.

—¡Aquí no hay nada! —exclamó.

«¡No!». Glayino echó a correr, desesperado por localizar otra pista, pero tropezó con una piedra que sobresalía del suelo. Sintió un dolor profundo en la pata y empezó a lamérsela con furia.

—¿Estás bien? —le preguntó Carrasquera, que fue corriendo a su lado.

—Sí —respondió él, apretando los dientes.

El dolor estaba remitiendo. No había herida.

—Supongo que hemos perdido a Solo —suspiró su hermana.

Glayino sintió una punzada de pánico.

—Probemos en otra dirección.

—Quizá haya cruzado la frontera del Clan de la Sombra —maulló Leonino, muy serio.

—¡Comprobémoslo! —lo apremió Glayino.

Su hermano se quedó de piedra.

—No.

—¡Esperad! —exclamó Carrasquera, que salió disparada.

—¿Adónde vas?

Antes de que Glayino hubiera terminado de formular la pregunta, su hermana estaba de nuevo a su lado.

—He encontrado un mechón de pelo —maulló la joven—. Es largo, con una mezcla de distintos colores. Creo que es de Solo.

Glayino olfateó el mechón que Carrasquera había dejado en el suelo. ¡Sí, era suyo!

—¿Dónde lo has encontrado? —quiso saber.

—En ese pequeño prado de allí. Incluso se ve por dónde ha pasado. La hierba aún está aplastada.

—Pero se aleja de la frontera del Clan de la Sombra… —señaló Leonino —. ¿No decías que seguro que iba al campamento vecino?

—Tal vez me haya equivocado. —Glayino se encogió de hombros.

Le tenía sin cuidado adónde se dirigiera Solo. Lo único que quería era localizarlo. Se internó en la hierba, olfateando y siguiendo el rastro oloroso de sus pisadas. Dejó que su mente buscara en el interior del bosque, esperando detectar alguna sensación del forastero, pero no halló más que olores desconocidos y un terreno poco familiar.

Retrocedió de un salto cuando un pincho le arañó la mejilla. Sobre la senda colgaban ramas de zarzal.

—Ten cuidado. —Leonino se colocó junto a él, apartando los zarcillos con el cuerpo para que su hermano pasara.

Carrasquera le tiró de la cola delicadamente.

—Déjame ir delante —le propuso—. Hay zarzas por todas partes.

Glayino la dejó pasar sin protestar. Sentía un cosquilleo por el cuerpo. ¡Ya debían de estar cerca de Solo! El rastro oloroso se había vuelto más intenso

tras alejarse de la frontera del Clan de la Sombra. Por fin iba a averiguar por qué había desaparecido el sol. ¿Tendría eso algo que ver con la profecía?

—¡Ay! —chilló Carrasquera, dando un salto hacia atrás y chocando con Glayino.

Leonino tropezó con ellos.

—¡Mirad por dónde vais!

—Una espina me ha arañado la nariz —se lamentó la aprendiza.

Glayino olió la sangre.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió ella—. Pero es que no la he visto. Está oscureciendo.

De pronto, Glayino se dio cuenta de que debía de ser muy tarde. Creía que el aire era más frío porque se estaban acercando a las montañas, pero por lo visto era porque el sol debía de estar empezando a descender. Sintió una punzada de culpabilidad al captar las oleadas de agotamiento que emitía Carrasquera. Aquel mismo día había participado en una batalla, y ahora la había obligado a desplazarse muy lejos de su campamento. Se centró en Leonino, que se había puesto en cabeza. El joven parecía tan fuerte como siempre, inmune al cansancio.

—Tal vez deberíamos parar un rato —maulló Glayino—. Carrasquera necesita descansar.

Entonces se dio cuenta de que él también estaba muy cansado. Estaba forzando las patas, tenía las almohadillas magulladas por la caminata, y los músculos le dolían por la tensión de la batalla. «¡Menuda birria, para ser más poderoso que el Clan Estelar!», se dijo. Se sintió como cualquier otro aprendiz, clavado a la tierra por la necesidad de comer y dormir.

De pronto, notó una oleada de inquietud.

—¿Leonino? —Se volvió hacia su hermana—. ¿Puedes ver a Leonino?

—Está a solo unas colas de distancia. Se ha agazapado… —Y se quedó callada.

—¿Qué ocurre?

A Glayino le dio un vuelco el corazón. ¿Leonino había encontrado algo?

—Una vivienda de los Dos Patas —susurró Carrasquera—. La veo a través de los árboles. Apenas la distingo.

Glayino corrió hacia su hermano, con Carrasquera pisándole los talones.

—Está abandonada —les informó Leonino cuando llegaron junto a él—. Como la que hay en nuestro territorio. —Olfateó el aire—. La mitad de las paredes se han caído, y no tiene tejado.

Carrasquera erizó el pelo.

—Pues estoy oliendo a Dos Patas.

Glayino arrugó la nariz. El olor era rancio y viejo.

—Hace mucho que estuvieron aquí.

—Venga —dijo Leonino, que comenzó a avanzar agazapado, con sigilo —. Manteneos juntos.

Carrasquera lo siguió pegada a Glayino, consciente de lo mucho que su hermano necesitaba que lo guiara por aquel camino tan enmarañado. El aprendiz de curandero intentó imaginarse el bosque que lo rodeaba, pero solo podía representarse la oscuridad. El viento silbaba entre los árboles, agitando las ramas. Glayino plantó las orejas, esperando oír los trinos de los pájaros. Nada. «Estarán en los nidos…». Olfateó el aire. Tampoco captó olor a presas, ni siquiera a ratón. Frustrado y confundido, siguió a Leonino sintiéndose completamente ciego.

El suelo que pisaba pasó a ser de guijarros y luego de piedra lisa. El viento dejó de alborotarle el pelo.

—¿Estamos dentro de la vivienda de los Dos Patas? —le preguntó a Leonino, y su voz resonó de manera extraña.

—En la entrada —susurró su hermano.

—¿Puedes ver algo? —Glayino agitó los bigotes por la repulsión que le provocó lo mal que olía aquel lugar.

—Parece vacío —murmuró Leonino.

A Glayino se le cayó el alma a los pies. ¿Cuánta distancia más tendrían que recorrer en busca de Solo? Se sobresaltó cuando Carrasquera se volvió en redondo erizando el pelo.

Una voz profunda sonó detrás de ellos.

—¿Me estáis buscando?

20

Carrasquera se quedó mirando a Solo, consciente de pronto del desastroso aspecto que presentaban los tres. Llevaban el pelo alborotado, con trozos de hojas y musgo pegados, y Leonino y ella aún tenían las zarpas manchadas de sangre. El forastero los observó, ladeando con elegancia su cabeza tricolor; las manchas blancas de su pelaje se habían teñido de rosa por el sol vespertino, y sus ojos, de color ámbar, relucían como savia iluminada por el sol.

¿Estaría enfadado por que hubieran seguido su rastro?

No lo parecía.

Ni siquiera parecía sorprendido. Se limitó a parpadear con calma e inclinar la cabeza a modo de saludo.

—Imaginaba que vendrías. —Su voz era sonora y sedosa como la miel de temporada; estaba mirando a Glayino—. Sabía que sentirías curiosidad después de que el sol se oscureciera.

El aprendiz de curandero se adelantó.

—¿Cómo sabías lo que iba a suceder?

Solo agitó los bigotes.

—¿Te ha asustado?

—¡Por supuesto!

—¿Incluso a pesar de que yo te había dicho que sucedería?

Su mirada era resuelta, y tan intensa que Carrasquera se encontró con que su propia visión se tornaba vidriosa, hasta que el bosque se difuminó a su alrededor y ya únicamente pudo ver los ojos del solitario.

La joven pestañeó, estremeciéndose. Solo estaba cansada, nada más.

Glayino levantó la barbilla, desafiante.

—¿Por eso viniste al Clan del Trueno? ¿Para avisarnos?

Solo sacudió la punta de la cola.

—No es cosa mía ir dando avisos.

Caminó hasta la descuidada hierba que crecía junto al sendero de guijarros, y aplastó una zona antes de sentarse. Luego deslizó su espesa cola marrón y blanca sobre la hierba y la dejó descansar delante de él.

—Venid —les ordenó ladeando la cabeza, para indicarles que se sentaran también—. Si vamos a charlar, deberíamos ponernos cómodos.

Glayino se acercó tanteando la hierba. Carrasquera lo siguió, algo cohibida. El gato estaba observándolos fijamente. La hierba era larga pero blanda, así que la joven la aplastó un poco, como había hecho el forastero.

Leonino se quedó en el umbral de la vivienda, con el pelo erizado.

—Ven —lo llamó Carrasquera, preparándole un sitio a su lado con la cola.

Su hermano se sentó junto a ella, sin despegar los ojos del desconocido.

—Parece que vuestro hermano no se fía de mí —comentó Solo.

—No eres un gato de clan —le respondió Leonino.

El forastero parpadeó.

—¿Tú te fías de todos los gatos de clan?

—¡Por supuesto que no! Pero puedo imaginarme qué están pensando.

—No olvides que sois vosotros quienes habéis venido a buscarme —lo reprendió Solo—. ¿Es justo molestarme para luego reprocharme que no puedes leerme el pensamiento?

Leonino entornó los ojos.

—Supongo que no.

Carrasquera notó que Glayino estaba inquieto, porque no paraba de deslizar las zarpas delanteras sobre la hierba.

Solo también debió de notarlo.

—Quieres preguntarme algo, ¿verdad?

—¿Qué sabes sobre la profecía? —le preguntó Glayino de golpe.

Carrasquera puso unos ojos como platos. Nadie conocía la profecía, excepto Estrella de Fuego… Y ni él sabía que ellos la conocían. Leonino agitó las orejas. ¿Por qué Glayino estaba compartiendo su mayor secreto con un completo desconocido?

Aunque aquel completo desconocido sabía que el sol iba a desaparecer…

El gato sacudió la punta de la cola.

—Os atañe a vosotros tres, ¿me equivoco?

Glayino asintió.

—«Habrá tres, sangre de tu sangre, que tendrán el poder de las estrellas en sus manos».

—Y vosotros compartís esa sangre —murmuró Solo, inclinando la cabeza para mostrar respeto.

Glayino estaba temblando como un cachorrito emocionado. Carrasquera lo miró sorprendida. Su hermano creía de verdad que aquel gato tenía las respuestas que el Clan Estelar no le daba. O que no podía darle. Un escalofrío recorrió el lomo de la joven. Quizá la profecía estuviera más allá de cualquier cosa que pudiera predecir el Clan Estelar.

Sintió náuseas y rechazó esa idea al tiempo que se le aceleraba el corazón. ¡No había nada más allá del Clan Estelar! ¡Nada más allá del código guerrero!

Solo interrumpió sus pensamientos.

—La profecía conlleva una responsabilidad demasiado grande como para que carguen con ella tres gatos tan jóvenes. —Sus ojos ámbar se dilataron, comprensivos.

Glayino arañó la hierba.

—Yo puedo pasearme por los sueños de otros gatos, y por sus recuerdos.

Pero Solo prestaba atención a Leonino.

—¿Y tú? Veo que algo te devora por dentro.

Al guerrero le tembló la cola.

La voz de Solo se suavizó.

—¿Es algo que quizá te asusta un poco?

—Puedo combatir sin resultar herido —confesó el aprendiz, sonando casi infantil.

Carrasquera se miró las patas. ¿Cuál era su poder especial? Sabía que estaba ahí, lo notaba en su interior. Pero lo único de lo que estaba segura —tan segura como si una espina se le clavara en el costado— era de la necesidad que sentía de defender el código guerrero, la absoluta fe que tenía en que eso era vital para la existencia del clan.

¿Podría entender algo así un solitario como él? ¿Cómo iba a apreciar la importancia de algo que mantenía unidos a los cuatro clanes? Lo miró, esperando ver sus ojos ámbar posados en ella, pero el gato había vuelto a ladear la cabeza y tenía los ojos cerrados.

—Por supuesto, debéis alimentar esos poderes —maulló sin darle demasiada importancia, como si ese fuera un asunto menor para él—. Escuchad vuestras voces interiores, prestad atención a vuestro instinto, que, en cualquier otro gato, serviría solo para ayudarlo a encontrar comida o refugio. ¿Quién puede saber si, en vuestro caso, esos instintos no os ayudarán a lograr más cosas?

Glayino se espantó un mosquito de la nariz.

—¿La desaparición del sol tiene algo que ver con nosotros?

Carrasquera parpadeó. No se le había ocurrido que la profecía y la aterradora desaparición del sol pudieran estar relacionadas. Se inclinó hacia delante, con un hormigueo en las zarpas.

—Tal vez —respondió Solo, deslizando la cola por la hierba.

Carrasquera notó que Leonino se ponía tenso a su lado.

—¿Por qué? —quiso saber el aprendiz.

—Quizá vosotros seáis como la sombra que tapa el sol, y algún día cubráis las estrellas del cielo, de modo que los gatos os verán a vosotros en lugar de al Clan Estelar.

—¿Significa eso que estaremos muertos? —preguntó Carrasquera, alarmada.

Solo negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. Significa que seréis más poderosos que vuestros antepasados guerreros. La luz regresará, al igual que ha regresado el sol, pero será vuestra luz y seréis vosotros quienes la controlaréis.

«¿Nuestra luz?». Glayino parecía un ratón atemorizado. Tenía la cola completamente erguida.

—P… pero si controlamos la luz… —Carrasquera buscó las palabras adecuadas para describir el miedo que iba creciendo dentro de ella.

Ahora nada tenía sentido. Todo acababa de desmoronarse.

—Si controlamos la luz… —repitió.

El forastero se inclinó hacia delante, como deseando oír a la joven.

—¿Qué pasa con el código guerrero? —terminó ella por fin—. ¿Cómo encajará en todo esto?

—Como vosotros deseéis —maulló Solo despreocupadamente—. Tendréis el poder de destruir el código o de preservarlo. Será decisión vuestra.

«¿Destruir el código?». Carrasquera sintió que le daba vueltas la cabeza.

—No podemos ser más poderosos que el código —susurró.

Glayino se colocó delante de su hermana y miró al gato.

—Solo, debes volver con nosotros —maulló con voz apremiante—. Necesitamos que seas nuestro mentor.

—¿Yo? —El gato hizo una pausa para enroscar con cuidado la cola alrededor de las patas—. No, no me necesitáis. La profecía cuidará de sí misma. —Lo dijo como si fuera lo más sencillo del mundo.

—Pero tú sabes muchísimo más que todos nosotros —insistió Glayino—. Sabías que el sol iba a desaparecer. Seguro que puedes ayudarnos.

—Es imposible que pueda vivir en vuestro territorio —señaló Solo—. Estrella de Fuego jamás lo permitiría.

Leonino dio un paso adelante. Sus ojos refulgían, y un murciélago empezó a revolotear sobre el grupo.

—Pero sí podrías vivir justo fuera —maulló—. Podríamos construirte una guarida, visitarte a diario y llevarte comida.

Carrasquera seguía nadando contra la marea de temor que la rodeaba. «¡Más poderosos que el código guerrero!». Glayino le dio un empujón.

—Tú quieres que Solo venga con nosotros, ¿verdad? —le preguntó a su hermana.

La joven se oyó a sí misma responder:

—¿N… no será difícil compaginarlo con nuestras tareas de aprendices?

Su sentido común le había devuelto la capacidad de hablar, aunque su mente continuaba tambaleándose. ¿Qué podría enseñarles aquel desconocido? Ya lo habían aprendido casi todo de sus mentores. Sin embargo, aún quedaba espacio para más, y si realmente estaban destinados a ser más poderosos que el código guerrero, iban a necesitar un guía mucho más experimentado.

—¡Por favor, ven con nosotros! —le suplicó Glayino.

El gato dirigió la vista hacia la vivienda de los Dos Patas, arrugando la nariz.

—De acuerdo.

Carrasquera se quedó mirándolo, sorprendida. ¿Por qué había cambiado de opinión tan deprisa?

—¿En serio? —le preguntó con voz estrangulada, sintiendo un gran alivio.

El forastero asintió.

—¿Cómo voy a darle la espalda a la profecía? Me habéis pedido ayuda para recorrer vuestro verdadero camino.

Glayino corrió hacia el sendero de piedra.

—¡Vámonos!

Leonino se puso en cabeza, y Solo siguió a los tres aprendices. Glayino iba detrás de su hermano como un cachorrito, intentando que apretara el paso. Estaba impaciente por recibir su primera lección de aquel solitario. Carrasquera estaba acostumbrada a ver a Glayino caminando de mala gana por el campamento mientras realizaba sus tareas. Ahora, sin embargo, parecía tan entusiasmado que se preguntó por qué ella solo sentía temor.

Aunque todo aquello era muy emocionante. El hecho de que llegara a ser más poderosa que el código guerrero no significaba que tuviese que

destruirlo. Tendría el poder de conservarlo para siempre. Eso había dicho Solo. Y era mucho más de lo que siempre había deseado: la capacidad de garantizar el futuro de los cuatro clanes durante todas las lunas venideras.

Volvieron sobre sus pasos hasta la frontera del Clan de la Sombra, y luego siguieron las marcas olorosas hacia su propio territorio. Era tarde, el sol empezaba a ocultarse tras los árboles, y Leonino aumentó el ritmo, ansioso por dejar instalado a Solo y regresar al campamento. ¿Los habrían echado de menos? ¿Cómo iban a explicar su ausencia?

Carrasquera pegó un salto al oír un susurro entre los arbustos del otro lado de la frontera.

Glayino se detuvo, tirando de la cola de Leonino.

—¡Chist!

Los gatos se agacharon, tratando de esconderse, pero era demasiado tarde.

—En el nombre del Clan Estelar, ¿qué estáis haciendo aquí?

Los ojos de Bermeja llamearon entre las sombras, desorbitados de asombro.

—No te preocupes —le susurró Carrasquera a Solo—. El Clan de la Sombra ha sido nuestro aliado en la batalla de hoy.

—¿Nos estáis espiando? —preguntó Bermeja con voz cortante—. ¿Os envía Estrella de Fuego?

Glayino se incorporó para enfrentarse a la lugarteniente del Clan de la Sombra desde el otro lado de la línea olorosa.

—¿Acaso crees que Estrella de Fuego me enviaría a mí a espiar? —Maulló burlón.

—Entonces, ¿qué estáis haciendo aquí? —quiso saber la guerrera.

Chamuscado salió de entre las sombras y se situó detrás de la gata. Miraba fijamente a Solo, observando su pelaje suave y sus zarpas romas.

—Parece que Estrella de Fuego ha adoptado a otro minino casero —declaró.

El forastero frunció el ceño.

—¿Minino casero?

—Se refiere a un gato nacido en una vivienda de los Dos Patas —le explicó Leonino, cuyos ojos brillaron cuando volvió a mirar a Chamuscado —. Solo no es un minino casero.

—Entonces es un solitario —gruñó el guerrero del Clan de la Sombra—. Y no es mejor recibido en un clan que un minino casero.

Una atigrada de pelo largo y desaliñado se colocó junto a sus compañeros.

—Pero es que el Clan del Trueno recibe a cualquiera con los brazos abiertos, ¿verdad? —se mofó.

Leonino desenvainó las garras.

Bermeja se puso tensa.

—¡Cierra el pico, Pelosa! —bufó—. No quiero más peleas hoy.

Carrasquera notó el miedo en su voz y se dio cuenta de lo desastrada que iba la lugarteniente. Tenía sangre seca en la punta de la oreja, y los ojos de Chamuscado estaban vidriosos de cansancio. La batalla también había causado estragos en el Clan de la Sombra. La joven distinguió a Rapacero detrás de sus compañeros de clan. El aprendiz estaba mirando temerosamente al sol, que ahora era una bola ardiente tras las copas de los árboles. ¿Tenía miedo de que el Clan Estelar volviera a taparlo si empezaban a pelearse?

—No nos atacarán —le susurró Carrasquera a Leonino, apuntando al sol con la nariz.

Su hermano pareció comprenderlo.

—Vamos —le dijo a Solo, al tiempo que hacía una señal a sus hermanos —. Volvamos a casa.

—¡Esperad! —les ordenó Bermeja.

Carrasquera se quedó paralizada. Al parecer, no iban a marcharse tan fácilmente…

—Vais a venir a explicarle a Estrella Negra qué estáis haciendo en nuestra frontera.

—¡Si ni siquiera hemos traspasado la línea olorosa! —se quejó Glayino.

—Estáis lo bastante cerca.

Bermeja hizo una señal con la cola, y su patrulla cruzó la frontera a la carrera para rodear a los gatos del Clan del Trueno.

Leonino arqueó el lomo, bufando, y Carrasquera desenvainó las garras, pero Solo se limitó a observar a los gatos del Clan de la Sombra. Su tranquila mirada pareció amilanarlos, porque empezaron a retroceder.

—¿Qué clase de solitario eres tú? —le soltó Bermeja, con el pelo erizado —. ¿No sabes que somos guerreros?

—Sí, lo sé —respondió él, sin dejar de mirarlos—. Estrella Negra es vuestro líder, ¿verdad?

Bermeja pegó las orejas a la cabeza.

—Sí —respondió con desconfianza.

—Me interesaría conocerlo.

A Carrasquera se le cayó el alma a los pies. ¡No había tiempo de ir al campamento del Clan de la Sombra! Seguro que Estrella de Fuego estaba a

punto de descubrir que habían salido.

Glayino puso rumbo a la frontera del clan vecino.

—Nosotros también podríamos ir —maulló—. Pensad en lo que Solo puede aprender de otro clan.

«¡Podría enseñarnos secretos del Clan de la Sombra!», se dijo Carrasquera. Tal vez no fuera tan mala idea, después de todo. Y comparado con lo que podían aprender sobre el otro clan, la furia de Estrella de Fuego no parecía tan importante. La joven siguió a su hermano, disfrutando con el desconcierto de sus captores. Guio a Glayino a través del desconocido bosque, pegándose a él para que no se saliera de la senda desdibujada. Leonino iba unos pasos por delante, avisándolos cada vez que había una ramita o una madriguera en la que pudieran tropezar. Solo caminaba junto a ellos, contemplando con satisfacción el bosque que los rodeaba.

Bermeja no le quitaba ojo al forastero. ¿Se arrepentía de estar llevándolo al corazón de su territorio?

Un poco más adelante, Carrasquera comenzó a reconocer el paisaje. Una cuesta guiaba a un pequeño risco. Ella había seguido aquella ruta cuando había ido a pedirle ayuda a Estrella Negra. Unos pasos más entre los árboles, y vio el gran muro de zarzas del campamento del Clan de la Sombra.

Serbal estaba montando guardia en la entrada; su pelaje rojizo era la única nota de color en el bosque, cada vez más oscuro. Miró sorprendido a la patrulla, pero Bermeja, junto con sus prisioneros, pasó ante él sin decirle nada.

Yedra y Sapero se levantaron de un brinco cuando los gatos del Clan del Trueno entraron en el campamento. Entre los dos guerreros había un ratón a medio comer. Crótalo y Carboncillo se quedaron plantados en mitad del claro, mirando a Solo con auténtico pasmo.

—¿Quién es ese? —murmuró Carboncillo.

Crótalo saboreó el aire.

—No es un gato de clan, eso seguro.

—¿Dónde está todo el mundo? —le susurró Leonino a Carrasquera al oído.

Su hermana observó que el campamento se encontraba extrañamente vacío.

—Deben de estar descansando tras la batalla —supuso.

—Esperad aquí —les ordenó Bermeja, antes de desaparecer en la guarida de Estrella Negra.

Las zarzas susurraron al otro lado del claro. Carrasquera reconoció la entrada de la maternidad, donde Aguzanieves había reunido a los hijos de Trigueña cuando esta se había marchado a la batalla con ella. Por allí estaban saliendo precipitadamente Rosillo, Canelilla y Pequeño Tigre, con los ojos centelleantes de emoción.

—¡Carrasquera! —Rosillo fue el primero en llegar junto a la aprendiza, y empezó a saltar para agarrarle la cola.

La joven se volvió en redondo y lo saludó dándole un manotazo cariñoso en la oreja.

Pequeño Tigre brincaba alrededor de Leonino.

—¿He crecido? —quiso saber el cachorro, estirándose para parecer más alto.

Canelilla saltó sobre su hermano y lo derribó.

—¡Con todo lo que comes no me extrañaría! —dijo, y empezó a aporrearle el lomo con las patas traseras.

En ese instante se dio cuenta de la presencia de Solo y se detuvo bruscamente. Se puso en pie y lo miró con atención.

—¿Quién es? —preguntó.

Pequeño Tigre siguió la mirada de su hermana.

—¿Qué está haciendo aquí? —El cachorro se volvió hacia Carrasquera frunciendo el ceño—. ¿Por qué habéis venido?

¿Le preocupaba que hubieran ido a llevarse de nuevo a su madre?

Rosillo estaba dando vueltas alrededor de Glayino.

—¿Y quién eres tú?

—Es Glayino, nuestro hermano —le respondió Leonino.

El aprendiz de curandero miraba ciegamente hacia delante mientras el cachorro corría a su alrededor.

—¿Por qué no me mira? —preguntó Rosillo.

Glayino se agachó de pronto.

—¿Quieres que te mire?

Su hocico estaba a apenas un bigote de los ojos de Rosillo, que pegó un salto hacia atrás, sorprendido.

—¡Sus ojos no me miran!

Carrasquera observó nerviosa a Glayino.

—Soy ciego —le explicó el aprendiz de curandero mostrándose más amable ahora.

Rosillo se le acercó otra vez.

—Entonces, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Andando.

—¿Sin chocar contra nada? —Pequeño Tigre parecía impresionado.

—Espero que no estéis siendo groseros —maulló Trigueña muy seria desde dentro de la maternidad.

La gata salió bostezando y con el pelo alborotado. Parpadeó sorprendida al ver a Carrasquera.

—¡Has vuelto! —Luego reparó en Glayino y Leonino, y finalmente en Solo—. En el nombre del Clan Estelar, ¿qué estáis haciendo aquí?

Empujó a sus hijos hacia la guarida.

—¿Y quién es ese? —preguntó.

Pequeño Tigre intentó escapar, pero su madre lo detuvo con un movimiento experto de la cola y lo mandó de nuevo a la maternidad.

—Adentro —les ordenó a los tres cachorros—. Podéis salir a despedirlos cuando se marchen.

—Pero… —empezó a protestar Canelilla.

—Pero nada.

Trigueña les dio un empujoncito con delicadeza, y los tres desaparecieron entre las zarzas. Luego miró a Solo con recelo.

—¿Quién eres?

—He venido a conocer a Estrella Negra.

Justo en ese momento, Bermeja salió de la guarida del líder y se puso a un lado para dejarlo pasar. Estrella Negra no se había lavado su pelaje blanco y cruzó el claro arrastrando la cola, como si sus patas de color negro le pesaran demasiado.

—Bermeja me ha dicho que hay un forastero entre nosotros —gruñó, mirando a Carrasquera, Leonino y Glayino—. Dice que le estabais enseñando nuestra frontera.

—¡No le estábamos enseñando nada! —replicó Glayino acaloradamente —. Íbamos camino de casa.

—Entonces, ¿por qué estabais allí? —Estrella Negra se sentó sin dejar de mirarlos.

Sus ojos estaban extrañamente apagados para ser el líder de un clan que acababa de participar en una cruenta batalla.

Carrasquera dio un paso adelante.

—Habíamos ido en busca de Solo.

Estrella Negra miró al desconocido por primera vez.

—Y supongo que este es Solo.

—Así es —respondió el gato, inclinando la cabeza—. Para mí, es un honor conocer al líder del Clan de la Sombra.

—¿Sabías de la existencia del Clan de la Sombra?

Un destello de interés brilló en los ojos de Estrella Negra.

—He oído hablar mucho de vosotros.

El líder ladeó la cabeza.

—¿De boca de estos intrusos?

—¡No hemos traspasado vuestra frontera! —Gruñó Glayino, que se volvió hacia Bermeja, como retándola a negarlo.

Leonino se arrimó a su hermano.

—Estábamos buscando a Solo.

—Eso decís. Pero ¿por qué? No es más que un solitario, ¿no?

—Soy un viajero —lo corrigió Solo.

Estrella Negra parpadeó.

—¿Y por qué estos tres aprendices iban a estar interesados en un… «viajero»?

Glayino sacudió la cola.

—¡Porque nos había dicho que el sol iba a desaparecer, y así pasó!

A Bermeja se le erizó el pelo. Tras ella, a Yedra y Sapero se les salieron los ojos de las órbitas.

—¿Tú sabías que iba a suceder? —le preguntó Trigueña a Solo.

Él se limitó a asentir.

—Vi que una gran oscuridad iba a descender sobre los clanes.

—¿Te lo contó el Clan Estelar? —quiso saber Cirro, el curandero del Clan de la Sombra, que había salido de su guarida y estaba mirándolo fijamente.

Solo se volvió hacia el curandero.

—La gran oscuridad no ha tenido nada que ver con el Clan Estelar.

El silencio atenazó el campamento, mientras el sol poniente convertía las zarzas en ámbar líquido.

—Entonces, ¿quién ha hecho desaparecer al sol? —Gruñó Estrella Negra.

El forastero cruzó el claro y se volvió, de modo que su cola dibujó la forma de un arco iris en el suelo cubierto de pinaza.

—Fue una señal.

Levantó la barbilla, y las manchas oscuras de su pelaje relucieron bajo los últimos rayos de sol. Los duros y fibrosos músculos de sus bíceps se ondularon bajo su espeso pelo.

—La señal de un cambio que vendrá, tanto si lo queréis como si no —añadió.

«¿Y nosotros somos parte de ese cambio?», pensó Carrasquera, que le lanzó una mirada a Leonino con el estómago revuelto por la ansiedad. Su hermano le hizo un pequeño gesto con la cabeza, que ella entendió: «No digas nada sobre la profecía».

Los ojos de Estrella Negra brillaron, y el líder del Clan de la Sombra se incorporó y se acercó al forastero.

—¿Qué clase de cambio?

—¿Tú deseas un cambio? —le preguntó Solo a su vez, casi en un susurro.

Estrella Negra se le acercó más.

—No estoy seguro de que los clanes deban vivir aquí —confesó.

Carrasquera se preguntó si el líder del Clan de la Sombra se había olvidado de dónde estaba. ¿Hacía bien compartiendo sus temores tan abiertamente?

Pero ahora los ojos de Estrella Negra rebosaban esperanza y se clavaban en Solo como si el líder del clan por fin hubiera encontrado a alguien que lo entendiera.

—¿El Clan Estelar podría haberse equivocado al decirnos que nos instaláramos junto al lago? —quiso saber el líder.

Chamuscado lanzó una mirada atónita a Yedra, que se encogió de hombros. Cirro estaba inclinado hacia delante, como si le costara oír… o como si le costara creer lo que estaba oyendo.

Aunque quizá tan solo estuviera esperando la respuesta del forastero.

A Carrasquera se le aceleró el corazón. ¿Acaso el Clan de la Sombra estaba a punto de rechazar al Clan Estelar? ¿Y el código guerrero?

—El cambio no es necesariamente malo —murmuró Solo.

«¡Sí que lo es!», protestó Carrasquera para sus adentros, clavando las uñas en el suelo, desesperada por aferrarse a algo sólido.

—Sobre todo si nos anticipamos a lo que viene y nos preparamos para ello —continuó Solo con voz melódica y suave, pero lo bastante alta para que llegara a todos los rincones del claro.

Estrella Negra asentía.

—En esta vida, hay más de un camino por recorrer —dijo el forastero.

—Tiene que haber uno más fácil que este —coincidió el líder—. Aquí, la vida es muy dura. En la estación sin hojas pasamos hambre, y en la de la hoja verde los Dos Patas nos expulsan lejos de nuestros terrenos de caza.

Mientras Estrella Negra hablaba, Solo cerró los ojos como si estuviese representándose la vida del Clan de la Sombra en su nuevo hogar del lago.

—Soportamos una batalla tras otra. Incluso el trayecto hasta la Laguna Lunar es más largo y duro que en nuestro antiguo bosque.

—Estás muy preocupado —le dijo Solo, compasivo, todavía con los ojos cerrados.

—Mis problemas son interminables.

Trigueña se adelantó.

—Está anocheciendo —maulló de pronto—. Los aprendices del Clan del Trueno deberían regresar a su casa. —Y le lanzó una mirada cómplice a Carrasquera—. Sus compañeros de clan estarán preguntándose dónde se han metido.

«Ha adivinado que no deberíamos estar fuera del campamento. Y tampoco quiere que oigamos lo que está diciendo Estrella Negra». Carrasquera se miró las patas, sintiéndose avergonzada y culpable.

El líder del Clan de la Sombra se volvió hacia los demás y se sorprendió al descubrir que seguían allí.

—Por supuesto. —Les hizo una señal con la cola a Yedra y Chamuscado —. Acompañadlos hasta la frontera.

Leonino ladeó la cabeza.

—¿Y qué pasa con Solo?

—Debo quedarme aquí —respondió el forastero, con voz amable pero firme, antes de mirar al líder del Clan de la Sombra—. Es decir, si Estrella Negra me acepta.

El líder no lo dudó.

—¡Por supuesto!

Carrasquera lo miró boquiabierta.

—Pero ¡si ibas a venir con nosotros!

Tenían mucho que aprender de él. Solo iba a ser su mentor, no el de Estrella Negra. ¿Por qué un líder de clan necesitaba un mentor? Se sintió indignada. ¡Solo conocía la profecía! ¡Les había prometido que iría con ellos!

Glayino dio un paso adelante.

—Nos has prometido…

—Vámonos —lo interrumpió Leonino—, antes de que nos metamos en más problemas —le susurró al oído.

Trigueña llamó a sus cachorros, y los pequeños salieron disparados de la maternidad.

—Os había dicho que podríais despedirlos.

Canelilla levantó el hocico hacia Carrasquera y ronroneó cuando la joven le restregó la mejilla contra la cabeza.

—Adiós.

Pequeño Tigre arqueó el lomo y corrió hacia Leonino.

—¡La próxima vez que nos veamos seré más grande todavía!

Rosillo se acercó a Glayino con cierta cautela.

—Adiós.

Yedra pasó por delante de los aprendices del Clan del Trueno apartando a los cachorros.

—Id a jugar con vuestros compañeros de clan —gruñó.

Mientras seguía a la guerrera a través del túnel, Carrasquera miró por encima del hombro hacia el claro. Estrella Negra y Solo estaban sentados con las cabezas muy juntas, hablando tan bajito que no pudo oírlos.

21

—¡Esperad! —Glayino sorprendió a sus hermanos al volverse de repente delante de ellos cuando comenzaban a bajar hacia la barrera de espinos—. No podemos contarle a nadie lo que ha sucedido ni dónde hemos estado.

—Por supuesto que no —coincidió Leonino.

—Ni sobre Solo ni sobre nuestro paso por el campamento del Clan de la Sombra. ¡Nada en absoluto!

—Yo no iba a contar nada —maulló Carrasquera.

Glayino percibió que su hermana estaba desconcertada y dolida, no con él directamente, sino con Solo. El forastero los había abandonado.

Él también estaba confundido por el cambio de parecer del gato, pero se negaba a permitir que su comportamiento cambiara lo que pensaba. Estrella Negra no era más poderoso que el Clan Estelar, pero ellos sí.

El crepúsculo se posaba sobre el campamento cuando atravesaron el túnel, y Glayino se sintió aliviado al descubrir que el clan acababa de empezar a ponerse en movimiento. Zarzoso y Látigo Gris estaban saliendo de la guarida de los guerreros. Los cachorros maullaban dentro de la maternidad, y Raposino y Albina rebuscaban entre los escasos restos del montón de la carne fresca.

—¿Dónde habéis estado? —les preguntó Raposino.

—Fuera —contestó Leonino.

—¿Habéis cazado algo?

—Me temo que no —se disculpó Glayino, oyendo cómo le rugían las tripas al joven aprendiz.

Látigo Gris se les acercó bostezando.

—¿Habéis estado mucho tiempo por ahí? —les preguntó a los hermanos, todavía con cara de sueño.

—No —mintió Glayino, esperando que nadie notara que no habían estado durmiendo en sus guaridas.

—¿Algún rastro de presas en el bosque? —quiso saber Zarzoso.

Glayino se encogió de hombros. Había estado demasiado absorto en sus pensamientos como para fijarse en eso.

—¡Leonino! —Cenizo estaba desperezándose delante de la guarida de los guerreros—. Deberíamos salir a cazar para el clan, ¿no crees? Carrasquera, ¿por qué no vas a despertar a Fronde Dorado? Podríais venir con nosotros.

Glayino notó que a Carrasquera se le caía el alma a los pies. Se sintió mal por sus hermanos. Habían conseguido escabullirse del campamento sin que nadie lo advirtiera, pero por lo visto iban a recibir un castigo igualmente.

—Pronto estaréis en vuestros lechos —les dijo en voz baja.

—Pero no tan pronto como esperaba —respondió Carrasquera en un susurro.

Glayino se fue a la guarida de la curandera sintiendo una punzada de culpabilidad. Al fin y al cabo, era él quien los había empujado a salir del campamento. Cruzó la cortina de zarzas, aspirando los reconfortantes aromas del hogar: el olor de Hojarasca Acuática, las hierbas, la roca húmeda por la que goteaba el agua hasta formar un charco… Zancudo estaba roncando en el lecho que hasta hacía poco había ocupado Carboncilla, y el joven aprendiz también captó otro olor procedente del fondo de la guarida.

—¿Glayino? ¿Eres tú?

—¿Esquiruela?

—La hemos trasladado aquí dentro. —Hojarasca Acuática estaba junto al charco—. Hacía demasiado fresco para dejarla fuera toda la noche.

El joven se puso tenso.

—¿Y qué pasa con su herida?

—La hemos movido muy despacio —lo tranquilizó la curandera—. Ha sangrado un poquito, pero le he tratado la hemorragia en cuanto la he acomodado aquí.

—¿Has comido, Glayino? —le preguntó Esquiruela, moviéndose en su lecho.

—Todavía no.

Estaba muerto de hambre.

—Pues asegúrate de comer —le ordenó su madre con voz algo más firme.

Hojarasca Acuática barrió el suelo con la cola.

—Sé cuidar de mi aprendiz.

A Glayino le sorprendió el tono cortante de su mentora. Nunca tenía mal genio con sus pacientes, pero en ese momento estaba demasiado cansado y hambriento para averiguar qué le pasaba a Hojarasca Acuática. Su madre parecía más despierta, y eso era lo único que le importaba en ese instante.

Se dirigió al montón de la carne fresca y se comió un gorrión reseco, tosiendo cuando las plumas se le atascaron en la garganta. Tras engullir el último bocado, regresó a la guarida de la curandera. Se acercó al lecho de su madre para hundir el hocico en su pelaje.

—Te veré más tarde. Si necesitas algo, estoy aquí mismo.

La guerrera se agitó, somnolienta.

—Vale, Glayino.

El joven se metió en su lecho y cerró los ojos.

—¡Glayino!

Un maullido áspero lo despertó.

Las ramas se entrecruzaban en lo alto, con un fulgor plateado provocado por la luz de las estrellas. «Los terrenos de caza del Clan Estelar», pensó. Se puso en pie, notando en las almohadillas la caricia de la hierba blanda bañada por la luna.

—Has estado buscando respuestas otra vez, ¿verdad? —Fauces Amarillas estaba sentada a su lado, con un brillo acusador en los ojos.

Glayino se desperezó bostezando.

—No sería buen curandero si no lo hiciera.

La gata le dio un manotazo en la oreja.

—¡Ay! —exclamó él.

—¡Sigo siendo tu veterana! —Fauces Amarillas lo fulminó con la mirada —. Y estoy intentando enseñarte algo importante.

Glayino se frotó la oreja, indignado.

—¿Qué?

—¡Ten paciencia! —Se sacudió su pelaje despeinado—. Las respuestas te llegarán a su debido tiempo.

—¿Por qué no puedo saber lo que está sucediendo? —El joven clavó las uñas en la hierba—. ¡No es justo que ni siquiera pueda ser curioso!

—La curiosidad hay que moderarla con paciencia —insistió Fauces Amarillas—. El conocimiento acaba desperdiciándose si no lo usan aquellos con la sabiduría necesaria para hacerlo. Y la sabiduría solo se adquiere con el tiempo.

El aprendiz se sintió frustrado. «Las mismas excusas de siempre. Te crees que lo sabes todo, pero algún día yo seré más poderoso que tú». Se quedó mirando a la maltrecha gata, listo para pronunciar esas palabras. Pero ella le sostuvo la mirada con la cabeza bien alta, con actitud determinada. Y Glayino dejó que se le alisara el pelo. No era el momento de contarle lo de la profecía.

La vieja curandera se le acercó un poco más, y él tuvo que hacer un esfuerzo para no apartarse y esquivar su aliento apestoso.

—Sirve a tu clan —susurró ella—. Confía en el Clan Estelar, y todo te será revelado en su momento.

El joven levantó la vista. El claro estaba abarrotado de gatos, y sus pelajes centelleaban a la luz de las estrellas.

—Escucha a Fauces Amarillas —lo instó Estrella Azul.

Tormenta Blanca estaba observándolo con un fulgor cálido en los ojos.

—Te está diciendo la verdad…

—Todo te será revelado en su momento —añadió Corazón de León, moviendo su espesa cola.

—Te estamos observando —le recordó Fauces Amarillas.

Glayino soltó un discreto resoplido. ¿Qué era el pelaje estrellado sino un simple efecto de la luz? Los miembros del Clan Estelar no eran más que un puñado de gatos muertos. Él estaba vivo. Igual que Leonino y Carrasquera. Igual que Solo. ¿Eso no los hacía ya más fuertes que el Clan Estelar?

Fauces Amarillas se inclinó hacia delante y le lanzó un bufido. Era como si estuviera leyéndole el pensamiento.

—¡Tú no sabes lo que es mejor para tu clan, Glayino! ¡Acuérdate de eso!

22

El sol despertó a Leonino. El joven aprendiz abrió los ojos bizqueando, notando la piel caliente por los rayos que se colaban a través del techo de la guarida. Compuso una mueca ante la mucha luz que entraba por el pequeño túnel, y rodó en su lecho. Tenía los músculos agarrotados. Cenizo lo había tenido cazando hasta el anochecer, y cuando por fin llegó al campamento, agotado por la batalla y la búsqueda de Solo, se había tirado en el lecho, demasiado cansado para hacer cualquier cosa que no fuera cerrar los ojos.

Carrasquera seguía durmiendo. La pobre iba dando tumbos de agotamiento cuando se acostó en la guarida de los aprendices.

Leonino se examinó la piel en busca de arañazos. El único rastro de la batalla era la sangre y el pelo que aún tenía entre las garras.

—¡Carrasquera!

Carboncilla estaba en la entrada de la guarida. Leonino se levantó con esfuerzo y salió.

—¿Qué ocurre? —susurró.

—Fronde Dorado quiere que Carrasquera me ayude a limpiar la maternidad.

—Déjala dormir.

El joven miró al mentor de su hermana, que estaba sentado junto a Cenizo, compartiendo una de las presas que habían cazado la noche anterior.

—Yo hablaré con él —añadió.

Cruzó el claro en busca del guerrero.

—Yo ayudaré a Carboncilla en la maternidad —le dijo.

Fronde Dorado levantó la vista hacia él y engulló un bocado.

—¿Carrasquera está bien?

—Solo está cansada por la batalla.

Leonino sintió que le ardía la piel. Nadie sabía que, después de eso, habían recorrido la mitad del territorio del Clan del Trueno, por no mencionar la visita que habían hecho al Clan de la Sombra.

—¿Hojarasca Acuática le ha examinado las heridas? —Los ojos de Fronde Dorado se ensombrecieron de inquietud.

—No tiene más que unos pocos arañazos. —El aprendiz buscó una excusa para explicar el cansancio de su hermana—. Pero no ha dormido bien porque estaba preocupada por Esquiruela.

Fronde Dorado asintió.

—De acuerdo. Déjala dormir. Al menos de momento. Tú puedes ayudar a Carboncilla en su lugar.

Cenizo sacudió la cola.

—Pero no te entretengas demasiado. Vamos a salir en la siguiente patrulla fronteriza.

—Vale.

Leonino corrió junto a Carboncilla.

—Tú vete a por musgo fresco. Yo empezaré a sacar el musgo usado. —Miró la pata herida de la aprendiza—. ¿Podrás arreglártelas sola?

Ella puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que sí. —Se dirigió hacia la salida del campamento mascullando para sí misma—: Ojalá todo el mundo dejara de tratarme como a una gata con tres patas.

Raposino estaba delante de la guarida de los aprendices, enseñándole a Albina un movimiento de combate. Rodó de espaldas y pateó el aire con las patas traseras.

—Entonces un guerrero del Clan del Río intentó saltar encima de mí, pero yo me escabullí rodando por el suelo. —Se levantó de un brinco—. Y le di una buena dentellada en una pata. Seguro que todavía le duele.

Albina parecía impresionada.

—Ojalá hubiera participado en la batalla.

—Alguien tenía que cuidar del campamento —le dijo él, bondadoso.

Leonino entró en la maternidad, colándose entre las zarzas que le tiraban del pelo.

Dalia levantó la vista, y el aprendiz vio un destello de preocupación en sus ojos.

—Ah, eres tú… —Maulló con alivio al reconocerlo.

Tordillo y Rosina corrieron hacia él.

—¿Nos enseñarás algunos movimientos de combate? —le suplicó Tordillo.

Rosina sacudió las patas, como si estuviera repeliendo a un enemigo.

—Necesitamos estar preparados por si el Clan del Viento nos invade otra vez.

A Dalia se le erizó el pelo de golpe.

—Eso no pasará, ¿verdad? No después de que el sol desapareciese de esa forma.

—Lo dudo mucho —dijo Mili, que estaba tumbada de costado, amamantando a sus cachorros.

Un pequeño acceso de tos sacudió su cuerpo, espantando a los pequeños. Gabardilla maulló enfadada y regresó a por más leche. Pequeño Abejorro se sentó bostezando, sin abrir apenas los ojos, mientras Floreta se acurrucaba entre el musgo y se quedaba dormida.

—Deberías ir a ver a Hojarasca Acuática —le aconsejó Dalia—. Has estado tosiendo toda la noche.

—Hay algo que me irrita la garganta. Solo es eso —repuso Mili—. Probablemente me haya tragado una pluma.

Dalia se inclinó hacia delante para olfatearle el hocico.

—Parece que tienes algo de fiebre.

—Iré a avisar a Hojarasca Acuática en cuanto limpie vuestros lechos —se ofreció Leonino.

Tordillo se mostró alicaído.

—Pensaba que ibas a enseñarnos movimientos de combate.

—Lo lamento, Tordillo. Tengo que salir en una patrulla en cuanto termine aquí.

—No es justo —se quejó Rosina—. Tú haces todas las cosas divertidas mientras nosotros estamos aquí metidos.

Leonino suspiró. Limpiar guaridas y patrullar fronteras no tenía nada de divertido. Deseó estar de nuevo en la batalla, luchando por su clan con el poder de las estrellas latiendo en sus zarpas.

—¿Por qué no le pides a Raposino que te enseñe? —Miró a Dalia—. Además, necesito limpiar vuestros lechos.

Dalia se levantó despacio. No parecía tener muchas ganas de salir de la maternidad.

—Supongo que nos vendrá bien un poco de aire fresco —dijo antes de lanzarle una mirada a Mili, que había empezado a toser de nuevo—. Pero tú deberías quedarte aquí.

Mili asintió.

—Estoy bastante cansada. —Y se ovilló en torno a sus cachorros, cerrando los ojos.

Cuando Dalia siguió a Tordillo y a Rosina fuera de la maternidad, Leonino empezó a examinar sus lechos, retirando los trozos de musgo secos o manchados. La respiración de Mili era áspera, y el aire que la rodeaba olía amargo.

Leonino formó una bola con el musgo desechado y la dejó fuera de la maternidad. Carboncilla estaba entrando por el túnel de espinos, con la boca llena de musgo fresco.

—Todavía no he arreglado el lecho de Mili —le dijo a la aprendiza—. Creo que está enferma.

Látigo Gris, que estaba tomando el sol debajo de la Cornisa Alta, se levantó de un salto.

—¿Qué le pasa?

—Tose mucho —le respondió Leonino—. Iba a ir a por Hojarasca Acuática…

Látigo Gris empezó a correr hacia la maternidad con la cola erizada.

—Date prisa —le ordenó al joven.

Leonino fue a la guarida de la curandera. Un intenso olor a hierbas se colaba a través de las zarzas. Una vez dentro, tuvo que acostumbrarse a la penumbra.

—¿Hola?

Hojarasca Acuática estaba al lado de Zancudo, con las patas untadas de un ungüento verde.

—¿Qué ocurre?

—Creo que Mili está enferma.

La curandera se limpió las patas frotándolas en el musgo del lecho de Zancudo.

—Luego te pondré un poco más —le prometió al guerrero.

—Me siento mucho mejor —la tranquilizó él.

—Bien. Aunque tienes que seguir acostado. Estás sanando deprisa, pero quiero estar segura de que te has recuperado por completo antes de enviarte de nuevo a la guarida de los guerreros. —Se volvió hacia Leonino—. ¿Los cachorros están bien?

—Parece que sí.

Hojarasca Acuática estaba lavándose las patas en el charco cuando Glayino entró en la guarida con un puñado de hojas en la boca.

—Ordénalas para ponerlas a secar —le dijo su mentora—. Tengo que ir a ver a Mili. —Y salió entre las zarzas.

Glayino comenzó a extender las hojas junto a una grieta que había en la pared de la cueva.

—¿Has dormido bien? —le susurró Leonino, preguntándose si el Clan Estelar le habría contado algo sobre la desaparición del sol.

—¿Quieres decir que si he soñado? —le soltó Glayino—. ¿Por qué no dices lo que piensas claramente?

Leonino pestañeó, sorprendido por el tono de su hermano.

—¿Se te ha enganchado un cardo en la cola, o qué?

—Lo siento. Es que he tenido una noche ajetreada.

Leonino miró hacia Esquiruela, que dormía en su lecho, al fondo de la guarida.

—¿Está mejor?

—Va mejorando. Pero tengo que cambiarle el vendaje a menudo para evitar que la herida se infecte.

—¿Quieres que vaya a por más telarañas?

—Carboncilla ha traído muchas esta mañana, gracias.

«Mientras yo estaba durmiendo», pensó Leonino con un hormigueo de culpabilidad. Debería estar haciendo más cosas para ayudar a su clan. Se acercó a su madre y la olfateó, reconfortado por su familiar aroma.

—¿Leonino? —Esquiruela abrió los ojos con un ronroneo—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió el joven.

—Estrella de Fuego dice que luchaste como un guerrero. —La gata levantó la cabeza para mirarlo con ojos soñolientos—. No pareces tener ni un rasguño.

Él se encogió de hombros.

—Supongo que tuve suerte, nada más. —Le rugió el estómago.

—Deberías comer algo —murmuró Esquiruela, volviendo a apoyar la cabeza.

—Lo haré.

Leonino le lamió la oreja cariñosamente mientras ella cerraba de nuevo los ojos.

Glayino seguía disponiendo las hojas que había recolectado.

¿Sería cierto que el Clan Estelar no había compartido nada con él? ¿O es que estaba guardándoselo para sí mismo, como siempre?

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

A lo mejor, si se comieran una pieza a medias, se le soltaba la lengua.

Su hermano ni siquiera levantó la vista.

—Ya he comido.

Lanzando un suspiro de resignación, Leonino salió de la guarida de la curandera.

Carrasquera estaba desperezándose delante de la guarida de los aprendices. Al ver a Leonino, agitó los bigotes y se dirigió hacia él.

—¿Por qué no me has despertado? —le preguntó.

—Parecías muy cansada.

—¡No más que tú!

El joven soltó un resoplido.

—¡Solo intentaba ayudar! —¿Por qué sus hermanos estaban tan picajosos con él?—. Si tan desesperada estás por limpiar la maternidad, adelante.

Y se dirigió dando grandes zancadas al montón de la carne fresca, donde escogió una musaraña de lo alto. Cuando se acomodó para comérsela, oyó a Manto Polvoroso.

—Llevaba lunas sin participar en una batalla como esa.

El atigrado marrón estaba sentado junto a la roca partida, con Cenizo y Rosella.

—Fue como en los viejos tiempos, en el bosque —coincidió Cenizo.

A Rosella se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Habíais luchado en batallas así?

—Y peores —contestó Manto Polvoroso—. ¿Recuerdas la que libramos contra el Clan de la Sangre, Cenizo?

El guerrero gris sacudió la cola.

—¡Aquello sí que fue una batalla!

—¿El sol también desapareció? —preguntó Rosella.

Manto Polvoroso suspiró.

—No.

—Pues yo espero que esta sea la peor que vea jamás —maulló la joven guerrera—. ¡Tuve que pelear contra dos guerreros a la vez! Lo habíamos ensayado en el entrenamiento, pero jamás imaginé que me vería obligada a ponerlo en práctica.

—Luchaste muy bien —ronroneó Cenizo.

—¡No tan bien como Leonino! —La joven gata resopló—. ¿Lo visteis? ¡Y no tiene ni un rasguño!

Cenizo dejó de ronronear.

—Está preparado para convertirse en guerrero.

Leonino levantó la vista de la musaraña que se estaba comiendo. Su mentor lo miraba directamente.

—Hay poco más que pueda enseñarle —añadió Cenizo, poniéndose en pie —. Leonino, ¿estás listo para salir a patrullar?

El joven engulló el último bocado y se incorporó.

—Sí.

Cenizo les hizo una seña a Acedera y Candeal, que estaban compartiendo lenguas delante de la guarida de los guerreros. Las dos se levantaron de un salto y lo siguieron por el túnel de espinos. Leonino corrió tras ellos.

El bosque se veía más luminoso ahora que las hojas estaban empezando a caer. La luz del sol se colaba entre las ramas y bañaba el suelo. Mientras avanzaban hacia la frontera del Clan del Viento, Leonino se quedó rezagado. ¿De verdad estaba listo para convertirse en guerrero? Desde que era un cachorro, había soñado con ser el guerrero más grande que el Clan del Trueno hubiera conocido jamás. Pero en aquel entonces no se trataba más que de un sueño. Ahora, en cambio, las batallas eran reales. Con un estremecimiento, recordó el pánico en los ojos de Zarpa Brecina y la sangre que había brotado del cuello de Corvino Plumoso. Él lo había herido, poseído por una fuerza que parecía incapaz de controlar… Quizá fuera precisamente eso lo que significaba ser guerrero. ¿Aprendería alguna vez a controlar el poder que sentía en las zarpas?

Leonino se estremeció cuando el bosque se oscureció de pronto. Las nubes habían tapado el sol. Oía a sus compañeros avanzando entre la vegetación, delante de él, pero justo en ese momento algo se movió en los helechos que tenía más cerca. Se detuvo. Una figura se onduló entre los árboles. Un pelaje atigrado oscuro.

«Estrella de Tigre».

El guerrero gruñó desde las sombras.

—Presencié la batalla. —Estrella de Tigre se abrió paso entre los arbustos y apareció delante de Leonino—. Peleaste bien. Honraste a nuestros antepasados. —Sus ojos refulgieron.

Leonino miró más allá del atigrado, buscando a Alcotán.

—He venido solo —maulló Estrella de Tigre—. Últimamente, no tengo mucha paciencia para aguantar las burlas de Alcotán. Está convencido de que crees de verdad en esa profecía. Pero yo sé que eres demasiado inteligente para creer en los sueños absurdos de Estrella de Fuego.

Leonino cambió de postura, incómodo ante la mirada imperturbable de Estrella de Tigre.

—¿Viste cómo desaparecía el sol?

—Parece que los clanes han disgustado al Clan Estelar —maulló el atigrado oscuro, agitando los bigotes—. Esos idiotas de ojos estrellados nunca han tenido arrojo para la batalla. Al contrario que tú.

—Cenizo dice que ya estoy preparado para convertirme en guerrero.

—¿En serio? —Estrella de Tigre dio vueltas a su alrededor—. ¿Crees que has aprendido todo lo que hay que aprender?

—He aprendido todo lo que Cenizo puede enseñarme.

—Aún tienes mucho que aprender de mí.

Leonino entornó los ojos. ¿De verdad Estrella de Tigre sabía todavía más? «¿Me guio él en la batalla?», se preguntó. ¿Era solo el entrenamiento de Estrella de Tigre lo que lo había ayudado a vencer a todos los enemigos y a terminar el combate sin una sola herida?

El atigrado se le acercó un poco más, y el joven notó en el hocico su aliento caliente.

—Tienes mucho que aprender de mí, ¿no?

El guerrero oscuro quería una respuesta.

—Supongo que aún puedes enseñarme más técnicas de combate, pero ¿de qué van a servirme, cuando ya he demostrado que puedo derrotar a cualquier gato? —replicó Leonino, levantando la barbilla.

Los ojos de Estrella de Tigre llamearon como el fuego.

—¡¿Acaso te crees invencible?! —Un gruñido profundo le subió por la garganta—. Alcotán tiene razón. Crees en esa profecía.

—¡Sí! —Leonino clavó las garras en el suelo—. Ya me has visto luchar. ¿Podrías haberlo hecho mejor y terminar ileso? —Sacudió la cola—. A ti te mataron en una batalla.

Dicho esto, dio media vuelta para marcharse. ¡No necesitaba los consejos de aquel gato muerto!

Un rugido atravesó el aire. Leonino se volvió en redondo, pero era demasiado tarde: Estrella de Tigre lo derribó, clavándole las garras en los hombros. El joven se debatió boca abajo, pero el atigrado lo mantuvo inmovilizado; sus enormes omoplatos temblaban por el esfuerzo.

—¡Crees que ya no me necesitas, ¿eh?! —le bufó Estrella de Tigre al oído —. ¡Eres un estúpido! Solo has tenido suerte, nada más. La profecía de Estrella de Fuego te está cegando. Eres como un cachorro que todavía cree en los cuentos de la maternidad. —Presionó el cuerpo de Leonino más fuerte todavía, aplastándole la cara contra las hojas—. Tú eres poderoso gracias a mí, y solo serás más poderoso aún aprendiendo lo que yo te enseñe.

Le propinó un último golpe antes de apartarse.

Leonino se puso en pie y se volvió hacia el atigrado, ardiendo de rabia. Pero Estrella de Tigre ya se estaba esfumando delante de él.

—Todavía no he terminado contigo —bufó antes de desaparecer por completo.

Leonino estaba tan furioso que le temblaba todo el cuerpo. ¿Por qué Estrella de Tigre estaba tan obsesionado con la profecía?

—¡Leonino! —Cenizo lo llamaba desde los arbustos.

El joven corrió hacia la patrulla, notando en los hombros el dolor que le habían provocado las garras de Estrella de Tigre. Miró hacia atrás. ¿El atigrado seguía observándolo? ¿Qué quería de él, si no ambicionaba el poder de las estrellas?

23

Carrasquera hizo una pausa mientras se aseaba.

—¿Vais a ir a la Asamblea?

Glayino oyó cómo su hermana se pasaba la áspera lengua por una pata delantera.

—Sí —le respondió, y rodó de costado, sintiéndose lleno.

—Yo también. —Leonino apartó los restos de la ardilla que estaban comiendo y se desperezó.

El montón de la carne fresca había sido reabastecido en los días siguientes a la batalla, y todos habían comido bien. Ahora, los tres hermanos estaban tumbados junto a la roca partida, disfrutando de los últimos rayos de sol.

Carrasquera bostezó.

—¿Creéis que los demás clanes aparecerán?

Nadie había percibido el menor rastro del Clan del Viento desde la batalla, pero la tensión seguía flotando en el ambiente, y las patrullas a lo largo de la frontera con el clan vecino eran continuas.

—Si no se presentan, es porque están asustados por haber disgustado al Clan Estelar —maulló Glayino.

Leonino arañó la roca partida.

—Yo espero que el Clan del Viento acuda.

—No te olvides de la tregua —le recordó Carrasquera.

—Como si pudiera hacerlo —replicó él—. Solo quiero que el Clan del Viento vea con sus propios ojos que somos igual de fuertes que siempre, y que estamos preparados para luchar de nuevo contra ellos si tenemos que hacerlo.

Los guerreros y los aprendices del Clan del Trueno estaban recuperándose a buen ritmo de sus heridas de combate. Incluso Zancudo había empezado a caminar alrededor del claro. Esquiruela seguía en su lecho de la guarida de la

curandera, aunque estaba harta de estar allí encerrada. Sin embargo, Hojarasca Acuática no le permitía moverse; temía que la herida se le reabriera antes de que hubiera sanado adecuadamente.

Glayino sospechaba que la herida de su madre era la razón por la que Hojarasca Acuática no iba a acompañarlo a la Asamblea. La curandera estaba convencida de que nadie más que ella conseguiría mantener a Esquiruela quieta en su lecho. Ni siquiera había acudido aún a la Laguna Lunar a compartir lenguas con el Clan Estelar.

—Si el Clan Estelar tiene algo que compartir conmigo, lo hará —le había dicho Hojarasca Acuática a Estrella de Fuego.

Glayino levantó la cabeza cuando Látigo Gris salió de la maternidad. El guerrero rebosaba preocupación, y se plantó ante la cortina de zarzas que cubrían la entrada de la guarida de la curandera.

—¡Hojarasca Acuática, Mili está tosiendo otra vez!

—Ya voy. —La gata salió corriendo, oliendo a atanasia.

Mili tenía tos blanca. Dalia se había trasladado con sus cachorros a la guarida de los aprendices, para evitar contagiarse. Rosina y Tordillo se pavoneaban por el campamento como si ya hubieran ascendido.

La pareja de Látigo Gris estaba comiendo bien, pero la tos, que parecía que nunca se le iba a curar, no dejaba dormir a sus hijos y entorpecía su alimentación. Con un poco de suerte, la atanasia ayudaría.

Glayino apoyó la cabeza en el suelo y cerró los ojos. Debió de quedarse dormido, porque al cabo de un rato Carrasquera lo despertó con una sacudida.

—Ya ha salido la luna —maulló la joven—. Todos están preparándose para partir.

—¡Todos no! —exclamó un malhumorado Raposino a sus espaldas—. ¿Por qué vosotros tres sí vais y Carboncilla, mi hermana y yo tenemos que quedarnos aquí?

Glayino se puso en pie.

—Vendrás la próxima vez, seguro.

—¡A ver! —Raposino se alejó.

Mientras los guerreros se reunían delante del túnel de espinos, Látigo Gris daba vueltas ante la maternidad. Glayino percibió sus emociones, desgarradas como una presa del montón de la carne fresca. El guerrero gris deseaba unirse a sus compañeros de clan en la Asamblea, pero la idea de dejar a Mili estando enferma le partía el corazón. Glayino parpadeó. Un antiguo dolor estaba avivando las llamas de la inquietud de Látigo Gris, encendidas por el recuerdo de la gata plateada del fondo de la torrentera.

—¡Látigo Gris! —Estrella de Fuego se acercó a su viejo amigo—. Quédate aquí a vigilar el campamento por mí. Ya somos bastantes guerreros. El Clan del Viento no pensará que nos ha debilitado.

—Gracias. —Látigo Gris sonó aliviado.

Estrella de Fuego se dirigió hacia la barrera de espinos, donde Rosella y Melada apenas podían mantenerse quietas.

—¿Tenéis ganas de ir? —les preguntó Manto Polvoroso.

—Oh, sí —respondió Rosella.

Aquella sería su primera Asamblea como guerreras.

Tormenta de Arena se paseaba impaciente alrededor de Fronde Dorado.

—Me pregunto qué argumentará el Clan del Viento en su defensa.

—Saldrán con alguna excusa —masculló Fronde Dorado.

—Date prisa —le dijo Carrasquera a Glayino, dándole un empujoncito.

Leonino ya estaba esperando al lado de Cenizo.

Estrella de Fuego se plantó en la entrada del campamento.

—Debemos enseñarles al Clan del Viento y al Clan del Río que seguimos tan fuertes como siempre —les recordó a sus compañeros de clan—. La luna brilla esta noche, lo que significa que el Clan Estelar ya no está enfadado.

—¡Seguro que todavía está enfadado con el Clan del Viento! —exclamó Zancudo, delante de la guarida de la curandera.

—Nosotros solo estábamos defendiendo nuestras fronteras —respondió Estrella de Fuego—. El Clan Estelar no nos castigaría por eso.

—¡Eso espero! —dijo Acedera, que estaba sentada delante de la guarida de los guerreros, deslizando la cola por el suelo.

—La desaparición del sol nos asustó a todos —continuó el líder—, pero debemos tomarlo como una señal de que la batalla no era legítima. El sol regresó cuando dejamos de pelear. A estas alturas, deberíamos haber aprendido que los clanes se necesitan unos a otros para sobrevivir.

Glayino ladeó la cabeza. La seguridad de las palabras de Estrella de Fuego no procedía de nada que le hubiera dicho Hojarasca Acuática. La curandera seguía desconcertada y atemorizada por la desaparición del sol, y el silencio del Clan Estelar la había puesto más nerviosa aún. Sin embargo, se había guardado sus preocupaciones para sí misma, como era habitual en ella; solo Glayino podía detectar la inquietud que revoloteaba bajo la piel de su mentora.

—¡En marcha!

Estrella de Fuego guio a sus compañeros de clan fuera de la hondonada rocosa.

Las hojas crujieron bajo las patas de los gatos del Clan del Trueno. Glayino se estremeció al notar que seguían la conocida ruta que bajaba al lago. Tenían que recorrer parte de la orilla del Clan del Viento para llegar a la isla. Si se mantenían a dos colas del agua, el clan enemigo no tenía ningún derecho a acusarlos de nada. Aun así, los guerreros guardaron silencio mientras cruzaban la frontera y recorrían la orilla.

—¿Algún rastro del Clan del Viento? —susurró Glayino.

—Todavía no —le respondió Carrasquera, arrimada a él con el pelo erizado.

De pronto, el agua lamió las patas del aprendiz de curandero. Sorprendido, Glayino trastabilló. No solían bordear el lago tan pegados al agua.

—No te preocupes —lo tranquilizó Carrasquera—. Estrella de Fuego solo está teniendo cuidado, para que nadie pueda acusarlo de haber entrado en el territorio del Clan del Viento.

Los gatos chapotearon por la orilla, y Glayino apretó los dientes. Detestaba el contacto del agua. Saboreó el aire. Desde el páramo llegaban olores frescos del Clan del Viento.

—Ya vienen —lo avisó Carrasquera.

Glayino se puso tenso.

—¿Hacia nosotros?

—No. Están en lo alto de la ladera y van en dirección a la isla.

Una vez en el árbol puente, Carrasquera saltó primera al tronco caído, dejando que su cola colgara. Glayino se plantó sobre las patas traseras y tanteó en busca de la cola de su hermana. Cuando notó que la suave punta le rozaba las almohadillas, enseguida supo dónde saltar.

Trepó entre las ramas, resoplando por el esfuerzo, y agradeció la ayuda de Carrasquera:

—Gracias.

El tronco estaba resbaladizo porque ya había perdido toda la corteza, y Glayino avanzó detrás de su hermana posando con cuidado una pata delante de la otra, hasta que su nariz rozó la cola de Carrasquera.

La joven se había detenido ante la maraña de raíces del final del tronco. Los guijarros de la orilla crujieron cuando su hermana bajó de un salto.

Aquella era la peor parte. Glayino respiró hondo y saltó tras ella. Como siempre, sus patas impactaron de repente con los guijarros, pero en esta ocasión no se tambaleó antes de recuperar el equilibrio.

—Buen aterrizaje —ronroneó Carrasquera.

Sus compañeros de clan estaban internándose en la vegetación, haciéndola susurrar a medida que desaparecían entre los árboles. Glayino se abrió paso por las suaves franjas de helechos, siguiendo a Carrasquera. Cuando salieron al otro lado, se vio asediado por un aluvión de olores. El Clan del Viento y el Clan del Río ya estaban allí. Arrugó la nariz. No había ni rastro del Clan de la Sombra.

Los gatos del Clan del Trueno se dirigieron hacia un lado del claro, manteniéndose muy juntos.

—Todos guardan las distancias —observó Carrasquera.

Glayino olfateó el aire. Su hermana tenía razón: no había olores mezclados. Los gatos del Clan del Río estaban sentados en un grupo compacto. Los del Clan del Viento se paseaban intranquilos cerca de ellos, pero sin romper filas.

—Me sorprende que el Clan del Viento y el Clan del Río no estén compartiendo lenguas —masculló Leonino con los músculos tensos, como si estuviera preparándose para la batalla.

—¿Y los gatos del Clan de la Sombra? —Maulló Rosella, nerviosa.

—Espero que lleguen pronto —comentó Melada con inquietud.

De repente, Leonino soltó un gruñido.

—¡Silencio! —lo riñó Cenizo.

Leonino enmudeció, pero Glayino percibió la rabia que emanaba su hermano, tan abrasadora como el sol.

El aprendiz entornó los ojos, centrando sus otros sentidos en Leonino. Notó su odio como un rayo de luz y, concentrándose más, se dio cuenta de que podía seguir la dirección de su rabia hasta el compacto grupo de los gatos del Clan del Viento. Terminaba en Zarpa Brecina. Glayino reconoció el tono de voz de la gata y su tenue olor a miel. Se quedó pasmado. El odio de Leonino era tan intenso que le sorprendió que Zarpa Brecina no notara sus llamaradas en la piel. Aunque la aprendiza del Clan del Viento sí que parecía percibir algo; se movía cohibida entre sus compañeros de clan, delatando su incomodidad con cada paso.

Los arbustos susurraron en el extremo opuesto del claro. El Clan de la Sombra debía de estar llegando. Glayino saboreó el aire, y el olor lo sorprendió. No reconoció a la patrulla que acostumbraba a acudir a las Asambleas. Solo eran…

—No son más que Estrella Negra y… Solo —susurró al oído de Carrasquera.

—¿Dónde están los demás? —siseó un gato del Clan del Viento desde la otra punta del claro.

—¿Y quién es ese, en el nombre del Clan Estelar? —murmuraron los gatos del Clan del Río.

Todos los clanes se agitaron nerviosamente cuando el líder del Clan de la Sombra avanzó hasta el centro del claro seguido de Solo, que caminaba con ligereza sobre el suelo arenoso.

A Glayino le asombró la calma que irradiaba Estrella Negra. En el campamento del Clan de la Sombra lo habían visto muy confundido y preocupado. ¿Qué había sucedido?

—Traigo noticias —empezó Estrella Negra.

—Espero que el Clan de la Sombra esté bien —susurró Carrasquera.

—¡Chist! —le soltó Fronde Dorado mientras Estrella Negra continuaba.

—El Clan de la Sombra dejará de asistir a las Asambleas —anunció el líder.

El silencio cayó sobre el claro. Fuera lo que fuese lo que esperaran los gatos, desde luego no era aquello. Se habían quedado atónitos.

—Ya no creemos que el Clan Estelar tenga todas las respuestas. No fueron ellos los que encontraron el lago, sino nosotros, los gatos vivos. Somos los gatos vivos los que cazamos las presas que nos mantienen con vida, y es un gato vivo el que predijo que el sol desaparecería.

«Se refiere a Solo».

—¿Ese forastero predijo que el sol desaparecería? —Estrella de Bigotes parecía confundido.

Una oleada de asombro recorrió a los presentes como el agua que cae sobre la hierba.

—Yo no hice nada más que avisar de que iba a suceder —maulló Solo con humildad.

—¿Y cómo lo sabías? —quiso saber Estrella Leopardina.

—¿Y cómo es que vosotros no lo sabíais? —replicó Solo—. Al fin y al cabo, sois vosotros los que compartís lenguas con el Clan Estelar.

Cascarón dio un paso adelante.

—El Clan Estelar no nos previno.

—Y a mí tampoco —dijo Solo—. Yo simplemente seguí mi instinto y escuché lo que me dictaba la experiencia. Vosotros, por supuesto, tenéis todo el derecho de creer en lo que queráis…

—¡¿Qué está diciendo?! —exclamó Carrasquera con voz estrangulada—. ¿Acaso piensa que las creencias se pueden escoger, como las presas del

montón de la carne fresca?

Glayino tuvo la sensación de que el contacto con su hermana le abrasaba la piel, y se separó de ella, sumido en su propia decepción.

«¡Se suponía que Solo iba a ayudarnos a nosotros! —se indignó el aprendiz de curandero—. ¿Qué está haciendo con el Clan de la Sombra?».

Oyó unas pisadas suaves sobre el suelo seco.

—Se marchan —suspiró Leonino—. Supongo que eso significa que, después de todo, Solo no va a ayudarnos.

Mientras Estrella Negra y Solo desaparecían entre los helechos, los clanes empezaron a susurrar entre ellos, asustados.

—¿Quién era ese?

—¿De dónde viene?

—¿Será cierto lo que ha dicho?

Glayino notó que su propio clan se movía desazonado a su alrededor; sus pelajes chispeaban de miedo al rozarse entre sí.

Estrella de Fuego caminó hasta el centro del claro.

—¡Debemos mantener la calma! —declaró en voz alta, dirigiéndose a todos los presentes.

—¿La calma? —replicó Estrella de Bigotes con desdén—. Ni siquiera tú puedes cambiar esto, Estrella de Fuego.

El líder del Clan del Trueno se enfureció.

—¡Nunca he dicho que pudiera hacerlo!

—No debemos pelear —intervino Estrella Leopardina, adelantándose—. Esto es demasiado importante. Ahora somos tres clanes.

—¡Tres clanes! —exclamó Perlada, que se acercó a los líderes—. Pero si siempre hemos sido cuatro…

—Si el Clan de la Sombra rechaza al Clan Estelar, ¿significa eso que ya no pueden ser guerreros? —quiso saber Vaharina.

—¿Han renunciado al código? —preguntó Carrasquera con voz entrecortada.

«Han renunciado a mucho más que al código…», pensó Glayino levantando la cabeza.

—¿La luna sigue brillando? —quiso saber.

—Brilla en un cielo despejado —lo tranquilizó Leonino.

«¿Qué está haciendo el Clan Estelar? —se extrañó el aprendiz de curandero—. ¿Es que no le importa lo que acaba de suceder?».

—Vivimos tiempos inquietantes —maulló Estrella Leopardina—. Ni siquiera podemos confiar en que el sol brille. ¿Tan sorprendente os parece que

Estrella Negra haya perdido la fe en el Clan Estelar?

Sus palabras parecieron llenar el claro con una brisa helada. Ningún gato le llevó la contraria; nadie intentó decirle que estaba equivocada, que la fe en el Clan Estelar era algo por lo que valía la pena luchar. El forastero los había avisado de que el sol desaparecería, y así había sido. ¿Dónde dejaba eso al Clan Estelar? Susurrando entre sí atemorizados, los gatos comenzaron a internarse en la vegetación.

—Vamos —dijo Leonino, empujando a Carrasquera.

El Clan del Trueno ya se marchaba.

Carrasquera dio un traspié, como si hubiera olvidado cómo andar. Glayino se pegó a ella, guiándola a través de los helechos.

—Entonces, ¿los gatos del Clan de la Sombra ya no son guerreros? —preguntó Rosella.

—Supongo que eso deberá decidirlo el Clan Estelar —le respondió Betulón.

Mientras aguardaba su turno para cruzar el árbol puente, Glayino intentó que no lo alteraran los maullidos alarmados de sus compañeros de clan. Tenía que reflexionar sobre lo que había ocurrido, pero los demás seguían parloteando, impidiéndole pensar.

—Si el Clan Estelar ocultó el sol cuando estábamos combatiendo —gruñó Manto Polvoroso—, ¿qué hará ahora que Estrella Negra le ha dado la espalda?

—No ha tapado la luna —señaló Fronde Dorado.

Espinardo saltó al puente.

—¡Quizá nuestros antepasados nos den la espalda a todos!

Glayino cruzó el árbol caído, con las palabras del guerrero zumbando en su cabeza como abejas. Los miembros del Clan Estelar no le habían dicho nada sobre lo que había ocurrido con el sol, y tampoco sobre la presencia de Solo. Tal vez fueran ellos quienes habían renunciado a cuidar de los clanes del lago.

Glayino notó que su hermano lo tocaba con la cola mientras recorrían la orilla del Clan del Viento.

—Ve más despacio —le susurró Leonino.

El aprendiz redujo el paso y dejó que sus compañeros de clan los adelantaran para que no pudieran oírlos. Carrasquera se quedó con sus hermanos, arrastrando las patas sobre los guijarros.

—Yo creía que Solo había venido a ayudar —bufó Leonino—. Pero no ha hecho más que empeorar las cosas.

Carrasquera seguía conmocionada.

—Ha logrado que Estrella Negra deje de creer en el código guerrero —masculló ausente.

—Quizá Estrella Negra habría dejado de creer igualmente —aventuró Glayino.

—No. Ha sido Solo —maulló Leonino, inflexible—. Le ha dicho algo a Estrella Negra para convencerlo de que el Clan Estelar no vale para nada.

De pronto, Carrasquera dio una patada a los guijarros.

—A mí me tiene sin cuidado lo que diga Solo —afirmó convencida—. El Clan de la Sombra no puede dejar de creer en el Clan Estelar. ¡Va en contra de todo lo que hacen los clanes! El código guerrero nos trajo hasta aquí, y nos proporciona comida y refugio. —Su miedo se transformó en rabia—. ¡Nos mantiene a salvo!

—Pero Solo predijo la desaparición del sol —le recordó Leonino—. El Clan Estelar, no.

—¿Qué significa eso? ¿Es que tú también vas a rechazar al Clan Estelar? —le espetó Carrasquera, tan furiosa que Glayino se preguntó por un momento si se abalanzaría sobre su hermano.

La joven, sin embargo, se limitó a alejarse a grandes zancadas, respirando agitadamente por la emoción.

—¡No era eso lo que quería decir! —Leonino corrió tras ella.

Glayino dejó que se adelantaran. Allí, los guijarros se hundían bajo sus patas y el lago susurraba en la orilla. Una brisa fresca soplaba desde el agua, y el joven aprendiz de curandero volvió la cabeza, dejando que le alborotara los bigotes.

La luz de la luna resplandecía entrecortada sobre la superficie del lago.

¡Glayino podía verla!

«Debo de estar soñando…».

Los guijarros crujieron a su lado. Una gata caminaba con él.

Era Fauces Amarillas.

Su aliento apestaba, pero Glayino se alegró de que estuviera allí.

—¿Has visto lo que ha ocurrido? —le preguntó.

—Por supuesto.

Al joven se le aceleró el corazón.

—¿Qué vais a hacer?

Las garras de Fauces Amarillas se hundían pesadamente en los guijarros. La gata suspiró, y cuando volvió a hablar, sonó vieja y cansada:

—Debemos escoger nuestras batallas cuidadosamente.

¿El Clan Estelar estaba admitiendo su derrota sin ni siquiera intentar pelear por el Clan de la Sombra? Glayino se volvió hacia Fauces Amarillas, invadido por el pánico, pero la veterana se había esfumado. Todo se difuminó de nuevo, y el mundo no tardó en volverse negro otra vez. Oyó las voces de sus compañeros de clan más adelante, y fue tras ellos.

Sus pensamientos daban vueltas y chocaban como hojas atrapadas en una tormenta. En realidad, Fauces Amarillas le había dicho todo lo que necesitaba saber.

«El Clan Estelar se ha dado por vencido. Su final está cerca».

Glayino, Leonino y Carrasquera cumplirían su destino por fin.

24

Un torrente de sangre espesa y caliente lo envolvió por completo, empapándole el pelo, colmándole las fosas nasales y empujándolo hacia delante hasta que chocó contra unos ásperos muros de roca.

«¡Ayudadme!».

El aprendiz luchó contra la marea roja agitando las patas e intentó combatir la fuerza de la corriente hasta que los músculos le dolieron. Le ardían los pulmones, y el sabor a hierro le llenaba la boca.

La ola lo arrastró entre rocas afiladas y luego siguió su camino sin él, dejándolo varado y boqueando. Cuando abrió los ojos, el joven vio un techo rocoso que se arqueaba en lo alto. Una luz plateada se filtraba a través de una grieta, iluminando tenuemente las paredes de piedra de la cueva. Leonino se puso en pie, notando el peso de su pelaje empapado. Se quedó mirando la sangre en los huecos y las hendiduras del vasto suelo de roca, y entrevió una figura —un cuerpo— tendida de forma desmadejada: las patas torcidas y la cola inerte, la cabeza hacia atrás y la sangre goteándole de los bigotes…

«¡Zarpa Brecina!».

El aprendiz de guerrero corrió hacia ella, sintiendo que la rabia brotaba en su interior. Gruñendo, la sacudió con una pata, pero la gata permaneció inmóvil.

Estaba muerta.

Leonino la miró lleno de satisfacción.

«¡Te lo mereces!».

Por su culpa había estallado la batalla que había provocado la desaparición del sol. Y ahora los clanes se estaban desintegrando, dando la espalda al Clan Estelar, mientras este se apartaba de ellos.

Desenvainó sus curvadas garras, más largas y afiladas que las espinas del endrino, y arañó el suelo de la cueva hasta dejar marcas en la roca. La sangre

latía en sus oídos, y se sintió poseído por el mismo ardor que lo invadía cuando estaba en pleno combate. Ningún enemigo podría derrotarlo; ningún oponente podría derramar su sangre.

«Que vengan las batallas. Nada puede hacerme daño. ¡Soy más poderoso que el Clan Estelar!».

—¡Aparta! —le gritó Raposino indignado, despertándolo—. ¡Me estás clavando las uñas en el lomo!

Leonino se alejó rodando y se salió del lecho.

—Lo siento…

Estaba aturdido por aquel brusco despertar, pero el sueño seguía dando vueltas en su cabeza. Salió de la guarida trastabillando.

«¡Me he alegrado de que Zarpa Brecina estuviera muerta! —pensó mientras cruzaba el claro, horrorizado—. Y hace apenas unas lunas aún la amaba…».

Sintió un escalofrío, a pesar de que podía notar en la piel el calor del sol matinal. El miedo le penetraba los huesos como si fuera hielo. Se lamió el pecho, aliviado al descubrir que no sabía a sangre y que no tenía el pelo manchado de rojo.

—¡Buenos días, dormilón! —Carrasquera estaba llevando musgo a la guarida de los veteranos.

Leonino no contestó. Siguió lavándose. Sentía como si el sueño lo hubiera llenado de suciedad. ¿De verdad quería ser más poderoso que el Clan Estelar, aunque eso significara derramar tantísima sangre?

Nimbo Blanco estaba dándole indicaciones a Carboncilla debajo de la Cornisa Alta.

—Salta, agáchate y rueda —le ordenó.

La joven practicó el movimiento de combate, aterrizando perfectamente sobre las cuatro patas.

—¿Cómo tienes la pata? —quiso saber Nimbo Blanco.

Carboncilla ronroneó.

—¡Como las otras!

La gata corrió alrededor de su mentor con la cola muy alta.

—Totalmente recuperada —añadió.

Mili seguía tosiendo en la maternidad, y sus cachorros lloriqueaban mientras Dalia trataba de calmarlos.

—No pasa nada, preciosos. Intentad comer otra vez.

Tormenta de Arena comenzó a sacudir las ramas de la guarida de los aprendices.

—¡Despierta, Raposino, que pareces un lirón!

La barrera de espinos tembló cuando Látigo Gris entró en el campamento.

Nimbo Blanco levantó la vista hacia él.

—¿Alguna señal del Clan del Viento?

—No —respondió Látigo Gris—. Las fronteras están recién marcadas, pero nadie las ha traspasado.

Manto Polvoroso y Candeal lo seguían por el túnel, y fueron directos al montón de la carne fresca.

La gata blanca escogió una presa entre las que quedaban de la noche anterior.

—¿Ya ha salido la patrulla de caza?

—Todavía no —le respondió Tormenta de Arena—, pero saldremos enseguida. —Y volvió a sacudir las ramas de la guarida de los aprendices—. ¡En cuanto consiga que Raposino se levante de su lecho! Cree que puede saltarse todas sus obligaciones mientras Esquiruela esté enferma. —Miró a Leonino—. ¿Tú quieres venir a cazar?

El joven dejó de asearse.

—Sí.

Quizá corretear por el bosque le aclarara las ideas. Podría fingir que era como cualquier otro aprendiz… durante un rato, al menos.

Hojarasca Acuática salió de su guarida. La seguía Glayino, bostezando.

—Necesitamos más caléndula —maulló la curandera—. La herida de Esquiruela está sanando muy bien, pero quiero estar preparada para cualquier infección que pudiera coger. No podemos arriesgarnos a dar las cosas por garantizadas…

Miró nerviosa hacia el sol, que se alzaba sobre los árboles de lo alto de la hondonada.

—Luego traeré un poco —se ofreció Glayino, cuya cola tembló por el esfuerzo que hizo al desperezarse—. Hay unas matas junto a la orilla.

—Imagino que será la última de la temporada —suspiró Hojarasca Acuática.

—En ese caso, traeré tanta como pueda.

Llovieron piedrecillas desde la Cornisa Alta. Estrella de Fuego había salido de su cueva para asearse. Su pelaje anaranjado se volvió de fuego bajo la luz de la mañana. El líder se frotó ambas orejas y luego miró hacia abajo.

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas vengan aquí! —llamó.

Tormenta de Arena levantó la vista, sorprendida.

Leonino se incorporó. «¿Y la caza?».

La guarida de los guerreros se estremeció cuando la abandonaron Fronde Dorado y Betulón. Los siguieron Rosella y Bayo, con ojos legañosos. Raposino salió adormilado de la guarida de los aprendices.

—¡Ya era hora! —lo riñó Tormenta de Arena—. Estaba a punto de entrar para sacarte a rastras de la cola.

Albina apareció detrás de su hermano.

—Lo siento —se disculpó—. Anoche no lo dejé dormir. Queríamos estar despiertos cuando volvierais de la Asamblea.

Tormenta de Arena miró hacia Estrella de Fuego.

—Pues os vais a enterar de todo enseguida.

Leonino se colocó debajo de la Cornisa Alta mientras el clan se reunía. Manto Polvoroso se sacudió el sueño de encima, y Espinardo, que se había sentado a su lado, empezó a quitarse trocitos de musgo del pelo.

Esquiruela se sentó en el borde del claro, y por las miradas ceñudas que le lanzaba Hojarasca Acuática, seguro que la guerrera no debería haberse movido de su lecho.

Carrasquera se acercó a Leonino.

—¿Qué crees que va a contarle al clan? —susurró la joven.

Leonino supuso que se refería a la Asamblea. ¿Cómo les comunicaría Estrella de Fuego la sorprendente decisión que había tomado Estrella Negra?

Glayino serpenteó entre sus compañeros de clan para sentarse junto a su hermano.

—Espero que hayas dormido mejor que yo.

Leonino miró al suelo, sintiendo que ardía mientras el cuerpo inmóvil de Zarpa Brecina bailaba ante sus ojos.

—La Asamblea no transcurrió como esperábamos —empezó Estrella de Fuego, sacando a Leonino de su espantosa visión—. El Clan de la Sombra no apareció.

Maullidos de asombro brotaron entre el clan.

Centella plantó las orejas.

—¿Qué les pasa?

—¿Es que el Clan de la Sombra sufre alguna enfermedad? —quiso saber Nimbo Blanco.

Estrella de Fuego pasó por alto las preguntas y continuó.

—Estrella Negra vino con Solo, el forastero solitario, y nos contó que el Clan de la Sombra va a darle la espalda al Clan Estelar.

Ratonero pareció desconcertado.

—¿Qué significa eso?

Estrella de Fuego miró al joven guerrero.

—El Clan de la Sombra ya no cree que el Clan Estelar tenga todas las respuestas. Han perdido la fe en nuestros antepasados guerreros y ya no asistirán a las Asambleas. —Tuvo que levantar la voz por encima de los murmullos de alarma que se extendieron por el claro—. El gato forastero parece que está espoleando esa creencia, pero yo espero que, al final, el Clan Estelar acabe teniendo mayor influencia sobre el Clan de la Sombra. Creo que nuestros antepasados hablarán a través de Cirro y del propio Estrella Negra. Jamás nos han fallado. Quizá hayan dejado que el líder del Clan de la Sombra se extravíe por alguna razón, pero estoy seguro de que lo traerán de vuelta a los clanes. Todo volverá a ser como era. ¿Recordáis cómo desapareció el sol y cómo luego regresó, tan cálido como siempre? Esta oscuridad también pasará. Estoy convencido de ello.

Mientras el clan miraba a su líder, Leonino recordó las palabras de Solo: «La luz regresará, al igual que ha regresado el sol, pero será vuestra luz y seréis vosotros quienes la controlaréis».

El sueño del río de sangre seguía flotando en su mente. ¿Estaba preparado para semejante poder? ¿Se lo merecía siquiera?

25

«No se cree lo que está diciendo. —Glayino levantó la cabeza hacia Estrella de Fuego—. No está seguro de que esta oscuridad vaya a pasar».

Sintió el hormigueo de incertidumbre de Leonino, que flexionó las garras a su lado. Carrasquera golpeó el suelo con la cola.

—¡¿No podemos deshacernos de ese tal Solo?! —exclamó Manto Polvoroso.

—El líder del Clan de la Sombra tiene que tomar sus propias decisiones —respondió Estrella de Fuego.

—¿Incluso aunque afecten a todos los clanes? —quiso saber Tormenta de Arena.

—Nosotros continuaremos como siempre —declaró el líder—. Cazaremos y cuidaremos de los cachorros y los veteranos. Patrullaremos las fronteras como hacíamos en el bosque. Igual que hemos hecho aquí. Es posible que las cosas cambien, pero nosotros seguiremos escuchando al Clan Estelar y guiándonos por el código guerrero.

Carrasquera soltó aire lentamente.

—El código guerrero… —murmuró—. El código guerrero… —Lo repetía como si fuera la respuesta a todo.

Glayino envidió la fe de su hermana. Y su ignorancia. No se daba cuenta de que Estrella de Fuego no estaba pronunciando esas palabras solo para reconfortar al clan, sino también para reconfortarse a sí mismo.

«Estrella de Fuego tiene que convencerse de que las cosas van a seguir bien para nosotros, su deber es cuidar del clan».

El líder del Clan del Trueno cambió de postura.

—Pero no solo tengo malas noticias, también hay algunas buenas.

Glayino levantó la cabeza, sorprendido. «¿Cuáles?».

—El Clan del Trueno sigue siendo fuerte. Lo hemos demostrado en la batalla, y sabemos que el Clan Estelar continúa cuidando de nosotros. —Rozó la cornisa con la cola—. Quiero nombrar a tres nuevos guerreros.

Glayino se encogió ante la llamarada de entusiasmo que brotó de Leonino y Carrasquera. Era como estar sentado junto a dos soles.

—Leonino, Carrasquera y Carboncilla.

El líder descendió por las rocas desprendidas hasta el claro, donde el clan ya había dejado espacio para la ceremonia de nombramiento.

Fronde Dorado corrió hacia Carrasquera para alisarle el pelo con la cola.

—Te lo mereces —ronroneó su mentor.

Cenizo se acercó a Leonino.

—Serás un buen guerrero —le dijo.

—Haré que estés orgulloso de mí —le prometió el joven.

Esquiruela resplandecía de felicidad, y Hojarasca Acuática, que estaba sentada a su lado, ronroneaba sonoramente. «Debe de estar contenta por Carboncilla», pensó Glayino.

Nimbo Blanco daba vueltas alrededor de su aprendiza.

—Ya te dije que no tardarías mucho en unirte a tus viejos compañeros de guarida, Carboncilla.

Glayino cerró los ojos. Había pasado mucho desde el tiempo en que imaginaba que podría ser guerrero. Pero ese sueño jamás lo había abandonado. Dejó que la envidia surgiera y se desvaneciese. Luego se sintió lleno de orgullo: ¡sus hermanos iban a ser guerreros!

—Felicidades —ronroneó.

Carrasquera le restregó el hocico contra la mejilla.

—Gracias.

Leonino le tocó la oreja con la punta de la cola.

—Espero que Albina cumpla la promesa que le hizo a Musaraña, porque yo ya no pienso volver a limpiar la guarida de los veteranos.

Cenizo sacudió la cola.

—Si hay que limpiar los lechos de tus compañeros de clan, lo harás.

Zarzoso se acercó a ellos.

—Leonino ya cree que Estrella de Fuego lo está nombrando líder… —ronroneó.

—¡Solo estaba bromeando! —protestó el joven.

—Por supuesto. —Zarzoso rodeó a sus hijos y se detuvo junto a Glayino —. Estoy orgulloso de todos vosotros.

Pinta y Bayo corrieron hacia ellos.

—¡Bien hecho! —Maulló Pinta.

—Supongo que podremos haceros un hueco en la guarida de los guerreros —bromeó Bayo.

—¡Me alegro de no estar allí! —exclamó Musaraña—. Habrá más ruido que en un nido de estorninos.

La veterana estaba sentada delante de la maternidad, y Rosina y Tordillo correteaban a su alrededor. Ronroneó encantada cuando Mili salió con Gabardilla en la boca; Glayino captó el tierno olor de la pequeña cuando la reina la dejó entre las patas de Musaraña.

—¿Puedes vigilarla mientras yo voy a por los otros dos? —le preguntó Mili con voz ronca, como si tuviera la garganta irritada.

Glayino se dijo que al finalizar la ceremonia le llevaría la miel que quedaba.

—Creo que les gustaría presenciar su primera ceremonia de nombramiento —añadió Mili.

—Me aseguraré de que Rosina y Tordillo no la pisen —respondió la vieja gata con voz rasposa.

—¡Oye! —protestó Tordillo—. No somos tan patosos. Cualquiera diría que siempre estamos…

El pequeño enmudeció cuando el líder volvió a dirigirse al clan desde el centro del claro.

—Yo, Estrella de Fuego, líder del Clan del Trueno, solicito a mis antepasados guerreros que observen a estos tres aprendices —empezó.

Leonino arañó el suelo.

—Han entrenado duro para comprender el sistema de vuestro noble código, y yo os los encomiendo a su vez como guerreros —prosiguió el líder.

Carrasquera ya se dirigía hacia el centro del claro, y Leonino corrió tras ella. Carboncilla los siguió, con paso firme y fuerte.

—Carrasquera, Leonino, Carboncilla —continuó el líder—, ¿prometéis respetar el código guerrero y proteger y defender a este clan, incluso a costa de vuestras vidas?

—¡Lo prometo! —exclamó con voz entrecortada una temblorosa Carrasquera.

Leonino tensó los músculos con determinación.

—Lo prometo.

—Lo prometo. —Carboncilla sonó tan aliviada y emocionada como un felino que acabara de cazar su primera presa.

Glayino contuvo el aliento. Estaban más cerca que nunca de su destino.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar, os doy vuestros nombres guerreros. —Estrella de Fuego rozó a Carrasquera—. Carrasquera, a partir de este momento serás conocida como «Carrasca». —Dio un paso atrás—. El Clan Estelar se honra con tu consideración y tu lealtad.

Leonino avanzó hacia su líder.

—Leonino —siguió Estrella de Fuego—, tú serás conocido como «Leonado». El Clan Estelar se honra con tu valentía y tu destreza en la batalla. Y, Carboncilla. —El líder hizo una pausa mientras la aprendiza se acercaba, temblando de emoción—. Tú serás conocida como «Carbonera», en honor a los guerreros que ya se han ido —declaró.

Glayino detectó cierta tristeza en su voz. ¿Estaba Estrella de Fuego acordándose de Carbonilla? Ojalá supiera que el espíritu de su vieja amiga seguía junto a él, brillando bajo la piel de Carbonera.

—El Clan Estelar se honra con tu coraje y tu determinación. Por fin eres guerrera.

—¡Leonado! ¡Carrasca! ¡Carbonera!

En tono desafiante, los gatos del clan elevaron sus voces para dar la bienvenida a los nuevos guerreros. A pesar de la desaparición del sol y la devastadora decisión de Estrella Negra, el Clan del Trueno seguiría adelante.

Glayino vitoreó con los demás, orgulloso de sus hermanos y de Carbonera, que había peleado muchísimo para convertirse en guerrera. El destino de la joven se había cumplido.

«Pero ¿qué pasa con el nuestro?», se preguntó Glayino, estremeciéndose.

Plantarle cara a la desaparición del sol no iba a ser tan sencillo. Él sabía mejor que sus compañeros de clan lo que había significado esa desaparición. El tiempo de los clanes estaba llegando a su fin, y Leonado, Carrasca y él mismo eran los únicos que podrían salvarlos.

Bajo este seudónimo colectivo escriben las escritoras Cherith Baldry, Kate Cary, Inbali Iserles, Gillian Philip y Tui Sutherland la serie de novelas fantásticas infantiles y juveniles, *Los gatos guerreros*.